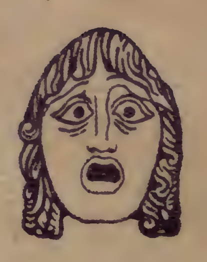


BERNARD SHAW

HOMBRE Y SUPERHOMBRE



M. AGUILAR
EDITOR
MADRID




OAK ST. HDSF



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

822
Sh26mSPb

The person charging this material is responsible for its return on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

University of Illinois Library

JAN 30 1969

JAN 23 1973

JAN - 9 1973

L161—O-1096

BERNARD SHAW

HOMBRE Y SUPERHOMBRE



463

BERNARD SHAW

HOMBRE Y SUPERHOMBRE

COMEDIA Y FILOSOFÍA
EN CUATRO ACTOS, EN PROSA

TRADUCCIÓN DE
JULIO BROUTÁ

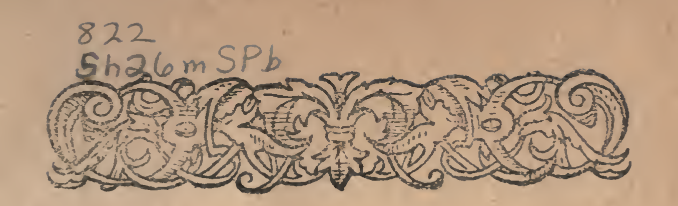


M. AGUILAR
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

ES PROPIEDAD

Imp. de J. Pueyo Luna, 29
Teléfono 14-30.—MADRID

822
Sh26mSPb



PREFACIO

A Arthur Bingham Walkley.

Mi querido Walkley:

Un día me preguntó usted por qué no escribía yo una obra sobre Don Juan. La ligereza con que asumió tan tremenda responsabilidad, tal vez a estas fechas se lo haya hecho olvidar. Pero ya llegó el momento de cumplir; ahí tiene usted su obra. Digo *su* obra, porque *qui facit per alium facit per se.* Sus provechos, lo mismo que el trabajo que costó, son mios; su moraleja, sus modulaciones, su filosofía, su influencia sobre la juventud, a usted pertenece determinarlas. Era usted de edad madura cuando hizo aquella pregunta, y conocía a su hombre. Hará escasamente unos quince años cuando los dos, como campeones del periodismo nuevo de aquella época, y compartiendo los mismos ideales, inauguramos una época en la crítica teatral y musical, tomando a ésta como pretexto para una propaganda de nuestras propias ideas y opiniones. Así, pues, no puede usted alegar ig-

norancia del carácter de la fuerza que impulsó. Usted a lo que quería inducirme era a *épater le bourgeois,* de modo que, si éste protesta, a usted por la presente le remito como a la parte responsable.

Le advierto que, si trata de rehuir su responsabilidad, le sospecharé de encontrar la obra demasiado decorosa para su gusto. Los quince años de marras me han hecho a mí más viejo y más juicioso. En usted no puedo descubrir semejante modificación. Sus desahogos y audacias se parecen a los amores y consuelos pedidos en sus oraciones por Desdémona; es decir, que crecen a medida que van pasando los días. Ningún periódico de primera fila se atreve ahora a darles hospitalidad. Sólo lo hace el sesudo *Times* porque está fuera de sospecha de querer patrocinar a usted, y aun tiene que dar a veces gracias a Dios de que no se representen todos los días obras nuevas, pue sto que, después de cada acontecimiento por el estilo, se ve comprometida su seriedad; su insulsez, trocada en epigrama; su prosopopeya, hecha un chiste; su estilo a mazacotado, convertido en elegancia, y hasta su autoritarismo en petulancia, por críticas que las tradiciones del periódico no permiten a usted firmar con su nombre, pero que procura firmar con las más floridas extravagancias entre líneas. No estoy seguro de que eso no sea un portento de revolución. En el siglo XVIII estaba inminente el cataclismo, cuando la gente compraba la enciclopedia y leyó en ella a Diderot. Cuando yo compro el *Times* y en él leo a usted, mi profético oído percibe un redoble de tambores del siglo XX.

Sin embargo, no es esto lo que ahora me preocupa. La cuestión es si no va usted a sufrir un desengaño ante una obra sobre Don Juan, en la que ni una sola de las tres mil y tres aventuras de aquel héroe se pone en es-

cena. Voy a darle algunas explicaciones, con objeto de captar su benevolencia.

Ya le oigo replicar que nunca hago otra cosa, pues siempre me echa en cara que lo que llamo drama suele ser una sarta de explicaciones. Pero no debe usted esperar de mí que adopte su estilo inexplicable, fantástico, petulante, rebuscado; tiene usted que tomarme cual soy, como una persona razonable, paciente, consistente, apologética, laboriosa, con el temperamento de un maestro de escuela y el celo de un padre espiritual.

Sin duda alguna, ciertas tretas literarias que suelo emplear y divierten al público inglés, dan una idea inexacta de mi verdadero carácter; pero no por eso deja de existir tal carácter, firme como una roca. Tengo una conciencia, y la conciencia tiende siempre a exteriorizarse. Usted, en cambio, opina que un hombre que discute su conciencia se parece mucho a una mujer que discute su pureza. La única fuerza moral que usted consiente en sacar a relucir es la fuerza de su ingenio agudo; la única demanda por la que públicamente aboga, es el reconocimiento de su temperamento artístico para con la simetría, la elegancia, el estilo, la gracia, el refinamiento y la nitidez, que importa tanto como la amenidad, si es que no importa más. Pero mi papel es el del predicador: me enoja ver a la gente satisfecha, cuando debiera estar insatisfecha, y me empeño en hacerla reflexionar para que se convenza de que está en estado de pecado. Si no gusta usted de mis sermones, no los escuche. Yo no tengo más remedio que pronunciarlos.

En el prefacio de mis *Comedias para puritanos* (1) expliqué las condiciones de nuestra dramática inglesa

---

(1) Que serán objeto de un futuro tomo de la presente colección. *(N. del T.)*

contemporánea, obligada a tratar casi exclusivamente de casos de la atracción sexual, sin poder, al mismo tiempo, poner de manifiesto los incidentes de esa atracción, ni discutir siquiera su naturaleza. La petición que usted me hizo de que escribiera una obra sobre Don Juan, fué en realidad un reto para que yo tratara dramáticamente ese asunto de la atracción sexual. El reto era bastante dificultoso para merecer ser aceptado, porque, si se piensa bien, a pesar de que tenemos miles de obras en que los protagonistas de ambos sexos están enamorados, y por lo tanto se casan o se mueren al final, o en que los personajes ven sus relaciones perturbadas por las leyes sobre el matrimonio, sin contar aquellas obras más livianas que se basan en la tradición de que los asuntos amorosos ilícitos desde luego son viciosos y deleitosos, no existen obras teatrales inglesas modernas en que la mutua atracción natural de los sexos sea el principal resorte de la acción. La causa de ello es porque nos empeñamos en que los actores y las actrices tengan cierta hermosura física, al contrario de lo que pasa en aquellos países que nuestro amigo William Archer presenta como ejemplos de seriedad a nuestros pueriles teatros.

Allí las Julietas y las Iseos, los Romeos y los Tristanes, podrían ser nuestras madres y nuestros padres. ¡Qué diferencia con las actrices inglesas! Las heroínas a las que representan no pueden discutir las relaciones elementales entre hombres y mujeres; toda su romántica charla sobre amoríos de cuento, todos sus dilemas puramente jurídicos de si se casaron o fueron engañadas, no nos llegan al corazón y aburren nuestra mente. Para consolarnos no nos queda más que mirarlas a ellas. Es lo que hacemos, y su hermosura alimenta nuestras ex-

pirantes emociones. A veces murmuramos contra esas señoras porque su trabajo no es tan bueno como su palmito. Pero en un drama que, con toda su preocupación por el sexo, esté realmente vacío de interés sexual, la buena presencia hace más que las facultades artísticas.

Permítame insistir sobre este punto, puesto que usted es demasiado listo para, como hacen los tontos, achacar a afición a la paradoja el querer coger un bastón por el puño en vez de por la contera. ¿Por qué todos nuestros intentos de llevar al teatro los problemas sexuales son tan repulsivos y aburridos que hasta a las personas más partidarias de que las cuestiones sexuales deban tratarse en público y con toda libertad les es imposible aguantar tan insulsos esfuerzos en pro del saneamiento social? ¿No será que los tales engendros, en el fondo, carecen completamente de sexualidad?

En efecto, ¿cuál es la fórmula usual para semejantes obras? Una mujer, en alguna ocasión pasada, hase visto metida en conflicto con la ley que rige las relaciones entre los sexos. Un hombre, por enamorarse de ella o por casarse con ella, se pone en contradicción con las convenciones sociales, lo que asusta a la mujer. Ahora los conflictos de los individuos con la ley y las convenciones pueden dramatizarse como todos los demás conflictos humanos; pero son puramente jurídicos, y el hecho de que tenemos mucha más curiosidad por saber de las suprimidas relaciones entre el hombre y la mujer que de las relaciones entre ellos y los Tribunales, produce aquella sensación de desvío, de disgusto, de fundamental impertinencia, de vaciedad, de inútil desagradabilidad, de total fracaso en el intento de edificar y parcial fracaso en el de interesar, que tantas veces vendrá usted

observando en los teatros, como yo observé cuando frecuentaba también estos incómodos locales y veía a nuestros populares autores con ánimos—como ellos creían—de emular a Ibsen.

Me figuro que cuando usted me pidió una obra sobre Don Juan, no deseaba un engendro por el estilo. Los éxitos que tales obras logran a veces, son debidos al melodrama convencional que encierran y con el que el autor dramático de experiencia instintivamente se salva del fracaso.

Pero ¿qué quería usted? Debido a su desgraciada costumbre—ahora, espero, siente su inconveniencia—de no explicarse claramente, he tenido que descubrirlo por mi mismo. Primero, pues, he tenido que preguntarme qué era un Don Juan. Vulgarmente es un libertino. Pero en usted la antipatía a la vulgaridad llega a ser un verdadero defecto. Debiera usted tener en cuenta que la universalidad de carácter es imposible sin una parte de vulgaridad, y aunque pudiese usted cogerle gusto, se encontraría ahito de tantos datos como suministran las fuentes ordinarias, sin molestarme a mí. Así, pues, me imaginé que usted pedía un Don Juan en el sentido filosófico.

Filosóficamente, Don Juan es un hombre que, con una excepcional capacidad para distinguir entre el bien y el mal, se entrega a sus propios instintos sin consideración para con la sociedad ni para con ley establecida alguna. Por lo mismo, por una parte se granjea la ferviente simpatía de nuestros instintos rebeldes (lisonjeados por las facetas brillantes con que Don Juan sabe presentarlos), y por otra se ve metido en conflictos tremendos con las instituciones existentes y se defiende con engaños y violencias, con tan poco escrúpulo como

un labrador defiende sus cosechas, por los mismos medios, contra los insectos dañinos.

El prototipo Don Juan, creado a principios del siglo XVI por un fraile español, fué presentado, conforme a las ideas de aquella época, como un enemigo de Dios, cuya venganza inminente se vislumbraba por todo el drama, haciéndose cada vez más amenazadora. No da cuidado a Don Juan ningún otro antagonista menor, pues él se burla fácilmente de la policía, tanto temporal como espiritual, y cuando un padre indignado trata de oponérsele con la espada en la mano, Don Juan le mata sin esfuerzo. Sólo cuando el padre matado vuelve desde el cielo como un agente de Dios, bajo la forma de su propia estatua, logra vencer a su matador y arrojarlo al infierno. La moraleja es genuinamente frailuna: arrepiéntete y enmiéndate ahora, pues mañana puede que sea tarde. Este es realmente el único punto acerca del que Don Juan es escéptico, pues devotamente cree en un infierno final, y arriesga condenarse solamente porque es joven y está convencido de que le sobra tiempo para la contrición después de una vida de goces y diversiones.

Pero pocas veces lo que un autor ha querido enseñar es lo que el mundo quiere aprender en su libro. Lo que nos atrae e impresiona en *El burlador de Sevilla* no es la inmediata necesidad del arrepentimiento, sino el heroísmo del que se atreve a ser el enemigo de Dios. Desde Prometeo hasta mi *Discípulo del Diablo*, tales enemigos siempre han sido populares. Don Juan se hizo tan simpático, que el mundo no quiso permitir su condenación y le reconcilió sentimentalmente con Dios en una segunda versión y pidió durante todo un siglo su canonización, tratándole en cierto modo como el perio-

dismo inglés ha tratado a aquel enemigo cómico de los dioses, a Punch. El *Don Juan* de Molière da un salto atrás hacia el original en punto a impenitencia; pero en cuanto a devoción, se diferencia mucho de él. Es verdad que también se propone enmendarse, pero ¡de qué manera! *Oui, ma foi, il faut s'amender. Encore vingt ou trente ans de cette vie-ci, et puis nous songerons à nous.*

Después de Molière vino el artista mago, el maestro de maestros, Mozart, que revela el espíritu del personaje en mágicas armonías, sonidos élficos, en ritmos sublimes y fulgurantes como exhalaciones estivales hechas perceptibles al oído. Aquí tenemos la libertad en el amor y la moralidad burlándose exquisitamente de las trabas que se les quiere imponer, y nos interesa, nos atrae, nos seduce, nos obliga, sin que podamos explicárnoslo, a colocar al héroe, con su enemigo el Comendador hecho estatua, en un plano transcendental, dejando a la hija gazmoña y su necio amante en una vitrina aquí abajo para que vivan luego virtuosamente hasta el fin de sus días.

Después de estas obras completas, el fragmento de Byron no tiene gran valor desde el punto de vista filosófico. Desde dicho punto de vista, nuestros libertinos vagabundos no son más interesantes que los marineros que tienen una mujer en cada puerto; y el personaje de Byron, después de todo, no es más que un calavera trashumante. Además es mudo, no disputa con un Sganarelle-Leporello o con los padres o los hermanos de sus amantes, ni siquiera cuenta su propia historia como Casanova.

En realidad no es, ni mucho menos, un verdadero Don Juan, pues no es más enemigo de Dios que cual-

quier joven romántico y aventurero amigo de diversiones. Si usted o yo hubiésemos estado en su lugar, ¿quién sabe si no hubiésemos hecho lo mismo que él, a menos que usted, con sus remilgos, hubiese evitado las redes de la Emperatriz Catalina? Byron tenía tan poco de filósofo como Pedro el Grande; los dos fueron ejemplares de esa variedad rara y útil, pero inedificante, a la que pertenece el genio enérgico, nacido sin los prejuicios ni las supersticiones de sus contemporáneos. La resultante libertad de pensamiento, desprovista de todo escrúpulo, hizo a Byron mayor poeta que Wordsworth, lo mismo que hiciera a Pedro mayor monarca que Jorge III; pero como en definitiva no fué sino una calidad negativa, no impidió a Pedro ser un canalla asombroso y un archicobarde, y a Byron le incapacitó para llegar a ser una fuerza religiosa, como Shelley. Descartemos, pues, el *Don Juan* de Byron.

El *Don Juan* de Mozart es el último Don Juan verdadero, pues en la época en que logró aceptación, su primo *Fausto*, en manos de Goethe, se había hecho lugar y llevado su pelea y su reconciliación con los dioses mucho más allá de los asuntos amorosos, al terreno de la política y de los descubrimientos geográficos y al reconocimiento de un principio femenino eterno en el Universo. El *Fausto* de Goethe y el *Don Juan* de Mozart fueron las últimas palabras del siglo XVIII sobre el asunto; y entonces los repulidos críticos del siglo XIX, prescindiendo de William Blake, con la misma superficialidad que los del XVIII habían prescindido de Hogarth, o los del XVII de Bunyan, habían dejado el paso franco al teatro de Dickens-Macaulay y Dumas-Guizot y Stendhal-Meredith-Turguenief, y se hallaron en presencia de creaciones filosóficas escritas por hombres como Ibsen y

Tolstoy. A partir de este momento, Don Juan cambió de sexo, llegando a ser Doña Juana, escapándose de *La casa de una muñeca* y afirmando su propia individualidad, en vez de contentarse con el papel de comparsa en un espectáculo moral.

Ahora no está mal que usted, a principios del siglo xx, me pida una obra escénica con Don Juan de protagonista; pero, por lo que precede, habrá visto que Don Juan, desde hace más de un siglo, está fuera de lugar, para usted y para mí. Y si hay millones de personas menos ilustradas que se hallan todavía en el siglo XVIII, ¿no tienen a Molière y Mozart, cuyo arte no puede ser superado por nadie? Se reiría usted de mí si a estas fechas le presentara una pieza en la que figuraran desafíos y espíritus y mujeres «femeniles». En cuanto a libertinaje a secas, sería usted el primero en recordarme que el *Festín de Pierre*, de Molière, no es una obra para enamoradizos, y que un solo compás de la sentimentalidad voluptuosa de Gounod o Bizet aparecería como una mancha licenciosa en la partitura de *Don Giovanni*. Hasta los papeles más abstractos del asunto de *Don Juan* son anacrónicos en extremo. Por ejemplo, el antagonista sobrenatural de Don Juan precipita, a los que se niegan al arrepentimiento, en lagos de lava hirviendo, donde son atormentados por diablos con cuernos y rabos. De tal antagonista y tal concepto del arrepentimiento, ¿qué queda que podría yo aprovechar en una pieza dedicada a usted?

Por otra parte, aquellas fuerzas de la opinión pública, de la clase media, que apenas existían para un noble de España en los tiempos del primer Don Juan, ahora imperan en todas partes. La sociedad civilizada es una vasta burguesía, y ningún noble tiene derecho a ofender

a un verdulero. Las mujeres, «marquesas, princesas, camareras y ciudadanas», y todas, han llegado a ser igualmente peligrosas: el sexo es agresivo, poderoso, y cuando las mujeres son ofendidas, no suelen agruparse patéticamente en coro para cantar

Protegga il giusto cielo,

sino que acuden a formidables armas legales y sociales y aplican la pena del Talión. Los partidos políticos se hacen trizas y las carreras públicas se malogran por una sola indiscreción. Más le valdría a un hombre tener que cenar con todas las estatuas de Londres, con lo feas que son, que ser citados a juicio por Doña Elvira ante el tribunal de la Iglesia anglicana. La excomunión ha llegado a ser una cosa tan seria como en el siglo x.

En resumidas cuentas: ya el hombre, en la lucha de los sexos, no sale vencedor como Don Juan. Se puede dudar, por cierto, que lo haya sido realmente alguna vez. De todos modos, la enorme superioridad de la situación natural de la mujer en este asunto, se hace cada vez más evidente. Don Juan no se atrevería hoy día a coger de la barba a la Nonconformist Conscience (1), como coge de la barba a la estatua del Comendador en el convento de San Francisco; la prudencia, así como la buena educación, lo prohiben a un personaje que esté en su sano juicio. Es la barba del propio Don Juan la que corre peligro de ser agarrada. Lejos de recaer en la hipocresía, como temía Sganarelle, inopinadamente descubrió una moral en su inmoralidad. La creciente conciencia de su nuevo punto de vista acumula responsabi-

(1) Asociación clerical política.—*(N. del T.)*

lidad sobre él. Sus antiguas burlas tiene que tomarlas tan en serio, como tengo que tomar en serio las burlas del señor W. S. Gilbert. Su escepticismo, antes su defecto menos tolerado, ahora ha triunfado tan completamente, que ya no puede seguir imponiéndose con negaciones agudas y tiene, a la fuerza, para evitar ser un mero número, que encontrar una actitud afirmativa. Sus mil y tres lances amorosos, al reducirse, a lo más, a dos intrigas incompletas que le traen un sin fin de complicaciones y humillaciones ruines, han sido descartadas en conjunto como inadecuadas a su dignidad filosófica y comprometedoras de su recién adoptada actitud como fundador de una escuela. En vez de querer leer a Oviedo, actualmente lee a Schopenhauer y Nietzsche, estudia a Westermarck y se interesa por el porvenir de la raza en vez de aspirar a la libertad de sus instintos. Así sus aires de facineroso y calavera se han ido por donde su espada y su mandolina; es decir, a la trastera de los anacronismos y las supersticiones.

En realidad, hoy es más Hamlet que Don Juan, porque, aunque las palabras puestas en labios del actor para indicar al público de las butacas que Hamlet es un filósofo sean, en su mayor parte, meras vulgaridades armoniosas que, con un ligero deterioro de la eufonía, serían más propias de Pecksniff, aun si se prescinde del verdadero héroe, inarticulado e ininteligible para él mismo, excepto en algunos raptos de inspiración de la persona del actor, que a toda costa ha de hablar durante cinco actos; y si también hace uno lo que siempre debe hacerse con las tragedias de Shakespeare, es decir, descartar los absurdos y sensacionales incidentes y violencias físicas del asunto de procedencia ajena y distinguirlos de la creación genuinamente shakespeariana, se logrará un

verdadero, prometeico adversario de los dioses, cuya actitud instintiva para con las mujeres se asemeja mucho a la que ahora Don Juan se ve impulsado a adoptar. Desde este punto de vista, Hamlet fué un Don Juan evolucionado al que Shakespeare desacreditó como hombre decente, lo mismo que infamó al pobre Macbeth como asesino. Hoy día ya no hace falta la infamación (por lo menos para personas como usted y yo), porque el donjuanismo ya no se confunde con el casanovismo. El mismo Don Juan es casi ascético en sus anhelos de evitar esa confusión, y así, mi intento de modernizarle, colocándole como caballero inglés contemporáneo en un moderno ambiente inglés, ha producido una figura al parecer completamente distinta del héroe de Mozart.

Con todo, no tengo el valor de desanimarle del todo para que no vuelva a echar una mirada al *Dissoluto Punito,* de Mozart, y a su antagonista la estatua. Estoy seguro de que le gustaría a usted saber más de esa estatua para sacarla cuando estuviera disponible, por decirlo así.

Para complacerle he recurrido al conocido truco de los cómicos de la legua, que representan la pantomima de *Simbad el Marino* con decoraciones de lance hechas para *Ali Baba*. Vierten sencillamente unos cuantos botes de aceite en el valle de diamantes, y así cumplen con las promesas hechas en los carteles. He adaptado el cómodo sistema a nuestro caso, introduciendo en mi pieza de tres actos, perfectamento moderna, un acto suplementario totalmente heterogéneo, en el que el protagonista, embrujado por el aire de la sierra, tiene un ensueño en el que su antepasado mozartiano aparece y ensarta largas teorías filosóficas, en diálogo shavio-socrático, con la señora, la estatua y el diablo.

*

Pero esta broma no es la esencia de la obra. Sobre esta esencia no tengo yo autoridad. Usted propuso cierta substancia social, la atracción sexual que puede ejercer la inteligencia, como asunto dramático, y me atuve a sus indicaciones. No adulteré el producto con afrodisíacos, ni lo diluí con agua romántica, porque estoy meramente ejecutando su encargo y no componiendo una obra popular para el mercado. Por eso mismo (a menos que, como casi todos los hombres sabios, usted lea primero la obra y después el prefacio) debe usted prepararse a presenciar una historia fingida, arrancada de la vida moderna de Londres, en la que, como usted sabe, el principal afán del hombre corriente es buscar los medios para sostener su posición y sus costumbres de caballero, y el afán de la mujer corriente es casarse.

En 9.999 casos, de 10.000, puede uno estar seguro de que no harán nada, lo mismo da que sean nobles como plebeyos, que esté en contradicción con estos fines; y esta línea de conducta constituye su religión, su moralidad, sus principios, su patriotismo, su reputación, su honor, y así sucesivamente.

En su totalidad, ello es una base razonable y satisfactoria para la sociedad. El dinero supone alimentación, y el matrimonio supone hijos, y el que los hombres antepongan a todo el sustento y las mujeres antepongan a todo los hijos, es, hablando en general, la ley de la Naturaleza y no el dictado de la ambición personal. El secreto del éxito del hombre prosaico, tal como es, estriba en la sencillez con que persigue estos fines, y el secreto del fracaso del hombre artístico, cuando existe, es la versatilidad, con la que anda en todas direcciones en pos de ideales secundaríos. El artista es o un poeta o un bohemio. Como poeta, no puede, al igual del hombre

prosaico, ver que la caballerosidad no es, en el fondo, sino un suicidio romántico; como bohemio, no puede ver que da mal resultado mendigar y «sablear», mentir y blasonar, y descuidar su persona. Por eso no vaya usted a malentender mi franca opinión sobre la constitución fundamental de la sociedad de Londres, como el reproche de un irlandés a su nación. Desde el día en que por primera vez senté el pie en este suelo extranjero, conocí el valor de las calidades prosaicas, de las que los irlandeses enseñan a los ingleses a avergonzarse, lo mismo que conocí la vanidad de las calidades poéticas, de las que los ingleses enseñan a los irlandeses a enorgullecerse.

Porque el irlandés, instintivamente, rebaja la calidad que hace al inglés peligroso para él; y el inglés, instintivamente, lisonjea el defecto que hace al irlandés inofensivo y divertido para él. Lo que no se puede tolerar en el inglés prosaico, es lo mismo que no se puede tolerar en los hombres prosaicos de todos los países: la estupidez. La vitalidad que coloca la alimentación y la reproducción en primer lugar; el infierno y el cielo en un segundo plano algo remoto, y el bien de la sociedad como conjunto orgánico, en ningún lugar, tendrá su razón de ser en organizaciones sociales primitivas; pero en las naciones del siglo XIX y los imperios del siglo XX, el anhelo de todo hombre por ser rico a toda costa y de toda mujer por casarse a toda costa, debe, sin una organización social altamente científica, producir un ruinoso desarrollo de la pobreza, la soltería, la prostitución, la degeneración y otras cosas que asustan a los hombres juiciosos. En resumidas cuentas: no hay porvenir para quienes, aun rebosando vitalidad bruta, no tengan bastante inteligencia ni suficiente educación política para ser socia-

listas. Así, pues, no me entienda mal tampoco en otro sentido, preguntándose, ya que aprecio las calidades vitales del inglés lo mismo que aprecio las calidades vitales de la abeja, si no aseguro al inglés contra el ser expulsado de su morada por la fumigación, como la abeja (o el canaanita), y despojado de su miel por seres inferiores a él en cuanto a adquisividad, combatividad y fecundidad, pero superiores en cuanto a imaginación y listeza.

El drama de Don Juan, de todos modos, tiene que tener por base la atracción sexual y no la cuestión de la alimentación, y tiene que exponer el problema en una sociedad en que la cuestión sexual se deja a las mujeres, como la del sustento se deja a los hombres. Es verdad que los hombres, para precaverse contra una táctica demasiado agresiva por parte de las mujeres, han establecido una débil convención romántica según la que la iniciativa en asuntos sexuales siempre debe partir del hombre; pero la pretensión es tan inconsistente que hasta en el teatro, ese último santuario de la irrealidad, sólo engaña a las personas sin experiencia.

En las obras de Shakespeare siempre son las mujeres las que toman la iniciativa. En sus piezas de tesis, así como en sus piezas populares, el interés amoroso es el interés de ver a la mujer cazar y capturar al hombre. Ella procede en ello ya como Rosalinda, a fuerza de zalamerías, ya como Mariana, por tretas; pero, en todos los casos, la relación entre hombre y mujer es la misma: ella es la que persigue e intriga; él es el que es perseguido y zarandeado. Cuando ella fracasa en sus intentos, como Ofelia, se vuelve loca y se suicida, y el hombre, después de su entierro, va derecho a un duelo de esgrima. Sin duda, la Naturaleza, tratándose de gente

muy joven, puede ahorrar a la mujer el trabajo de forjar planes. Así, Próspero sabe que no tiene más que dejar que Fernando se acerque a Miranda para que se unan como una pareja de palomas, y no necesita Perdita capturar a Florizel, como la señora doctora, en *Todo está bien cuando acaba bien* (una heroína ibseniana anticipada), captura a Beltrán. Pero todos los casos en que se trata de gente de edad más madura, confirman la ley de Shakespeare. La única excepción que parece existir, la de Petruchio, en realidad no existe: con toda claridad se caracteriza el personaje como un cazador de dote puramente comercial. Tan pronto como adquiere el convencimiento de que Catalina tiene dinero, decide casarse con ella antes de haberla visto. En la vida real encontramos no solamente a Petruchios, sino a Montalinis y Dobbines que persiguen a mujeres apelando a su compasión o sus celos o su vanidad, o se agarran de ellas de un modo románticamente absurdo. Estos afeminados no cuentan para nada en el plan de la Naturaleza; el mismo Bunsby, cayendo cual pájaro fascinado en las fauces de mistress Mac Stinger, es, por comparación, un verdadero objeto trágico de compasión y terror. Encuentro en mis propias obras escénicas que la Mujer, proyectándose dramáticamente por obra de mi espíritu (una operación sobre la que le aseguro a usted no tengo más verdadero mando que sobre mi mujer), se porta exactamente lo mismo que la *Mujer* se porta en las obras de Shakespeare.

Y así, el Don Juan de usted ha venido a ser como una proyección teatral de la tragi-cómica caza erótica del hombre por la mujer, y el Don Juan mío es la presa en vez de ser el cazador. Aun así, es un verdadero Don Juan, con un sentido de la realidad que desconcierta al

convencionalismo, desafiando hasta lo último a la fatalidad, que finalmente le arrolla. La necesidad que la mujer tiene de él para poder cumplir con el mandato más urgente de la Naturaleza, no prevalece contra él hasta que su resistencia topa con la energía de ella, elevada a un grado en que ella se atreve a renunciar a sus habituales explotaciones de las aptitudes convencionales de cariño y sacrificio y le reclama por derecho natural para un fin que supera en mucho los fines mortales de ambos.

Entre los amigos a los que he leído esta obra en el manuscrito, hay algunos de nuestro sexo que se escandalizan por la «completa falta de escrúpulos» con que la mujer persigue sus propósitos, sin reparar en las condiciones del hombre al que han elegido como víctima. No se les ocurre a esos señores que si las mujeres fuesen tan exigentes y difíciles de contentar como los hombres, moral y físicamente, ello traería consigo el fin de la raza. ¿Hay algo más indigno que imponer a los demás un trabajo necesario y luego menospreciarlos como viles y bastos? Nos reímos de la altanera nación norteamericana, porque hace que el negro tenga que limpiarle las botas, y luego demuestra la inferioridad moral y física del negro por el hecho de que es un limpiabotas; pero nosotros mismos echamos sobre los hombros de la mujer toda la molestia de la reproducción, y luego declaramos que ninguna mujer de sentimientos delicados debiera tomar la iniciativa en tan intrincado asunto. En esto la hipocresía masculina no conoce límites.

Es cierto que hay momentos en que por sus propias inmunidades sexuales humillan profundamente al hombre. Cuando llega el terrible momento del nacimiento, la suprema importancia del mismo y sus sobrehumanos

esfuerzos y peligros, en los que el padre no tiene parte, le relegan a la más completa insignificancia. Se aparta como avergonzado de la mujer más humilde, dichoso si es bastante pobre para que sus ocupaciones le obliguen a trabajar fuera de su casa y luego ahogar su ignominia en la taberna o el café. Pero cuando la crisis pasó toma su revancha, blasonando de ser él quien gana el pan y hablando de las «labores del sexo» con condescendencia y hasta con caballerosidad, como si la cocina y el cuarto de los niños fuesen menos importantes que la oficina y el taller. Cuando esos aires de superioridad se agotan, se entrega a la poesía amorosa o al sentimentalismo del cariño a la esposa, y del Rey Arturo, de Tennyson, arrastrándose ante Dulcinea. Tiene usted que admitir que aquí la Naturaleza deja muy atrás a la Comedia, pues la farsa hominista o feminista más atrevida resulta insípida al lado del más vulgar «trozo de vida».

La idea de que la mujer no toma la iniciativa forma parte de la farsa. Porque el mundo entero está sembrado de lazos, trampas, redes y callejas para la captura de los hombres por las mujeres. Dad a las mujeres el derecho del sufragio, y dentro de cinco años habrá una contribución aplastante para los solteros (1). Los hombres, por otra parte, imponen penalidades al matrimonio, espoliando a las mujeres de sus bienes, de su libertad, del libre uso de sus miembros, de aquel antiguo símbolo de la inmortalidad: el derecho de quitarse, para su comodidad, el sombrero en la casa de Dios; de cuanto puede obligar a la mujer a pasarse sin ello, sin obligarse a sí mismo a pasarse sin ella. Todo en vano. La mujer tiene que casarse, porque sin ello tendría que perecer la raza.

(1) La profecía de Shaw se ha cumplido en varios países.—(*N. del T.*)

Cuando el riesgo de la muerte y la seguridad del sufrimiento, el peligro e indecibles incomodidades no pueden hacerla desistir de su propósito, menos lo podrán la esclavitud y las piernas trabadas (1). Y con todo, nos consta que la fuerza que impulsa a las mujeres hacia todos esos peligros y trabajos, se pára avergonzada ante lo artificioso de nuestro comportamiento con las señoras jóvenes. Está admitido que la mujer debe esperar hasta que alguien la pretenda. Es más: ella muchas veces espera sin razón. Es decir, del mismo modo que la araña espera a la mosca. Pero la araña teje su tela. Y si la mosca, como mi personaje, demuestra tener una fuerza que promete desenredarle, ¡cuán pronto abandona ella su actitud pasiva, y sin reparo le enreda todo lo que puede hasta que le tiene cogido y apresado para siempre!

Si los libros realmente impresionantes y otras obras de arte se hicieran por hombres ordinarios, expresarían más miedo a los enredos de la mujer que amor por su ilusoria hermosura. Pero los hombres corrientes no pueden producir obras de arte realmente impresionantes. Los que pueden son hombres de ingenio, es decir, hombres seleccionados por la Naturaleza para efectuar la obra de construir una conciencia intelectual del propio propósito instintiva de ella. Por lo tanto, observamos en el hombre de ingenio toda la falta de escrúpulos y todo el sacrificio de sí mismo (las dos cosas son la misma) de la mujer. Se expondrá a ser ahorcado o crucificado; a morirse toda la vida de hambre en un cuchitril, si hace falta; estudiará a las mujeres y vivirá a expensas del trabajo y el cuidado de ellas, como Darwin estudió a las

---

(1) Hoy día, como es sabido, no conocen traba las piernas de las mujeres.—(*N. del T.*)

lombrices y vivió a expensas de las ovejas; se destrozará los nervios a fuerza de trabajar sin remuneración, sublime altruísta en su desconsideración hacia sí mismo, atroz egotista en su desconsideración hacia los demás. Aquí la Mujer cumple un propósito tan impersonal, tan irresistible como el suyo propio; y el choque es a veces trágico. Cuando se complica el caso por ser el genio una mujer, entonces sólo un rey de los críticos puede hallarle explicación. Jorge Sand llega a ser madre para adquirir experiencia aprovechable en su labor de novelista y para perfeccionarse, y se traga a los hombres de ingenio, los Chopin, los Musset y otros, como meros *hors d'œuvres*.

Claro está que cito el caso extremo; pero lo que es verdad para el gran hombre en que se encarna la conciencia filosófica de la Vida y para la mujer en que se encarna la fecundidad, es verdad en algún grado para todos los ingenios y todas las mujeres. De ahí que los libros son escritos, los cuadros son pintados, las estatuas son modeladas y las sinfonías compuestas por personas que están libres de la tiranía del sexo, en otros tan ineluctable. Lo que nos lleva a la conclusión, extraña para el vulgo, de que el arte, en vez de ser antes que todo la expresión de una situación sexual normal, es realmente el único terreno en el que el sexo es un poder superado y secundario, con su conciencia tan confusa y su propósito tan pervertido, que sus ideas son meras fantasías para el común de los hombres. Que el artista sea poeta o filósofo, moralista o fundador de una religión, su doctrina sexual no es más que un estéril alegato en favor del placer y la excitación y el conocimiento cuando es joven, y en favor de la tranquilidad contemplativa cuando es viejo y está harto. La poesía y el ascetismo,

el amorismo y el puritanismo, son en igual modo irreales en la gran comunidad de los filisteos.

El mundo, tal como nos lo enseñan los libros, ya éstos sean epopeyas confesadas o evangelios profesados, o como los códigos, los discursos políticos o los sistemas filosóficos, no es el mundo entero, ni mucho menos: es solamente la auto-conciencia de ciertas personas anormales que tienen el específico talento y temperamento artísticos. Esto es asunto serio para usted y para mí, porque el hombre cuya conciencia no corresponde a la de la mayoría, es un loco, y la antigua costumbre de reverenciar a los locos se convirtió en la de encerrarlos. Y puesto que lo que llamamos instrucción y cultura no es en su mayor parte sino lectura en vez de experiencia, literatura en vez de vida, ficciones anticuadas en vez de realidad actual, la instrucción, como seguramente habrá usted observado en Oxford, destruye, por suplantación, a todo espíritu que no esté bastante fuerte para ver al través de la impostura y de emplear a los grandes maestros del Arte como lo que realmente son y nada más; es decir, patentados de métodos de pensar, altamente cuestionables, y fabricantes de representaciones de la vida también altamente cuestionables y, para la mayoría, poco valederas.

El estudiante que emplea su Hómero para tirarlo a la cabeza de su condiscípulo, tal vez lo emplea del modo más seguro y racional posible, y me complazco en observar que usted, en ocasiones, hace lo mismo, en su edad lozana, con su Aristóteles.

Afortunadamente para nosotros, cuyas mentes han sido tan completamente sofisticadas por la literatura, lo que producen todos esos tratados y poemas y escritos de una y otra clase, es la lucha de la Vida por hacerse

consciente de sí misma en vez de ciegamente vacilante, por aquí y por allá, en la línea de menos resistencia. De ahí que hay una tendencia por buscar la verdad en todos los libros que tratan de cosas respecto de las que el autor, aunque sea de un talento excepcional, esté normalmente constituído y no tenga intereses particulares que defender.

Copérnico no tenía motivos para querer engañar a sus contemporáneos sobre el lugar del sol en el sistema solar; lo buscaba con tanta sinceridad como un pastor busca su camino en medio de la niebla. Pero Copérnico no hubiera escrito científicamente historias de amor. Cuando llega el caso de las relaciones sexuales, el hombre de ingenio no comparte el peligro del hombre corriente de ser capturado, ni la mujer genial la especialización conmovedora de la mujer corriente. Y por eso es por que nuestros escritos y otras obras de arte, cuando tratan del amor, después de honrados esfuerzos por no rebasar las leyes científicas, se vuelven románticamente absurdos y caen en la éxtasis erótica o en el sombrío ascetismo de la sociedad («el camino del exceso lleva hacia el palacio de la sabiduría», que dijo William Blake, porque «nunca se sabe lo que es bastante si se ignora lo que es más que bastante»).

Hay un aspecto político de esta cuestión sexual, que no cabría dentro de la comedia, pero tiene demasiada importancia para que con culpable ligereza pase yo por encima de él.

Es imposible demostrar que la iniciativa en los tratos sexuales pertenezca a la Mujer y le haya sido adjudicada, desde que se suprimió el rapto y cesó la reclusión de las muchachas núbiles, sin ser llevado a muy serias reflexiones sobre el hecho de que esa iniciativa es polí-

ticamente la más importante de todas las iniciativas, porque nuestro experimento político de la democracia, el último refugio del desgobierno barato, nos arruinará si nuestros ciudadanos carecen de cultura.

Cuando nacimos los dos, este país todavía estaba bajo el mando de una clase selecta producto de casamientos políticos. La clase comercial no había entonces todavía cumplido los primeros veinticinco años de su nueva participación en el poder político, y ella misma se seleccionaba por efecto de las fluctuaciones de las fortunas y se producía, si no por casamientos políticos, por lo menos por enlaces rigurosamente determinados por la posición de los contrayentes. Son todavía la aristocracia y la plutocracia las que suministran los prohombres políticos, pero éstos ahora dependen de los votos de las clases promiscuamente engendradas. Y eso, fíjese, en el mismo momento en que el problema político, habiendo dejado de significar una intervención muy limitada y fortuita, principalmente por la ocupación de empleos públicos, en la mala administración de una isla, si bien fuerte, de poca extensión y dividida en parroquias, con guerras dinásticas sin sentido, ha llegado a ser la reorganización industrial de la Gran Bretaña, la construcción de un estado económico y político beneficioso prácticamente internacional y la repartición de toda Africa, y quizás de toda Asia, por las potencias civilizadas.

¿Puede usted creer que la gente, cuyas concepciones de la sociedad y la conducta, cuyo poder de atención y tensión de intereses se reflejan en el teatro inglés como se conoce hoy día, pueda por sí misma efectuar tan colosal tarea o comprender y sostener a la clase de espíritu y carácter que (por lo menos comparativamente) es ca-

paz de efectuarla? Porque acuérdese: lo que nuestros votantes son en el patio de butacas y el paraíso lo son también delante de las urnas del sufragio. Estamos ahora todos bajo la a que llamó Burke «cochina multitud». El lenguaje de Burke ofendió a muchos, porque los que se creyeron aludidos lo tomaron como alusión personal e insulto dirigido a toda una clase. La aristocracia, a la que él defendía, a pesar de los casamientos políticos por los que trataba de asegurarse sucesión, tenía una mentalidad debilitada por la educación recibida de nuestros maestros e institutrices, un carácter corrompido por un lujo gratuito, un respeto de si mismos adulterado por la bajeza y las adulaciones de los sirvientes. No está mejor la cosa hoy día y no lo estará nunca. Nuestros verdaderos labriegos tienen una moralidad algo más recia que a veces se exterioriza y culmina en un Bunyan, un Burns o un Carlyle.

Pero observe usted; esta aristocracia, que fué substituída en el poder desde el 1832 al 1885 por la clase media, ha vuelto a imperar por los votos de la «cochina multitud». Tom Paine ha triunfado sobre Edmund Burke; y los cochinos son ahora electores a los que se solicita y mima.

¿A cuántos de su propia clase tienen esos electores ocupando un sitio en el Parlamento? Escasamente una docena entre 670, y debido a sus extraordinarias calidades y dotes de elocuencia popular. La multitud así juzga a sus propias unidades: se supone a sí misma incapaz de gobernar y sólo vota un hombre transfigurado intelectual y morfológicamente por sus estudios jurídicos y frecuentación del foro, por la habilidad de su sastre, por el prestigio de parentesco aristocrático. Bien; nosotros dos conocemos a esos hombres metamorfosea-

dos, esos aprobados en los exámenes, esos bien trajeados portadores de monóculo, esos deportistas a los que los años traen el *golf* en vez de la sabiduría, esos plutocráticos productos de los negocios «hechos a pulso». No se sabe si llorar o reir ante la idea de que ellos, ¡pobres diablos!, quieren dirigir una reata de continentes como guían un atalaje de cuatro caballos, transformar una atropelladora anarquía de comercio y especulación azarosa en una productividad ordenada, y unir a nuestras colonias de modo que formen una potencia mundial de primera magnitud. Dad a esa gente la más perfecta Constitución política y el más lógico programa político que la benévola omnisciencia pueda imaginar para ella, y lo transformarán en una mera mamarrachada elegante o en una beneficencia santurrona, tan seguramente como un salvaje convierte a la teología filosófica de un misionero escocés en ruda idolatría africana.

No sé si a usted le han quedado algunas ilusiones respecto de la instrucción, el progreso, etc. Por mi parte no tengo ninguna. Cualquier panfletista puede enseñar el camino de mejorar; pero cuando no hay voluntad no hay remedio. Mi ama seca gustaba de decir que de la oreja de una cerda no se puede hacer un bolso de seda, y cuanto más observo los esfuerzos de nuestras iglesias y universidades y nuestros sabios literatos por levantar a las masas hasta su propio nivel, tanto más convencido estoy de que mi ama estaba en lo cierto. El progreso no puede sino hacer de todos nosotros el máximum posible, y ese máximum seguramente no sería lo bastante, aun cuando los ya emergidos de los más profundos abismos dejaran a los demás tener la misma probabilidad. En la cuestión de la herencia, la certeza de que las calidades adquiridas casi no cuentan como factores prác-

ticos transmisibles, ha destruído las esperanzas de los educacionistas, así como los terrores de los que creen en la degeneración, y ahora sabemos que no hay «clase gobernante» hereditaria, lo mismo que no hay rebeldía hereditaria.

Tenemos que criar capacidad política, so pena de arruinarnos por la democracia, la que se nos ha impuesto por haber fracasado los antiguos regímenes. Si, pues, el despotismo falló sólo por falta de un déspota capaz y benévolo, ¿qué probabilidad tendrá la democracia que necesita a toda una población de votantes capaces, es decir, de críticos políticos que, si no pueden gobernar en persona por falta de energía reservada o de especial talento para administrar, pueden, por lo menos, reconocer y apreciar la capacidad y la benevolencia en otros y así gobiernan por representantes capaces y benevolentes? ¿En dónde se encontrará hoy día a tales votantes? En ninguna parte. Las uniones promiscuas han producido una debilidad de carácter que es demasiado tímida para enfrentarse con la plena necesidad de una lucha por la existencia absolutamente basada sobre la competición, y demasiado perezosa y descuidada para organizar cooperativamente el bien común. Siendo cobardes, anulamos los efectos de la selección natural so capa de la filantropía; siendo indolentes, nos descuidamos de la selección natural bajo el pretexto de delicadeza y moralidad.

Con todo, necesitamos tener un cuerpo electoral compuesto de personas capaces y que sepan distinguir. De no ser así, pereceremos como perecieron Roma y Egipto. En este momento la decadente fase de Roma en la que el pueblo pedía *panem et circenses,* se está inaugurando entre nosotros. Nuestros periódicos y melodramas

están gastando mucha fraseología acerca de nuestros destinos imperiales; pero nuestras miradas y nuestros corazones se vuelven ansiosos hacia los millonarios americanos. En cuanto se meten la mano en el bolsillo, ya estamos cogiendo con la nuestra el ala del sombrero, como instintivamente.

Nuestra prosperidad ideal no es la prosperidad del Norte industrial, sino la prosperidad de la isla de Wight, de Folkstone y de Rawsgate, de Niza y de Montecarlo. Esa es la única prosperidad que se ve en el escenario, en el que los trabajadores todos son lacayos, doncellas, patronos cómicos de huéspedes y artistas de moda, mientras los héroes y las heroínas son personas inmensamente ricas y comen gratuitamente, como los caballeros en la novela de Don Quijote. Los periódicos de la City disparatan sobre la competencia entre Bombay y Mánchester, y así sucesivamente. La competencia que realmente existe es la entre la Regent Street y la Rue de Rívoli, entre Brighton y la costa Sur y la Riviera, con miras al dinero de los turistas americanos.

¿Qué significa toda esa creciente afición a las recepciones suntuosas, esa efusiva confraternidad, esos saludos y vivas al agitarse las banderas o al disparar los cañones de un acorazado? ¿Imperialismo? Ni pizca. Obsequiosidad, servilidad, ansiedad ante el sonido del dinero. Cuando míster Carnegie sonó sus millones en sus bolsillos, Inglaterra entera se arrastró a sus pies con afán desordenado. Sólo cuando Rhodes (que probablemente había leído mi *Socialismo para millonarios)* aseguró que ningún holgazán heredaría sus bienes, las espinas dorsales dobladas se enderezaron, desconfiadas, por un momento. ¿Sería posible que el rey de los diamantes, después de todo, no fuera un caballero? Pero no; no ha-

bia que hacer caso de la humorada de un hombre rico. No se habló más de ella, y las espinas dorsales volvieron a inclinarse en la forma que antes.

Le estoy oyendo a usted preguntarme con inquietud si he introducido todas esas reflexiones en una comedia de Don Juan. Nada de eso. Sólo he hecho a mi Don Juan folletista político, y su folleto lo entrego a usted por entero en forma de apéndice. Lo encontrará al final del libro. Siento decir que es práctica común en los novelistas anunciar a su héroe como hombre de extraordinario ingenio y luego dejar al lector imaginar sus hazañas; así que al llegar al final del libro murmura uno para sí, con cierta melancolía, que si no fuera por la previa afirmación del autor, cuesta trabajo creer que aquél obrara siquiera con sentido común. No puede usted acusarme de recurrir a semejante necedad lamentable, a tan débil evasiva. Yo no solamente le digo que mi héroe escribió un manual del revolucionista, sino que le doy dicho libro para que lo lea, para su edificación, si usted gusta. Y en ese manual encontrará expuesta la política de la cuestión sexual tal como yo concibo la entiende el descendiente de Don Juan. Y no es que yo rechace la entera responsabilidad por sus opiniones y las de todos mis personajes, agradables y desagradables. Todas están en lo cierto, desde sus diferentes puntos de vista, y sus puntos de vista son, para el motivo dramático, también los míos. Eso podrá chocar a los que se figuran que existe un punto de vista absolutamente en lo cierto, ordinariamente el suyo. Puede que crean también que nadie que lo dude pueda estar en estado de gracia. Sea de ello lo que sea, lo cierto es que nadie que esté conforme con ellos pueda ser autor dramático, ni conocedor en modo alguno del espíritu bumano. De ahí que se

haya dicho que Shakespeare no tiene conciencia. Tampoco tengo yo, en ese sentido.

Tal vez, sin embargo, me diga usted que esta digresión mía en el terreno político cae por su base ante el hecho bien claramente demostrado de que el artista nunca se coloca en el punto de vista de la generalidad en la cuestión sexual, porque ocupa un plano diferente. Yo primero demuestro que todo lo que escribo sobre las relaciones de los sexos, con seguridad tiende a extraviar las opiniones, y luego me pongo a escribir una comedia sobre Don Juan. Pues bien; si usted insiste en preguntarme el porqué de tan absurda conducta, sólo puedo contestar que usted me pidió la tal comedia, y que, en todo caso, mi modo de tratar el asunto puede que sea valedero para el artista, divertido para el aficionado y, al menos, comprensible y, por lo mismo, sugestivo para el filisteo.

Todo el que conserva en la mente sus ilusiones está preparando datos para la psicología verdaderamente científica que todavía espera el mundo. Yo dejo estampado, valga lo que valiere, mi modo de ver las relaciones existentes de hombres y mujeres, en la sociedad de más alta civilización. Es un modo de ver como cualquiera otro, y nada más, ni verdadero ni falso, pero sí, lo espero, un modo de encararse con el asunto introduciendo en el conocido juego de causa y efectó una suficiente porción de hechos y experiencias para que sea interesante para usted, si es que no interesa al público de los teatros de Londres.

Por cierto que he mostrado poca consideración para dicho público en este cometido, pero sé que está muy bien dispuesto para con usted y conmigo, en cuanto tiene conocimiento de nuestra existencia, y ese público

comprende perfectamente que lo que escribo para usted debe pasar, a considerable altura, por encima de su sencilla romántica cabeza. Como acostumbrado a leer, comprará mis libros y me reconocerá genio, confiando en que he de producir más obras, de tal calidad que pueda resistir la prueba de su juicio. Así podemos los dos explayarnos, a nuestras anchas, en nuestro propio plano, y si algún caballero insinuara que ni esta epístola dedicatoria ni el ensueño de Don Juan en el tercer acto de la comedia es utilizable para un teatro popular, no tenemos que contradecirle. Napoleón procuró a Talma un público de reyes; con qué efecto sobre el trabajo de Talma, no se registró. Por lo que a mí me toca, lo que siempre he deseado es un público de filósofos, y esta obra es para un público tal.

Quisiera mencionar con toda claridad en las páginas que van a continuación a cuantos autores he «fusilado», si pudiese recordarlos a todos. El plagio es evidente en cuanto al bandido poetastro, que es de Conan Doyle, y la transformación de Leporello en Henry Straker, ingeniero conductor de automóvil y «hombre nuevo», es un esbozo dramático intencionado del embrión parejo de Mr. H. G. Wells pintando el porvenir de la activa clase de ingenieros, destinada, como él espera, a finalmente barrer a los charlatanes, fuera del camino de la civilización. Míster Barrie también, mientras estoy corrigiendo mis pruebas, ha venido deleitando a Londres con un tipo de criado que sabe más que sus dueños. La concepción de Mendoza Limited que utilizo se remonta a cierto secretario colonial de las Indias Occidentales, el cual, en una época en que él y yo y Mr. Sidney Webb estábamos haciendo nuestras primeras armas en la política a modo de tres mosqueteros fabianos, sin

sospechar la sorprendente importancia de los resultados que había de dar nuestra actividad, recomendó a Webb, el enciclopédico e inagotable, que formara una compañía para provecho de los accionistas. A Octavio le tomé, sin alterarle, de Mozart, y por la presente autorizo a cualquier actor que haga este papel a que cante (si puede) «*Dolla sua pace*», en cualquiera momento conveniente de la representación. Ana me fué sugerida por la comedia holandesa intitulada *Todo Hombre*, resucitada hace poco tan triunfalmente por Mr. William Poel. Espero que siga explotando ese filón y reconozca que la rimbombante literatura del Renacimiento isabelino es ya insoportable comparada con la poesía medieval, lo mismo que lo es Scribe después de Ibsen. Al ver representar *Todo Hombre* me dije, ¿por qué no *Toda Hembra*?, y el resultado fué crear a Ana. No toda hembra es Ana, pero Ana es toda hembra.

Es que el autor de *Todo Hombre* no fué un mero artista, sino un artista filósofo, y el que los artistas filósofos son la única clase de artistas que yo tomo del todo en serio, no es una novedad para usted. Hasta Platón y Boswell, como dramaturgos que inventaron a Sócrates y al doctor Johnson, me causan impresión más honda que los autores dramáticos románticos. Tiempo ha, siendo niño, respiré el aire de las regiones transcendentales asistiendo a una representación de *Zaubertflöte*, de Mozart, y siempre desde entonces he estado inmune contra los esplendores de relumbrón y excitaciones alcohólicas de las combinaciones escénicas ordinarias, sentimentalismos falsos, hazañas policíacas y cosas por el estilo. Bunyan, Blake, Hogarth y Turner (estos cuatro primero y por encima de todos los clásicos ingleses), Goethe, Shelley, Schopenhauer, Wágner, Ibsen, Morris, Tolstoy

y Nietzsche son, entre los escritores, los cuyo peculiar sentido del mundo reconozco como más o menos análogo al mío. Fíjese bien en la palabra «peculiar». Leo a Dickens y Shakespeare sin avergonzarme ni limitarme, pero sus fecundas observaciones y demostraciones respecto de la vida no se coordinan dentro de ninguna filosofía o religión. Al contrario, las premisas sentimentales de Dickens son contradichas por sus observaciones, y el pesimismo de Shakespeare es sólo su naturaleza humana herida. Los dos tienen el genio específico del imaginativo y las comunes simpatías, en alto grado, del sentir y pensar humano. Son a veces más razonables y agudos que los filósofos, lo mismo que Sancho Panza era con frecuencia más razonable y agudo que Don Quijote.

Despejan grandes masas de gravedad opresionante, con su sentido del ridículo, que no es, en el fondo, sino una combinación de sano juicio moral con franco buen humor. Pero su mente abraza las diversidades del mundo en vez de enfocar sus unidades. Son tan irreligiosos que explotan a la religión popular para sus propósitos profesionales, sin delicadeza ni escrúpulo (por ejemplo, Sydney Carton, y el espíritu en *Hamlet*). Son anárquicos y no pueden parangonar sus semblanzas de Angelo y Dogberry, sir Leicester Dedlock y Mr. Tite Barnacle con ningún retrato de un profeta o de un digno pastor de multitudes. No tienen ideas constructivas; tienen a los que las tienen por fanáticos peligrosos; en todas sus ficciones no hay pensamiento director ni inspiración por la que cualquier hombre pudiera en modo alguno correr el riesgo de perder su sombrero por una ráfaga de aire, no digamos la vida. Los dos por igual se ven obligados a tomar prestados motivos, para las acciones más esfor-

zadas de sus personajes, al común acervo de los engendros melodramáticos. Tanto que Hamlet tiene que ser estimulado por los prejuicios de un policía y Macbeth por las codicias de un salteador. Dickens, sin la excusa de tener que fabricar motivos para Hamletes y Macbethes, innecesariamente remolca su tripulación hacia abajo por el río de sus publicaciones mensuales por medio de trucos mecánicos que le dejo a usted el cuidado de describir, ya que mi propia memoria está enteramente confusa por cuestiones como la de Monks en Oliver Troist, o la de la parentela hace tanto tiempo perdida de Smicke, o la de las relaciones entre las familias de Dorrit y Clennam, tan inoportunamente descubiertas por monsieur Rigaud Blandois.

La verdad es que el mundo, para Shakespeare, fué un gran escenario de chiflados en el que él se trastornaba enteramente. No pudo en modo alguno descubrirle un sentido a la vida; y Dickens se salvó de la desesperación del ensueño en *El Carillón* tomando al mundo tal como es y distrayéndose con la observación de sus detalles. Ninguno de los dos pudo hacer algo con un serio carácter positivo. Supieron colocar ante nuestros ojos cualquier figura humana con perfecta verosimilitud; pero cuando era llegado el momento de moverla y hacerla vivir, se encontraba con que, a menos que los hiciera reir, tenían en manos un muñeco y era forzoso inventar algún estímulo artificial externo para moverle. Eso es lo que pasa con Hamlet desde el principio hasta el fin: no tiene voluntad, excepto en los momentos en que su temperamento se desborda. Necios exégetas hacen a su modo una virtud de eso: declaran que la obra es la tragedia de la irresolución, pero todas las proyecciones de la más honda humanidad hechas por Shakespeare tie-

nen el mismo defecto: sus caracteres y ademanes son parecidos a la vida, pero sus acciones no salen de adentro, les son impuestas desde fuera, y la fuerza exterior es grotescamente desproporcionada, excepto cuando es enteramente convencional, como en el caso de Enrique V.

Falstaff es más vívido que cualquiera de aquellos caracteres serios y reflexivos, porque obra por cuenta propia, sus motivos son sus propios apetitos e instintos y humores. Ricardo III también es delicioso como comediante excéntrico, que pára a un entierro para hacer el amor a la viuda del hijo del difunto; pero cuando, en el acto siguiente, le substituye un traidor de teatro que suprime a unos niños y hace caer a los jefes de la burguesía, nos subleva la impostura y repudiamos al personaje por el que nos lo han cambiado. Faulconbridge, Coriolano, Leontes son admirables descripciones de temperamentos instintivos; en realidad, *Coriolano* es la mayor de las comedias de Shakespeare; pero una descripción no es una filosofía, y la comedia ni compromete al autor ni le revela. Hay que juzgarle por los caracteres, en los que pone lo que sabe de sí mismo, sus Hamletes y Macbethes y Léares y Prósperos. Si esos caracteres están agonizando en el vacío, por ficticios melodramáticos asesinatos y venganzas y otras cosas por el estilo, mientras los caracteres cómicos pisan con sus pies un suelo sólido, vívidos y divertidos, se conoce que el autor tiene mucho que mostrar y nada que enseñar. La comparación entre Falstaff y Próspero es parecida a la comparación entre Micawber y David Copperfield. Al final del libro conocemos a Micawber, mientras sólo llegamos a saber lo que ha sucedido a David y no nos interesamos bastante por él para preguntarnos cuál pudiera ser su

política y su religión, caso de que una cosa tan estupenda como es una idea religiosa o política pudiese ocurrírsele. Es tolerable como niño, pero nunca llega a ser un hombre y se podría muy bien prescindir de él si no fuese porque sirve como confidente de teatro, como Horacio o «Carlos su amigo», lo que llaman en términos de escenario un relleno.

Pues todo eso no lo puede usted decir de las obras de un artista-filósofo. No lo puede decir, por ejemplo, de *El Progreso del Peregrino*. Coloque a su héroe y su cobarde shakespeariano, a Enrique V y a Pistol o Parolles al lado de Mr. Valiant y Mr. Fearing, y caerá súbitamente en la cuenta del abismo que existe entre el autor que no pudo ver en el mundo sino fines personales y la tragedia de sus fracasos o la comedia de sus incongruencias, y el predicador castrense que adquiere virtud y valor identificándose con el objeto del universo tal como lo entiende.

El contraste es enorme. El cobarde de Bunyan nos remueve más la sangre que el héroe de Shakespeare, que literalmente nos deja indiferentes y, secretamente, hostiles. De repente vemos que Shakespeare, con todas sus ocurrencias relumbrantes y adivinaciones, nunca supo lo que es la virtud y el valor, nunca concibió cómo un hombre cualquiera que no sea un necio pudiera, como el héroe de Bunyan, bajar la vista, desde la escarpada orilla del río de la muerte, al espectáculo de los esfuerzos y trabajos de su peregrinación y decir «todavía no me arrepiento», o, con la rumbosidad de un millonario, «lego mi espada al que sea mi sucesor en mi peregrinación, y mi valentía y mi habilidad al que pueda tenerlas iguales». Esta es la verdadera alegría del vivir, el ser empleado para un fin reconocido por uno mismo como

un fin poderoso, el ser completamente desgastado antes de ser arrojado al montón de las cosas inútiles; el ser una fuerza de la Naturaleza en vez de ser un pequeño amasijo calenturiento y egoísta de padecimientos y apuros quejándose de que el mundo no se dedique a hacerle feliz. Y también una tragedia verdadera en la vida es ser utilizado por hombres de miras personales para propósitos que uno considera como mezquinos. Todo lo demás es, cuando peor, mera desgracia o mortalidad; aquello sólo es miseria, esclavitud, infierno en esta vida, y la sublevación contra ello es la única fuerza que la obra de un hombre ofrece al pobre artista, al que nuestros ricos egoístas tan gustosos emplearían como alcahuete, bufón, vendedor de belleza, tratante en sentimentalismos y cosa parecida.

Al parecer hay mucho trecho de Bunyan a Nietzsche, pero la diferencia entre sus conclusiones es mera cuestión de forma. La percepción de Bunyan de que la justicia es un montón de trapos sucios, su ira contra míster Legality en el pueblo de Morality, su desprecio para con la Iglesia como suplantadora de la religión, su insistencia en proclamar a la valentía como virtud de las virtudes, el estimar que la carrera del convencionalmente respetable Worldly Wiseman no es, en el fondo, mejor que la vida y muerte de Mr. Badman; todo eso, expresado por Bunyan en los términos de la teología de un pensador, es lo que han expresado: Nietzsche, en términos de filosofía postdarwiniana y postschopenhaueriana; Wágner, en términos de mitología politeísta, e Ibsen, en términos de dramaturgia parisina de mediados del siglo XIX. Nada es nuevo en estos asuntos sino sus novedades; por ejemplo, es una novedad llamar *wille* (voluntad) la justificación por la fe y *vorstellung*

(representación) la justificación por la acción. El único provecho de la novedad consiste en que usted y yo compramos y leemos el tratado de Schopenhauer sobre la Voluntad y la Representación, y ni en sueños se nos ocurriría comprar una serie de sermones sobre la Fe contra la Acción. En el fondo la controversia es la misma y los resultados dramáticos son los mismos.

Bunyan no trata de presentar a su peregrino como más juicioso o de mejor conducta que Mr. Worldly Wiseman. Los peores enemigos de este último, Mr. Embezzler, Mr. Never-go-to-Church-on-Sunday, Mr. Bad-Form, míster Murderer, Mr. Burglar, Mr. Corespondent, Mr. Blackmailer, Mr. Cad, Mr. Drunkard, Mr. Labor Agitator (1) y así sucesivamente, pueden leer *El Progreso del Peregrino* sin encontrar una palabra dicha contra ellos, mientras la gente respetable que los critica y los mete en la cárcel, Mr. Worldly Wiseman mismo y su joven amigo Civility, así como Formalist e Hypocrisy, Wildhead, Inconsiderate y Pragmatick (que evidentemente fueron jóvenes estudiantes universitarios de buena familia y vida regalada), aquel muchacho decidor Ignorance, Talkative, By-Ends of Fairspeech y su madre política lady Feigning y otros reputados ciudadanos y caballeros salen muy malparados. Hasta Little Faith, aunque al fin va al cielo, es supuesto haber merecido, siéndole bien empleado, el haber sido maltratado e insultado por los hermanos Faint Heart, Mistrust y Guilt, los tres conocidos miembros de la sociedad respetable y verdaderas columnas de la ley.

Toda la alegoría es un enérgico ataque a la moralidad y la respetabilidad, sin una palabra contra el vicio y el crimen. Exactamente lo que se lamenta en Nietzsche

(1) Todos nombres simbólicos de los personajes de Bunyan.—*(N. del T.)*

e Ibsen, ¿no es verdad? Y también exactamente lo que se lamentaría en toda la literatura, que es bastante grande y de bastante edad para haber llegado al rango canónico, oficial o no oficialmente, si no fuese que los libros son admitidos en el canon por un convenio que confiesa la grandeza de los mismos siempre cuando llega a anular su sentido verdadero. Así el reverendo presbítero puede estar conforme con el profeta Micheas en cuanto a su estilo inspirado, pero sin compartir en modo alguno sus opiniones furiosamente radicales.

Yo mismo, pluma en mano, como me obligo a mí mismo a ser atento y cortés, veo muchas veces deshacerse toda la fuerza de mi ataque ante una sencilla política de no resistencia. En vano trato de duplicar la violencia del lenguaje en que proclamo mis heterodoxias. Me burlo de la credulidad teísta de Voltaire, la superstición amorista de Shelley, el revivir del zahorismo de tribus primitivas y ritos idolátricos a que Huxley llamó Ciencia y erróneamente tomó por un ataque al Pentateuco, lo mismo que me burlo de la balumba de paparruchas eclesiásticas y profesionales que guarda las apariencias del estúpido sistema de violencia y rapiña al que llamamos Ley e Industria.

Hasta los ateos me echan en cara mi infidelidad y los anarquistas mi nihilismo, porque no puedo aguantar sus latiguillos morales. Y, sin embargo, en vez de gritar: «mandad al palo a ese inconcebible satanista», los más respetables periódicos me dan importancia anunciando «otro libro del brillante y sesudo escritor». Y el ciudadano corriente, sabiendo que un autor del que habla bien un periódico respetable no tiene defecto, me lee a mí como lee a Micheas, sin que su conciencia se inquiete y con perfecta edificación. Cuentan que por los años

de 1870 una señora anciana, muy devota metodista, se mudó de Colchester a una casa cercana a City Road, en Londres, donde, confundiendo el Hall of Science (1) con una capilla, se sentaba entre el público para escuchar a Charles Bradlaugh, durante muchos años, arrebatada por su elocuencia, sin sospechas de su ortodoxia y sin que su fe mermara en un ápice. Temo que me veré defraudado de mi justa corona de mártir, de la misma manera.

Pero estoy divagando, como siempre hace el hombre que tiene algún motivo de queja. Y, después de todo, lo principal, para determinar la calidad artística de un libro, no son las opiniones que propaga, sino el hecho de que el que lo escribió tiene opiniones. Aquella señora anciana de Colchester tenía razón al solear su alma sencilla en la enérgica radiación de las genuinas creencias e increencias de Bradlaugh, mejor que entumecerse oyendo una fría conferencia, de las que se estilan, sobre lo que es la luz y el calor. Mi desprecio por lo que se llama literatura y por los aficionados que llegan a ser los héroes de los que se entusiasman con la *virtuosidad* literaria no se funda en ninguna ilusión mía respecto de la permanencia de las formas de pensamiento (llámelas opiniones) por las que me esfuerzo en comunicar a los demás mis ideas. Para los que son más jóvenes que yo, ya han pasado de moda, porque aunque no han perdido su lógica, lo mismo que un pastel del siglo XVIII no ha perdido su dibujo y su colorido, muestran algún deterioro, como el pastel, y se irán deteriorando hasta perder todo su valor, cuando mis libros o perezcan o, si el mundo todavía está bastante pobre para necesitarlos, tengan que sostenerse, como los de Bunyan, por calida-

(1) Centro científico de Londres.—*(N. del T.)*

des enteramente amorfas de temperamento y energía.

Con tal convicción no puedo ser literato acicalado. Claro que tengo que reconocer, como hasta el Antiguo Marino hizo, que debo contar mis historias de un modo divertido si quiero tener pendiente de mis labios al convidado a la boda, a pesar de los cantos de sirena del fagot sonoro.

Pero «por el amor al arte» sólo no me tomaría el trabajo de escribir una sola frase. Sé que hay hombres que, no teniendo nada que decir y nada que escribir, están, sin embargo, tan enamorados de la oratoria y la literatura, que se deleitan con repetir cuanto pueden entender de lo que otros han dicho y escrito antes. Sé que los trucos cómodos que su falta de convicción les deja libres de ejecutar con una idea diluída y mal digerida les proporciona una agradable habilidad de salón que llaman estilo. Puede inspirarme lástima su necedad y, con todo, simpatía con su capricho. Pero digo que un verdadero estilo original nunca se crea para sí mismo. Un hombre podrá pagar desde un chelín a una guinea, según sus medios, por ver, oir o leer una producción genial de otro hombre, pero no sacrificará toda su vida y toda su alma por llegar a ser un mero *virtuoso* en literatura, ostentando una perfección que ni siquiera le proporcionará dinero como tocar el violín. La afirmación efectiva es el alfa y el omega del estilo. El que no tenga nada que afirmar no tiene estilo ni puede tenerlo; el que tenga algo que afirmar alcanzará un poder de estilo tan grande como la importancia de su afirmación y la fuerza de su convicción lo permitan. No esté usted conforme con su afirmación; de todos modos quedará su estilo. Darwin no destruyó el estilo de Job ni de Handel, lo mismo que Martino Lutero no destruyó el de Giotto.

Todas las afirmaciones llegan más pronto o más tarde a ser negadas, y así encontramos al mundo lleno de magníficas reliquias de fósiles artísticos, despojadas de la evidencia simplista que les daba vida, pero conservando aún el esplendor de su forma.

Y esta es la razón por que tanto gustan los antiguos maestros y encantan nuestra sensibilidad. Un pintor de la Real Academia cree que puede adquirir el estilo de Giotto sin compartir sus creencias religiosas y, encima, corregir su perspectiva. Un literato de nuestros días se figura que puede lograr el estilo de Bunyan o de Shakespeare sin identificarse con su modo de ver las cosas, especialmente si se cuida de no descomponer sus infinitivos. Y así pasa con los doctores en Música, que, si sus colecciones de discordancias son debidamente preparadas y disueltas, o retrasadas o adelantadas, a la manera de los grandes compositores, se imaginan que pueden aprender el arte de Palestrina por el tratado de Cherubini. Todo ese arte académico es mucho peor que el comercio de muebles antiguos imitados, porque el hombre que nos vende un arcón de roble jurando que data del siglo XIII, cuando sabe que él mismo lo ha fabricado, por lo menos no pretende que en ese arcón haya algunas ideas modernas. En cambio, los copiadores académicos de fósiles nos ofrecen sus copias como la más reciente emanación del espíritu humano, y, lo que es lo peor de todo, acaparan a jóvenes como discípulos y los persuaden de que sus deficiencias son reglas, sus malas artes perfecciones, sus timideces buen gusto y sus vaciedades purezas. Y cuando declaran que el arte no debiera ser didáctico, todos los que no tienen nada que enseñar y todos los que no desean aprender los aplauden entusiasmados.

Me precio en no ser uno de esos sensitivos. Si usted estudia la luz eléctrica que le suministro de la manera desahogada que de vez en cuando le inspira jocosas quejas, encontrará que su casa contiene una gran cantidad de alambre de cobre altamente susceptible que se satura de electricidad a sí mismo y no le da a usted luz alguna. Pero hay aquí o allí un trecho nada conductor, de gran resistencia, y ese trecho recalcitrante lucha con la corriente y no la quiere dejar pasar hasta que se haya hecho útil para usted suministrándole luz y calor, dos esencias vitales que podemos exigir de la literatura.

Ahora, si no he de ser meramente el hombre del alambre de cobre, y he de hacerme autor luminoso, tengo que ser también una persona intensamente refractaria, obligada a toda clase de irregularidades en momentos oportunos y con posibilidades de incendio. Estos son los defectos de mis buenas calidades, y le aseguro que a veces me disgusto a mí mismo tanto, que cuando por casualidad algún crítico irritable, en un momento así, acierta a darme un palo, me siento indeciblemente aliviado y agradecido. Pero nunca se me ocurre, ni en sueños, enmendarme, pues sé que tengo que tomarme como soy y sacar de mi caletre lo que puedo. Todo eso lo comprenderá usted, pues existe entre nosotros una comunidad de material: ambos somos críticos de la vida, asi como del arte; y quizás haya usted dicho para sus adentros, al verme pasar por delante de sus ventanas: «¡Por Dios, ese que pasa soy yo!...» Reflexión medrosa y purificadora que ha de ser la cadencia final de esta carta, exageradamente larga, de su afectísimo

G. Bernard Shaw.

Woking, 1903.

P. D. En medio de unas discusiones intelectuales sin precedente sobre este libro nuestro—desgraciadamente, usted ha observado en todo ello el silencio más completo—, me veo abocado al hecho de preparar una nueva edición. Aprovecho la ocasión para rectificar alguna que otra falta. Habrá usted notado (seguro estoy que nada más que usted) que me descolgué con una cita de *Otelo* dándola como si fuera de *Un cuento de invierno*. Esto siento bastante tener que rectificarlo, pues aquel pasaje se aplicaría tan perfectamente a Florizel y Perdita. Pero no hay que bromear con Shakespeare. Así, pues, devuelvo a Desdémona lo que le pertenece.

Con todo, el libro no ha resultado mal. A los críticos de más autoridad les ha hecho impresión; los de menor cuantía se encuentran cohibidos; los inteligentes en literatura sienten un cosquilleo agradable ante mi valentía (empeñada por dar gusto a usted); sólo los humoristas, por extraño que parezca, me reprenden y riñen como asustados de ver que alguien penetra en su coto. No todos mis críticos me han comprendido. Lo mismo que les pasa a los ingleses en Francia, que emiten alegres y confiados sus diptongos británicos creyendo que son buenas vocales francesas, muchos de ellos ofrecen, como muestras de la filosofía de Shaw, artículos que sólo son de su propia cosecha. Otros son víctimas de asociaciones de ideas. Me llaman pesimista porque mis observaciones hieren a su suficiencia, y renegado porque preferiría que los que protestan tumultuariamente contra mí, fueran todos Césares en vez de gentes del montón: Tom y Dick y Harry. Lo peor de todo: he sido acusado de predicar el advenimiento de un superhombre ético, lo mismo que nuestro antiguo amigo, el Hombre Justo, hizo a Perfecto. Esta equivocación es tan molesta, que dejo la pluma descansar ya, por miedo de verme tentado de hacer la postdata aún más larga que la carta.

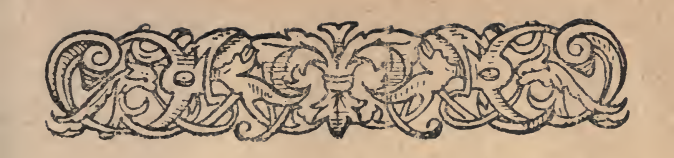
HOMBRE Y SUPERHOMBRE

PERSONAJES

JOHN TANNER.
ROEBUCK RAMSDEN.
SUSANA RAMSDEN.
OCTAVIO ROBINSON.
VIOLETA ROBINSON.
MRS. WHITEFIELD.
ANA WHITEFIELD.
MALONE.
HECTOR MALONE.
ENRIQUE STRAKER.
UNA DONCELLA.

MENDOZA, jefe de bandoleros.
VARIOS BANDOLEROS.
UN OFICIAL.
EL DIABLO.
DON JUAN TENORIO.
LA ESTATUA DEL COMENDADOR.
DOÑA ANA DE ULLOA.

La acción del primer acto, en Londres; del segundo, cerca de Richmond; del tercero, en la Sierra Nevada, y del cuarto, en Granada.—Epoca actual.



ACTO PRIMERO

Roebuck Ramsden está en su despacho abriendo la correspondencia de la mañana. El estudio, amueblado elegante y seriamente, revela el hombre de buena posición. No se ve ni rastro de polvo. Se nota desde luego que hay en la casa, por lo menos, dos criadas y una doncella, amén de un criado que descansa poco. Hasta el vértice del cráneo de Ramsden está pulido, tanto que, en un día de sol, podría heliografiar sus órdenes a campamentos lejanos, con sólo menear la cabeza. En ningún otro concepto, sin embargo recuerda al hombre militar. Es en la vida civil activa que los hombres adquieren aquel aire hinchado de importancia, aquella espera de deferencia por parte de los demás, aquel modo de hablar que ahora no admite réplicas y en un tiempo, antes del ascenso deseado y la obtención del poder e influencia suficiente, fué circunspecto y atento. El es más que un personaje respetable; se caracteriza como presidente de personajes respetables, como principal entre directores, como alcalde entre concejales. Cuatro tufos de pelo cano, que pronto estará tan blanco como la nieve, caen en dos pares simétricos por encima de sus orejas y en los ángulos de sus anchas mejillas. Lleva una levita negra, un chaleco blanco (hace un tiempo espléndido de primavera) y pantalones ni negros ni perceptiblemente azules, de una de esas telas indefinidas, camaleón que los fabricantes modernos producen para armonizarlas con las opiniones y convicciones de los hombres respetables. Todavía no ha salido de casa hoy, de modo que está en zapatillas, y sus botas están preparadas para él delante de la chimenea. Siendo de suponer que no tiene ayuda de cámara, y al ver que no tiene secretario que sepa taquigrafía y escribir a máquina, uno considera cuán poco los hábitos caseros de nuestra alta burguesía han sido modificados por los métodos y adelantos nuevos, así como por las iniciativas de las Compañías de ferrocarriles

y hoteles que nos proporcionan una estancia en la playa de Folkestone, desde el sábado hasta el lunes, con hospedaje impecable y billete de ida y vuelta en primera clase, todo por dos guineas.

¿Qué edad tiene Ramsden? La cuestión tiene importancia al principio de un drama de ideas, porque en tales circunstancias todo depende de si su *juventud* está en los sesenta o en los ochenta. Pues nació, digámoslo sin ambages, en 1839; de modo que tiene ahora sesenta y cuatro años, y ha sido, desde muchacho, unitarista y librecambista, y, desde la publicación del *Origen de las Especies*, evolucionista. En consecuencia, siempre se ha considerado a sí mismo como pensador adelantado y reformador impertérrito.

Sentado a su mesa de escribir, tiene a su derecha las ventanas que dan a *Portland Place*. Al través de ellas, como por un proscenio, el espectador curioso puede contemplar su perfil por cuanto permiten los cristales. A su izquierda está la pared del interior, con una librería considerable, y la puerta, no en el centro, sino un poco más allá de él. Junto a la pared, enfrente de él, hay dos bustos encima de sus correspondientes columnas: el uno, a su izquierda, de John Bright; el otro, a su derecha, de Mr. Herbert Spencer. Entre ellos está colgado un retrato grabado de Richard Cobden, fotografías amplificadas de Martineau, Huxley y George Eliot, autotipias de alegorías de míster G. F. Watts (porque Ramsden cree en las bellas artes con toda la convicción de un hombre que no entiende una jota de ellas) y un impreso del grabado hecho por Dupont del hemiciclo de los Beaux Arts de Delaroche, representando el gran hombre de todas las épocas. En la pared, detrás de él, encima de la chimenea, cuelga un retrato de familia de impenetrable obscuridad.

Hay una silla cerca de la mesa de escribir a la disposición de las visitas de negocio. Hay otras dos sillas cerca de la pared entre los bustos.

Entra una doncella con una tarjeta de visita en la mano. Ramsden la coge y menea la cabeza complacido. Evidentemente es una visita grata.

RAMSDEN.—Diga a ese caballero que pase.

(La doncella sale y vuelve seguida de la visita.)

DONCELLA.—Míster Robinson.

Mr. Robinson es realmente un joven de aspecto sumamente simpático. Desde luego se piensa que va a ser el joven galán, porque no hay razón para suponer que otro personaje tan atractivo pueda aparecer en una misma obra. Su cuerpo esbelto y bien formado; su traje elegante, de luto riguroso; su cabeza pequeña y rasgos regulares; su bonito y fino bigote; sus ojos claros y francos; su tez sonrosada; su cabello lustroso y bien cepillado, no rizado, pero fino y de hermoso color negro; el arco de buena naturaleza de sus cejas; la frente alta y el mentón algo apuntado, todo indica que el hombre

luego amará y sufrirá. Y que esto no sucederá sin que se granjee las simpatías del público lo garantizan la sinceridad que previene en su favor y la serviciabilidad modesta e insistente que le señala como hombre de índole amable. En cuanto entra el joven, la cara de Ramsden resplandece de cariño paternal y agrado, cuya expresión se matiza con decorosa comprensión al acercársele el joven con tanto luto en su semblante como en su traje negro. Ramsden, evidentemente, conoce el motivo del luto.

Al avanzar la visita silenciosamente hacia la mesa de escribir, el anciano se levanta y por encima tiende la mano sin decir una palabra. Sigue un apretón largo y cariñoso que indica la historia de una dolorosa pérdida común.

RAMSDEN.—(Concluyendo el apretón y recobrando su expresión habitual.) Vamos, vamos, Octavio, a todos nos ha de llegar, más tarde o más temprano. Siéntate, hombre.

(Octavio ocupa la silla junto al escritorio. Ramsden vuelve a ocupar su sillón de despacho.)

OCTAVIO.—Sí, hay que resignarse, míster Ramsden. Pero yo le debía tanto al difunto... Hizo por mí tanto como pudiera haber hecho mi propio padre, de haber vivido.

RAMSDEN.—No tenía hijo suyo, como sabes.

OCTAVIO.—Pero tenía hijas, y, sin embargo, fué tan bueno para con mi hermana como para mí. ¡Y qué repentina ha sido su muerte! Yo siempre tenía la intención de expresarle mi agradecimiento, de demostrarle que no tomaba como cosa natural todo su cariño por mí, como cualquier muchacho toma el cariño de su padre. Pero yo esperaba una ocasión oportuna, y ahora está muerto, sin que nada indicara la proximidad de semejante desgracia. Nunca sabrá mis sentimientos para con él. (Saca su pañuelo y llora sinceramente.)

RAMSDEN.—¿Quién lo sabe, Octavio? Puede que lo sepa, no digamos. ¡Vaya, no te aflijas demasiado! (Octavio se domina y se mete el pañuelo en el bolsillo.) Así. Ahora te

voy a decir algo que podrá consolarte. Cuando le vi la última vez... en esta misma habitación fué... me dijo: «Octavio es un excelente muchacho y un alma noble, y cuando veo el poco cariño que algunos inspiran a sus hijos, me doy cuenta de que para mí es mucho mejor que un hijo.» ¡Vamos! ¿Qué dices a esto?

OCTAVIO.—Míster Ramsden, solía decirme que en el mundo había encontrado a un solo hombre que era la personificación del honor, y que ese hombre era Roebuck Ramsden.

RAMSDEN.—Era favor que me hacía. Eramos muy antiguos amigos, como sabes. Pero acerca de ti decía aún otra cosa, pero no sé si debo hablarte de ella o no.

OCTAVIO.—Usted debe saberlo mejor que nadie.

RAMSDEN.—Era algo que se relacionaba con su hija.

OCTAVIO.—(Con vivo interés.) ¡Ah! respecto de Ana. Dígame, dígame lo que es, míster Ramsden.

RAMSDEN.—Pues me dijo que se alegraba, después de todo, de que no fueras su hijo, porque pensaba que algún día Anita y tú... (Octavio se enrojece vivamente.) En fin, tal vez no debiera yo decir nada. Pero lo decía en serio mi pobre amigo.

OCTAVIO.—¡Ay, si siquiera estuviese yo seguro de que ella me quiere! Ya sabe usted, míster Ramsden, que a mí el dinero me tiene sin cuidado, y lo mismo lo que la gente llama posición. Me es imposible interesarme por semejantes cosas ni luchar por ellas. Pues Ana tiene una naturaleza muy exquisita, pero está tan acostumbrada a verse en medio de esas cosas, que considera incompleto el carácter de un hombre si no es ambicioso. Sabe que si se casase conmigo tendría que hacer esfuerzos de voluntad para no avergonzarse de no sobresalir yo en nada.

RAMSDEN.—(Levantándose y plantándose de espaldas a la chime-

nea.) Tonteria, hijo, tonteria. Eres demasiado modesto. ¿Qué sabe ella, a su edad, del valor real de los hombres? (Más serio.) Además, es una muchacha que tiene el sentimiento del deber hasta dejarlo de sobra. Los deseos de sus padres serán sagrados para ella. ¿Querrás creer que desde que tiene uso de razón no recuerdo que una sola vez haya dado su propio deseo como motivo para hacer o dejar de hacer alguna cosa? Siempre era lo mismo· «Papá quiere» o «a mamá no le gustaría». Es casi un defecto ya. Muchas veces le he dicho yo que debía acostumbrarse a pensar por sí misma.

OCTAVIO.—(Meneando la cabeza.) No podria yo pedir su mano, míster Ramsden, alegando que era un deseo de su difunto padre.

RAMSDEN.—Hombre, claro que no. Ya me hago cargo. Pero si la conquistaras por tu propio mérito, sería para ella una doble dicha el saber que su propio deseo había coincidido con el de su padre. ¿Eh? ¿Qué te parece? De modo que harás tu petición, ¿verdad?

OCTAVIO.—(Con alegría melancólica.) De todos modos, le aseguro que no he de pedir la mano de otra en mi vida.

RAMSDEN.—Ni falta que hará, hombre. Te aceptará, querido... aunque (Aquí se pone de repente muy serio.) tienes un gran inconveniente.

OCTAVIO.—(Angustiado.) ¿Qué inconveniente es ése, míster Ramsden? Mejor dicho, ¿cuál es de mis muchos inconvenientes?

RAMSDEN.—Pues te diré, Octavio. (Coge de la mesa un libro encuadernado en tela roja.) Tengo aquí un ejemplar de la obra más infame, más escandalosa, más maléfica, más ruin que jamás se haya escapado de ser quemada en público por mano del verdugo. No la he leído. No quisiera manchar mi espíritu con semejante inmundicia, pero he leí-

do lo que dicen de ella los periódicos. Me basta y me sobra con el título. (Lee.) «Manual y Guía de bolsillo del Revolucionario», por John Tanner, I. D. L. C. R. H., individuo de la clase rica holgazana.

Octavio. — (Sonriendo.) Pero si Juanito...

Ramsden.—(Mohino.) Te suplico que no le llames Juanito en mi presencia. (Tira con violencia el libro sobre la mesa. Entonces, algo aliviado, se acerca a Octavio por delante de la mesa y se dirige a él con energía y seriedad.) No, Octavio; sé que mi difunto amigo tenía razón al decir que eres un joven generoso. Sé que ese hombre ha sido condiscípulo tuyo y que te crees obligado a defenderle porque fuisteis amigos. Pero te ruego consideres que ya han cambiado las circunstancias. Has sido tratado como hijo en casa de mi pobre amigo. Allí vivías y no era posible enseñarle la puerta a tu condiscípulo. Allí entraba y salía aquel Tanner, con pretexto de verte, casi desde niño. Llamaba a Anita por su nombre con tanta libertad como tú. Pues bien, mientras vivía el padre de ella, eso era asunto de él, no mío. Ese Tanner para él era un chico, sus opiniones le hacían sonreir, como si hubiesen sido un sombrero de hombre en cabeza de niño. Pero ahora Tanner es un hombre hecho y derecho, y Anita una mujer. Y el padre ya no está. No conocemos todavía el contenido del testamento; pero muchas veces me habló de ello, y estoy tan seguro como de que estás sentado ahí de que me ha nombrado a mí albacea y tutor de Anita. (Violento.) Ahora te digo, una vez para siempre, no puedo ni quiero que quede Anita en una situación que tenga, por consideración a ti, que sufrir las familiaridades de aquel individuo. Mi conciencia no me lo consiente. ¿Qué tienes que decir a esto?

Octavio.—Pero si Ana misma le ha dicho a Juanito

que, sean las que sean sus opiniones, siempre será bienvenido por haberle conocido su querido padre.

RAMSDEN.—(Perdiendo la paciencia.) Esta chica está loca con eso del deber para con sus padres. (Se precipita como un buey aguijoneado en dirección del busto de John Bright, en cuya expresión no hay simpatía para él. Hablando se vuelve hacia Herbert Spencer, quien le recibe con más frialdad aún.) Dispensa, Octavio, pero hay un límite a la tolerancia social. Sabes que no soy un hombre de ideas preconcebidas o estrechas. Sabes que me llamo lisa y llanamente Roebuck Ramsden, mientras otros que han hecho menos tienen buenos títulos que añadir a sus apellidos; porque yo he peleado por la igualdad y por la libertad de conciencia, mientras ellos han estado rebajándose delante de la iglesia y de la aristocracia. Mi pobre amigo Whitefield y yo perdimos una ocasión tras otra por nuestras ideas avanzadas. Pero lo del anarquismo y el amor libre y cosa por el estilo no va conmigo. Si he de ser el tutor de Anita, tendrá que enterarse de que tiene deberes para conmigo. No lo consiento. No lo quiero tolerar. Tiene que prohibir la entrada a John Tanner, y en el mismo caso estás tú.

(La doncella vuelve.)

OCTAVIO.—Pero...

RAMSDEN.—(Señalando la doncella.) ¡Chist! ¿Qué hay?

DONCELLA.—Ahí está míster Tanner, que desea hablarle, señor.

RAMSDEN.—¡Míster Tanner dice usted!...

OCTAVIO.—¡Hombre, Juanito!

RAMSDEN.—¿Cómo se atreve míster Tanner a visitarme a mí? Dígale que no le puedo recibir.

OCTAVIO.—(Ofendido.) Siento mucho que quiera usted cerrar la puerta de su casa a mi amigo de esta manera.

DONCELLA.—(Con calma.) Cerrar la puerta, no. Míster

Tanner está arriba en el salón con miss Ramsden. Vino con la señora Whitefield y miss Ana y miss Robinson.

(Ramsden se queda sin habla por la impresión que le produce esta noticia.)

OCTAVIO.—(Riéndose suavemente.) Cosas de Juanito, míster Ramsden. Debe usted recibirle aunque no sea más que para echarle de casa.

RAMSDEN.—(Hablando con labios trémulos y rabia reprimida.) Vaya usted arriba y dígale a míster Tanner que haga el favor de bajar. (La doncella sale y Ramsden vuelve a la chimenea como a una posición fortificada.) ¡Vamos, es un poco fuerte!... ¡Habráse visto!... Si estos son los procedimientos de esa gentuza anarquista, ¡hay que ver! Y pensar que... ¡vamos! Anita con él. Ani... A... A... (Balbucea.)

OCTAVIO.—Es verdad, a mí también me sorprende eso. Precisamente parece que se asusta de Ana. No me cabe duda, algo sucede.

Mr. John Tanner, de repente, abre la puerta y entra. Es demasiado joven para ser descrito como un hombre gordo con barba. Pero desde luego se ve que así será cuando avance en años. Todavía tiene algo de la esbeltez juvenil, pero sus empeños no son ostentar juvenilidad. Su levita no le vendría mal a un presidente del Consejo de ministros, y cierto movimiento altanero de los hombros, cierta actitud tiesa de la cabeza y la olímpica majestad con que una melena, o mejor dicho, un manojo tremendo de pelo, color avellana, oscila por encima de una frente imponente, más bien recuerda a Júpiter que a Apolo. Habla con una facilidad pasmosa, es un hombre de movimiento continuo, que se excita por nada (hay que fijarse en las ventanas palpitantes de su nariz y sus movibles ojos azules, imperceptiblemente más abiertos de lo normal) y tal vez una miaja loco. Viste con pulcritud, no por la vanidad que no puede pasarse sin ostentación, sino por la convicción de la importancia de todo lo que hace, que le impulsa a prestar la misma atención a una visita que otros prestan a casarse o a poner la primera piedra de un edificio. Es un hombre sensitivo, susceptible, exagerado, serio; un megalomaniático

que sería hombre perdido si no tuviese desarrollado el sentido humorístico.

Precisamente en este momento dicho sentido se ha eclipsado. El decir que está excitado no es decir nada; está literalmente en ebullición. En este momento está en la fase del susto mayúsculo, y se va derecho a Ramsden como si fuera a pegarle un tiro en el acto. Pero lo que saca de su bolsillo interior no es una pistola, sino un pliego de papel de barbas que refriega bajo las narices indignadas de Ramsden, exclamando...

TANNER.—Ramsden, ¿sabe usted lo que es esto?

RAMSDEN.—(Tieso.) No, caballero.

TANNER.—Es una copia del testamento de Whitefield. Ana la logró esta mañana.

RAMSDEN.—Al decir Ana, querrá usted decir miss Whitefield.

TANNER.—Al decir Ana, quiero decir Ana, nuestra Ana, la Ana de usted, la Ana de Octavio, y ahora... ¡Dios me tenga de su mano! ¡Mi Ana!

OCTAVIO.—(Levantándose muy pálido.) ¿Qué quieres decir?

TANNER.—¿Que qué quiero decir? (Levanta el testamento.) ¿Saben ustedes a quién se nombra tutor de Ana por este testamento?

RAMSDEN.—(Con frialdad.) A mí, supongo.

TANNER.—¿A usted?... A usted y ¡a mí, a mí, a mí!... ¡A los dos! (Tira el testamento sobre la mesa de escribir.)

RAMSDEN.—¡Usted! ¡Imposible!

TANNER.—¡Desgraciadamente, es la horrible verdad!... (Se deja caer en la silla de Octavio.) Ramsden, sáqueme usted de este berenjenal de cualquier modo. Usted no conoce a Ana como yo. Cometerá cualquier crimen que cualquier mujer decente pueda cometer, y se justificará de todos ellos diciendo que fué la voluntad de sus tutores. Nos ha de echar la culpa de todo, y no tendremos sobre ella más autoridad que la que podríamos tener un par de ratones sobre un gato.

OCTAVIO.—¡Juanito, no me gusta que hables así de Ana!...

TANNER.—Este muchacho está enamorado de ella. Esta es otra complicación. Pues bien, lo que va a suceder es lo siguiente: ella, o le plantará diciendo que no era de mi agrado su elección, o se casará con él diciendo que usted se lo había mandado. Le digo a usted que este es el golpe más fatal que haya herido a un hombre de mi edad y temperamento.

RAMSDEN.—Déjeme ver ese testamento, caballero. (Va a la mesa y coge el pliego.) No puedo creer que mi pobre amigo Whitefield haya dado muestra de tan poca confianza en mí, que me haya querido asociar con... (Su seguridad viene abajo a medida que va leyendo.)

TANNER.—El caso es que tengo yo la culpa de todo. Esta es la horrible ironía de ello. Un día Whitefield me dijo que usted había de ser el tutor de Ana en caso de morir él. Y como un tonto empecé yo a argumentar sobre lo ilógico que era poner a una mujer joven bajo la tutela de un hombre viejo con ideas atrasadas...

RAMSDEN.—(Atónito.) ¡Yo ideas atrasadas!...

TANNER.—Completamente. Estaba yo acabando un folleto intitulado «Fuera los Gobiernos con canas», y estaba lleno de argumentos y pruebas. Dije que lo mejor era combinar la experiencia de un viejo con la vitalidad de un joven. Que me ahorquen si no me cogió la palabra y modificó su testamento en aquel sentido, pues está fechado unos quince días después de aquella conversación, y me designa a mí como cotutor con usted.

RAMSDEN.—(Pálido y decidido.) Me negaré a aceptar el cargo.

TANNER.—No le valdrá. Me he estado yo negando por todo el camino desde Richmond, pero Ana dice y repite

que, claro está, ya no es más que una huérfana, y no puede esperar que las personas que con gusto iban a su casa en tiempos de su padre, quieran ahora molestarse en ocuparse de ella. Este es el último papel por ahora. ¡Una pobre huérfana! Es como si oyese uno a un acorazado quejarse de estar a merced de las olas y los vientos.

OCTAVIO.—Eso no está bien, Juanito. Ella es huérfana, no le des vueltas. Y tú debieras protegerla.

TANNER.—¡Protegerla! ¿Qué peligros son los que la rodean? Tiene de su lado la ley, tiene de su lado el sentimiento popular, tiene la mar de dinero y ninguna conciencia. Todo lo que quiere de mí es cargarme con todas sus responsabilidades morales y hacer su voluntad a costa de mi buena fama. Yo no la puedo vigilar y mandar, y ella puede comprometerme a mí cuantas veces se le antoje. Lo mismo como si fuese yo su marido.

RAMSDEN.—Puede usted negarse a aceptar la tutoría. Yo, por mi parte, me negaré a compartirla con usted.

TANNER.—Sí; ¿y qué dirá ella a todo eso? ¿Qué dice ella? Pues que, para ella, los deseos de su padre son sagrados, y que siempre me mirará como a su tutor, lo mismo si asumo la responsabilidad del cargo que si no la asumo. ¡Niéguese! Lo mismo sería negarse a ser envuelto por una serpiente boa que ya le estuviese apretando el cuello.

OCTAVIO.—Lo que hablas es poco atento para conmigo, Juanito.

TANNER.—(Levantándose y acercándose a Octavio para consolarle, pero todavía lamentándose.) Si necesitaba un tutor joven, ¿por qué no designó a Octavito?

RAMSDEN.—¡Ah! sí, lo mismo digo.

OCTAVIO.—Pues, miren, me hizo indicaciones, pero yo

me negué a aceptar porque estaba enamorado de Ana. No tenía derecho a imponerme a ella como tutor nombrado por su padre. Le habló de ello, y Ana dijo que yo tenía razón. Sabe usted, míster Ramsden, que yo la quiero. Y también lo sabe Juanito. Si Juanito amase a una mujer, yo no la compararía con una serpiente boa delante de él, por muy antipática que me fuese. (Se sienta entre los bustos y vuelve la cara hacia la pared.)

RAMSDEN.—No creo que Whitefield estaba en sus cabales cuando hizo el tal testamento. Usted ya dijo que lo hizo influído por usted.

TANNER.—Debiera usted agradecerme mucho mi influencia. Deja para usted, para recompensar sus molestias, una manda de dos mil quinientas libras. A Octavito le deja un dote para su hermana y cinco mil libras para él.

OCTAVIO.—(Dejando otra vez correr sus lágrimas.) ¡Oh! Yo no puedo aceptar. Ha sido demasiado bueno para nosotros.

TANNER.—Chico, no cobrarás nada si Ramsden protesta el testamento.

RAMSDEN.—¡Ah! Ya veo que me han metido en un callejón sin salida.

TANNER.—A mí no me deja más que el encargo de vigilar a Ana, alegando que ya tengo más dinero de lo que me conviene. Esto prueba que estaba en pleno uso de su razón. ¿No le parece?

RAMSDEN.—(Con fiereza.) Lo confieso.

OCTAVIO.—(Levantándose y abandonando su refugio junto a la pared.) Míster Ramsden, yo creo que abriga usted prejuicios acerca de Juanito. El es un hombre de honor e incapaz de abusar...

TANNER.—Calla, hombre, que me vas a poner malo. Yo no soy un hombre de honor, soy un hombre aplasta-

do por una mano muerta. Octavito, tienes que casarte con ella después de todo y quitármela de encima. ¡Y yo que me había empeñado en salvarte de ella!

OCTAVIO.—¡Oh, Juanito, hablas de salvarme de mi mayor felicidad!

TANNER.—Sí, una felicidad de toda la vida. Si fuese sólo la felicidad de la primera media hora, Octavio, la compraría para ti con mi último penique. ¡Pero una felicidad de toda la vida! Ningún hombre en este mundo podría soportarla; sería el infierno en la tierra.

RAMSDEN.—(Violento.) Sandeces, caballero. Hable usted con sentido común; si no, que le escuche quien quiera. Tengo otras cosas que hacer que escuchar sus tonterías. (Va a su sillón de despacho y vuelve a sentarse.)

TANNER.—¿Has oído, Octavio? Ni una idea, en su cabeza, posterior al año 86. No podemos dejar a Ana exclusivamente en manos de semejante tutor.

RAMSDEN.—Estoy orgulloso de su desprecio por mi carácter y opiniones, caballero. Las suyas están estampadas en este libro, según creo.

TANNER.—(Yendo con viveza hacia la mesa.) ¡Cómo, ha comprado usted mi libro! ¿Qué le parece a usted?

RAMSDEN.—Pero ¿usted cree que yo iba a leer semejante libro?

TANNER.—Entonces ¿por qué lo ha comprado?

RAMSDEN.—No lo he comprado. Me lo mandó alguna señora tonta que parece admirar las ideas de usted. Iba a ponerlo en su sitio cuando vino Octavio a interrumpirme. Voy a hacerlo ahora, con su permiso. (Tira el libro en el cesto de los papeles con tal vehemencia, que Tanner retrocede con la impresión de que se lo tiró a la cabeza.)

TANNER.—Según veo, es usted como yo, no le gustan los rodeos. Mejor, esto facilitará nuestros tratos. (Se vuel-

ve a sentar.) ¿Qué piensa usted hacer en eso del testamento?

OCTAVIO.—¿Me permiten hacer una pregunta?

RAMSDEN.—Bien, hombre, habla.

OCTAVIO.—¿No les parece que hasta la fecha no sabemos lo que Ana piensa sobre el asunto?

RAMSDEN.—Es verdad, y estoy conforme con que Ana sea consultada por si tuviese que hacer objeciones razonables. Pero no olvidemos que es una mujer, y una mujer joven y sin experiencia por añadidura.

TANNER.—Ramsden, empieza usted a darme lástima.

RAMSDEN.—(Amostazado.) Míster Tanner, no necesito saber sus sentimientos para conmigo.

TANNER.—Ana hará exactamente lo que se le antoje. Y, lo que es más, nos obligará a aconsejarla a hacerlo. Y si le sale mal, nos echará la culpa a nosotros. De todos modos, puesto que Octavio está anhelando verla...

OCTAVIO.—(Tímidamente.) Yo no, Juanito.

TANNER.—No mientas, chico, que esto no se puede ocultar. Que baje, pues, del salón y la preguntaremos qué es lo que quiere que hagamos. Anda, Octavito, vete por ella, y adelante con los faroles. (Octavio se vuelve para ir.) Y no tardes mucho, porque la tensión que existe entre Ramsden y yo hará algo penoso el intervalo. (Ramsden contrae los labios, pero no dice nada.)

OCTAVIO.—No le haga usted caso, míster Ramsden, no habla en serio. (Sale.)

RAMSDEN.—(Muy intencionado.) Míster Tanner, es usted el hombre más desvergonzado que he visto en mi vida.

TANNER.—(Serio.) Lo sé, Ramsden. Y aun así no he logrado todavía deshacerme completamente de la vergüenza. Vivimos en una atmósfera de vergüenza. Nos avergonzamos de todo lo que realmente somos y hace-

mos: de nosotros mismos, de nuestros parientes, de nuestros ingresos, de nuestras deudas, de nuestros acentos de nuestras opiniones, de nuestra experiencia, lo mismo que nos avergonzamos de nuestra piel desnuda. ¡Dios mío!, querido míster Ramsden, nos avergonzamos de andar a pie, de ir en ómnibus, de tomar un coche de punto en vez de tener un carruaje propio, de tener sólo un caballo en vez de tener dos, y un criado para el jardín y la cuadra, en vez de tener un cochero y un lacayo. De cuantas más cosas se avergüenza un hombre, tanto más respetable es. Así, por ejemplo, usted se avergüenza de comprar mi libro, de leerlo; de lo único que no se avergüenza es de juzgarme por él sin haberlo leído, y aun esto significa que se avergüenza usted de tener ideas atrasadas. Mire usted el efecto que produzco porque el hada mi madrina me negó ese don de la vergüenza. Tengo todas las virtudes que un hombre pueda tener, excepto...

RAMSDEN.—No tiene usted abuela, según veo...

TANNER.—Esto quiere decir que debiera avergonzarme de hablar de mis virtudes. No quiere usted decir que no las tengo. Sabe usted perfectamente que soy tan sobrio y tan honrado como usted mismo, que soy de fiar personalmente tanto como usted, y política y moralmente mucho más.

RAMSDEN.—(Tocado en su punto más sensible.) Lo niego. No le permito a usted ni a nadie tratarme como si sólo fuese uno de tantos en el público inglés. Detesto los prejuicios del tal público, desprecio sus ideas mezquinas, reclamo el derecho de pensar por mí mismo. Usted se las echa de hombre avanzado. Sepa usted que yo fuí un hombre avanzado antes de que usted naciera.

TANNER.—Ya sabía yo que hacía mucho tiempo.

Ramsden.—Estoy tan avanzado como cuando más. Le desafío a que no me prueba que haya yo alguna vez arriado la bandera. Estoy más avanzado que nunca. Avanzo cada día más.

Tanner.—En años, Polonio.

Ramsden.—¡Polonio! Entonces es usted Hamlet.

Tanner.—No, yo sólo soy el hombre más desvergonzado que usted ha visto en sus días. Y para usted esto implica la peor de todas las malas cualidades. Cuando usted quiere decirme lo que piensa de mí, se pregunta a sí mismo, como hombre justo y sincero, qué es lo peor que puede decirme. ¿Ladrón, embustero, falsario, adúltero, perjuro, glotón, borracho? Ninguna de estas calificaciones me corresponden. Pues acude usted a mi falta de vergüenza. Yo estoy conforme. Hasta me felicito de tal falta, porque si me avergonzara de lo que soy realmente haría una figura tan estúpida como cualquiera de ustedes los hombres de vergüenza. Cultive usted un poco la desvergüenza, Ramsden, y llegará usted a ser un hombre muy notable.

Ramsden.—No tengo...

Tanner.—No tiene usted deseo de semejante notoriedad. ¡Bendito Dios! Sabía que vendría esa contestación, con la misma seguridad que sale una cajita de caramelos de un automático cuando se le echa una perra gorda. Usted se avergonzaría de contestar otra cosa.

La réplica aplastante, para la que Ramsden reúne sus fuerzas, se pierde para siempre, porque en este momento vuelve Octavio con miss Ana Whitefield y su madre, y Ramsden se levanta bruscamente y se precipita hacia la puerta para recibirlas. El que si Ana es bonita o no, depende de vuestro gusto, y también, y tal vez principalmente, de vuestra edad y sexo. Para Octavio es una mujer de hermosura encantadora, en cuya presencia el mundo se transfigura, y los estrechos límites de la conciencia individual se en-

sanchan súbitamente de modo infinito por una mística remembranza de la raza desde sus comienzos en el Oriente y hasta desde el paraíso del que es oriunda. Ella es para él la realización de la poesía, la íntima razón de la sinrazón, el deslumbramiento de sus ojos, la liberación de su alma, la abolición del tiempo, del espacio y las circunstancias, la eterización de su sangre en torrentes impetuosos de vida, la revelación de todos los misterios y la santificación de todos los dogmas. Para su madre, para decirlo lo más suavemente posible, no es nada de todo eso. Y no es que la admiración de Octavio sea en modo alguno ridícula o que redunde en descrédito suyo. Ana es una muchacha de buen cuerpo hasta dejarlo de sobra, y su porte es de perfecta dama. Es graciosa y simpática; su pelo es muy hermoso y sus ojos encantadores. Luego, en vez de ir hecha un espantapájaros como su madre, lleva un traje de luto de seda negro y morado que hace honor a su difunto padre y revela la tradición de familia de valiente inconvencionalismo a la que Ramsden da tanta importancia.

Pero todo eso no explica el encanto de Ana. Achátesele la nariz, tuérzasele la vista, reemplácese su traje negro y morado por sencillo vestido de florista, y aun así Ana hará soñar a los hombres. La vitalidad es tan común como la humanidad, y, lo mismo que ésta, a veces se eleva a lo genial; y Ana es uno de los genios vitales. No se crea que es una persona de sexualidad exagerada, pues esto es un defecto vital, no una superabundancia verdadera. Es una mujer perfectamente honrada, que sabe perfectamente dominarse, y no lo parece, aunque su modo de ser es de desenvuelta franqueza e impulsividad. Inspira confianza como persona que no hará nada de lo que no quiera hacer, y también algún temor, tal vez, como mujer que probablemente hará todo lo que se proponga, sin preocuparse de nadie más de lo necesario y de lo que ella llama lo justo. En resumen, es lo que las más débiles de su sexo llaman una mala pécora.

Nada puede haber más decoroso que su entrada y su recepción por Ramsden, a quien besa. El difunto Mr. Whitefield estaría gozando lo indecible al ver las caras largas de los hombres (excepto Tanner que está nervioso), los silenciosos apretones de manos, las colocaciones atentas de las sillas, el moqueo de la viuda y los ojos húmedos de la hija, cuyo corazón, al pare

cer, no la dejará ser dueña de sus palabras. Ramsden y Octavio toman las dos sillas de junto de la pared y las ofrecen a las dos señoras. Pero Ana se acerca a Tanner y toma la silla de él, que se la ofrece con un ademán brusco, aliviando su excitación con sentarse en el ángulo de la mesa de escribir de un modo estudiadamente desaprensivo. Octavio da una silla a Mr. Whitefield cerca de Ana, y él mismo toma la que está vacante y que Ramsden colocó debajo de las narices de la efigie de Mr. Herbert Spencer.

Mrs. Whitefield, dicho sea de paso, es una mujer chiquita, cuyo pelo amarillo pálido en su cabeza hace el efecto de un manojo de paja puesto sobre un huevo. Tiene una expresión de vaga malicia, un chirrido de protesta en su voz y un aire raro de querer continuamente apartar con el codo a alguna persona más alta que la empujara hacia un rincón. Se barrunta en ella una de esas mujeres que tienen la conciencia de que se las trata como cosa de poca importancia por sus pocos alcances y que, sin tener la suficiente fuerza para hacerse valer, nunca y por nada se resignan a su suerte. Hay un toque de galantería caballerosa en la escrupulosa atención de Octavio para con ella, aun cuando su alma entera está absorta en Ana.

Ramsden vuelve solemnemente a su asiento presidencial detrás de la mesa de escribir sin hacer caso de Tanner, y abre la sesión.

RAMSDEN.—Siento mucho, Anita, tener que hablarte de ciertas cosas en un momento tan triste como el presente. Pero es el caso que el testamento de tu pobre padre ha suscitado una cuestión muy seria. Lo has leído, creo. (Ana afirma meneando la cabeza y respirando con trabajo, demasiado emocionada para hablar.) Pues debo confesar que me ha sorprendido encontrarme con que Míster Tanner está designado por el testador como cotutor y coalbacea tuyo y de tu hermana Rhoda. (Una pausa; todos parecen cohibidos y no dicen nada. Ramsden, un poco amoscado por la falta de toda contestación, prosigue.) Yo no sé que pueda consentir en aceptar esa misión en tales condiciones. Míster Tanner, según tengo entendido, tiene que hacer también objeciones, pero no tengo la pretensión de saber en qué consisten.

Sin duda sabrá hablar por sí. Por de pronto hemos convenido en que no podemos decidir nada sin conocer antes tu parecer. Me temo mucho que tenga yo que decirte que escojas entre la tutoría exclusiva mía y la de míster Tanner. Porque me parece que va a ser imposible para nosotros andar juntos en este asunto.

ANA.—(Con voz baja y musical.) Mamá...

MRS. WHITEFIELD.—(Al punto.) Mira, Ana, haz el favor de no meterme a mí en ello. No tengo opinión ninguna en este asunto y, si la tuviese, probablemente no había de ser atendida. Me conformo perfectamente con lo que los tres acuerden. (Tanner vuelve la cabeza y mira fijamente a Ramsden, que malhumorado se niega a recoger esta muda comunicación.)

ANA.—(Prosiguiendo con la misma voz dulce, sin hacer caso del sofión de su madre.) Mamá sabe que no tiene la suficiente energía para llevar la entera responsabilidad por mí y Rhoda sin que alguien la ayude y aconseje. Rhoda de todos modos tiene que tener un tutor, y aunque yo tengo unos años más, no creo convenga que a una joven soltera se la puede dejar sin guía alguna. Creo que estará usted conforme conmigo en eso, abuelito.

TANNER.—(Extrañado.) ¿Abuelito? Vaya, ¿va usted a llamar abuelito a un tutor?

ANA.—No sea usted tonto, Juanito. Míster Ramsden para mí siempre ha sido abuelito Roebuck. Yo soy la Anita del abuelito. Así le llamé en cuanto aprendí a hablar.

RAMSDEN.—(Sarcástico.) Espero que estará usted satisfecho, míster Tanner. Sigue, Anita, que estoy del todo conforme contigo.

ANA.—Pues bien, si he de tener tutores, ¿puedo prescindir de alguien designado expresamente por mi pobre padre?

RAMSDEN.—(Mordiéndose los labios.) ¿Entonces tú apruebas la elección de tu padre?

ANA.—No soy nadie para aprobar o desaprobar. Acepto lo dispuesto. Mi padre me quería y creo mejor que nadie sabía lo que me conviene.

RAMSDEN.—Claro, yo comprendo tus sentimientos, Anita. No esperaba menos de ti, y ello habla en tu favor. Pero esto no arregla el asunto tan completamente como crees. Te voy a poner un ejemplo. Supón que ibas a descubrir que yo me había hecho culpable de alguna acción vergonzosa, que no era yo el hombre por quien me tomara tu pobre padre. ¿Seguirías pensando que convenía que yo fuese el tutor de Rhoda?

ANA.—No puedo figurarme, abuelito, que usted haga una mala acción.

TANNER.—(A Ramsden,) No ha hecho usted nada por el estilo, supongo.

RAMSDEN.—(Indignado.) No, señor.

MRS. WHITEFIELD.—(Plácida.) Entonces, ¿por qué suponerlo?

ANA.—Ya ve usted, abuelito, a mamá no le gustaría que yo supiera semejante cosa.

RAMSDEN.—(Muy perplejo.) Las dos están ustedes tan llenas de sentimientos cariñosos y naturales en estos asuntos de familia, que es difícil explicarles las cosas propiamente.

TANNER.—Sin contar, amigo mío, que usted no las explica propiamente.

RAMSDEN.—(Atufado.) Pues entonces explíquelas usted.

TANNER.—A ello voy. Ana, mire. Ramsden cree que yo no convengo para tutor de usted, y yo estoy del todo conforme con él. Dice que si el padre de usted hubiese leído mi libro no me hubiese nombrado para tal cargo.

Aquel libro es la acción vergonzosa a que se refiere. Cree que es deber de usted, por causa de Rhoda siquiera, rogarle que sea él solo tutor de ustedes y hacer que yo me retire. Diga usted una palabra, y ya está hecho.

ANA.—Pero si yo no he leído su libro, Juanito.

TANNER.—(Rebuscando en el cesto de los papeles y pescando el libro.) Entonces léalo en seguida y decida.

RAMSDEN.—(Vehemente.) Si he de ser tutor tuyo, Anita, te prohibo terminantemente leer ese libro. (Da unos puñetazos en la mesa y se levanta.)

ANA.—¿Cómo lo he de leer si usted me lo prohibe? (Pone el libro en la mesa.)

TANNER.—Si un tutor le prohibe a usted leer el libro de otro, ¿cómo hemos de arreglarnos? Suponga usted que yo le mande leerlo. ¿Cómo cumpliría usted su deber para conmigo?

ANA.—(Amable.) Estoy segura, Juanito, de que nunca deliberadamente había usted de ponerme en un dilema desagradable.

RAMSDEN.—(Irritado.) Bueno, bueno, Anita; todo eso está muy bien, y, como dije, es muy natural y comprensible. Pero tienes que decidirte por uno o por otro. Estamos en un dilema tanto como tú.

ANA.—Me parece que soy demasiado joven; que no tengo bastante experiencia para decidir. Los deseos de mi padre son sagrados para mí.

MRS. WHITEFIELD.—Si ustedes que son dos hombres no pueden salir del apuro, ¿cómo van a exigir que Ana resuelva el asunto? El caso es que siempre todo el mundo trata de cargar la responsabilidad a los demás.

RAMSDEN.—Siento que lo tome usted por ese lado.

ANA.—(Conmovedora.) ¿Entonces se niega usted a ser tutor mío, abuelito?

RAMSDEN.—No; yo nunca he dicho eso. Me niego a compartir la tutoría con míster Tanner, nada más.

MRS. WHITEFIELD.—Pero ¿por qué? ¿Qué tiene usted que decir contra Juanito?

TANNER.—Tengo ideas demasiado avanzadas para míster Ramsden.

RAMSDEN.—(Indignado.) Nada de eso, lo niego terminantemente.

ANA.—Es claro, ¡qué tontería! Nadie tiene ideas más avanzadas que mi abuelito. Yo estoy segura de que es Juanito el que ha suscitado toda la dificultad. Vamos, Juanito, tenga usted consideración siquiera a mi luto y póngase en razón. No se niega a aceptarme como a pupila, ¿verdad?

TANNER.—(Mustio.) No; consiento en aceptar el cargo, no hay más remedio. (Se vuelve hacia el estante de libros y allí se queda plantado estudiando los títulos de los libros.)

ANA.—(Levantándose con regocijo íntimo y reprimido.) Entonces estamos todos conformes, y se va a cumplir la voluntad de mi pobre papá. No pueden ustedes figurarse lo que nos alegramos yo y mamá. (Se acerca a Ramsden y le aprieta ambas manos exclamando:) ¡Y tendré a mi buen abuelito para ayudarme y aconsejarme! (Echa una mirada hacia Tanner por encima del hombro.) ¡Y a Juanito, al matador de gigantes! (Va, pasando por delante de su madre, hacia Octavio.) ¡Y al amigo inseparable de Juanito, a Octavio!

(Octavio se pone colorado y afecta un aire indeciblemente tonto.)

MRS. WHITEFIELD.—(Levantándose y desarrugando con las manos su vestido de viuda.) Ahora que es usted el tutor de Ana, míster Ramsden, quisiera que la reprendiera por dar nombres tan familiares a todo el mundo. No sé si esta confianza gusta a todo el mundo.

ANA.—Pero ¿qué estás diciendo, mamá? (Ruborizándose

con consideraciones de cariño.) Vamos, yo creo que no me he propasado. Lo sentiría mucho. (Se vuelve hacia Octavio, que está sentado a horcajadas en su silla, con los codos apoyados en el respaldo. Poniéndole la mano en la frente y le levanta bruscamente la cara.) ¿Quiere usted que se le trate como a una persona mayor? ¿Que de aquí en adelante le llame míster Robinson?

OCTAVIO.—(En serio.) Siga usted, Anita, llamándome Octavito. Me ofendería de veras que me llamase Míster Robinson. (Ella se ríe y le acaricia una mejilla con el dedo; luego vuelve hacia Ramsden.)

ANA.—Estoy empezando a creer, la verdad, que esode abuelito es algo impertinente. Pero nunca lo creí ofensa.

RAMSDEN.—(Gruñón, mientras ella le da golpecitos cariñosos en el hombro.) ¡Qué tonterías! No digas eso. Anita. Llámame abuelito, insisto en ello. Tanto es así, que si me llamaras de otro modo no te contestaría.

ANA.—Todos me están ustedes mimando, menos Juanito.

TANNER.—(Por encima del hombro, desde la librería.) Creo que debiera usted llamarse Míster Tanner.

ANA.—(Amable.) No habla usted en serio, Juanito. Esa es una de tantas cosas como dice para hacer rabiar a la gente. Los que le conocen a usted no hacen caso. Pero, en fin, si quiere, le llamaré como a su famoso antepasado: Don Juan Tenorio.

RAMSDEN.—¡Don Juan!

ANA.—(Inocente.) ¿Hay algún mal en ello? Yo no lo veo. En fin, si le parece, le llamaré Juanito hasta que se me haya ocurrido otro nombre.

TANNER.—¡Por Dios, no vaya usted a inventar otra cosa peor! Capitulo. Consiento en que me llame Juanito. Vaya por Juanito. Aquí termina mi primer y último intento de afirmar mi autoridad.

ANA.—¿Ves, mamá, cómo a todos les gusta que les trate con confianza?

MRS. WHITEFIELD.—Está bien, pero no olvides que estamos de luto.

ANA.—(En son de reproche, herida en el alma.) Pero, mamá, ¿por qué recordarme a cada paso? (Sale precipitadamente para ocultar su emoción.)

MRS. WHITEFIELD.—Naturalmente. Tengo yo la culpa, como siempre. (Sigue detrás de Ana.)

TANNER.—(Apartándose de la librería.) Ramsden, estamos vencidos, batidos, aniquilados, como la madre de Ana.

RAMSDEN.—Tonterías, caballero. (Sigue detrás de Mrs. Whitefield.)

TANNER.—(Solo con Octavio, le mira con expresión de lástima.) Octavito, ¿cuentas tú con ser algo en la vida?

OCTAVIO.—Yo cuento con ser poeta, pienso escribir un gran drama.

TANNER.—¿Con Ana como heroína?

OCTAVIO.—Sí, lo confieso.

TANNER.—Ten cuidado, Octavio. Está muy bien eso del drama con Ana como heroína; pero si te descuidas, tenlo presente, se casará contigo.

OCTAVIO.—(Suspirando.) ¿Tendré tanta suerte, Juanito?

TANNER.—¿No ves, hombre, que tu cabeza está en las fauces de la leona? Ya casi te ha tragado en tres bocados: primero Oc, segundo ta, tercero vito, y cataplum, adentro.

OCTAVIO.—Es así con todos, Juanito; ya sabes tú cómo las gasta.

TANNER.—Sí, a todos les rompe la espina dorsal de un zarpazo, pero la cuestión es: ¿a quién devorará? Yo creo que piensa devorarte a ti.

OCTAVIO.—(Levantándose algo ofendido.) Es horrible hablar

así de ella cuando está allí, a un paso, llorando por su padre. Pero mi deseo de ser devorado por ella es tan grande, que aguanto tus brutalidades porque me dan esperanzas.

Tanner.—Octavito, ese es el lado diabólico de la fascinación que ejerce la mujer; hace que uno desee su propia destrucción.

Octavio.—Pero si no es destrucción, es cumplimiento.

Tanner.—Sí, cumplimiento de los fines de ella, y esos fines no son ni la felicidad tuya ni la suya, sino los fines de la naturaleza. La vitalidad en la mujer es una furia ciega de creación. Se sacrifica a sí misma a esa furia, de modo que no esperes que vacilará en sacrificarte a ti.

Octavio.—Pues precisamente porque se sacrifica a sí misma no sacrificará a aquel a quien ama.

Tanner.—Este es un error de los más gordos, Octavio. La mujer que se sacrifica a sí misma es la que con la mayor indiferencia sacrifica a los demás. Por lo mismo que no son egoístas son amables en las cosas pequeñas. Por lo mismo que tienen un objeto que no es objeto propio, sino objeto de todo el universo, para ellas un hombre no es nada sino instrumento de aquel objeto.

Octavio.—No seas injusto, Juanito; nos rodean con los cuidados más tiernos.

Tanner.—Sí, como cuida un soldado de su fusil, o un músico de su violín. Pero ¿nos conceden algún capricho propio, alguna libertad? ¿Nos permiten frecuentar a quien se nos antoja? ¿Puede ni el hombre más fuerte escapárseles una vez que se han apoderado de él? Tiemblan cuando corremos algún peligro, y lloran cuando morimos; pero las lágrimas no son por nosotros, sino por un padre que se ha perdido, por la probabilidad destruída de dar al mundo un hijo más. Nos acusan de tra-

tarlas como meros instrumentos de placer; pero ¿podrá una locura tan débil y efímera como es el placer egoísta de un hombre esclavizar a una mujer con la misma fuerza que esclaviza a un hombre el objeto formidable de la naturaleza personificado en una mujer?

OCTAVIO.—¿Qué importa si la esclavitud nos hace felices?

TANNER.—No importa nada si no piensas disponer de ti mismo y te limitas a ser, como la mayoría de los hombres, uno que gana el pan. Pero tú, Octavio, eres un artista, es decir, que tienes un objeto tan absorbente y tan poco escrupuloso como el objeto de la mujer.

OCTAVIO.—¿Cómo tan poco escrupuloso?

TANNER.—Sí, tan poco escrupuloso. El verdadero artista dejará a su mujer morir de hambre, a sus hijos andar descalzos, a su madre setentona trabajar para vivir antes que trabajar él en algo que no sea su arte. Para las mujeres es medio vivisector, medio vampiro. Entabla con ellas relaciones íntimas para estudiarlas, para quitarles la careta de las convenciones, para sorprende sus secretos más íntimos, porque sabe que tienen el po der de excitar sus energías creadoras más profundas, de rescatarlas de su fría razón, de hacerle ver visiones y soñar ensueños, de inspirarle, como lo llama. Convence a las mujeres de que esos efectos los siente por ellas, cuando en realidad los siente por su arte. Roba la leche de la madre y la trueca en tinta de imprimir para burlarla y glorificar con ella a mujeres que sólo existen en su imaginación. Trata de ahorrarle los dolores del parto para acaparar para sí mismo el cariño y los mimos que de derecho pertenecen a los hijos. Desde que existe el matrimonio, el gran artista es conocido como mal marido. Pero es peor, es un ladrón de niños, un chupador de

sangre, un hipócrita y un embustero. Perezca la raza y marchítense miles de mujeres, con tal de que su sacrificio le permita representar con más brillantez a Hamlet, pintar un cuadro mejor, escribir una poesía más intensa, un drama más conmovedor, una filosofía más profunda. Porque mira, Octavio, la obra del artista tiene el fin de mostrarnos tales como realmente somos. Nuestros pensamientos no son nada fuera de ese conocimiento de nosotros mismos, y el que acrecienta ese conocimiento sólo en un ápice crea un pensamiento nuevo con tanta seguridad como una mujer crea un ser nuevo. En la furia de tal creación es tan desconsiderado como la mujer, tan peligroso para ella como ella para él, y tan terriblemente fascinador. De todas las luchas humanas no hay ninguna tan traidora y tan impía como la que se libra entre el hombre artista y la mujer madre. ¿Quién aniquilará al otro?, esta es la gran cuestión. Y el resultado es tanto más mortal cuanto, según vuestra jerga romanticista, más se aman.

OCTAVIO.—Pues aunque fuese así—y no lo admito ni por un momento—de las luchas más empeñadas es de donde salen los caracteres más nobles.

TANNER.—Acuérdate de ello, Octavio, la próxima vez que tropieces con un oso gris o un tigre de Bengala.

OCTAVIO.—Quiero decir allí donde hay amor.

TANNER.—¡Ah! también el tigre te querrá. No hay querer más verdadero que el querer alimento. Creo que Ana te quiere de ese modo. Te acarició la mejilla como si hubiese sido un biftec bien condimentado.

OCTAVIO.—Mira, Juanito, que tendría que huir de ti si no me hubiese propuesto una vez para siempre no hacer caso de lo que dices. Expresas a veces cosas que sublevan.

(Ramsden vuelve seguido de Ana. Entran precipitadamente, y su aire, antes plácido de pesadumbre exigida por las circunstancias, se ha cambiado en expresión de cuidado verdadero y, en la cara de Ramsden, de fastidio. Ana se coloca entre los dos hombres y quiere dirigirse a Octavio, pero se reprime bruscamente al ver a Tanner.)

RAMSDEN.—No esperaba verle a usted todavía aquí, míster Tanner.

TANNER.—¿Estoy estorbando? Pues adiós, querido cotutor. (Se vuelve hacia la puerta para marcharse.)

ANA.—Espere, Juanito. Abuelito, tiene que saberlo tarde o temprano.

RAMSDEN.—Octavio, tengo que decirte algo grave. Es de índole muy particular y muy delicada, sumamente penosa, para decirlo de una vez. Deseas que Míster Tanner esté presente cuando yo hable.

OCTAVIO.—(Poniéndose pálido.) No tengo secretos para Juanito.

RAMSDEN.—Antes que te decidas del todo, te advierto que la cosa se refiere a tu hermana, y es una cosa terrible.

OCTAVIO.—¡Violeta! ¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto?

RAMSDEN.—Tal vez peor que eso.

OCTAVIO.—¿Está herida gravemente? ¿Ha habido un accidente?

RAMSDEN.—No, nada de eso.

TANNER.—Ana, ¿quieres tú hacernos el favor de decirnos sencillamente lo que hay?

ANA.—(En voz baja.) No puedo. Violeta ha hecho una barbaridad. Tendremos que llevarla a algún sitio. (Se desliza hacia la mesa de escribir y se sienta en el sillón de Ramsden, dejando a los tres hombres arreglarse como pueden.)

OCTAVIO.—(Comprendiendo.) ¿Es eso lo que ha querido usted decir, míster Ramsden?

RAMSDEN.—Sí. (Octavio cae en una silla anonadado.) Me parece que no hay duda de que Violeta no fué a Eastbourne cuando creímos que estaba en casa de Parry Whitefield. Y ayer fué a consultar a un médico, llevando una sortija de casada en el dedo. La señora de míster Parry Whitefield la encontró allí por una casualidad, y así se ha sabido todo.

OCTAVIO.—(Levantándose con los puños cerrados.) ¿Quién es el canalla?

ANA.—Ella no lo quiere decir.

OCTAVIO.—(Dejándose caer nuevamente én la silla.) ¡Qué cosa más horrible!

TANNER.—(Con sarcasmo intenso.) Horrible, espantosa, peor que la muerte, como dice Ramsden. (Se acerca a Octavio.) ¡Cuánto no darías, ¿verdad?, por que fuese un accidente de ferrocarril en que ella se hubiese roto todos los huesos, o cosa análoga respetable y digna de compasión!

OCTAVIO.—No seas brutal, Juanito.

TANNER.—¡Brutal! ¡Dios de los cielos! ¿Por qué estás llorando? Aquí tenemos una mujer que todos creíamos se limitaba a hacer acuarelas malas, a tocar a Grieg y Brahms, a frecuentar conciertos y reuniones, en una palabra, a malgastar su vida y su dinero. De repente nos enteramos de que ha dejado esas futesas para cumplir su fin más elevado y mayor función, la de aumentar y multiplicar la población de la tierra. Y, en vez de admirar su valentía y alegrarnos de tan soberano instinto, en vez de coronar el cumplimiento del fin de la mujer y de entonar el cántico triunfal de: «Nos ha nacido un niño, un hijo nos fué dado», aquí están ustedes—ustedes, que en su luto por el difunto han estado más alegres que unos grillos—estáis ahora con las caras largas y con

aires de avergonzados y desgraciados como si la muchacha hubiese cometido el crimen más nefando.

RAMSDEN.—(Gritando de rabia.) No quiero que se digan semejantes abominaciones en mi casa. (Da puñetazos fuertes en la mesa de escribir.)

TANNER.—Mire usted, si me vuelve usted a insultar, le cogeré la palabra y me marcharé de aquí. Ana, ¿en dónde está Violeta ahora?

ANA.—¿Por qué? ¿Va usted a ir a verla?

TANNER.—Naturalmente que voy. Necesita ayuda, necesita dinero, necesita respeto y felicitaciones, necesita toda clase de facilidades para su hijo. No parece que ustedes quieren proporcionarle todo eso; se lo proporcionaré yo. ¿Dónde está?

ANA.—No sea usted cabezota, Juanito. Está ahí arriba.

TANNER.—¡Cómo! Bajo el techo sagrado de Ramsden. Vaya usted, Ramsden, y cumpla con su mísero deber. Echela a la calle. Limpie usted sus umbrales de la contaminación. Vindique la pureza de su hogar inglés. Yo, mientras, voy por un coche de punto.

ANA.—(Alarmada.) ¡Ay!, abuelito, no debe usted hacer eso.

OCTAVIO.—(Con el corazón desgarrado, levantándose.) Yo me la llevaré, míster Ramsden. No tiene derecho a presentarse en la casa de usted.

RAMSDEN.—(Indignado.) Pero si estoy yo anhelando ayudarla. (Volviéndose hacia Tanner.) ¿Cómo se atreve usted, caballero, a atribuirme intenciones tan monstruosas? Protesto contra ello. Estoy dispuesto a gastarme hasta mi último penique para no verla obligada a recurrir a la protección de usted.

TANNER.—(Calmándose.) Entonces todo está arreglado. Veo que por ahora no piensa obrar con arreglo a sus

principios. Quedamos en que todos estamos al lado de Violeta.

OCTAVIO.—Pero ¿quién es el hombre? Puede arreglarlo todo casándose con ella. Y lo hará o tendrá que vérselas conmigo.

RAMSDEN.—Lo hará, Octavio. Has hablado como un hombre.

TANNER.—Entonces no lo toman por un canalla, después de todo.

OCTAVIO.—¿Que no? Ya lo creo, es un canalla sin pizca de corazón.

RAMSDEN.—Un canalla maldito. Dispensa, Anita, pero no puedo contenerme.

TANNER.—De modo que vamos a casar a tu hermana con un infame canalla para restablecer su honra. A fe mía, creo que están ustedes todos locos.

ANA.—No seas absurdo, Juanito. Claro está que tienes razón, Octavito, pero no sabemos quién es; Violeta no lo quiere decir.

TANNER.—¿Qué importa quién es? Ha hecho lo suyo; ahora le queda a Violeta hacer el resto.

RAMSDEN.—(Aparte.) Tontería, chifladura. Hay entre nosotros un pillo, un libertino, un villano peor que un asesino; y nosotros sin saber quién es. En nuestra ignorancia estamos expuestos a darle la mano, a introducirle en nuestros hogares, a confiarle nuestras hijas, a... a...

ANA.—(Zalamera.) Vamos, abuelito, no piense usted tan alto. Es muy chocante lo que pasa, nadie lo puede negar; pero si Violeta no quiere hablar, ¿qué le vamos a hacer? Nada, sencillamente nada.

RAMSDEN.—¡Hum! No estoy yo tan seguro de ello. Si algún hombre se ha fijado especialmente en Violeta, será

fácil saberlo. Si hay entre nosotros algún hombre de principios notoriamente relajados...

TANNER.—¡Ejem!

RAMSDEN. —(Levantando la voz.) Sí, señor, lo repito; si hay entre nosotros algún hombre de principios notoriamente relajados...

TANNER.—O algún hombre difícil de contenerse...

RAMSDEN.—(Sorprendido.) ¿Se atreverá usted a indicar que yo soy capaz de semejante acto?

TANNER.—Mí querido Ramsden, es un acto de que todo hombre es capaz. Esto es lo que resulta de violentar a la naturaleza. La sospecha que acaba usted de levantar contra mí a todos nos atañe. Es una clase de lodo que puede manchar la toga del juez y el vestido del cardenal lo mismo que los harapos del vagabundo. Vamos, Octavito, no tengas ese aire espantado. Puedo ser yo, puede ser Ramsden, puede ser cualquiera. Sea quien quiera, ¿qué habrá de hacer sino mentir y protestar?... como Ramsden va a protestar ahora.

RAMSDEN.—(Balbuceando.) Yo... yo... yo...

TANNER.—La culpabilidad mayor no podría balbucear con más confusión. Y, sin embargo, sabes que es perfectamente inocente, Octavito.

RAMSDEN.—(Agotado.) Me alegro de que usted así lo re conozca, caballero. Por mi parte confieso que hay algo de verdad en lo que usted dice, a pesar de lo mucho que lo retuerce para satisfacer su amor propio malicioso. Espero, Octavio, que en tu mente no habrá la más ligera sospecha de mí.

OCTAVIO.—¡De usted! No, ni por un momento.

TANNER.—(En tono seco.) Creo que a mí me sospecha un poco.

OCTAVIO.—Juanito, no puede ser, no eres capaz...

TANNER.—¿Por qué no?

OCTAVIO.—(Espantado.) ¡Ah, por qué no!

TANNER.—Pues te lo voy a decir. Primero, porque tendrías que reñir conmigo. Segundo, porque Violeta no me quiere. Tercero, si yo tuviese el honor de ser el padre del hijo de Violeta, estaría orgulloso en vez de negarlo. Descuida, pues, que nuestra amistad no corre peligro.

OCTAVIO.—Hubiese rechazado la sospecha con horror si tú tuvieses acerca de ello ideas y sentimientos naturales. Perdóname.

TANNER.—¡Perdonarte! Tontería. Y ahora, sentémonos y tengamos un consejo de familia. (Se sienta. Los demás le imitan con más o menos protestaciones.) Violeta está en camino de prestar un servicio al Estado; por consiguiente, hay que conducirla afuera como a un criminal hasta que haya pasado la cosa. ¿Qué sucede allá arriba?

ANA.—Violeta está en el cuarto de la doncella... sola, naturalmente.

TANNER.— ¿Por qué no en el salón?

ANA.—No sea usted ridículo, Juanito. Miss Ramsden está en el salón con mamá hablando sobre lo que hay que hacer.

TANNER.—De modo que el cuarto de la doncella es el penitenciario. Vaya, y la presa está esperando que la lleven a presencia de sus jueces. ¡Habrá viejas impertinentes!

ANA.—¡Qué modo de hablar, Juanito!

RAMSDEN.—No olvide, caballero, que en este momento está usted en casa de una de las viejas impertinentes. Mi hermana es ama de esta casa.

TANNER.—También a mí me metería en el cuarto de los criados, si se atreviese. De todos modos retiro lo de viejas impertinentes. Se me fué la lengua, y dispense. Aho-

ra, Ana, como tutor suyo le mando a usted que vaya en seguida a ver a Violeta y esté muy amable con ella.

ANA.—Ya la he visto, Juanito, y siento decir que me temo será difícil determinarla a salir de la población. Creo que Octavito debiera hablarle de ello.

OCTAVIO.—¿Cómo voy a hablar yo de semejante cosa? (Se vuelve a sentar muy abatido.)

OCTAVIO.—No se desconsuele, Octavito. Por nosotros todos hay que hacer un poder.

RAMSDEN.—La vida no se compone sólo de comedias y poesías, Octavio. Vaya, hay que tener valor.

TANNER.—(Enojándose nuevamente.) ¡Pobre querido hermano! ¡Pobres queridos amigos de la familia! ¡Pobres queridas viejas chismosas! ¡Pobre querido todo el mundo! ¡Excepto la mujer que va a arriesgar su vida para crear otra vida! Octavito, no seas burro y egoísta. Anda arriba y háblale a Violeta y baja con ella aquí, si quiere venir. (Octavio se levanta.) Dile que todos estamos de su lado.

RAMSDEN.—(Levantándose.) No, señor...

TANNER.—(Levantándose también e interrumpiéndole.) ¡Oh! ya sabemos, es contra su conciencia; pero no importa, usted hará lo que los demás.

OCTAVIO.—Les aseguro que nunca he sido egoísta. Pero es tan difícil saber lo que tiene uno que hacer cuando seriamente desea obrar bien.

TANNER.—Mi querido Octavito, tu piadosa costumbre inglesa de considerar el mundo como gimnasio moral expresamente edificado para en él robustecer tu carácter, en ocasiones te lleva a reflexionar sobre tus propios malditos principios, cuando debieras estar pensando en las necesidades de otras personas. La necesidad del presente momento es una madre feliz y un niño de buena sa-

lud. Concentra en esto tus energías y verás expedito del todo tu camino. (Octavio, muy perplejo, sale.)

RAMSDEN.—(Mirando de frente a Tanner muy fijamente.) Y la moralidad, caballero, ¿qué va a ser de ella?

TANNER.—La que significa una Magdalena deshecha en lágrimas y un niño inocente con el estigma de ella, no se admite aquí, Dios nos guarde. La moralidad, por mí, puede ir a su padre, es decir, al demonio.

RAMSDEN.—Ya me lo figuraba. Se manda la moralidad al demonio para dar gusto a nuestra gente libertina, hombres y mujeres. Asi está el porvenir de Inglaterra.

TANNER.—¡Oh!, no tenga usted cuidado. Inglaterra sobrevivirá a la desaprobación de usted. Mientras tanto, estoy en la inteligencia de que usted está conforme conmigo en lo que ahora prácticamente hemos de hacer.

RAMSDEN.—No en el sentido de usted, caballero, no por sus razones.

TANNER.—Esto lo podrá usted explicar si alguien le pide cuenta, aquí o más tarde. (Se vuelve y se planta enfrente de Mr. Herbert Spencer, al que mira desabrido.)

ANA.—(Levantándose y acercándose a Ramsden.) Abuelito, lo mejor será que subas al salón y les digas lo que pensamos hacer.

RAMSDEN.—(Mirando intencionadamente a Tanner.) No me gusta mucho dejarte sola con ese caballero. ¿No quieres venir conmigo?

ANA.—A miss Ramsden no le gustará hablar de aquello delante de mí, abuelito. Creo que no debo estar presente.

RAMSDEN.—Tienes razón, debiera haberlo pensado. Eres una buena muchacha, Anita.

(Le da golpecitos cariñosos en el hombro. Ella levanta la vista hacia él con ojos regocijados, y él sale conmovido. Una vez que se lo ha quitado de

encima, mira a Tanner. Como Tanner está vuelto de espaldas, ella presta un momento de atención a su propia persona, se arregla rápidamente el pelo luego se le acerca suavemente y le habla casi al oído.)

ANA.—Juanito (Él se vuelve bruscamente.), ¿está usted contento de ser mi tutor? Espero que no le molestará tener ese cargo.

TANNER.—Esta es la última en la colección de sus víctimas propiciatorias, ¿eh?

ANA.—Vaya, siempre con esas bromas. Quítese usted de eso. ¿Por qué dice usted cosas que sabe usted me causan disgusto? Yo hago lo posible para agradarle, Juanito, y supongo que puedo seguir llamándole así aunque es usted mi tutor. Tendré una verdadera pena si no quiere que seamos amigos.

TANNER.—(Contemplándola tan mustio como contemplara el busto. No necesita usted preocuparse de mi afecto o desafecto. ¡Qué poco fondo real tienen nuestros juicios morales! A mí me parece usted no tener absolutamente nada de conciencia, sino sólo hipocresía, y, sin embargo, ejerce usted sobre mí cierta fascinación. Siempre le presto atención sin querer. Estoy seguro de que me faltaría algo si la perdiese a usted de vista.

ANA.—(Tranquilamente enlaza el brazo con el de Tanner y se pasea con él por la habitación.) Pero ¿no es esto muy natural, Juanito? Nos conocemos desde niños. ¿Se acuerda usted?...

TANNER.—(Soltando el brazo bruscamente.) ¡Calle, lo recuerdo todo!

ANA.—La verdad es que muchas veces hemos sido muy locos, pero...

TANNER.—Basta, basta, Ana. Ya no soy aquel niño de la escuela que fuí. Como tampoco soy el noventón chocho que seré si vivo bastante. Aquello pasó; olvidémoslo.

ANA.—¿No fueron tiempos dichosos? (Trata de volver a cogerle el brazo.)

TANNER.—Siéntese y estése usted quietecita. (La hace sentarse en la silla más próxima a la mesa de escribir.) Sin duda fueron tiempos dichosos para usted. Usted era una niña buena y no se comprometió nunca. Y, sin embargo, ni la niña más mala que haya recibido azotes podría haberse divertido más. Puedo comprender el éxito con que usted dominaba a las demás chicas. Su virtud les imponía respeto. Pero dígame: ¿ha conocido alguna vez a un chico bueno?

ANA.—¡Ya lo creo! Todos los chicos tienen a veces sus travesuras. Pero Octavito siempre ha sido un chico verdaderamente bueno.

TANNER.—(Quedándose parado.) Sí, tiene usted razón. Por algo nunca ha tentado usted a Octavito.

ANA.—¡Cómo tentado!

TANNER.—Sí, querida señorita Mefistófeles, tentado. Tenía usted una curiosidad insaciable por saber de lo que era capaz un chico y era usted diabólicamente lista para hacerle cantar y sorprender sus secretos más íntimos.

ANA.—¡Tonterías! Todo porque usted solía contarme largas historias de las cosas malas que me había hecho... chiquilladas tontas. Y esto lo llama usted secretos íntimos. Los secretos de los chicos son como los secretos de los hombres, y usted sabe lo que son.

TANNER.—(Obstinado.) Pues no lo sé. ¿Qué son, dígame?

ANA.—Pues son lo que dicen a todo el mundo, ya se sabe.

TANNER.—Pero yo le juro que yo le he dicho a usted cosas que no he dicho a nadie más. Se las manejó usted de modo que hiciéramos un convenio en virtud del que

no habíamos de tener secretos el uno con el otro. Habíamos de decirnos todo lo que nos ocurría. Sin embargo, no noté que usted me dijera lo más mínimo.

ANA.—Es que no me preguntaba usted nada, Juanito. Siempre quería usted hablar de sí mismo.

TANNER.—Es verdad, mucha verdad. Pero ¡qué diablo de niña debió usted de ser para haber conocido ese flaco y haberlo aprovechado para satisfacer su propia curiosidad! Yo lo que quería era darme importancia a sus ojos, hacerme el interesante. Y por ello me vi metido en toda clase de travesuras con el único objeto de tener algo que contarle. Me pegué con chicos a quienes no odiaba, mentí sobre cosas que no me importaban un bledo, robé objetos que no me servían para nada, besé a niñas que me eran completamente indiferentes. Todas eran bravatas, desprovistas de pasión y, por lo tanto, sín substancia.

ANA.—Nunca he contado nada, Juanito.

TANNER.—No, pero si su intención hubiese sido hacerme cambiar de conducta, ya lo hubiese usted contado todo. El caso es que usted deseaba que yo siguiese así.

ANA.—(Estallando.) ¡Oh, eso no es verdad, no es verdad, Juanito! Nunca me ha gustado que hiciera usted esas cosas tontas, brutales, estúpidas, vulgares. Siempre he esperado que al fin resultaría algo grande y heroico. (Recobrando la calma.) Dispénseme, Juanito, pero las cosas que hacía usted no se parecían en lo más mínimo a las que me hubiese gustado verle hacer. Me daban muchas veces una gran desazón, pero no quería delatarle y proporcionarle disgustos. Era usted un chico, al fin, y yo me decía: ya se enmendará con los años. Tal vez me haya equivocado.

TANNER.—(Sardónico.) No se apure, Ana, pues por lo menos noventa y cinco por ciento de las hazañas que le

conté eran inventadas. Pronto caí en la cuenta de que no le gustaban las historias verídicas.

ANA.—Ya me decía yo que algunas de las cosas que contaba usted no podían haber sucedido. Pero...

TANNER.—Va usted a recordarme que algunas de las cosas peores sucedieron realmente.

ANA.—(Amable, con gran terror de él.) No quiero recordarle nada. Pero he conocido a las personas que se vieron mezcladas en ellas, y me las contaron.

TANNER.—Sí, pero aun las historias verídicas estaban retocadas para ser contadas. Las humillaciones de un niño sensitivo serán una diversión para personas mayores, ordinarias y paquidérmicas, pero para el niño mismo son tan agudas, tan ignominiosas, que no puede confesarlas, sino que las niega obstinadamente. Así y todo, también era bueno que yo inventara algo, porque la única vez que le dije la verdad pura, me amenazó con delatarme.

ANA.—¡Oh, eso no, nunca!

TANNER.—Ya lo creo. ¿No recuerda usted una muchacha de ojos negros que se llamaba Raquel Rosetree? (Ana, involuntariamente, frunce el cejo por un instante.) Tuve unos amoríos con ella, cosa de nada. Cuando llegó a su apogeo, nos citamos una noche en el jardín y nos paseamos de bracete, bastante incómodos por falta de costumbre. Al separarnos, hubo su beso correspondiente, según la ley del romanticismo. Si estos amores hubieran seguido adelante, creo que me hubiese fastidiado de lo lindo. Pero no siguió adelante, porque de pronto, Raquel me dió calabazas por haberse enterado de que yo le había contado a usted la cosa. ¿Cómo se enteró? Por usted. Le faltó a usted tiempo para contarle lo que sabía por mí, haciéndole toda clase de advertencias morales y prácticas.

ANA.—¡Y muy buen servicio que le presté! Fué deber mío el poner coto a su mala conducta. Ahora me lo agradece.

TANNER.—¿Es verdad?

ANA.—De todos modos debiera agradecerlo.

TANNER.—No fué deber suyo poner coto a la mala conducta mía, por lo visto.

ANA.—Con poner coto a la de ella, lo puse también a la suya.

TANNER.—¿Está usted segura de ello? Puso usted fin a que yo le hablara de mis aventuras; pero ¿cómo sabe usted que puso fin también a las aventuras?

ANA.—¿Quiere usted decir que hizo usted lo mismo con otras chicas?

TANNER.—No; ya estaba yo harto de tonterías románticas, como aquello de Raquel.

ANA.—(No convencida.) Entonces, ¿por qué interrumpió usted nuestras confidencias y se puso usted conmigo de un modo tan particular?

TANNER.—(Enigmático.) Pues porque sucedió entonces que logré algo que quise guardar para mí solo, sin darle a usted parte alguna.

ANA.—Pues tenga usted la completa seguridad de que yo no le hubiese quitado nada de ello si no me lo daba de buena voluntad.

TANNER.—No era una caja de dulces, Ana. Era algo de lo que nunca usted me hubiera dejado hablar con libertad.

ANA.—(Incrédula.) ¡Por Dios! ¿Qué?

TANNER.—Mi alma.

ANA.—Tenga usted juicio, Juanito. Sabe usted que está diciendo sandeces.

TANNER.—Hablo muy en serio, Ana. Por entonces, us-

ted no se daba cuenta de que también estaba usted teniendo un alma. Así era, sin embargo. Por algo fué, porque de pronto se vió obligada a velar por la moralidad de Raquel. Hasta aquel momento había usted sacado todas las ventajas posibles haciendo de niña buena, sin imaginarse que tuviera deberes algunos para con los demás. Pues yo también por entonces empecé a sentir de modo diferente. Hasta aquel momento había vivido como un semisalvaje, sin más conciencia que la de una zorra en un gallinero. Pero entonces, de repente, empecé a sentir escrúpulos, a darme cuenta de deberes, a enterarme de que la veracidad y el honor no eran sólo expresiones piadosas en boca de las personas mayores, sino principios con fuerza compulsora.

ANA.—(Con calma.) Sí, supongo que estaba usted en lo justo. Empezaba usted a ser hombre y yo a ser mujer.

TANNER.—¿No era, quizás, que empezábamos a ser algo más? ¿Qué significa en boca de la mayoría de las personas el principio de la pubertad en el hombre y la mujer? Ya lo sabe usted, significa el principio del amor. Pero para mí, el amor empezó mucho antes. El amor figuraba en los primeros ensueños y las primeras locuras románticas que yo pueda recordar... ¿podré decir que podemos recordar?... aunque no comprendíamos lo que era en aquellos tiempos. No; el cambio que experimenté fué el nacimiento en mí de la pasión moral, y declaro que, según mi experiencia, la pasión moral es una pasión verdadera.

ANA.—Todas las pasiones deberían ser morales, Juanito.

TANNER.—¡Deberían! ¿Cree usted que hay algo bastante fuerte para imponer deberes a una pasión, como no sea otra pasión más fuerte?

Ana.—Nuestro sentido moral sujeta la pasión, Juanito. No sea usted tonto.

Tanner.—¡Nuestro sentido moral! ¿Y no es él una pasión? ¿Ha de tener el demonio todas las pasiones, así como todas las virtudes? Si el sentido moral no fuese una pasión, si no fuese la más poderosa de las pasiones, todas las demás pasiones lo barrerían como el huracán barre una hoja. Es el nacimiento de esa pasión el que transforma al niño en hombre.

Ana.—Hay otras pasiones, Juanito, muy fuertes.

Tanner.—Todas las otras pasiones estaban en mí antes; pero eran vanas y sin finalidad... meras aspiraciones y crueldades infantiles, curiosidades y caprichos, costumbres y supersticiones, todo grotesco y ridículo para la inteligencia madura. Cuando de repente empezaron a resplandecer cual llamas recién encendidas, no fué por su luz propia, sino por la radiación de la pasión moral que alboreaba. Esa pasión todo lo dignificó, le dió conciencia y sentido, se encontró con una turbamulta de apetitos y la organizó, transformándola en un ejército de propósitos y principios. Mi alma nació de tal pasión.

Ana.—Ya noté entonces que entraba usted en juicio. Antes era usted un chico terriblemente destrozón.

Tanner.—Destrozón, ¡quia! Era solamente travieso.

Ana.—¡Oh! Juanito, sí que era usted destrozón. Echó usted a perder todos nuestros pinitos cortándoles las puntas con un sable de madera. Con un tirador acribilló todas las calabazas del jardín. Incendió el heno en la dehesa del común. La policía apresó a Octavito por ello cuando huía, después de haber tratado de disuadirle a usted de semejante acción. Usted...

Tanner.—¡Bah, bah, bah! Aquello eran combates, bombardeos, estratagemas para salvar nuestras cabelle-

ras de los pieles rojas. No tiene usted imaginación, Ana. Soy ahora diez veces más destrozón de lo que era entonces. Mi pasión moral ha tomado posesión de mi destructividad y la guía hacia fines morales. He venido a ser un reformador, como todos los reformadores, un iconoclasta. No destrozo ya calabazas ni incendio breñales; destruyo creencias y derroco ídolos.

ANA.—(Aburrida.) Me temo que yo sea demasiado femenina para ver algún sentido en la destrucción. La destrucción sólo puede destruir.

TANNER.—Sí, y por eso es tan útil. La construcción llena el terreno de instituciones hechas por unos métomeentodo. La destrucción lo despeja y nos proporciona espacio para respirar y libertad.

ANA.—Es inútil, Juanito. Ninguna mujer estará conforme con usted en esto.

TANNER.—Por eso precisamente confunde usted construcción y destrucción con creación y matanza. Son completamente diferentes. Yo adoro la creación y aborrezco la matanza. Sí, la adoro en el árbol y la flor, en el pájaro y la fiera, hasta en usted. (Una oleada de interés y agrado, de repente, hace desaparecer de la cara de ella el aburrimiento y la perplejidad creciente.) Fué el instinto creador el que le inspiró ligarme a usted con lazos que han dejado señales en mí hasta la fecha. Sí, Ana; el antiguo pacto infantil entre nosotros fué un inconsciente pacto de amor...

ANA.—¡Juanito!

TANNER.—¡Oh, no se alarme!...

ANA.—No me alarmo.

TANNER.—(Enigmático.) Pues debiera. ¿Dónde quedan sus principios?

ANA.—Juanito, ¿habla usted en serio, sí o no?

TANNER.—¿Se refiere a la pasión moral?

ANA.—No, no, a otra cosa. (Confusa.) Es usted tan raro, nunca se sabe si habla en serio o no.

TANNER.—Pues hablo siempre muy en serio. Soy su tutor y tengo el deber de educar su espíritu.

ANA.—El pacto de amor se acabó entonces, ¿no? Supongo que usted ya se ha cansado de mí.

TANNER.—No; pero la pasión moral ha hecho imposibles nuestras relaciones de niños. Un sentido celoso de mi nueva individualidad surgió en mí...

ANA.—¡Vamos, que ya no quiere que le traten como a chico! ¡Pobre Juanito!

TANNER.—Sí, porque el ser tratado como chico supone la continuación del antiguo modo de ser. He venido a ser otra persona, y los que habían conocido a la antigua persona se rieron de mí. El único hombre que se portó con sentido común fué mi sastre: me volvió a tomar medida cada vez que fuí a su casa, mientras todos los demás siguieron con sus antiguas medidas, y querían que me vinieran.

ANA.—Se ha vuelto usted terriblemente presuntuoso.

TANNER.—Cuando esté usted en el cielo, Ana, estará terriblemente presuntuosa por sus alas, durante el primer año o así. Cuando encuentre allí a sus parientes y ellos persistan en tratarla como si siguiese siendo una mortal, no lo podrá usted aguantar. Tratará usted de entrar en un círculo que no la haya conocido sino como ángel.

ANA.—¿De modo que no fué más que su vanidad la que le hizo a usted huir de nosotros?

TANNER.—Sí, sólo mi vanidad, como usted la llama.

ANA.—No hacía falta, por eso, haber evitado todo contacto conmigo.

TANNER.—Con usted, sobre todo. Más que nadie, usted luchó contra mi emancipación.

ANA.—(Seria.) ¡Oh, qué equivocado está usted! Yo hubiese hecho cualquier cosa por usted.

TANNER.—Cualquier cosa, excepto dejarme separarme de usted. Aun entonces había usted adquirido por instinto aquella maldita treta femenina de imponer obligaciones a un hombre, de ponerse tan entera y desamparada a su merced, que acaba por no atreverse a dar un paso sin ir a pedirle permiso. Conozco a un pobre desgraciado cuyo único deseo en esta vida es huir de su mujer. Ella lo evita amenazando con tirarse debajo de la locomotora del tren que tome él para huir. Es lo que hacen todas. Cuando tratamos de ir adonde ustedes no quieren que vayamos, no hay ley que lo impida; pero al querer dar el primer paso, nuestro pie tropieza con vuestro pecho; al querer arrancar, nuestras ruedas tropiezan con vuestros cuerpos. Ninguna mujer me ha de esclavizar así a mí.

ANA.—Pero, Juanito, no se puede vivir sin tener un poco de consideración a los demás.

TANNER.—Sí; pero ¿quiénes son los demás? Es la consideración a los demás..., o, mejor dicho, aquel miedo cobarde que llamamos consideración..., lo que nos convierte en los esclavos sentimentales que somos. El tener consideración a usted, como lo llama usted, es sustituir mi propia voluntad con la suya. ¿Y si esa voluntad suya no vale lo que la mía? ¿Están las mujeres mejor enseñadas que los hombres, o peor? ¿Saben más los electores o los hombres de Estado? Creo que para los dos casos la contestación está clara. ¿En qué mundo viviríamos si los hombres de Estado se dejaran guiar por los electores, y los hombres en general por sus esposas? ¿Qué significan hoy día la Iglesia y el Estado? Pues la mujer y el contribuyente.

ANA.—(Plácida.) Cuánto me alegro de ver que entiende usted de política, Juanito. Puede sacar gran provecho si logra un puesto en el Parlamento. (El se encoge como una vejiga pinchada.) Pero siento tanto que crea dañosa mi influencia.

TANNER.—No digo que sea dañosa. Pero, dañosa o provechosa, no me da la gana ser cortado a la medida de usted. Eso es todo.

ANA.—Nadie le pide a usted que así sea, Juanito. Le aseguro a usted muy de veras que no tomo a mal ni tanto así sus rarezas. Ya sabe usted que a todos nos han criado para tener ideas avanzadas. ¿Por qué se empeña usted en creer que mis ideas son tan estrechas?

TANNER.—He aquí el peligro. Yo sé que no le importan a usted mis opiniones, porque no tienen que importarle. La serpiente boa no se preocupa en lo más mínimo de las opiniones de un pájaro mosca cuando le ve envuelto en sus espirales.

ANA.—(Levantándose con súbita intuición.) ¡Ah, aaah! Ahora es cuando comprendo por qué advirtió usted a Octavito que yo era una serpiente boa. Me lo contó el abuelito. (Se ríe a carcajadas y le echa su boa por el cuello.) ¿No es suave y agradable, Juanito?

TANNER.—(En el lazo.) ¡Basta ya de hipocresías! ¡Vaya una frescura!

ANA.—Nunca he sido hipócrita con usted, Juanito. ¿Está usted enfadado? (Retira el boa y lo tira encima de una silla.) Tal vez me he propasado.

TANNER.—(Despreciativo.) Vaya, ahora remilgos. Total, ¿qué, si así se divierte?

ANA.—(Tímida.) Pues nada. El caso es que yo creo que lo que significaba aquello de la serpiente boa era... era esto. (Le echa el brazo al cuello.)

TANNER.—(Mirándola fijamente.) ¡Pues me gusta la audacia! (Ella se ríe y le acaricia la mejilla.) ¡Y pensar que si yo contase este episodio no habría un alma que me lo creyese, como no fuesen las mismas personas que romperían toda relación conmigo por haberlo contado, mientras que si usted me acusara nadie creería mis negaciones!

ANA.—(Retirando el brazo con perfecta dignidad.) Es usted incorregible, Juanito. Pero no debiera usted hacer burla de nuestro mutuo afecto. Nadie sería capaz de equivocarse acerca de este sentimiento. Tampoco se equivoca usted, supongo.

TANNER.—¡Dios sabe si no me equivoco! ¡Pobre Octavito!

ANA.—(Mirándole de repente, como si esto fuese una nueva revelación.) Creo que no será usted tan tonto que tenga celos de Octavito.

TANNER.—¡Celos! ¿Por qué? Pero no me extraña que usted trate de envolverle. Siento sus espirales a mi propio alrededor, y eso que no está usted más que jugando conmigo.

ANA.—¿Cree usted que tengo intenciones respecto de Octavito?

TANNER.—Sí que las tiene usted.

ANA.—(Seria.) Cuidado, Juanito. Tal vez haga usted a Octavio muy desgraciado si en esto le hace creer cosas que no existen.

TANNER.—No hay cuidado, no se le escapará a usted.

ANA.—Me pregunto algunas veces si realmente es usted un hombre listo.

TANNER.—¿A qué viene esto ahora?

ANA.—Parece que usted entiende de todas las cosas de que yo no entiendo, pero le aseguro que es usted una

completa criatura en todas las cosas de las que entiendo yo.

TANNER.—Sé lo que Octavito siente por usted, Ana; en esto no me cabe duda.

ANA.—¿Y también sabe lo que yo siento por Octavito? ¿Tampoco le cabe duda?

TANNER.—Demasiado sé lo que ha de sucederle al pobre Octavito.

ANA.—Me reiría de buena gana, Juanito, si no fuese por la muerte de mi pobre padre. Le advierto: Octavito va a ser muy desgraciado.

TANNER.—Sí, pero no lo conocerá el pobrecito. Es mil veces demasiado bueno para usted. Por eso está a punto de cometer por usted el más grave error de su vida.

ANA.—Pues yo creo que los hombres cometen más error por ser demasiado listos que por ser demasiado... buenos. (Se sienta con cierta apariencia de desprecio para con la totalidad del sexo masculino, lo que se expresa en el encogimiento de sus hombros.)

TANNER.—Ya sé yo que Octavito no le importa a usted mucho. Pero, al fin y al cabo, es uno que besa y uno que puede, en ciertas ocasiones, permitir el beso. Octavito besará y usted sólo le presentará la mejilla, y en cuanto se le presente a usted mejor proporción, le echará por la borda.

ANA.—(Ofendida.) No tiene usted derecho a decir esas cosas, Juanito. En primer lugar, no es verdad, y luego, aunque lo fuera, no está bien que lo diga usted. Si a usted y a Octavito les da por ponerse tontos, no es culpa mía.

TANNER.—(Lleno de remordimientos.) Dispense mi brusquedad, Ana. Va contra este mundo perro, no contra usted. (Ella levanta la vista hacia él, regocijada y dispuesta a perdonar. Al no-

tarlo él, de repente se pone en guardia.) De todos modos, estoy deseando que baje Ramsden. Estando con usted, nunca me siento seguro. No sé, pero hay cierto diabólico encanto... O no, no es encanto... Es así como un interés sutil. (Ella se ríe.) Eso es... Bien lo sabe usted, y triunfa... Abierta y desvergonzadamente triunfa.

ANA.—¡Hay que ver, Juanito, quién es usted echando piropos!

TANNER.—¡Piropos, yo!

ANA.—Sí, señor, piropos. Siempre abusa usted y ofende; pero luego concluye por algo que agrada.

TANNER.—¡Vaya! Voy a llamar al timbre, que esta conversación ya se prolongó más de lo conveniente.

Ramsden y Octavio vuelven con miss Ramsden, una solterona muy tiesa con vestido sencillo de seda de color café, con bastantes sortijas, cadenas y broches para demostrar que la sencillez de su vestido es cosa de principios, no de pobreza. Entra muy determinada en la habitación, siguiéndola los dos hombres muy perplejos y abatidos. Ana se levanta y va oficiosa al encuentro de miss Ramsden. Tanner retrocede hacia la pared por entre los bustos y se pone a estudiar los cuadros. Ramsden va a su mesa como de costumbre y Octavio se acerca a Tanner.

MISS RAMSDEN.—(Casi empujando a un lado a Ana al ir hacia la silla de Mrs. Whitefield, donde se planta resueltamente.) Yo me lavo las manos sobre todo el asunto.

OCTAVIO.—(Muy entristecido.) Ya sé que desea usted que me lleve de aquí a Violeta. Lo haré, miss Ramsden. (Se vuelve indeciso hacia la puerta.)

RAMSDEN.—No, no...

MISS RAMSDEN.—¿A qué viene decir que no, Roebuck? Octavio bien sabe que yo no echaría de mi casa a una mujer verdaderamente contrita y arrepentida. Pero cuando una mujer no sólo es mala, sino que quiere seguir siéndolo, para mí ha acabado.

ANA.—¡Oh!, miss Ramsden, ¿qué significa eso? ¿Qué ha dicho Violeta?

RAMSDEN.—Realmente, es muy obstinada la muchacha. Violeta no quiere salir de Londres. No la entiendo.

MISS RAMSDEN.—Yo, sí. Es tan evidente como la palma de la mano, que no quiere marcharse para no separarse de aquel hombre, sea quien sea.

ANA.—¡Oh!, sí, es verdad. Octavio, ¿no le ha hablado usted?

OCTAVIO.—No quiere decirnos nada. No quiere tomar ninguna determinación antes de haber consultado con alguien. No puede ser otro que el miserable que la ha engañado.

TANNER.—(A Octavio.) Pues deja que le consulte. Bastante se alegrará él de verla marchar afuera. ¿Dónde está la dificultad?

MISS RAMSDEN.—(Quitándole la palabra a Octavio.) La dificultad, míster Tanner, está en que, cuando me ofrecí a ayudarla, no me ofrecí a hacerme la cómplice de su maldad. O ella da palabra de no volver a ver a aquel hombre, o puede buscar amigos en otra parte, y cuanto antes, mejor.

(La doncella aparece en la puerta. Ana vuelve bruscamente a su asiento y se da un aire de completo descuido. Octavio instintivamente la imita.)

DONCELLA.—El coche está a la puerta, señorita.

MISS RAMSDEN.—¿Qué coche?

DONCELLA.—Para miss Robinson.

MISS RAMSDEN.—¡Ah! (Recordando.) Muy bien. (La doncella se retira.) De modo que ha mandado traer un coche.

TANNER.—Hace media hora que dije yo que había que traer un coche.

MISS RAMSDEN.—Me alegro de que comprenda la situación en que se ha colocado.

RAMSDEN.—No me gusta que se marche de esta manera, Susana. No debemos mostrarnos duros con ella.

OCTAVIO.—No, muchas gracias por todo, pero miss Ramsden tiene razón. Violeta no puede quedarse.

ANA.—¿No sería mejor que usted la acompañara, Octavio?

OCTAVIO.—No quiere que yo la acompañe.

MISS RAMSDEN.—Claro, como que va a ir derecho a aquel hombre.

TANNER.—Consecuencia natural de la virtuosa recepción que ha tenido aquí.

RAMSDEN.—(Muy turbado.) Mira, Susana, ¿has oído? Pues hay algo de verdad en ello. Quisiera que pudieses conciliar con tus principios el ser un poco indulgente con esa pobre muchacha. Es muy joven, y hay tiempo para todo.

MISS RAMSDEN.—¡Oh! No le faltarán las simpatías de los hombres. Me asombras verdaderamente, Roebuck.

TANNER.—A mí también, Ramsden, aunque favorablemente.

Violeta aparece en la puerta. Es una señorita tan impenitente y despreocupada como podría serlo la de mejor conducta. Su cabeza estrecha, sus labios delgados y su mentón resuelto, su modo de hablar altivo y todo su porte, la perfecta elegancia de sus atavíos, entre los que hay un sombrero primoroso con un pájaro disecado, constituyen una figura tan formidable como exquisitamente bonita. No es una sirena como Ana, se granjea la admiración espontáneamente y aun sin interés por parte de ella. Por lo demás, en Ana hay algo de humor festivo; en esta mujer, ni rastro, y tal vez tampoco perdón alguno. Su voz recuerda la de una maestra que se dirige a una clase de niñas que se han portado mal, pues con perfecto aplomo y algo disgustada empieza a decir a lo que ha venido.

VIOLETA.—Me he asomado para decir a miss Ramsden que encontrará en el cuarto de la doncella el regalo que

me hizo el día de mi cumpleaños: la pulsera de filigrana.

TANNER.—Entre usted, Violeta, y hable con nosotros razonablemente.

VIOLETA.—Gracias, ya estoy harta de conversaciones. Y lo mismo le pasa a tu madre, Ana, pues se ha ido a casa llorando. De todos modos, ya sé a qué atenerme en cuanto a algunos de mis pretendidos amigos. Abur.

TANNER.—No, no; espere usted un momento. Tengo que decirle algo que deseo que escuche. (Ella le mira sin la más mínima curiosidad en apariencia, tanto para concluir de ponerse el guante como para oir lo que tiene él que decir.) Cúente usted incondicionalmente conmigo. La felicito con el respeto más sincero. Usted tiene perfectamente razón, y la familia está enteramente equivocada.

Sensación. Ana y miss Ramsden se levantan y se vuelven hacia los dos. Violeta, más sorprendida que nadie, olvida su guante y avanza hacia el centro de la habitación, confusa y desabrida. Octavio sólo no se mueve ni levanta la cabeza; está abrumado de vergüenza.

ANA.—(Para suplicar a Tanner ser razonable.) ¡Juanito!

MISS RAMSDEN.—(Indignada.) ¡Habráse visto!

VIOLETA. — (Aspera, a Tanner.) ¿Quién le ha dicho a usted...?

TANNER.—¿Quién va a ser? Ramsden y Octavito. ¿Por qué se habían de callar?

VIOLETA.—Pero si ellos no saben...

TANNER.—No saben ¿qué?

VIOLETA.—Quiero decir que no saben que tengo razón.

TANNER.—¡Oh! Lo saben en el fondo de su corazón, aunque se crean obligados a censurarla por efecto de sus supersticiones tontas acerca de la moralidad y la propiedad, y etc. Pero yo sé, y el mundo entero sabe realmente, aunque no se atreve a confesarlo, que ha te-

nido usted razón en obedecer a sus instintos, que la vitalidad y la valentía son las cualidades más altas que pueda tener una mujer, y la maternidad, su solemne iniciación en la vida universal; y el hecho de no estar casada legalmente no quita un bledo de su propio valor o de nuestra consideración por usted.

VIOLETA.—(Roja de indignación.) ¡Ah! Me toma usted por una mala mujer, como los demás. Usted cree no solamente que he sido mala, sino que comparto sus abominables opiniones. Miss Ramsden, he agu antado sus palabras duras, porque sabía que las sentiría usted cuando supiera la verdad. Pero no soportaré tan horrible insulto de ser felicitada por Juanito por ser una de las desgraciadas a las que aprueba. He ocultado mi casamiento por causa de mi marido. Pero ahora reclamo, como casada, el derecho de no ser insultada.

OCTAVIO.—(Levantando la cabeza con inexpresable alivio.) Pero ¿estás casada?

VIOLETA.—Sí, y creo que podrías haberlo notado. ¿Qué les ha pasado a todos al dar por sentado que yo no tenía derecho a llevar mi anillo de boda? Nadie de ustedes preguntó siquiera por qué lo llevaba, ni reparó en él.

TANNER.—(Aniquilado.) Me he hundido. Mi intención fué buena. Pido perdón... humildemente; perdón.

VIOLETA.—Espero que en adelante tendrá usted más cuidado con lo que habla. Claro que no hace una caso de tales dichos; pero son bastante desagradables y de mal gusto.

TANNER.—(Capeando el temporal.) No tengo defensa. Me guardaré muy mucho, de aquí en adelante, de meterme en asunto de mujeres. Todos nos hemos tirado una plancha, me parece, excepto Ana. Ella habló en favor de usted, Violeta. Perdónenos por ella.

VIOLETA.—Sí, Ana ha sido muy amable; pero Ana lo sabía todo.

TANNER.—¡Vamos!

MISS RAMSDEN.—(Tiesa.) ¿Y quién, diga usted, es el caballero que no reconoce a su mujer?

VIOLETA.—(Bruscamente.) Eso es asunto mío, miss Ramsden, y no de usted. Tengo mis razones especiales para tener secreto mi matrimonio, por ahora.

RAMSDEN.—Lo único que puedo decir es que estamos todos muy pesarosos, Violeta. Me da no sé qué el pensar cómo la hemos tratado.

OCTAVIO.—(Torpe.) Perdóname, Violeta. No puedo decir más.

MISS RAMSDEN.—(Todavía sin querer capitular.) Por cierto que lo que dice usted, Violeta, cambia las cosas. Pero, de todos modos, me debo a mí misma...

VIOLETA.—(Interrumpiéndola.) Lo que debe usted es presentarme sus excusas, miss Ramsden. Esto es lo que debe usted tanto a sí misma como a mí. Si fuese usted una señora casada no le gustaría, creo, que la relegaran al cuarto de la doncella, como a una niña malcriada, sin motivo alguno.

TANNER.—No nos abrume todavía más, Violeta. Nos hemos portado como tontos, como unos verdaderos tontos.

VIOLETA.—De todos modos, Juanito, usted no ha intervenido en el asunto.

TANNER.—¿Cómo que no? ¿Sabe usted que Ramsden casi me ha acusado de ser el caballero desconocido?

(Ramsden hace una demostración frenética; pero el enfado, frío y enérgico, de Violeta, le interrumpe.)

VIOLETA.—¡A usted! ¡Oh, qué infamia, qué cosa más abominable! Pues hay que ver las cosas que se han di-

cho aquí de mí. Si mi marido lo supiese, no me dejaría tratar a ninguno de ustedes en la vida. (A Ramsden.) La verdad, no hubiese esperado eso de usted.

RAMSDEN.—Pero le aseguro a usted que yo nunca... o ha sido una mala interpretación.

MISS RAMSDEN. — No necesitas excusarte, Roebuck. Ella es la que tiene la culpa de todo. Ella es la que tiene que excusarse por habernos engañado a todos.

VIOLETA.—Puedo concederle circunstancias atenuantes, miss Ramsden, porque usted no puede comprender mi modo de pensar en este asunto, aunque creí yo haber podido esperar mejor gusto de personas de tanta experiencia como ustedes. Sea lo que quiera, me parece que la situación se ha hecho algo penosa, y lo mejor será que yo me ausente. De modo que adiós, y ustedes lo pasen bien.

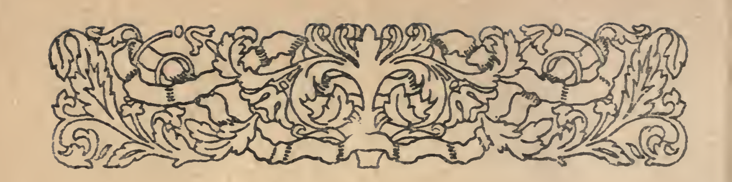
(Sale, dejándolos a todos confusos.)

MISS RAMSDEN.—Pues ¡vaya, vaya, vaya!

RAMSDEN.—(Lastimero.) La verdad es que esperaba un poco más de amabilidad.

TANNER.—Tiene usted que capitular ante el anillo de boda, lo mismo que los demás, Ramsden. El cáliz de nuestra ignominia está lleno hasta rebosar.





ACTO SEGUNDO

En el camino del parque de una quinta, cerca de Richmond, un automóvil acaba de sufrir una *panne*. Se halla enfrente de un grupo de árboles, rodeado por el camino que va hacia la casa, en parte visible al través de ellos. Efectivamente, Tanner, colocado en el camino con el coche a su derecha, podría conseguir ver sin dificultad el ángulo del Oeste de la casa a su izquierda, si no estuviese demasiado interesado en observar un par de piernas echadas en el suelo, envueltas en pantalones de tela azul, que salen por la parte trasera del coche. Las contempla con intensa atención, encorvado sobre ellas y con las manos apoyadas en las rodillas. Su gabán de cuero y gorra de visera le caracterizan como pasajero del vehículo.

EL DE LAS PIERNAS.—Por fin, ya.
TANNER.—¿Ya se arregló todo?
EL DE LAS PIERNAS.—Sí, señor, al pelo.

Tanner se inclina más, coge las piernas por los tobillos y saca como una carretilla al dueño de ellas, que anda en las manos, con un martillo en la boca. Es un joven que lleva un bonito traje de sarga azul. Va completamente afeitado. Tiene ojos negros y dedos cuadrados; pelo negro, cortado a rape y bien cepillado, y unas cejas irregulares, de expresión escéptica. Cuando manipula en el coche, sus movimientos son listos y rápidos, y al mismo tiempo atentos y deliberados. Con Tanner y los amigos del mismo su modo

de ser no tiene nada de respetuoso, sino que es frío y retraído, con lo que no les da motivos ni para confianzas ni para quejas. Sin embargo, no los pierde de vista nunca, con cierto aire cínico, como hombre que conoce las interioridades del mundo. Habla despacio y con un dejo de sarcasmo, y como no se esfuerza nada por hablar de una manera fina, se puede deducir que su traje elegante es más una marca de respeto a sí mismo y a su clase que a los que le emplean.

Ahora monta en el coche para probar la maquinaria y vuelve a colocarse el abrigo y la gorra. Tanner, en cambio, se quita el gabán de cuero y lo echa adentro del coche. El *chauffeur* (o automovilista, o conductor del auto, o como quedemos en llamarle) mira a su alrededor como buscando algo, mientras está guardando el martillo.

CHAUFFEUR.—No quiere usted más, por lo visto.

TANNER.—No me disgustará hacer el camino a pie hasta la casa, desentumecerme las piernas y calmar mis nervios un poco. (Mirando su reloj.) Supongo sabrá usted que hemos venido desde la esquina de Hyde Park a Richmond en veintiún minutos.

CHAUFFEUR.—Hubiese hecho el recorrido en quince minutos si la carretera hubiese estado despejada. Pero con los malditos carros...

TANNER.—¿Por qué hace usted eso? ¿Es por amor al deporte, o por el gusto de aterrorizar a su desgraciado amo?

CHAUFFEUR.—¿De qué se asusta usted?

TANNER.—De las multas y de romperme el cuello.

CHAUFFEUR.—Hombre, si le gusta ir despacio, puede tomar un autobús, ¿sabe? Es más barato. A mí me paga usted por ahorrarle tiempo y sacarle el jugo a su cacharro de mil libras. (Se sienta con calma.)

TANNER.—Soy el esclavo del tal cacharro y de usted también. Sueño de noche con el maldito chisme.

CHAUFFEUR.—Se irá usted acostumbrando. Si va usted

para arriba, hacia la casa, dígame cuánto tiempo va a tardar. Porque si va usted a estar toda la mañana hablando con las señoras, yo voy a entrar el coche en la cochera y me tumbaré en algún sitio. Si no, esperaré aquí en el coche hasta que usted venga.

TANNER.—Lo mejor será que espere. No tardaremos mucho. Hay allí un joven americano, un míster Malone, que va a venir con míster Robinson, en su nuevo coche de vapor americano.

CHAUFFEUR.—(Dando un salto y saliendo bruscamente del coche para acercarse a Tanner.) ¡Un coche de vapor americano! ¡Y ha venido luchando con nosotros desde Londres!

TANNER.—Tal vez estén ya aquí.

CHAUFFEUR.—¡Si yo lo llego a saber! (Con profundo reproche.) ¿Por qué no me lo ha dicho usted, míster Tanner?

TANNER.—Porque me han dicho que ese coche puede hacer ochenta y cuatro millas por hora, y ya sé yo cómo las gasta usted cuando hay un rival por nuestro camino. Nada, Enrique; hay cosas que no es bueno que las sepa usted, y ésta es una de ellas. Pero alégrese, vamos a tener un día a gusto de usted. El americano va a llevar a míster Robinson y su hermana, y a miss Whitefield. Nosotros llevamos a miss Rhoda.

CHAUFFEUR.—(Consolado ya.) Es la hermana de miss Whitefield, ¿no?

TANNER.—Sí.

CHAUFFEUR.—¿Y miss Whitefield irá en el otro coche? ¿Con usted, no?

TANNER.—¿Por qué demonios había de ir conmigo? Ya tiene de compañía a míster Robinson. (El *chauffeur* mira a Tanner con fría incredulidad y vuelve al coche, silbando por lo bajo un aire popular. Tanner, un poco fastidiado, va a proseguir, cuando oye los pasos de Octavio en la grava. Octavio viene desde la casa

vestido como para ir en automóvil, pero sin abrigo.) Hemos perdido el certamen, a Dios gracias; ahí viene míster Robinson. ¿Qué tal, Octavito, anda bien ese coche de vapor?

OCTAVIO.—Ya lo creo que anda. Desde Hyde Park hasta aquí hemos tardado diez y siete minutos. (El *chauffeur*, furioso, golpea el coche con un gruñido de disgusto.) ¿Cuánto habéis tardado vosotros?...

CHAUFFEUR.—(Reprochando.) ¿Ve usted, ve usted, míster Tanner? Podíamos nosotros haber hecho el recorrido en menos de quince minutos.

TANNER.—A propósito, voy a presentarles. Este señor es mi amigo míster Octavio Robinson. Mi *chauffeur*, míster Henry Straker.

STRAKER.—Para servirle a usted, caballero.

TANNER.—No te creas que Straker es un mecánico de los del montón. Ha hecho estudios. ¿En qué escuela, Straker?

STRAKER.—En Sherbrooke Road.

TANNER.—¡Sherbrooke Road! Es como si nosotros dijésemos Rugby o Harrew o Eton. Con la diferencia de que Sherbrooke Road es una escuela donde los chicos aprenden algo, mientras Eton es un instituto adonde nos mandan porque en casa no hacemos más que daño, y para que después en la vida, siempre que mencionen a un duque, podamos decir que ha sido condiscípulo nuestro.

STRAKER.—No sabe usted nada, míster Tanner. No es la escuela de primera enseñanza la que hace eso, sino la politécnica.

TANNER.—Como quien dice, su universidad. No Oxford, ni Cambridge, ni Durham, ni Dublin, ni Glascow. Ni siquiera las de menor cuantía del país de Gales. Nada de eso. Sino Regent Street, Chelsea, el Borough...

¿qué sé yo? Esas son universidades, y no las tiendas aquellas nuestras, donde se venden delimitaciones de clases. Desprecia usted a Oxford, ¿no es verdad, Enrique?

STRAKER.—No, señor. Es muy bonito sitio. Digo para personas a las que les guste semejante clase de sitios. Allí se enseña a ser señorito. En la politécnica se enseña a ser ingeniero o cosa por el estilo.

TANNER.—¡Sarcasmos, nada más que sarcasmos, Octavito! ¡Oh, si pudieses ver dentro del alma de Enrique su profundo desprecio por las clases elevadas, su orgullo de ser ingeniero, te pasmaría! Literalmente, se alegra cuando el coche sufre una parada forzosa, porque por ella se evidencian mi inutilidad de señorito y su inteligencia de mecánico.

STRAKER.—No le haga usted caso, míster Robinson. Le gusta hablar. Le conocemos, ¿no le parece a usted?

OCTAVIO.—(Serio.) Pero hay mucha verdad en el fondo de lo que dice. Creo firmemente en la dignidad del trabajo.

STRAKER.—(No impresionado.) Es porque no ha hecho usted nunca nada, míster Robinson. El fin mío es suprimir el trabajo. Más resultado sacará usted de mí y de mi máquina que de veinte trabajadores, y con menos bebida.

TANNER.—¡Por Dios, Octavio, no empieces a discutir con él sobre economía política! Es muy fuerte en eso y nosotros no lo somos. Tú sólo eres un socialista político, Octavito, y él es un socialista científico.

STRAKER.—(Sin turbarse.) Usted dispense; esta conversación es muy interesante, pero yo tengo que mirar por el coche y ustedes dos tienen que hablar de las señoras. Yo lo sé. (Se retira para ocuparse con el coche y al punto arranca con dirección a la casa.)

TANNER.—Es un fenómeno social verdaderamente importante.

OCTAVIO.—¿El qué?

TANNER.—Pues Straker. Las personas literarias y cultas hemos durante años hecho atmósfera para la «mujer nueva», siempre cuando se presentaba alguna solterona de ideas chapadas a la antigua más de lo usual, y nunca hemos reparado en el «hombre nuevo». Straker es el hombre nuevo.

OCTAVIO.—No veo en él nada nuevo, como no sea tu manera de tomarle el pelo. Pero ahora no quiero hablar de él. Quiero hablarte de Ana.

TANNER.—Straker también sabía eso. Lo habrá aprendido en la politécnica. Pues bien, ¿qué hay de Ana? ¿Le has hecho una declaración formal?

OCTAVIO.—(Reprendiéndose a sí mismo.) He sido bastante bruto para obrar asi anoche.

TANNER.—¡Bastante bruto! ¿Qué quieres decir con eso?

OCTAVIO.—(Ditirámbico.) ¡Ay! Juanito, los hombres todos somos bastotes, nunca comprendemos lo exquisitas que son las sensibilidades de una mujer. ¿Por qué haría yo semejante cosa?

TANNER.—Pero ¿qué has hecho, idiota sentimental?

OCTAVIO.—Sí, soy un idiota. ¡Juanito, si hubieses oído su voz, si hubieses visto sus lágrimas! Toda la noche he estado despierto pensando en ello. Si me hubiese hecho reproches, lo hubiese yo soportado mejor.

TANNER.—¡Lágrimas! Eso es peligroso. ¿Qué dijo?

OCTAVIO.—Me dijo que cómo podía yo hablarle de semejante cosa cuando todavía estaba caliente el cadáver de su adorado padre. Lanzó un suspiro... (Se queda anonadado.)

TANNER. —(Dándole golpecitos en la espalda.) Aguanta como

un hombre aunque sientas como un borrico. Es lo de siempre; no está cansada todavía de jugar contigo.

OCTAVIO.—(Impaciente.) ¡Por Dios! No seas tonto, Juanito. ¿Crees que ese necio cinismo tuyo tenga aplicación a una mujer de sus condiciones?

TANNER.—¡Hum! ¿Dijo algo más?

OCTAVIO.—Sí, y por eso me expongo y la expongo a ella a tus burlas diciéndote lo que ha pasado.

TANNER.—(Con remordimientos.) Nada de burlas, querido Octavito, por mi honor. En fin, no importa. Sigue.

OCTAVIO.—Su sentimiento del deber es tan profundo, tan completo...

TANNER.—Sí, ya sé. Sigue.

OCTAVIO.—Ya ves, por disposición de su padre, Ramsden y tú sois sus tutores, y ella ahora considera que todos sus deberes para con su padre se han transformado en deberes para con vosotros. Dijo que lo primero que yo debiera haber hecho era hablar con vosotros. Claro que tiene razón, pero por otro lado, tiene algo de ridículo que tenga yo que pedirte formalmente permiso para pretender la mano de tu pupila.

TANNER.—Hombre, me alegro, Octavito, de que el amor no ha borrado en ti todo sentido del humor.

OCTAVIO.—Esta contestación no la satisfará.

TANNER.—Mi contestación oficial, ni que decir tiene, es la siguiente: Os bendigo, hijos míos; sed dichosos.

OCTAVIO.—Quisiera que ya dejaras de guasearte. Si tú no lo tomas en serio, lo tomo yo y lo toma ella.

TANNER.—Sabes que ella puede escoger tan libremente como tú mismo.

OCTAVIO.—Ella no piensa así.

TANNER.—¿Que no? ¡Vamos! De todos modos, ¿qué quieres que haga yo?

OCTAVIO.—Pues quiero que le digas sincera y formalmente lo que piensas de mí. Quiero que le digas que puedes confiármela a mí... es decir, si así lo crees.

TANNER.—No dudo que te la puedo confiar. Lo que me trastorna es la idea de si a ti puedo confiarte a ella. ¿Has leído el libro de Maeterlinck, sobre las abejas?

OCTAVIO.—(Guardando con dificultad su calma.) No he venido para discutir literatura ahora.

TANNER.—Hombre, ten un poco de paciencia. Yo tampoco quiero discutir literatura; el libro sobre las abejas trata de historia natural. Es una espantosa lección para el género humano. Tú te figuras que eres el pretendiente de Ana, que eres el perseguidor y ella la perseguida, que tu papel consiste en rondar, en persuadir, en vencer y arrollar. Tonto, eres tú el perseguido, el señalado, la presa elegida. No tienes necesidad de estarte echando miradas codiciosas al cebo a través de los alambres de la trampa; la puerta está abierta y así quedará hasta que se cierre detrás de ti para siempre.

OCTAVIO.—¡Ojalá fuera así a pesar de tu abominable comparación!

TANNER.—Porque ella, amigo mío, no tiene otro fin en la vida que cazar a un marido. El fin de la mujer es casarse lo más pronto posible, y el del hombre es quedar soltero todo el tiempo que pueda. Tú tienes que escribir tragedias y poesías; Ana no tiene ninguna ocupación.

OCTAVIO.—No puedo escribir sin inspiración, y nadie puede proporcionármela fuera de Ana.

TANNER.—Pero ¿no te inspiraría mejor desde una distancia segura? Petrarca no vió a Laura, ni Dante a Beatriz tan de cerca como tú ves ahora a Ana, y, sin embargo, escribieron poemas bastante aceptables, según tengo entendido. Ellos nunca expusieron su adoración al con-

tacto de la familiaridad doméstica y les duró hasta la sepultura. Cásate con Ana, y al cabo de una semana no encontrarás en ella más inspiración que en un plato de arroz con leche.

OCTAVIO.—¿Crees que me cansaré de ella?

TANNER.—Nada de eso; tampoco se cansa uno del arroz con leche, pero no encuentra uno inspiración en tal manjar. Y así ella no te dará inspiración cuando deje de ser el etéreo ensueño de un poeta y venga a ser una maciza esposa y matrona. Te verás en la obligación de soñar con cualquiera otra, y entonces es cuando habrá jaleo.

OCTAVIO.—Es inútil que hables así, Juanito. ¿Tú qué sabes? ¿Nunca has estado enamorado?

TANNER.—¡Yo! Precisamente nunca he dejado de estarlo. Ahora mismo estoy enamorado hasta de Ana. Pero no soy ni el esclavo ni el engañado del amor. Mira las abejas, poeta, observa sus costumbres y hechos. Ten la completa seguridad, Octavio, de que si las mujeres pudiesen pasarse sin nuestra intervención, y nosotros les comiésemos el pan de sus hijos en vez de ganarlo, nos matarían como las arañas hembras matan a sus machos, y las abejas a los zánganos. Y tendrían razón si no valiésemos para otra cosa que para el amor.

OCTAVIO.—¡Oh, si valiésemos siquiera para el amor! No hay nada comparable con el amor, no hay nada fuera del amor. Sin él el mundo sería una sórdida pesadilla.

TANNER.—¡Y tú eres el hombre que me pide la mano de mi pupila! ¡Vamos, hombre! Creo que nos han cambiado en las cunas y que tú eres el verdadero descendiente de Don Juan Tenorio.

OCTAVIO.—Me harás el favor de no hablar así delante de Ana.

TANNER.—No tengas cuidado. Te ha marcado como

cosa propia, y nada la detendrá ya. No hay salvación para ti. (Straker vuelve con un periódico en la mano.) Ahí viene el «hombre nuevo» desmoralizándose con un periódico de a perro chico, como siempre.

STRAKER.—Para que se vea lo que son las cosas, míster Robinson. ¿Querrá usted creer que cuando nos pusimos en marcha esta mañana compramos dos periódicos, el *Times*, para míster Tanner, y el *Leader* o el *Echo*, para mí? Y ¿cree usted que he podido leer el mío? ¡Quia! Míster Tanner me cogió el *Leader* y me dejó entretenerme con el *Times*.

OCTAVIO.—¿No publica el *Times* la lista de los caballos vencedores?

TANNER.—Enrique no se preocupa de apuestas, Octavio. Los *records* de automóviles son su flaco. ¿Cuál es el último?

STRAKE.—El de París a Biskra, con una velocidad media de 40 millas por hora, sin contar el Mediterráneo.

TANNER.—¿Cuántos muertos ha habido?

STRAKER.—Nada, dos ovejas despachurradas. Vaya una cosa. Las ovejas no cuestan caras. Sus dueños se habrán alegrado de no tener que llevarlas al matadero y de cobrar su valor con creces. A pesar de todo, ya verán, todos van a chillar. El gobierno francés prohibirá las velocidades decentes, y nos habremos fastidiado. Es lo que a mí me da rabia, míster Tanner; no quieren que corramos mientras todavía se puede.

TANNER.—Octavito, ¿te acuerdas de mi tío Jaime?

OCTAVIO.—Sí. ¿Por qué?

TANNER.—Mi tío Jaime tenía una cocinera de primera. No podía digerir sino lo que ella guisaba. El caso es que al pobre hombre, tímido de por sí, no le gustaba la vida de sociedad. Pero aquella cocinera estaba orgullosa de

sus habilidades y deseaba hacer comidas para príncipes y embajadores. Para impedir que dejara su servicio, el pobre viejo tenía que dar dos comidas grandes cada mes y sufrir todas las molestias consiguientes. Pues, en cierto modo, me pasa dos cuartos de lo mismo, por causa de mi *chauffeur*. Aborrezco los viajes, pero quiero algo a Enrique. Para él no hay mayor goce que calarse las gafas del oficio, ponerse la chaqueta de cuero y correr, con dos dedos de polvo por todo su cuerpo, a razón de sesenta millas por hora con riesgo de su vida y la mía. Exceptuando, claro está, cuando yace boca arriba en el barro debajo del coche tratando de descubrir la causa de la parada o la marcha defectuosa. Pues si no le permito una carrera de mil millas cada quince días, dejará mi servicio. Me plantará y se irá con algún americano millonario, y yo tendré que contentarme con un cochero jardinero que me llevará al paso y saludará respetuosamente cuando yo suba o baje. Pero me aguanto y soy el esclavo de Enrique, así como mi tío Jaime era el esclavo de su cocinera.

STRAKER.—(Exasperado.) ¡Caramba! Quisiera tener un auto que anduviese tan aprisa como usted habla, míster Tanner. Lo que yo digo es que se pierde dinero con un coche si se le tiene parado. Hágase usted con un cochecito para impedidos y una niñera si no quiere sacarle el jugo a su auto y mi persona.

TANNER.—(Calmándole.) Bueno, hombre, bueno. Ahora mismo vamos a dar una carrera de media hora.

STRAKER.—(Asqueado.) ¡Media hora! (Vuelve al coche, se sienta en él y ojea su papel en busca de más noticias.)

OCTAVIO.—¡Calla! Ahora me acuerdo. Tengo una esquelita de Rhoda para ti. (Entrega un papel a Tanner.)

TANNER.—(Abriéndolo.) Me parece a mí que lo que busca

Rhoda es una riña con Ana. En regla no hay más que una persona a la que una muchacha inglesa detesta más que a su madre, y esta persona es su hermana mayor. Pero Rhoda positivamente quiere más a su madre que a Ana. Ella... (*Indignado.*) ¡vamos, hay que ver!

OCTAVIO.—¿Qué pasa?

TANNER.—Habíamos quedado en que Rhoda había de dar un paseo en automóvil conmigo. Ahora me dice que Ana le ha prohibido salir conmigo.

(*Straker empieza de repente a silbar su aire favorito con intención señalada. Sorprendidos por la explosión de esa súbita alegría y heridos por la nota burlona que la melodía contiene, se vuelven hacia él y le miran interrogativamente. Pero él está absorto en la lectura del periódico y no repara en ellos.*)

OCTAVIO.—(*Volviendo al asunto.*) ¿Da alguna razón?

TANNER.—¡Una razón! Un insulto no es una razón Dice que Ana le prohibe estar sola conmigo en cualquier ocasión, porque no soy yo una persona con quien una muchacha joven pueda tener confianza. ¿Qué me dices ahora de tu dechado de perfecciones?

OCTAVIO.—Ten en cuenta que tiene una grave responsabilidad ahora que no vive su padre. La madre es demasiado débil para vigilar a Rhoda.

TANNER.—(*Mirándole fijamente.*) En resumidas cuentas, que estás conforme con Ana.

OCTAVIO.—No, pero creo comprenderte. No podrás negar que tus opiniones no son de las más a propósito para la formación de carácter y espiritu de una niña.

TANNER.—Pues sí que lo niego. La formación del carácter y espiritu de una niña estriba generalmente en decirle mentiras. Pero en este caso protesto contra esa mentira de que yo sea capaz de abusar de la confianza de las niñas.

OCTAVIO.—No ha querido Ana decir eso, Juanito.

TANNER.—Pues ¿qué ha querido decir entonces?

STRAKER.—(Viendo que Ana viene de la casa.) Ahí viene miss Whitefield, caballeros. (Se baja del coche y se aleja por la avenida con el aire de un hombre que sabe que no le van a necesitar.)

ANA.—(Acercándose y colocándose entre Octavio y Tanner.) Buenos días, Juaníto. He venido para decirle que la pobrecita Rhoda tiene un dolor de cabeza atroz y no puede salir con usted en auto. Cuánto lo siente la pobrecita.

TANNER.—¿Qué dices ahora, Octavito?

OCTAVIO.—Hombre, comprende las cosas. Ana te trata con la mayor consideración, aun a costa de engañarte.

ANA.—¿Qué están ustedes hablando?

TANNER.—¿Le gustaría a usted, Ana, quitarle a Rhoda su dolor de cabeza?

ANA.—Claro.

TANNER.—Entonces repítale lo que acaba de decirme y añada que usted me ha visto dos minutos después de leer el billete que me ha mandado.

ANA.—¿Rhoda le ha escrito a usted?

TANNER.—Diciéndomelo todo.

OCTAVIO.—No le haga usted caso, Ana. Tiene usted razón, mucha razón. Ana sólo ha cumplido con su deber, Juanito, bien lo sabes, y ha cumplido del modo más amable posible.

ANA.—(Yendo hacia Octavio.) ¡Qué bueno es usted, Octavito! ¡Qué presto en auxiliarme! ¡Cómo me comprende! (Octavio sonríe dichoso.)

TANNER.—Eso es, apriete las espirales. La amas, Octavito, ¿es así?

OCTAVIO.—Sabe que la amo.

ANA.—¡Chist! ¡Qué poco reparo, Octavito!

TANNER.—¡Oh! Tiene usted mi consentimiento. Soy el

tutor de usted y la confío al cuidado de Octavio por una hora. Voy a dar una vuelta en el coche.

Ana.—No, Juanito; tengo que hablarle de Rhoda. Octavito, ¿quiere usted volver a casa y hacer compañía a su amigo americano? Está estorbando algo a mamá tan temprano, y ella quiere terminar el arreglo de la casa.

Octavio.—Voy volando, queridísima Ana. (Le besa la mano.)

Ana.—¿Habrá chico más bueno?

(Él la mira con elocuente rubor y se va corriendo.)

Tanner.—(Áspero.) Mire usted, Ana. Por esta vez se ha salvado usted; pero si Octavito no estuviese tan perdidamente enamorado, hubiese podido ver lo mentirosa que es usted.

Ana.—Es una mala inteligencia, Juanito. No me atreví a decirle la verdad a Octavito.

Tanner.—Nada, los atrevimientos de usted suelen estar en dirección opuesta. ¿Qué demonios eran sus intenciones al decir a Rhoda que yo era demasiado vicioso para que me tratara? ¿Cómo voy yo en adelante ya a tener con ella relaciones algunas, después de que usted le ha envenenado el alma de ese modo?

Ana.—Ya sé yo que es usted incapaz de portarse mal...

Tanner.—Entonces, ¿a qué ha venido esa mentira?

Ana.—No tuve más remedio.

Tanner.—¿Cómo?

Ana.—Por mi madre.

Tanner.—(Con los ojos centelleantes.) ¡Ah! Ya podía figurármelo. ¡La madre! ¡Siempre la madre!

Ana.—La culpa la tiene aquel tremendo libro de usted. Ya sabe usted lo miedosa que es mamá. Todas las mujeres miedosas se andan con miramientos; todas tenemos que tener miramientos, Juanito, pues de lo con-

trario se forman acerca de nosotras ideas tan cruel, tan vilmente erróneas. Aun usted, que es hombre, no puede decir lo que piensa sin dar lugar a falsas interpretaciones y sin que hablen mal de usted. Sí, lo confieso, he tenido que hablar mal de usted. ¿Quiere usted que la pobre Rhoda se vea en la misma situación, que por error, por no entenderla, le hagan mala fama? ¿Estaría bien en mamá que la dejara exponerse a semejante eventualidad antes de tener la suficiente edad para saber lo que le conviene hacer?

TANNER.—Abreviando: la manera de evitar malas inteligencias consiste para todo el mundo en mentir y engañar e insinuar y calumniar todo lo que se pueda. A esto se reduce el obedecer a su madre.

ANA.—Quiero a mi madre, Juanito.

TANNER.—(Agitándose cada vez más en una rabia sociológica.) ¿Es esta una razón para no ser dueña de su propia alma? ¡Ah! Yo protesto contra esa vil abyección de los jóvenes sometiéndose servilmente a los viejos. Mírese a la así llamada buena sociedad. ¿Qué es lo que quiere aparentar ser? Un exquisito coro de ninfas. ¿Qué es, en realidad? Un horrible cortejo de desgraciadas muchachas, cada una en las garras de una vieja cínica, taimada, ruin, desilusionada, estúpidamente experimentada y perversa, a la que llama madre, y cuyo deber es depravar su alma y adjudicarla al mejor postor... ¿Por qué esas míseras esclavas se casan con cualquiera, por viejo y despreciable que sea, antes de quedarse sin casar? Porque el casamiento es el único medio para ellas de poder librarse de esas decrépitas furias que ocultan sus ambiciones egoístas, sus concupiscencias extemporáneas, sus odiosos celos a rivales más jóvenes que las desbancaron, bajo la careta del deber materno y del amor a la fami-

lia. Estas cosas son abominables; la voz de la naturaleza reclama para una hija el cuidado de un padre y para un hijo el cuidado de una madre. La ley para padre e hijo y madre e hija no es la ley de amor; es la ley de revolución, de emancipación, de la supresión final de los viejos y gastados por los jóvenes e idóneos. Le digo a usted, el primer deber de un hombre y de una mujer es la declaración de su independencia. El hombre que aboga por la autoridad de su padre no es hombre; la mujer que aboga por la autoridad de su madre es incapaz de dar al mundo ciudadanos libres.

ANA.—(Escuchándole con tranquila curiosidad.) Supongo, Juanito, que algún día entrará usted en la política.

TANNER.—(Atontado.) ¿Qué? Yo... yo... (Tratando de reanudar la argumentación.) ¿Qué tiene que ver eso con lo que estoy diciendo?

ANA.—¡Habla usted tan bien!

TANNER.—Hablar, hablar; para usted todo es hablar. Bueno, vaya otra vez con su madre y ayúdela a envenenar el alma de Rhoda, como ha envenenado la de usted. Es con elefantes mansos con los que se doman los bravíos.

ANA.—Vamos, que estoy ascendiendo. Ayer era una serpiente boa; hoy soy un elefante.

TANNER.—Sí, como usted quiera. Váyase, y punto concluído. No quiero hablar más.

ANA.—Es usted tan raro y tan poco práctico... Yo, ¿qué puedo hacer?

TANNER.—¡Hacer! Puede usted romper sus cadenas. Puede usted ir su camino según su propia conciencia y no según la de su madre. Haga que su espíritu sea puro y fuerte y aprenda a gozar de verdad con una carrera rápida en automóvil en vez de no ver en ella más que una ocasión para una detestable intriga. Venga conmigo a

Marsella, y a través de Argelia a Biskra, a sesenta millas por hora. Acompáñeme hasta el Cabo, si quiere. Esto sería una declaración de independencia y, al mismo tiempo, una venganza. Después puede usted escribir un libro sobre ello. Eso acabará con su madre y hará de usted una mujer.

ANA. –(Pensativa.) No creo que en eso habría mal alguno, Juanito. Usted es mi tutor, usted hace vez de padre para mí por voluntad de mi difunto padre. Nadie podría decir algo de nuestro viaje en común. Sería delicioso; mil gracias por la proposición, Juanito; le acompaño.

TANNER.—(Atónito.) ¡¡Me acompaña!!

ANA.—Naturalmente.

TANNER.—Pero... (Se queda parado, sumamente inquieto; luego prosigue débilmente.) No; mire usted, Ana, si no hay mal en ello, tampoco hay motivo para hacerlo.

ANA.—¡Qué cosas tiene usted! Estoy segura de que usted no quisiera dejarme en mal lugar.

TANNER.—Pues está usted equivocada. Mi propuesta no tenía otro fin.

ANA.—No diga usted tonterías. Bien lo sabe usted. Nunca hará usted algo que redunde en mi desdoro.

TANNER.—No se fíe. Si no quiere usted tropiezos de ninguna clase, no venga usted.

ANA.—(Con sencilla seriedad.) Sí, Juanito; iré, puesto que usted lo desea. Usted es mi tutor y creo que debiéramos vernos más y conocernos mejor uno a otro. (Agradecida.) Es una idea muy buena y al mismo tiempo mucha amabilidad en usted, Juanito, el ofrecerme esa excursión tan agradable, sobre todo después de lo que dije de Rhoda. Es usted realmente bueno... mucho mejor de lo que se figura. ¿Cuándo será la marcha?

TANNER.—Pero si...

La conversación se interrumpe por la llegada de Mrs. Whitefield desde la casa. Está acompañada del caballero americano y seguida de Ramsden y Octavio.

Héctor Malone es un americano del Este, pero no está nada avergonzado de su nacionalidad. Esto hace que la gente de la buena sociedad en Inglaterra no le mire mal, como a un joven de bastante valor para confesar una desventaja patente, sin tratar en modo alguno de ocultarla o atenuarla. Sienten que no deben hacerle sufrir por una cosa de la que no tiene la culpa, y se esfuerzan en ser amables con él. Su caballeroso modo de ser para con las mujeres, y sus sentimientos elevadamente morales, siendo tan poco usuales y por nadie exigidos, les chocan como quizás un poco fuera de lugar, y aunque encuentran su vena de fácil humor festivo bastante divertida cuando ha dejado de turbarlos (como al principio ocurre), le han tenido que hacer entender que de ningún modo debe contar anécdotas si no son estrictamente personales y escandalosas, y también que la oratoria es un don que pertenece a una fase más ruda de la civilización que la en que sus viajes le han hecho venir a parar. Acerca de todo eso, Héctor no está del todo convencido; todavía cree que los ingleses son aptos a considerar sus estupideces como méritos y a presentar sus varias incapacidades como cosa de buena crianza. Le parece que la vida inglesa adolece de la falta de retórica edificante (que él llama tono moral); que el modo de ser de los ingleses manifiesta falta de respeto a la mujer; que la pronunciación inglesa es muy deficiente tratándose de palabras como *world, girl, bird,* etc.; que la buena sociedad inglesa se sirve de expresiones tan poco escogidas que rayan a veces en intolerable ordinariez, y que los tratos sociales necesitan, para que éntre en ellos algo de vida, juegos y chismes y otros pasatiempos. Así, pues, no tiene prisa alguna en adquirir esos defectos después de haber pasado trabajos para hacerse cultísimo antes de aventurarse a cruzar el Océano. Nota que el pueblo inglés, con respecto a esta cultura, o es totalmente indiferente, como suele serlo para toda clase de cultura, o trata de ser cortésmente evasivo, siendo la verdad que la cultura de Héctor no es sino un estado de saturación por las obras literarias inglesas exportadas hace treinta años, reimportadas por él para ser desempaquetadas en momento oportuno y traidas

a colación siempre cuando se habla de literatura, ciencia y arte. La extrañeza ocasionada por estas salidas le confirma en la creencia de que está ayudando a educar a Inglaterra. Cuando encuentra a personas charlando tranquilamente de Anatole France o de Nietzsche, de repente se dispara con Mathew Arnold, el autócrata de la Mesa del Almuerzo, y hasta con Macaulay. Y como quiera que es sinceramente religioso, sabe, por ciertos giros humorísticos de la conversación, hacer que los que discuten con él de cuestiones morales se dejen de teologías populares, y luego los pone en un brete preguntándoles si no creían que el hecho de cumplirse sus ideales de conducta era una demostración manifiesta del poder omnipotente de Dios al crear hombres honrados y mujeres castas. La atractiva amenidad de su persona, por un lado, y la, llamémosla así, pedantería de su cultura, por el otro, hacen extremadamente difícil conocer si vale la pena empeñarse en tratarle. Porque mientras su compañía es innegablemente agradable y entretenida, intelectualmente no se puede sacar nada nuevo de él, sobre todo porque desprecia la política y evita cuidadosamente hablar de negocios comerciales o financieros, en cuyo terreno probablemente puede dar cinco y raya a sus amigos capitalistas ingleses. Con quienes mejor se lleva es con los cristianos románticos, de la secta de los amoristas, y de ahí se explica su amistad con Octavio.

Según su apariencia, Héctor es un joven bien formado, de unos veinticuatro años, con una barba negra, bonita y corta; ojos claros y hermosos y de expresión viva y simpática. Desde el punto de vista de la moda, viste perfectamente. Mientras viene por la avenida en compañía de Mrs. Whitefield, hace lo posible por ser agradable y divertido, con lo que impone al débil entendimiento de la buena señora una carga que ella no puede soportar. Un inglés la dejaría en paz aceptando el aburrimiento y la indiferencia como una suerte común, y la pobre lo que necesita es que la dejen sola o que le hablen de cosas que la interesan.

Ramsden se aleja despacio para examinar el automóvil. Octavio se reúne con Héctor.

ANA.—(Precipitándose con alegría al encuentro de su madre.) ¡Ay, mamá! Figúrate, Juanito va a llevarme a Niza en su

automóvil. ¡Qué alegría! Soy la persona más dichosa de Londres.

TANNER.—(Desesperado.) Mistress Whitefield se opone. Estoy seguro de que mistress Whitefield no está conforme. ¿No es verdad, Ramsden?

RAMSDEN.—Me parece más que probable.

ANA.—No te opones, ¿verdad, mamá?

MRS. WHITEFIELD.—¡Yo oponerme! ¿Por qué? Creo que la excursión te hará provecho, Ana. (Acercándose a Tanner.) Me voy a permitir rogarle que alguna que otra vez lleve también a Rhoda en el coche. Está demasiado encerrada en casa. Pero, en fin, esto podrá ser cuando regrese usted.

TANNER.—¡Un abismo de perfidia tras otro!

ANA.—(Al punto, para distraer la atención de estas palabras.) ¡Ah! Dispensen ustedes, no me acordaba de que Juanito y míster Malone no se conocían. Permítanme presentarlos. Míster Tanner, mi tutor; míster Héctor Malone.

HÉCTOR.—Tengo mucho gusto en conocerle, míster Tanner. Me permito proponerle una ampliación de esa excursión a Niza.

ANA.—Si vamos a ir todos, míster Malone. Es cosa acordada, ¿verdad?

HÉCTOR.—También yo soy el poseedor de un modesto automóvil. Si miss Robinson me quiere hacer el honor de disponer de él, me alegraré infinito.

OCTAVIO.—¡Violeta!

(Cohibición general.)

ANA.—(Con humildad.) Vente, mamá; dejemos a esos señores tomar disposiciones. Yo tengo que preparar mi equipaje.

(Mrs. Whitefield tiene aire de sobresaltada; pero Ana tira de ella discretamente y desaparecen a la vuelta de la esquina, en dirección a la casa.)

HÉCTOR.—Creo poder contar con el asentimiento de miss Robinson.

(Embarazo continuado.)

OCTAVIO.—Me temo que Violeta no pueda acompañarnos. Hay circunstancias que le hacen imposible el tomar parte en nuestra excursión.

HÉCTOR.—(Divertido y nada convencido.) Mi proposición es demasiado americana, por lo visto. ¿Es que la muchacha necesita aya?

OCTAVIO.—No; no es eso, Malone... por lo menos, no es eso sólo.

HÉCTOR.—¿De veras? ¿Pues puedo saber en qué consiste la dificultad?

TANNER.—(Impaciente.) Bueno, díselo todo. No podremos guardar ese secreto hasta que todo el mundo se haya enterado. Míster Malone, si va usted a Niza con Violeta, va usted con la esposa de otro hombre. Violeta está casada.

HÉCTOR.—(Como herido por el rayo.) ¡No lo dice usted en serio!

TANNER.—Sí, hablo en serio, en confianza.

RAMSDEN.—(Con aire de importancia, para que Malone no sospeche un casamiento desigual.) Su casamiento todavía no se ha hecho público, y ella desea que no se hable de él por ahora.

HÉCTOR.—Respetaré los deseos de esa señora. ¿Será indiscreto preguntar quién es su marido, por si la casualidad hiciera que pueda yo consultarle acerca de esa excursión?

TANNER.—No sabemos quién es.

HÉCTOR.—(Recalcando mucho sus palabras.) Entonces no tengo ya nada que decir.

(Quedan más cohibidos todavía.)

OCTAVIO.—Le parecerá esto algo extraño.

HÉCTOR.—Algo singular, dispensen que lo diga.

RAMSDEN.—(Medio presentando excusas, medio arrogante.) La muchacha se ha casado en secreto, y parece que su marido le ha prohibido declarar su nombre. Es lo menos que podemos decir a usted, ya que se interesaba por miss... por... por Violeta.

OCTAVIO.—(Compasivo.) Espero que esto no significa una desilusión para usted.

HÉCTOR.—(Tranquilizado, volviendo a salir de su reserva.) ¡Vaya un chasco! Casi no puedo comprender cómo un hombre puede dejar a su mujer en semejante situación. De todos modos, no es costumbre. No es digno. No es tener consideración.

OCTAVIO.—Lo sentimos, como puede usted imaginar, muy profundamente.

RAMSDEN.—(Mohino.) Será algún joven aturdido que no tiene bastante experiencia para conocer los cien embrollos a que esto puede dar lugar.

HÉCTOR.—(Con fuertes síntomas de repugnancia moral.) Así supongo. Un hombre necesita ser muy joven y bastante tonto para que se le excuse por semejante conducta. Su juicio es muy indulgente, míster Ramsden. Demasiado indulgente para mi gusto. No hay duda de que el matrimonio debiera ennoblecer al hombre.

TANNER.—(Sardónico.) ¡Ja, ja!

HÉCTOR.—¿Debo interpretar esa carcajada como señal de que usted no está conforme conmigo, míster Tanner?

TANNER.—(Aspero.) Cásese y verá. Tal vez lo encuentre delicioso por un rato; pero seguramente no lo encontrará ennoblecedor. La mayor medida común de un hombre y una mujer no es necesariamente mayor que la medida sola del hombre.

HÉCTOR.—Pues en América creemos que la altura moral de la mujer está por encima de la del hombre, y que la naturaleza más pura de la mujer eleva al hombre y le hace mejor de lo que era.

OCTAVIO.—(Con convicción.) Y así es.

TANNER.—No me extraña que las mujeres americanas prefieran vivir en Europa. Es más cómodo que pasarse la vida en un altar y dejarse reverenciar. Sea lo que sea, el marido de Violeta no se ha ennoblecido ni elevado. ¿Qué hay, pues, que hacer?

HÉCTOR.—(Meneando la cabeza.) No puedo conformarme con la conducta de ese hombre tan fácilmente como usted, míster Tanner. Pero de todos modos, no digo más. Sea quien sea, es el esposo de miss Robinson, y me alegraría mucho, por ella, de tener una mejor opinión de él

OCTAVIO.—(Conmovido, porque adivina una pena secreta.) Lo siento mucho, Malone, mucho.

HÉCTOR.—(Agradecido.) Es usted una buena persona, Robinson. Muchas gracias.

TANNER.—Hablemos de otra cosa, que ahí viene Violeta.

HÉCTOR.—Les agradecería mucho, señores, que me dejaran un momento solo con esa señora. Tengo que ver cómo se arregla eso del viaje; es un asunto algo delicado, y...

RAMSDEN.—(Contento de escapar.) No diga más. Venga, Tanner; venga, Octavito. (Se aleja por el parque con Octavio y Tanner, pasando por donde está el automóvil.)

(Violeta baja por la avenida y se acerca a Héctor.)

VIOLETA.—¿Nos están mirando?

HÉCTOR.—No.

(Ella le besa.)

VIOLETA.—Habrás estado mintiendo por causa mía.

HÉCTOR.—¡Mintiendo! Mintiendo es decir poco. Me he revolcado en un océano de mentiras. Violeta, quisiera que me dejaras decir la verdad.

VIOLETA.—(Al punto, volviéndose seria y resuelta.) No, no, Héctor; me has prometido callar.

HÉCTOR.—Guardaré mi promesa mientras no me dispenses. Pero me es muy penoso tener que mentir a todos y negar a mi mujer. Es una cosa atroz.

VIOLETA.—Yo quisiera que tu padre no fuese tan tirano.

HÉCTOR.—No es tirano. El, desde su punto de vista, tiene razón. Tiene prevención contra la clase media inglesa.

VIOLETA.—Es ridículo. Sabes que no me gusta decirte estas cosas, pero si yo quisiera... en fin, no hablemos más.

HÉCTOR.—Sé lo que quieres decir. Si tú quisieras casarte con el hijo de un fabricante inglés de muebles de oficina, tus conocidos lo considerarían como un matrimonio desigual. Y ahí está mi tonto de viejo, que es el fabricante de muebles de oficina mayor del mundo, y que me arrojaría de su casa por casarme con la dama más perfecta de Inglaterra, sólo porque no posee título nobiliario. Claro está que es absurdo. Pero te digo, Violeta, que no me gusta engañarle. Siento como si le estuviese robando el dinero. ¿Por qué no me dejas decir la verdad?

VIOLETA.—No podemos permitirnos ese lujo. Puedes ser todo lo romántico que quieras en cuestión de amor- Héctor, pero no debes ser romántico en cuestión de dinero.

HÉCTOR.—(Vacilando entre su amor de esposo y su habitual elevación de sentimiento moral.) Eso es muy inglés. (Apelando a ella

muy impulsivamente.) Violeta, hagamos lo que hagamos, mi padre algún día descubrirá nuestro secreto.

VIOLETA.—Hombre, claro, algún día. Pero ¿para qué darlo por hecho cada vez que nos vemos? Me has prometido...

HÉCTOR.—Sí, es verdad; pero yo...

VIOLETA.—(Interrumpiéndole.) Soy yo, y no tú, quien sufro por esta ocultación. Ahora, exponerme a una lucha por parte de tu padre, y luego a la pobreza, no, no quiero. Sería demasiado tonto.

HÉCTOR.—Yo tampoco. Trataré de obtener dinero prestado de mi padre hasta que yo pueda volar con mis propias alas, y entonces podré confesárselo todo, y al mismo tiempo devolverle el dinero.

VIOLETA.—(Alarmada e indignada.) ¿Tienes la intención de trabajar? ¿Quieres echar a perder nuestro matrimonio?

HÉCTOR.—Mira, no quiero que el matrimonio eche a perder mi buena fama. Tu amigo míster Tanner ya se ha burlado un poco de mi acerca de eso, y...

VIOLETA.—¡Habrá animal! Detesto a ese hombre.

HÉCTOR.—(Magnánimo.) No hables mal de él. Le hace falta una buena mujer para elevar su alma. A propósito: quiere que hagamos todos un viaje en automóvil a Niza, y pienso yo llevarte.

VIOLETA.—¡Qué bien! Esto sí que me gusta.

HÉCTOR.—Sí, pero ¿cómo vamos a arreglarnos? Porque has de saber que me han dicho, en cierto modo, que no puedo llevarte. Me han dicho, en confianza, que estabas casada. Esa es la confianza más tremenda con la que en mi vida me han honrado.

(Tanner vuelve con Straker, quien va a su coche.)

TANNER.—El coche de usted es una preciosidad, mis-

ter Malone. Su mecánico lo está enseñando a mister Ramsden.

HÉCTOR.—(Con vivacidad, olvidándose.) Mira, Vio...

VIOLETA.—(Fríamente, haciéndole guiños.) Dispense usted, mister Malone; no he podido comprender...

HÉCTOR.—(Cayendo en la cuenta.) ¿Me permitirá usted, miss Robinson, enseñarle mi cochecito de vapor?

VIOLETA.—Tendré mucho gusto. (Se alejan los dos por la avenida.)

TANNER.—Hablemos de nuestro viaje, Straker.

STRAKER.—Usted dirá.

TANNER.—Miss Whitefield vendrá conmigo.

STRAKER.—Ya es de suponer.

TANNER.—También míster Robinson vendrá en mi coche.

STRAKER.—Bueno. (Sigue arreglando el coche.)

TANNER.—Pues mire, si se las puede usted arreglar de modo que esté ocupado conmigo y míster Robinson esté ocupado con miss Whitefield, él se lo agradecerá mucho.

STRAKER.—(Mirando hacia él.) Naturalmente.

TANNER.—¿Naturalmente? Su abuelo hubiese sencillamente inclinado la cabeza.

STRAKER.—Mi abuelo se hubiese tocado el sombrero.

TANNER.—Y yo le hubiese dado a su respetuoso abuelo un *sovereign*.

STRAKER.—Cinco chelines. Es probable. (Deja el coche y se acerca a Tanner.) ¿Y cuáles son las ideas de la señorita?

TANNER.—Pues tanto le gustará que la dejen con míster Robinson como a éste que le dejen con ella. (Straker mira a su amo con frío escepticismo y vuelve al coche silbando su aire favorito.) Cállese con ese silbido. ¿Qué significa? (Straker prosigue tranquilamente con la melodía y la acaba. Tanner le escucha

hasta el fin y luego se dirige a él muy serio.) Enrique, siempre he abogado con ahinco por la difusión de la música entre las masas, pero protesto contra esa mania de silbar siempre que suena el nombre de miss Whitefield. Ya esta mañana hizo usted así.

STRAKER.—(Obstinado.) Si es inútil. Tarde o temprano míster Robinson renunciará.

TANNER.—¿Por qué?

STRAKER.—¡Demonios! Bien lo sabe usted. Total, ¿a mí qué? Pero no me quiera usted hacer comulgar con ruedas de molino.

TANNER.—Yo digo la verdad y no tengo para qué ocultarla.

STRAKER.—(Con una sonrisa problemática.) ¡Ah! Muy bien. Después de todo, no es asunto mío.

TANNER.—(Hablando con decisión.) Espero, Enrique, que, siendo yo el amo y usted el *chauffeur*, he sabido siempre guardar las distancias debidas y nunca me he metido en sus asuntos particulares. Hasta nuestro contrato está hecho según las exigencias de la asociación de mecánicos a la que usted pertenece. Pero no abuse de sus ventajas. Permítame recordarle que Voltaire dijo que lo que era demasiado tonto para ser dicho se cantaba.

STRAKER.—No fué Voltaire, sino Beaumarchais.

TANNER.—Admito la rectificación, claro que Beaumarchais. Pero es el caso que usted parece creer que lo que es demasiado delicado para ser cantado puede silbarse. Desgraciadamente, lo que usted silba, por más que sea melodioso, es incomprensible. Vamos a ver; no hay nadie que nos escuche, ni mis amables parientes ni el secretario de la maldita asociación de usted. De hombre a hombre, Enrique, dígame por qué cree que mi amigo no tiene probabilidades con miss Whitefield.

STRAKER.—Pues porque ella trata de cazar a otro.

TANNER.—Y ¿quién es ese otro?

STRAKER.—Usted.

TANNER.—¡¡¡Yo!!!

STRAKER.—No se haga usted de nuevas. ¡Vamos, hombre!

TANNER.—¿Está usted bromeando, o habla en serio?

STRAKER.—(Algo amostazado.) Yo no estoy bromeando. (Con más calma.) Pero si está visto. Si usted no lo nota es que sabe poco de esas cosas. (Otra vez completamente sereno.) Dispénseme, míster Tanner; usted me ha preguntado como hombre a hombre, y yo le he contestado como hombre a hombre.

TANNER.—(Con trágica desesperación.) ¡Entonces soy yo el zángano, la araña macho, la víctima señalada, la presa predestinada!

STRAKER.—No sé lo que usted quiere decir con eso del zángano y la araña. Pero la presa predestinada es usted, no hay duda, y puede usted alegrarse, que no es mal negocio.

TANNER.—(Solemne.) Enrique Straker, su sueño dorado se va a cumplir.

STRAKER.—¿Qué quiere decir?

TANNER.—Aquella carrera a Biskra.

STRAKER.—(Muy interesado.) ¿Qué?

TANNER.—A ver si bate usted el record.

STRAKER.—(Elevándose a la altura de la situación.) ¡Oh, lo batiré!

TANNER.—Pues mano a la obra.

STRAKER.—¿Cuándo?

TANNER. Ahora mismo. ¿Está listo el coche?

STRAKER. -(Temblando.) Pero no puede usted...

TANNER.—(Pone fin a la conversación entrando en el coche.) Vá-

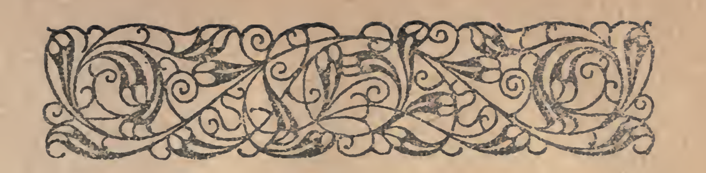
monos sin tardar. Primero al Banco por dinero, luego a mis habitaciones por mi equipaje, luego al cuarto de usted por su equipaje, luego a toda velocidad de Londres a Dover o Falkestone, luego nos embarcaremos para Francia y otra vez a correr todo lo que podamos hacia Marsella, Gibraltar, Génova, en fin, a cualquier puerto donde nos podamos embarcar para un país mahometano en el que haya protección contra las mujeres.

STRAKER.—Usted bromea.

TANNER.—(Resuelto.) Quédese usted si quiere. Entonces yo iré solo. (Pone el motor en movimiento.)

STRAKER.—(Corriendo detrás del coche.) Espere un momento, señor; no faltaba más. (Sube al coche en marcha.)





ACTO TERCERO

Atardecer en la Sierra Nevada. Cerros ondulantes pardos con olivos en vez de manzanos en las partes cultivadas, y chaparrales salpicando los sitios silvestres, en vez de aliagas y brezos. Más arriba, altos picachos pétreos y precipicios, todos pulcros y distinguidos. Aquí no hay naturaleza agreste propiamente dicha, sino más bien un paisaje de montañas aristocrático hecho por un artista creador exigente. Ninguna vulgar profusión de vegetación; hasta hay un toque de aridez en los escarpados de los riscos; en todas partes la suntuosidad española junto a la sobriedad española.

No muy lejos, al Norte de un punto en el que la carretera por uno de los puertos se cruza con un túnel de la línea férrea Málaga-Granada, se halla uno de los anfiteatros de la sierra. Mirando hacia él desde el extremo ancho de la herradura, se ven, un poco a la derecha, en la ladera, una hendidura pintoresca que en realidad es una cantera abandonada, y, hacia la izquierda, un cerro pequeño dominando la carretera que forma el borde izquierdo del anfiteatro y mantiene su nivel elevado por medio de terraplenes y arcos de piedra por trechos. En el cerro, observando la carretera, hay un hombre que es o español o escocés. Probablemente es español, porque lleva el traje de los cabreros españoles y parece estar en su casa en aquel terreno, pero a pesar de todo, se parece mucho a un escocés. En la hondonada que se extiende delante de la hendidura de la cantera hay como una docena de hombres que, reclinados cómodamente alrededor de un montón de rescoldo y ceniza blanca producida por la combustión de hojas y ramas secas, tienen un aire de darse cuenta de ser unos facinerosos pintorescos honrando la sierra con usarla como fondo efectista del cuadro que forman. Mirados desde el punto de vista artístico, no son pintorescos, y las montañas los toleran como los leones toleran los piojos. Un policía inglés o un funcionario de la Bene-

ficencia los reconocería como selecta banda de vagos y pobres con fuerzas suficientes para trabajar.

Esta descripción de ellos no es despectiva. Quienquiera que haya observado con inteligencia al vagabundo o estudiado al robusto recogido de los asilos, admitirá que no todos nuestros fracasados sociales son borrachos y viciosos. Algunos de ellos son hombres que no se adaptaron a la clase en la que nacieron. Precisamente las mismas cualidades que al caballero educado hacen llegar a artista pueden a un bracero ineducado hacer llegar a indigente válido. Hay hombres que entran sin remedio en el asilo porque realmente no valen para nada, pero también hay hombres que están allí por ser bastante fuertes de espíritu para despreciar la convención social (claro que nada desinteresada por parte del contribuyente) según la que un hombre debe vivir de un trabajo penoso y mal retribuido, mientras tiene la probabilidad de ingresar en un asilo con sólo declararse indigente y de recibir allí mejor casa, ropa y comida de la que podría proporcionarse trabajando normalmente. Cuando un hombre nacido para poeta rechaza un destino en la oficina de un bolsista y se muere de hambre en una buhardilla, prefiriendo explotar a una pobre patrona de huéspedes y hacerse el parásito de amigos y parientes, a trabajar en cosas que no le agradan; o cuando una dama, por ser dama, se aviene a todos los extremos de una dependencia parasítica antes de ponerse a doncella o cocinera, estamos dispuestos a la mayor indulgencia para con ellos. Pues a semejante indulgencia tiene igualmente derecho el indigente válido y su allegado trashumante el vagabundo,

Además el hombre de imaginación, si la vida le ha de ser soportable, debe tener vagar y tiempo para contarse a sí mismo historias, y una posición que se preste a adornos imaginativos. Las labores puramente manuales no ofrecen posiciones por el estilo. Abusamos horriblemente de los trabajadores manuales, y cuando un hombre se niega a dejar que abusen de él, no tenemos el derecho de decir que rechaza un trabajo honrado. Seamos francos en este asunto antes de proseguir en nuestra comedia, para poder disfrutarla sin hipocresía. Si fuéramos personas que discurren y prevén, las cuatro quintas partes de nosotros correrían derecho a la Beneficencia y harían pedazos todo el sistema social, con resultados reconstructores muy benéficos. La razón por la que no hacemos esto es porque obramos como las abejas y hormigas, por instinto o costumbre, sin razonar en lo más mínimo sobre ello. Por eso si se presenta un hombre que piensa y obra razonablemente y que, aplicando la piedra de toque kantiana a su conducta, puede honradamente decirnos: «Si cada uno hiciera como yo, el mundo se vería obligado a reformarse industrialmente y aboliría la esclavitud y la suciedad, que sólo existen porque cada uno hace como hacéis vosotros», honremos a ese hombre y meditemos seriamente sobre la conveniencia de seguir su ejemplo. Hombre tal es el indigente válido de cuerpo y espíritu. Si fuese un caballero haciendo lo posible por lograr una pensión o un destino con sueldo y sin trabajo en vez de barrer un cruce de calles, nadie le censuraría por decidir que, mientras pueda escoger entre la alternativa de vivir principal-

mente a costa de la generalidad y la de que la generalidad viva principalmente a costa suya, sería locura aceptar lo que para él personalmente es el mayor de los dos males.

Podemos, pues, mirar sin prejuicio a los vagabundos de la sierra y confesar sin ambages que nuestros fines—en suma, de llegar a hacer fortuna—se parecen mucho a los suyos, y que las diferencias en nuestra posición y métodos son meramente accidentales. Sin embargo, sería quizás prudente matar a uno u otro de ellos, sin malicia, de un modo franco y rápido, porque hay bípedos, lo mismo que hay cuadrúpedos, que son demasiado peligrosos para que se los deje sin bozal y cadena, y no pueden con justicia exigir que otros gasten su vida en vigilarlos. Pero como la sociedad no tiene el valor de matarlos y, cuando les echa el guante, sencillamente ejerce con ellos algunos supersticiosos y expiativos ritos de tortura y degradación para luego soltarlos con mayores aptitudes para el delito, lo mismo da que estén a sus anchas en la sierra y bajo el mando de un jefe que tiene aspecto de ser capaz de mandarlos fusilar en caso de insubordinación.

Este jefe, sentado en el centro del grupo, encima de un bloque cuadrado de piedra procedente de la cantera, es un hombre alto y robusto, con una nariz notable de cacatúa, de pelo negro y lustroso, perilla y bigotes empinados del mismo color, con cierto garbo de Mefistófeles que impresiona agradablemente, tal vez porque el escenario admite más prosopopeya que Piccadilly, tal vez por cierta sentimentalidad en el hombre que le da ese toque de gracia por el que sólo puede ser excusable lo pintoresco buscado. Su boca y sus ojos no tienen nada de canallesco; tiene un timbre de voz hermoso y una inteligencia muy despierta. No sabemos si es realmente el más fuerte de la partida, pero, por lo menos, aparenta serlo. Es seguramente el mejor alimentado, el mejor vestido y el mejor educado. El hecho de que habla inglés no tiene nada de particular, a pesar del paisaje español, porque con excepción de un individuo que parece ser un torero echado a perder por la bebida y de otro que inconfundiblemente es francés, todos son londinenses o norteamericanos. Por eso, en la patria de las capas y los sombreros cordobeses, en su mayoría llevan gabanes raídos, bufandas de lana, hongos duros y guantes sucios de color café. Sólo unos pocos visten a estilo de su jefe, cuyo ancho pavero con pluma de gallo y amplia capa tapando las vueltas de las botas altas son lo menos ingleses posible. Ninguno lleva armas, y los que no tienen guantes tienen las manos metidas en los bolsillos porque es su creencia nacional que, al aire libre, cuando viene la noche, debe de hacer un frío peligroso. (Hace una noche tan suave como pueda desearla cualquier hombre razonable.)

Excepto el torero borracho, no hay más que una persona en la partida que aparenta tener, digamos, más de treinta y tres años. Es un hombrecito con patillas rojizas, mirada débil y el aspecto angustiado del modesto comerciante en apuros. Lleva el único sombrero de copa visible, que con el resplandor del ocaso brilla melancólicamente por efecto de un «regenerador» de a seis peniques, aplicado con frecuencia y que tiene por resultado

producir estragos peores que los que se intentan corregir. Su cuello y sus puños son de celuloide, y su gabán de Chesterfield de color café, con cuello de terciopelo, es todavía presentable. Es preeminentemente el hombre distinguido de la reunión y tiene con seguridad más de cuarenta años, tal vez más de cincuenta. Está sentado a la derecha del jefe, frente a tres individuos con corbatas rojas sentados a la izquierda. Uno de estos tres es el francés. De los dos restantes, que son ingleses, el uno es argüidor, testarudo y solemne; el otro, malicioso y reñidor. El jefe, embozándose grandiosamente en su capa, se levanta para dirigirse a su gente. El aplauso con que se le saluda parece indicar que es un orador favorito.

El jefe.—Amigos y compañeros de bandidaje. Tengo que hacer a la reunión una propuesta. Ya van tres tardes empleadas en discutir la cuestión de si los anarquistas o los demócratas socialistas tienen más valor personal. Hemos hablado largo y tendido sobre los principios del anarquismo y de la democracia social. La causa del anarquismo ha sido idóneamente defendida por el único anarquista de nuestra asociación, el que no sabe lo que significa anarquismo. (Risas...)

El anarquista.—(Levantándose.) Pido la palabra, Mendoza, que quiero apurar la orden del día.

Mendoza.—(Violento.) Nuestra paciencia es la que quiere usted apurar; cada vez que habla, dura media hora. Además, ¿qué sabe un anarquista lo que es orden?

El anarquista.—(Suave, cortés e insistente; es el hombre de cierta edad, de aire distinguido, el de los puños y el cuello de celuloide.) Eso es un error vulgar. Puedo probar...

Mendoza.—Orden, orden.

Los otros.—(Gritando.) Orden, orden. Que se siente. Señor Presidente, mándele callar. (El anarquista es reducido al silencio.)

Mendoza.—Por otra parte, tenemos entre nosotros tres demócratas socialistas. No están conformes entre sí, y nos han presentado tres distintas e incompatibles opiniones democrático socialistas.

LOS TRES HOMBRES DE CORBATA ROJA.—1.º Señor Presidente, yo protesto, me explicaré. 2.º Eso es una mentira, nunca he dicho semejante cosa. No altere la verdad, Mendoza. 3.º Je demande la parole. C'est absolument faux. C'est faux, faux, faux. ¡¡¡Assas... s... sin!!!

MENDOZA.—Orden, orden.

LOS OTROS.—¡Orden, orden, orden! ¡Que hable la Presidencia!

(Los demócratas socialistas son reducidos al silencio.)

MENDOZA.—Aquí respetamos todas las opiniones. Pero, después de todo, compañeros, la inmensa mayoria no somos ni anarquistas ni socialistas, sino caballeros y cristianos.

LA MAYORÍA.—(Asintiendo a gritos.) ¡Muy bien, muy bien! Eso es lo que somos.

EL SOCIALISTA REÑIDOR.—(Rencoroso por verse postergado.) Tú no eres cristiano. Lo que eres tú es judio. Eso es lo que eres.

MENDOZA.—(Con magnanimidad aplastante.) Amigo mío, yo soy una excepción de todas las reglas. Es verdad que tengo el honor de ser judío, y si los sionistas necesitan un jefe para reunir a nuestra raza en su histórico solar de Palestina, Mendoza no será el último en ofrecerse. (Aplausos, exclamaciones de muy bien, muy bien, etc.) Pero yo no soy esclavo de superstición alguna. Me he tragado todas las fórmulas, hasta la del socialismo, aunque, sea lo que sea, una vez socialista, seré socialista siempre.

EL SOCIALISTA DEMOCRÁTICO.—Así me gusta.

MENDOZA.—Pero no se me oculta que el hombre normal... y aun el bandido normal a quien apenas se le puede llamar hombre normal... (¡Muy bien, muy bien!) no es filósofo. Le basta el sentido común, y en los negocios corrientes nuestros, también basta el sentido común.

Pues ¿en qué consisten nuestros negocios aquí en la Sierra Nevada, que los moros calificaron de sitio más delicioso de España? ¿Consisten en discutir absurdas cuestiones de economía política? No; consisten en detener automóviles y asegurar una distribución más equitativa de la riqueza.

EL SOCIALISTA TRISTÓN.—Creada toda por el trabajo, no lo olvide.

MENDOZA.—(Cortés.) Creada toda por el trabajo, ¿quién lo duda?, y que los vagabundos ricos tratan de dilapidar a su manera en los antros del vicio que desfiguran las soleadas playas del Mediterráneo. Nosotros interceptamos aquella riqueza. La devolvemos a la circulación entre la clase que la produjo y que principalmente la necesita, es decir, la clase trabajadora. Hacemos esto con riesgo de nuestra vida y nuestra libertad, ejercitando las virtudes del valor, las fatigas, la previsión y la abstinencia... sobre todo la abstinencia. De mí sé decir que no he comido otra cosa, en los tres últimos días, que conejo asado en las ascuas e higos chumbos.

EL SOCIALISTA TRISTÓN.—(Aspero.) Lo mismo que nosotros.

MENDOZA.—(Indignado.) ¿He cogido más de lo que me correspondía?

EL SOCIALISTA TRISTÓN.—(Sin inmutarse.) Tampoco había derecho.

EL ANARQUISTA.—¡Qué derecho ni ocho cuartos! Cada uno se toma los derechos según sus necesidades. Se coge donde lo haya.

EL FRANCÉS.—(Enseñando los puños al anarquista.) ¡Fumiste!

MENDOZA.—(Diplomático.) Estoy conforme con los dos.

LOS BANDIDOS GENUINAMENTE INGLESES.—¡Bien, bien por Mendoza!

MENDOZA.—Lo que yo digo es lo siguiente: Tratémonos unos a otros como caballeros, y no demostremos valentía personal más que cuando nos echemos al campo.

EL SOCIALISTA REÑIDOR.—(Burlón.) ¡Anda, Chéspir!

(Se oye un silbido del pastor de cabras. Éste se ha levantado y señala, agitado, desde el cerro hacia la carretera, al Norte.)

EL CABRERO.—¡Automóviles! ¡Automóviles! (Se precipita cerro abajo, y se reúne con los otros, que se levantan con presteza.)

MENDOZA.—(Con voz apremiante.) ¡A las armas! ¿Quién tiene la escopeta?

EL SOCIALISTA TRISTÓN.—(Entregando una escopeta a Mendoza.) Ahí va.

MENDOZA.—¿Se han sembrado los clavos en la carretera?

EL SOCIALISTA REÑIDOR.—Ya lo creo, dos libras.

MENDOZA.—Bueno. (Al francés.) Usted conmigo, Duval. Si fallan los clavos, reviénteles los neumáticos con un tiro. (Da la escopeta a Duval, quien le sigue hasta lo alto del cerro. Mendoza saca unos gemelos de teatro. Los otros bajan a la carretera y desaparecen por el Norte. En el cerro, usando los gemelos.) Sólo son dos hombres. Un capitalista y su *chauffeur*. Parecen ingleses.

DUVAL.—¡Anglich! Aoh yes. Cochons. (Preparando la escopeta.) ¿Faut tirer, n'est ce pas?

MENDOZA.—No, los clavos han hecho lo suyo. Ya se les ha reventado un neumático; se paran.

DUVAL.—(Gritando hacia los otros.) ¡A ellos, nom de Dieu!

MENDOZA.—(Reprimiéndole.) Eh, ten calma, Duval. Ellos también lo toman con calma. Vamos allí a recibirlos.

(Mendoza baja por el cerro, por detrás de la hoguera, y viene hacia delante, mientras Tanner y Straker, con sus gafas, chaquetas de cuero y gorras de automovilistas, son traídos por los bandidos.)

TANNER.—¿Es aquél el caballero que dicen ustedes ser el jefe? ¿Habla inglés?

EL SOCIALISTA REÑIDOR.—¿Y cómo no? (Con acento lamentablemente francés.) ¿O creer usted que nosotros vamos a ejercitar el bandidaje en España teniendo un jefe español?

MENDOZA.—(Con dignidad.) Permítame que me presente; soy Mendoza, presidente de la Liga de la Sierra. (Con cierta suficiencia.) Soy un bandido, y vivo de robar a los ricos.

TANNER.—(Sin vacilar.) Yo soy un caballero. Vivo de robar a los pobres. Vengan esos cinco.

LOS SOCIALISTAS INGLESES.—Muy bien, muy bien. (Risa general y alegría. Tanner y Mendoza se aprietan las manos. Los bandidos vuelven a sentarse en sus sitios anteriores.)

STRAKER.—Bueno, ¿y yo?...

TANNER.—(Presentándole.) ¡Ah, éste es mi amigo y *chauffeur!*

EL SOCIALISTA TRISTÓN.—(Suspicaz.) ¿En qué quedamos? ¿Es chófer o amigo? Hay una diferencia, sabe usted.

MENDOZA.—(Explicando.) La cosa es que para un amigo tenemos que pedir rescate, mientras un *chauffeur* profesional no paga nada en estos montes. Hasta hay algunos que nos honran con aceptar una pequeña comisión sobre el rescate de sus amos.

STRAKER.—Ya veo. Eso es para inducirme a escoger otra vez este camino. En fin, ya lo pensaré.

DUVAL.—(Abrazando a Straker.) Es usted un hermano, mon frère.

STRAKER.—(Asqueado.) Quite, quite, no sea usted tonto. ¿Quién es usted, hombre?

DUVAL.—Soy Duval, socialista democrático.

STRAKER.—Hombre, ¿es usted socialista? ¿De veras?

EL ANARQUISTA.—Sí; vamos, quiere decir que se ha vendido al parlamentarismo y la burguesía. Un compromiso, como ellos lo llaman.

DUVAL.—(Furioso.) Entiendo qué dice. Ha dicho bourgeois; ha dicho compromiso. Jamais de la vie. Miserable menteur.

STRAKER.—Mire usted, capitán Mendoza: dígame si tiene usted que ocuparse mucho con cosas por el estilo. Vamos, ¿estamos en una excursión de recreo o en un mitin socialista?

LA MAYORÍA.—Hombre, hombre, muy bien. A ver lo que va a decir ése. Ustedes callarse. (Los socialistas y el anarquista tienen que sentarse, que todos los tiran de las americanas. Straker, después de ver esto con satisfacción, se sienta a la izquierda de Mendoza, mientras Tanner queda a la derecha del mismo.)

MENDOZA.—¿Quieren ustedes tomar algo? Tenemos conejo asado e higos chumbos...

TANNER.—Gracias, ya hemos comido.

MENDOZA.—(A su gente.) Caballeros, por hoy ha terminado el asunto. Hagan lo que gusten; hasta mañana.

(Los bandidos se dispersan en grupos vagantes. Algunos entran en la gruta. Otros se sientan o se echan para dormir al raso. Unos pocos sacan una baraja y se alejan hacia la carretera, porque ya llegó la noche y saben que un automóvil tiene faroles, que pueden aprovecharse para alumbrar una partida de naipes.)

STRAKER.—(Gritando, con dirección a ellos.) Que ninguno de vosotros tontee con el coche, por si acaso.

MENDOZA.—No tenga cuidado, señor *chauffeur*. El primero que detuvimos nos quitó la gana para siempre.

STRAKER.—(Con curiosidad.) ¿Cómo?

MENDOZA.—Pues se llevó a tres valientes compañeros nuestros, que no supieron pararlo hasta Granada, y allí volcó frente a la Comisaría de policía. Desde entonces,

no tocamos esos chismes sin mandar por el *chauffeur* De modo que podemos charlar con tranquilidad.

TANNER.—Muy bien.

(Tanner, Mendoza y Straker se sientan sobre el césped, cerca de la lumbre. Mendoza, atentamente, renuncia a la presidencia, cuya prerrogativa consiste en sentarse en el bloque de piedra precitado; se sienta en el suelo, como sus huéspedes, y sólo utiliza el sillar de respaldo.)

MENDOZA.—En España es costumbre aplazar a mañana todo negocio. Además, ustedes han llegado después de las horas de despacho. Sin embargo, si prefieren dejar arreglada la cuestión del rescate, estoy a su disposición.

TANNER.—Esperemos a mañana. Soy bastante rico para pagar cualquier cantidad razonable.

MENDOZA.—(Respetuoso, pues esa confesión le choca mucho.) Es usted un hombre notable, caballero. Nuestros clientes, ordinariamente, dicen ser unos pobres de solemnidad.

TANNER.—Los pobres de solemnidad no suelen tener automóvil.

MENDOZA.—Precisamente, es lo que solemos decirles

TANNER.—Trátennos bien, que no nos mostraremos desagradecidos.

STRAKER.—Nada de conejos asados ni de higos chumbos, sabe. No quiera usted hacernos creer que no se encuentra alguna cosa mejor.

MENDOZA.—Vino, cabrito, leche, queso y pan puedo procurar, si se me paga al contado.

STRAKER.—(Condescendiente.) Vaya, menos mal.

TANNER.—¿Son ustedes todos aquí socialistas? Permítame la pregunta.

MENDOZA.—(Rechazando esta suposición errónea, depresiva.) ¡Ah, no, no, no, nada de eso, le aseguro! Nosotros, naturalmente, tenemos ideas modernas respecto de la injusticia

de la existente distribución de la riqueza; de no ser así, perderíamos el respeto a nosotros mismos. Por lo demás, nada que pudiera usted hallar censurable, excepto dos o tres ilusos.

TANNER.—No fué mi intención aludir a nada que desacredite a una persona. El caso es que yo mismo soy un poco socialista.

STRAKER.—(En tono seco.) Lo son la mayor parte de los ricos, según he notado.

MENDOZA.—Así es. El socialismo ha llegado hasta nosotros. Está en el aire del siglo.

STRAKER.—El socialismo debe de estar en alza no poco si la gente de usted se acoge a él.

MENDOZA.—Eso es verdad, caballero. Un movimiento que no comprende más que a los filósofos y los hombres honrados nunca pueden ejercer influencia política verdadera; son demasiado pocos. Mientras un movimiento no pueda hacerse extensivo a los mismos bandidos, no puede esperar obtener una mayoría política.

TANNER.—Pero ¿son los bandidos de usted menos honrados que los ciudadanos del montón?

MENDOZA.—Le seré a usted franco, caballero. El bandidaje es anormal. Las profesiones anormales atraen a dos clases de personas: a las que no son bastante buenas para la vida burguesa ordinaria, y a las que son demasiado buenas para ella. Somos la hez y la crema de la sociedad. La hez es asquerosa; la crema, muy superior.

STRAKER.—¡Cuidado! Que algunos de la hez le pueden oir.

MENDOZA.—No importa; todo bandido se cree a sí mismo de la crema y gusta de oir llamar hez a los demás.

TANNER.—¡Vaya, tiene gracia! (Mendoza, lisonjeado, inclina la cabeza.) ¿Me permite usted una pregunta atrevida?

MENDOZA.—Tan atrevida como quiera.

TANNER.—¿Qué saca un hombre de su talento acaudillando a una tropa como ésta que se mantiene de conejos asados e higos chumbos? He visto a hombres de menos talento, y juraría que de menos honradez, cenando en el Savoy Hotel con *foie-gras* y *champagne*.

MENDOZA.—¡Bah! A todos les tocó su turno de conejo asado, así como a mí me tocará el mío de comer en el Savoy. El caso es que ya me tocó... como camarero.

TANNER.—¡Como camarero! ¡Me deja usted atónito!

MENDOZA.—(Pensativo.) Sí, yo, Mendoza de la Sierra, he sido camarero. De ahí tal vez mi cosmopolitismo. (Con repentina insistencia.) ¿Quiere usted que le cuente la historia de mi vida?

STRAKER. — (Aprensivo.) Si no es demasiado larga, amigo...

TANNER.—(Interrumpiéndole.) ¡Chist! Es usted un ser prosaico, Enrique, desprovisto de toda poesía. (A Mendoza.) Me interesa usted sobremanera, capitán. No haga usted caso de Enrique; puede irse a dormir si quiere.

MENDOZA.—La mujer a la que amé...

STRAKER.—¡Ah! se trata de una historia de amor. Menos mal. Siga, siga. Me había temido que iba a hablar de sí mismo.

MENDOZA.—¡De mí mismo! Por causa de ella me he arrojado a la perdición a mí mismo. Por eso estoy aquí. No importa; bien perdido está todo por ella. Tenía, les doy mi palabra, el pelo más hermoso que he visto en mi vida. Era graciosa, era lista, sabía guisar con perfección, y su temperamento de alta tensión la hizo insegura, incalculable, variable, caprichosa, cruel, en una palabra, encantadora.

STRAKER.—Una mujer como las que figuran en las no-

velas de a seis chelines, excepto lo de guisar. Se llamaba Lady Gladys Plantagenet, ¿no?

MENDOZA.—No, caballero, no es hija de un conde. Por los semanarios ilustrados conozco el aspecto de las hijas de la nobleza inglesa, y puedo decir sinceramente que las caras, los adornos, los trajes, los títulos y todo lo demás de esas damas lo hubiese dado por una sonrisa de aquella mujer. Y eso que era una mujer del pueblo, una obrera; de otro modo... y permítame también un atrevimiento... la hubiese yo desdeñado.

TANNER.—Con razón. Y ella, ¿correspondió al amor de usted?

MENDOZA.—¿Estaría yo aquí si me hubiese correspondido? No quiso casarse con un judío.

TANNER.—¿Por razones religiosas?

MENDOZA.—No, ella era librepensadora. Decía que cada judío en su fuero interno considera que el pueblo inglés es sucio en sus costumbres.

TANNER.—(Sorprendido.) ¡Sucio!

MENDOZA.—Demuestra su extraordinario conocimiento del mundo, porque indudablemente es verdad. Nuestro código sanitario complicado nos hace indebidamente despreciativos para con los cristianos.

TANNER.—¿Ha oído usted alguna vez cosa por el estilo, Enrique?

STRAKER.—He oído a mi hermana hablar así. Fué cocinera una vez en una familia judía.

MENDOZA.—Yo no pude negarlo, ni pude arrancar de su alma la impresión que le había producido. Hubiese yo podido rebatir cualquiera otra objeción y convencerla, pero ninguna mujer puede soportar ni una sombra de menosprecio hacia su persona. Todos mis esfuerzos fueron vanos; ella a todo replicaba que ella no valía

para mí y me recomendaba me casara con una maldita camarera de bar que se llamaba Rebeca Lázaros, que a mí me asqueaba. Hablé de suicidarme y me ofreció al efecto un bote de polvos insecticidas. Hice como que quería matarla y a ella le dieron accidentes histéricos. Entonces, les juro, me fuí a América para que ella pudiese dormir sin soñar que yo entraba en su cuarto para cortarle el pescuezo. En América salí para el Oeste y conocí a un hombre buscado por la policía por asaltar los trenes. El fué quien tuvo la idea de asaltar automóviles en el Mediodía de Europa, idea feliz para un hombre desesperado y desilusionado. Me dió algunas buenas recomendaciones para capitalistas adecuados. Formé un sindicato, y la presente empresa es el resultado. Yo vine a ser el jefe, como siempre el judío llega a ser el jefe, por su inteligencia y su imaginación. Pero a pesar de mi orgullo de raza, daría todo lo que poseo por ser inglés. Soy como un chico, grabo su nombre en la corteza de los árboles y dibujo sus iniciales en la arena. Cuando estoy solo me tiro al suelo, me arranco el pelo y grito: Luisa...

STRAKER.—(Con extrañeza.) ¡Luisa!

MENDOZA.—Así se llama... Luisa... Luisa Straker...

TANNER.—¡Straker!

STRAKER.—(Se incorpora de rodillas muy indignado.) Oiga, Luisa Straker es mi hermana, ¿me entiende usted? ¿Qué tonterías está usted hablando de ella? ¿Qué tiene ella que ver con usted?

MENDOZA.—¡Una coincidencia dramática! ¡Usted es Enrique, su hermano favorito!

STRAKER.—¿Por qué me llama a mí Enrique? ¿Quién es usted para tomarse esas libertades con mi nombre y el de ella? Me dan ganas de desollarle a usted.

MENDOZA.—(Con calma grandiosa.) Si me dejo; ¿quiere usted prometerme referírselo a ella? Entonces se acordará de su Mendoza; es todo lo que quiero.

TANNER.—Eso es amor verdadero, Enrique. Debiera usted respetarlo.

STRAKER.—(Con fiereza.) ¿Amor verdadero? Miedo verdadero, querrá usted decir.

MENDOZA.—(Poniéndose de pie de un salto.) ¡Miedo! Joven, desciendo de una familia famosa de esgrimidores, y como bien lo sabe su hermana, batiéndose conmigo tendría usted la misma probabilidad que un coche de enfermo contra su automóvil.

STRAKER.—(En el fondo intimidado, pero levantándose con aire de indómita combatividad.) No le tengo miedo. Vaya con su Luisa, Luisa. Creo que a mi hermana no debe usted mentarla para nada.

MENDOZA.—¿Qué mal hay en decir que la quiero, que la querré siempre?

STRAKER.—(Exasperado.) Mire...

TANNER.—(Levantándose al punto para interponerse.) Vamos, Enrique, calma; aunque pudiese usted vencer al capitán, no podría luchar con toda la liga de la sierra. Vuelva usted a sentarse y sea usted bueno. Un gato puede mirar a una reina, y hasta un capitán de bandidos puede mirar a su hermana. Todo ese orgullo de familia es cosa muy anticuada.

STRAKER.—(Vencido, pero refunfuñando.) Que él la mire, pero que no venga a hacer creer que ella le haya mirado a él alguna vez. (Vuelve a ocupar su sitio y se echa, aunque de mala gana.) Según habla, no parece sino que han vivido juntos. (Les vuelve la espalda y se prepara a dormir.)

MENDOZA. —(A Tanner y haciéndose más confidencial al sentirse virtualmente solo con una persona que le escucha con simpatía en me

dio del silencio nocturno de las montañas, pues todos los demás están dormidos en aquel momento.) Lo mismo era ella, caballero. Su inteligencia alcanzaba muy adelante en el siglo veinte, sus prejuicios sociales y afectos de familia la retrotraían a las épocas más tenebrosas. ¡Ah! caballero, cómo se aplican las palabras de Shakespeare a todas nuestras emociones.

Amé a Luisa; cuarenta mil hermanos
no podrían con toda su cantidad de amor
llegar a la suma mía.

Y etcétera, que no recuerdo el resto. Llámelo locura si quiere, fatuidad. Soy un hombre que vale, un hombre fuerte; en diez años hubiese yo sido dueño de un hotel de primera clase. Tropecé con ella y ya ve usted... soy un bandido, un ser arrojado del seno de la sociedad. Ni Shakespeare podría expresar lo que siento por Luisa. Permítame que le lea algunos renglones escritos por mí con referencia a ella. Por pequeño que sea su mérito literario, expresan lo que siento mejor de lo que pudiesen palabras dichas al azar. (Saca un fajo de cuentas de hotel cubiertas de manuscrito y se arrodilla junto a la lumbre para descifrarlas, atizando las ascuas para que alumbren.)

TANNER.—(Dándole un golpe vigoroso en la espalda.) Tírelo todo a la lumbre, capitán.

MENDOZA.—(Espantado.) ¿Eh?

TANNER.—Está usted sacrificando su carrera a una monomanía.

MENDOZA.—Lo sé.

TANNER.—No lo sabe. Ningún hombre cometeria semejante crimen contra sí mismo si realmente supiese lo que hace. ¿Cómo puede usted mirar estas augustas colinas a su alrededor, levantar los ojos hacia el cielo divino, respirar este aire balsámico, para luego hablar como

un jornalero literario que viviera en un segundo piso en Bloomsbury?

MENDOZA.—(Meneando la cabeza.) La sierra no es mejor que Bloomsbury, una vez pasada la novedad. Además, estas montañas le hacen a uno soñar con mujeres... con mujeres de pelo magnífico.

TANNER.—Con Luisa, en una palabra. Pues a mí no me harán soñar con mujeres, amigo mío. Estoy libre de amores.

MENDOZA.—No blasone hasta que haya venido la mañana, caballero. Esta es una región extraña para sueños.

TANNER.—Bien, ya veremos. Buenas noches. (Se echa para dormir. Mendoza, con un suspiro, sigue su ejemplo, y durante breve momento reina el silencio en la sierra. Luego Mendoza se incorpora de repente y dice suplicante a Tanner:)

MENDOZA.—Permítame leerle sólo unos pocos renglones antes de que se duerma. Me gustaría realmente oir su opinión sobre ellos.

TANNER.—(Medio dormido.) Venga de ahí, estoy escuchando.

MENDOZA.—En la semana de Pentecostés
te vi, Luisa, Luisa...

TANNER.—(Incorporándose.) Mi querido capitán, Luisa es muy bonito nombre, pero, que yo sepa, no es consonante de Pentecostés.

MENDOZA.—Claro que no; Luisa no es consonante, es el estribillo.

TANNER.—(Cediendo.) ¡Ah! bien, el estribillo. Dispense entonces. Siga.

MENDOZA.— Luisa, te quiero,
te quiero, Luisa;
Luisa, Luisa, Luisa, te quiero;
¡qué nombre más dulce!

Luisa, Luisa.
¡Qué música más exquisita!
Luisa, Luisa, Luisa.
Mendoza te adora,
te adora Mendoza,
y sólo pensando en Luisa
él quiere vivir.
Nada más en el mundo hay para Mendoza.
Luisa, Luisa, te adora Mendoza.

(Con complacencia.) No hay mérito en hacer bonitos versos sobre un nombre así. Es un nombre delicioso.

TANNER.—(Casi dormido, contesta con un gruñido sordo.)

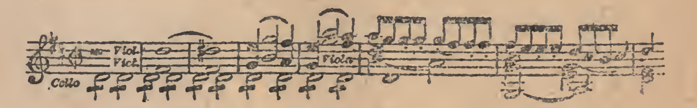
MENDOZA.— ¡Si fueras, Luisa,
mujer de Mendoza,
Mendoza y Luisa,
Luisa y Mendoza!
¡Ay, ay, qué dichoso sería Mendoza!
¡Ay, ay, cuánto sufre Mendoza por ti!
¡Luisa, Luisa, Luisa, Luisa!

Esto es verdadera poesía, viene del corazón, del corazón de los corazones. ¿No cree usted que ella se conmovería al leer estos versos? (Nadie contesta. Resignado.) Dormido, como suele suceder. Una «lata» para todo el mundo, música celeste para mí. Tonto de mí que expongo mi corazón a todas las miradas. (Se prepara para dormir, murmurando.) Luisa, te quiero; te quiero, Luisa; Luisa, Luisa, Luisa, te...

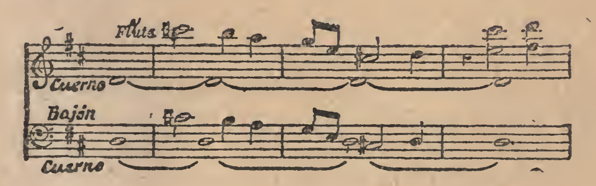
(Straker ronca, da rodando una vuelta y vuelve a dormirse. El silencio se esparce por la sierra y la obscuridad se espesa. La lumbre se ha consumido nuevamente y cubierto de cenizas blancas, sin dejar traslucir uego alguno.)

Los picachos negros se destacan fantásticamente del fondo estrellado del irmamento; pero ahora las estrellas se van apagando y se desvanecen y el

cielo parece furtivamente retirarse del universo. En vez de la sierra hay la nada, la omnipresente nada. Ni cielo, ni picachos, ni luz, ni ruido, ni tiempo, ni espacio; el vacío absoluto. Entonces por alguna parte nace como un pálido fulgor y con él un murmullo sordo y rítmico como el palpitar de un violoncello mágico repitiendo la misma nota infinitamente. Un par de violines espectrales utilizan este bajo:



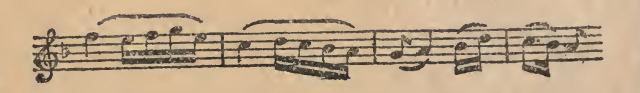
Y al mismo tiempo el pálido fulgor deja vislumbrar en el vacío a un hombre, incorpóreo, pero visible, sentado, aunque parezca absurdo, sobre nada. Por un momento levanta la cabeza cuando la música pasa por delante de él. Luego, con un hondo suspiro, vuelve a inclinarla sumamente abatido. Y los violines, con desaliento, repiten su melodía desesperados, y finalmente se callan, ahogados por los lamentos de instrumentos de viento siniestros que hacen así:



Todo es muy extraño. Se nota la manera de Mozart. Después de este toque, se ve, con ayuda de ciertas chispas moradas en el fulgor pálido, que el traje del hombre es el de un caballero español del siglo XV al XVI. Nos hallamos en presencia de Don Juan Tenorio, pero ¿dónde? ¿por qué? ¿cómo? Además, en el corto instante que levantó el rostro, oculto ahora por el ala de su sombrero, nos recordó las facciones de Tanner. Es una cara más bonita, más pálida y más fría, que revela más exigencias y más soberbia, sin la credulidad impetuosa y el entusiasmo de Tanner, y sin su expresión de vulgaridad plucrática moderna, pero así y todo se nota parecido y aun

identidad. Algo de eso pasa con los nombres: Juan Tenorio, John Tanner. ¿Adónde hemos venido a parar desde el siglo XX y la sierra?

Otro fulgor pálido en el vacío, esta vez sin destellos morados, sino con vapores amarillentos desagradables. Con él un clarinete misterioso que emite con infinita tristeza este sonido:



Se mueve el resplandor amarillento; es una vieja que deambula por el vacío, encorvada y desdentada, envuelta, por cuanto se puede divisar, en el basto hábito pardo de alguna orden religiosa. Se mueve para acá y para allá, lentamente y como sin esperanzas, hasta que tropieza con la cosa que anhela: compañía. Con un suspiro de alivio la pobre vieja se agarra a la presencia del hombre y se dirige a él con su voz seca y poco amable que todavía puede expresar orgullo y resolución lo mismo que sufrimiento.

VIEJA.—Dispensadme, pero estoy tan sola, y estos parajes son tan espantosos...

DON JUAN.—¿Sois recién llegada?

VIEJA.—Sí. Supongo que debí de morirme esta mañana. Me confesé, me dieron la unción. Estaba en la cama, rodeada de mi familia y con los ojos fijos en la cruz. Entonces me hundí en las tinieblas, y cuando volvió la luz fué esta luz con la que no puedo ver. Cuatro horas largas van ya que me paseo por estas soledades tristes.

DON JUAN.—(Suspirando.) ¡Ah! Todavía no habéis perdido el sentido del tiempo. Pronto se pierde en la eternidad.

VIEJA.—¿Dónde estamos?

DON JUAN.—En el infierno.

VIEJA.—(Altanera.) ¡En el infierno! ¡Yo en el infierno! ¿Cómo osáis decirme eso?

DON JUAN.—(Sin impresionarse.) ¿Por qué no, señora?

VIEJA. —No sabéis con quién estáis hablando. Soy una señora y una hija fiel de la Iglesia.

DON JUAN.—No lo dudo.

VIEJA. – Pues entonces, ¿cómo puedo estar en el infierno? En el purgatorio, puede ser; no he sido perfecta, ¿quién lo es? ¡Pero en el infierno! Estáis mintiendo.

DON JUAN.—Sí, señora; en el infierno, os lo aseguro. Estáis en lo más agradable del infierno, en donde hay más soledad... aunque tal vez os gustara más la compañía.

VIEJA.—Pero si me arrepentí sinceramente, me he confesado...

DON JUAN.—¿De cuánto?

VIEJA.—De más pecados que por mí cometidos. Me gustaba la confesión.

DON JUAN.—Pues mirad, confesar de más es tan mal como no confesar bastante. Mas sea lo que sea, señora, por equivocación o por intención, os habéis condenado, lo mismo que yo. Y ahora no hay más remedio que poner buena cara a mal tiempo.

VIEJA.—(Indignada.) ¡Ah! para eso podría yo haber sido mala, todo lo mala que se me hubiese antojado. ¿De qué me ha servido ser buena? No hay justicia.

DON JUAN. – Sí, señora; bastantes advertencias os hicieron y claras promesas. Para vuestros hechos malos, expiación e intercesión ajena, gracia sin justicia. Para vuestros hechos buenos, justicia sin gracia. Aquí tenemos mucha gente buena.

VIEJA.—¿Habéis sido bueno vos?

DON JUAN.—He sido asesino.

VIEJA.—¡Asesino! ¡Dios mío, cómo han podido juntarme con asesinos! No he sido tan mala, he sido una mujer honesta. Aquí hay un error; ¿adónde podré acudir?

Don Juan.—No sé si los errores pueden enmendarse aquí. Probablemente no querrán admitir que haya habido error alguno.

Vieja.—¿A quién podré preguntar?

Don Juan.—Creo debierais preguntar al diablo, señora; es el que más sabe de todo, mucho más que yo.

Vieja.—¡Al diablo! ¡Yo hablar al diablo!

Don Juan.—En el infierno, señora, el diablo está al frente de la buena sociedad.

Vieja.—Os digo, infame, que sé que no estoy en el infierno.

Don Juan.—¿Cómo lo sabéis?

Vieja.—Porque no siento dolor alguno.

Don Juan.—¡Oh! entonces no hay duda, estáis condenada con toda intención.

Vieja.—¿Por qué decís eso?

Don Juan.—Porque el infierno, señora, es un lugar para los malos. Los malos se encuentran muy bien en él, ha sido hecho para ellos. Me decís que no sentís dolor. De ahí deduzco que sois una de las personas para las que se ha hecho el infierno.

Vieja.—Y vos, ¿sentís dolor?

Don Juan.—Yo no soy de los malos, señora, y por eso el infierno me aburre, me aburre horriblemente.

Vieja.—Decís que no sois de los malos, después de decir que erais un asesino.

Don Juan.—Fué en desafío nada más. Clavé mi espada en el pecho de un anciano que estaba tratando de clavar la suya en el pecho mío.

Vieja.—Si erais un caballero, eso no fué asesinato.

Don Juan.—El anciano lo llamó asesinato porque, según dijo, él estaba defendiendo el honor de su hija. Con ello quería decir que, después de enamorarme yo

tontamente de su hija y de decírselo, ella empezó a dar gritos, y él trató de asesinarme después de decirme cosas insultantes.

VIEJA.—Fuisteis como todos los hombres, libertinos y asesinos todos, todos, todos.

DON JUAN.—Y, sin embargo, me encuentro aqui con vos, señora.

VIEJA.—Escuchadme. Mi padre fué muerto por un infame como vos, precisamente en desafío como el que pintáis, por causa idéntica. Yo había dado gritos, porque era mi deber. Mi padre acometió a mi insultador, porque así lo demandaba mi honor. Mi padre murió, fué la recompensa del honor. Yo estoy aqui, en el infierno, según decís; es la recompensa del deber. ¿Hay en el cielo justicia?

DON JUAN.—No, pero hay justicia en el infierno. El cielo está muy por encima de tales vaciedades humanas Seréis bien venida en el infierno, señora. El infierno es el refugio del honor, del deber, de la justicia y el resto de las siete virtudes mortales. Toda la maldad en la tierra se comete en su nombre; ¿en dónde sino en el infierno pudieran tener su merecido? ¿No dije ya que los verdaderos condenados son los que son dichosos en el infierno?

VIEJA.—Y vos, ¿sois dichoso aquí?

DON JUAN.—(Poniéndose de pie bruscamente.) No; y este es el enigma sobre el que cavilo en las tinieblas. ¿Por qué estoy yo aquí? ¡Yo, que no cumplí deber alguno, pisoteé el honor y me reí de la justicia!

VIEJA.—¿Qué me importa a mí saber por qué vos estáis aquí? ¿Por qué estoy aquí yo? ¡Yo que sacrifiqué todas mis inclinaciones para observar la virtud y la decencia que corresponde a una mujer!

Don Juan.—Tened paciencia, señora; seréis perfectamente dichosa y os encontraréis en vuestro ambiente aquí. Como dijo el poeta: «El infierno es un lugar muy parecido a Sevilla».

Vieja.—¡Dichosa aquí! ¡Donde no soy nada, donde no soy nadie!

Don Juan.—Estáis equivocada, sois una señora, y en todas partes donde hay señoras está el infierno. No os sorprendáis ni os asustéis; encontraréis aquí cuanto una señora pueda apetecer, incluso diablos que os servirán por pura gana de servir y ensalzarán vuestra importancia con objeto de dignificar su servitud; en fin, los mejores servidores.

Vieja.—¡Diablos serán mis servidores!

Don Juan.—¿Habéis tenido alguna vez servidores que no fuesen diablos?

Vieja.—Nunca, es verdad; eran diablos, unos verdaderos diablos todos. Pero esto es un modo de hablar. Creí entender que decíais que mis servidores habían de ser los diablos reales y verdaderos.

Don Juan.—No más reales y verdaderos que vos habéis de ser una señora real y verdadera. Aquí no hay nada real. Ese es el horror de la condenación.

Vieja.—¡Oh, todo es locura! Esto es peor que el fuego y los gusanos.

Don Juan.—Para vos, quizás haya consuelos. Por ejemplo, ¿qué edad teníais al cambiar el tiempo por la eternidad?

Vieja.—No me preguntéis la edad que tenía, como si fuese cosa del pasado; preguntadme la edad que *tengo*. Pues os lo diré: setenta y siete años.

Don Juan.—Edad madura, señora. Pero, en el infierno, no se toleran edades provectas. Son demasiado rea-

les. Aquí reverenciamos el amor y la hermosura. Estando nuestras almas enteramente condenadas, cultivamos nuestros corazones. Como señora de setenta y siete años, no haríais amistad alguna en el infierno.

VIEJA.—¿Qué remedio tengo yo contra la edad?

DON JUAN.—Olvidáis que habéis dejado la edad detrás de vos en el reino del tiempo. No tenéis más que setenta y siete, que siete o diez y siete o veintisiete años.

VIEJA.—¡Disparates!

DON JUAN.—Considerad, señora, ¿no fué así aún cuando vivíais sobre la tierra? Cuando teníais setenta años, ¿erais más vieja bajo vuestras arrugas y vuestras canas que cuando teníais treinta?

VIEJA.—No, era más joven. A los treinta fuí una tonta. Pero ¿de qué sirve sentirse joven y tener aspecto de vieja?

DON JUAN.—Ya veis, señora; el aspecto sólo fué una ilusión. Vuestras arrugas mintieron lo mismo que miente el cutis suave y terso de muchas niñas bobas de diez y siete años, de espíritu torpe e ideas decrépitas. Pues bien, aquí no tenemos cuerpo, nos vemos unos a otros como cuerpos porque bajo ese aspecto hemos aprendido a imaginarnos unos a otros, cuando aun vivíamos. Y así seguimos pensando, sin conocernos mutuamente. Pero podemos revelarnos a los ojos ajenos con la edad que elijamos. No tenéis más que desearos cualquiera de vuestras antiguas apariencias y al punto la tendréis.

VIEJA.—No puede ser verdad.

DON JUAN.—Probad.

VIEJA.—Pues diez y siete años.

DON JUAN.—Esperad. Antes de que os decidierais, hubiese debido deciros que estas cosas son cuestión de

moda. Ha habido épocas en que nos pirramos por la edad de diez y siete años, pero esto duró poco. En la actualidad la edad de moda es la de cuarenta, digamos treinta y siete años. Pero hay señales de prepararse un cambio. Si a los veintisiete años erais de buen ver, os aconsejo probar con esa edad y establecer una moda nueva.

VIEJA.—No creo una sola palabra de lo que dices. Pero, en fin, vaya por los veintisiete años. (¡Pum! La vieja se transforma de repente en una joven, tan hermosa, que en la aparición radiante que ha sustituido el espectro amarillo borroso de antes, parece que reconocemos sin equivocación a Ana Whitefield.)

DON JUAN.—¡Doña Ana de Ulloa!

DOÑA ANA.—¡Cómo! ¿Me conocéis?

DON JUAN.—¡Y vos me olvidasteis!

DOÑA ANA.—No veo vuestro rostro. (Él levanta el sombrero.) ¡Don Juan Tenorio! ¡Monstruo! ¡Vos que matasteis a mi padre! Hasta aquí me perseguís.

DON JUAN.—Protesto, no os persigo. Permitid que me retire. (Vase.)

DOÑA ANA.—(Cogiendo su brazo.) No me dejaréis sola en tan espantoso lugar.

DON JUAN.—Siempre que mi estancia no se interprete como persecución.

DOÑA ANA.—(Soltándole.) Extrañaréis que pueda yo soportar vuestra presencia. ¡Pobre padre mío!

DON JUAN.—¿Tendríais gusto en verle?

DOÑA ANA.—¡¡¡Mi padre aquí!!!

DON JUAN.—No, él está en el cielo.

DOÑA ANA.—Ya lo pensaba. ¡Mi noble padre! Ahora nos está mirando desde lo alto. ¿Qué sentirá al ver a su hija en este lugar, platicando con su matador?

DON JUAN.—A propósito, si alguna vez le encontramos...

DOÑA ANA.—¿Cómo vamos a encontrarle estando él en el cielo?

DON JUAN.—De vez en cuando se digna bajar por aquí. El cielo le aburre. Así, pues, permitidme advertiros que se ofenderá indeciblemente si me llamáis su matador en su presencia. Se empeña en creer que sabía mucho más de esgrima que yo y, de no resbalarle el pie, me hubiese matado sin falta. No hay duda de que tiene razón, yo nunca fuí buen esgrimidor. Acerca de eso nunca le llevo la contraria y somos excelentes amigos.

DOÑA ANA.—No es deshonra para un guerrero tener orgullo de habilidad en manejar las armas.

DON JUAN.—Tal vez no tengáis mucho afán por verle.

DOÑA ANA.—¿Por qué decís eso?

DON JUAN.—Así suele suceder aquí. Tal vez os acordéis que sobre la tierra, aunque nunca lo confesamos, el duelo por la muerte de cualquiera, aun la de los que más hemos querido, siempre se mezcla con cierta satisfacción por vernos al fin libres de ellos.

DOÑA ANA.—¡Monstruo! Nunca, nunca...

DON JUAN.—(Plácido.) Veo que os dais cuenta. Sí, un entierro siempre ha sido una fiesta con trajes negros, especialmente el entierro de un pariente. Sea lo que quiera, sabed que los lazos familiares aquí casi nunca se observan. Vuestro padre está del todo impuesto en ello y no esperará cariño alguno de vuestra parte.

DOÑA ANA.—Sois un infame. Llevé luto por él toda mi vida.

DON JUAN.—Sí, os sentaba muy bien. Pero una vida de luto es una cosa y una eternidad de luto es otra. Además, aquí estáis tan muerta como él. ¿Puede haber algo más ridículo que el luto de un muerto por otro muerto? No os extrañéis, mi querida Ana, ni os sobre-

saltéis si os digo que en el infierno hay mucha charlatanería (y casi no hay otra cosa); pero eso de la muerte y la edad y las mutaciones ya no se conoce, porque aquí todos somos muertos y eternos. Ya os acostumbraréis.

Doña Ana.—¿Y me llamarán todos los hombres su querida Ana?

Don Juan.—No, fué un desliz de mi lengua. Perdonadme.

Doña Ana.—(Casi con ternura.) Don Juan, me asustasteis cuando tan villanamente os portasteis conmigo.

Don Juan.—(Impaciente.) ¡Oh! os suplico no empecéis a hablar de amor. Aquí no se suele hablar más que de amor... de su hermosura, su santidad, su espiritualidad, su... ¡el demonio sabe qué!... Dispensadme, pero a mí me fastidia mucho. No saben lo que se dicen, yo sí lo sé. Se figuran que han alcanzado la perfección del amor porque no tienen cuerpos. Devaneos meramente imaginativos. ¡Qué asco!

Doña Ana.—Pero ¿no ha logrado siquiera la muerte purificar vuestra alma, don Juan? ¿No os ha enseñado respeto el terrible juicio en el que la estatua de mi padre fué el juez?

Don Juan.—¿Cómo está, ya que hablamos, aquella estatua favorecida? ¿Sigue yendo a cenar con gente de poco más o menos para luego precipitarla en este abismo sin fondo?

Doña Ana.—Me ha costado mucho dinero la tal estatua. Los chicos de la escuela del monasterio no la dejaban en paz; los malos la destrozaban, los buenos grababan en ella sus nombres. Tres narices nuevas en dos años tuve que poner, y dedos, sin cuento. Finalmente tuve que dejarlo, y me temo que a estas horas estará horriblemente mutilada. ¡Pobre padre mío!

DON JUAN.—¡Chist! Escuchad. (Dos grandes acordes que se extienden en ondas sonoras sincopadas estallan: «re menor» es su dominante, un sonido de alegría formidable para todo músico.) ¡Ah! la música de la estatua, de Mozart. Es vuestro padre. Mejor será que os ausentéis hasta que le prepare. (Ella desaparece.)

Desde el vacío viene una estatua viviente de mármol blanco, que representa a un majestuoso anciano. Pero se apea de su majestuosidad con gracia infinita y anda con paso sumamente elástico, y mientras cada arruga de su cara aguerrida irradia alegría festiva. A su escultor debe una figura muy arrogante y tiesa. Las guías de sus bigotes se enderezan elásticas cual muelles de reloj, dándole una apariencia que podría llamarse maja, si no fuese por su dignidad española. Está con Don Juan muy amistoso. Su voz, fuera de una modulación más distinguida, se parece tanto a la de Roebuck Ramsden, que llama la atención sobre el hecho de que, a pesar de la diferencia en los bigotes, los dos se parecen en las facciones.

DON JUAN.—¡Ah, sois vos, amigo mío! ¿Por qué no aprendéis a cantar la magnífica música que Mozart escribió para vos?

ESTATUA.—Desgraciadamente, la escribió para una voz de bajo, y la mía es de barítono. Ahora bien; ¿os habéis ya arrepentido?

DON JUAN.—Demasiado os aprecio, don Gonzalo, para arrepentirme. Si me arrepintiese no tendríais pretexto para bajar del cielo con objeto de discutir conmigo.

ESTATUA.—Es verdad; no cedas, hijo mío. Ojalá te hubiese yo matado a ti, como lo hubiera hecho si no es por una casualidad. Entonces estaría yo en el infierno; a ti te hubieran elevado una estatua y tendrías fama de piadoso y tendrías que vivir según ella. ¿Hay alguna novedad?

DON JUAN.—Sí, vuestra hija se murió.

ESTATUA.—(Confusa.) ¿Mi hija? (Recordando.) Ah, ¿aquella con la que tuviste un lío? A ver, ¿cómo se llamaba?

DON JUAN.—Ana.

ESTATUA.—Es verdad; Ana, una chica de buen ver, si no recuerdo mal. ¿Has avisado a Fulano? No sé cómo se llama su esposo.

DON JUAN.—¿Mi amigo Octavio? No lo he visto todavía desde que Ana llegó.

(Ana, indignada, hace su aparición.)

DOÑA ANA.—Pero ¿qué significa eso? ¡Octavio está aquí y es vuestro amigo! Y vos, padre mío, habéis olvidado mi nombre. En verdad que os habéis vuelto piedra.

ESTATUA.—Hija mía, más me admiran como estatua de mármol que me admiraron como persona de carne y hueso; así, pues, he adoptado la figura que me diera el escultor. Era un gran artista, no se puede negar, y debes reconocerlo así.

DOÑA ANA.—Padre, ahora resulta que sois vanidoso, vanidoso de vuestra persona. Morir para ver.

ESTATUA.—¡Ay! hija mía, tú ya no te acuerdas de tal debilidad. A estas fechas tú debes tener cerca de ochenta años. Yo perdí la vida (por una casualidad) a los sesenta y cuatro, y soy, por lo tanto, mucho más joven que tú. Además, hija mía, lo que vuestro amigo libertino llamaría la farsa de la sabiduría de los padres, aquí no existe. Considérame sencillamente como a un camarada, no como a un padre.

DOÑA ANA.—Habláis como habla ese infame.

ESTATUA.—Juan es un pensador agudo, Ana. Mal esgrimidor, pero buen pensador, créeme.

DOÑA ANA.—(Estremeciéndose de horror.) Empiezo a comprender. Son diablos que se burlan de mí. Lo mejor será que rece.

ESTATUA.—(Consolándola.) No, no, no, hija, no reces. Si rezas perderás la principal ventaja de este sitio. Encima del portal están escritas las palabras: «Dejad toda espe-

ranza, vosotros que entráis.» Pues no sabes tú el alivio que esto supone. ¿Para qué sirve la esperanza? Es una forma de responsabilidad moral. Aquí no hay esperanza, y por lo tanto, no hay deber, ni trabajo, ni nada que se pueda alcanzar con la oración, nada que pueda perderse con hacer lo que plazca. En resumen, el infierno es un sitio donde no tienes otra cosa que hacer que divertirte. (Don Juan suspira hondamente.) Suspiras, amigo don Juan; pero si estuvieses en el cielo, como estoy yo, te darías cuenta de las ventajas que hay aquí.

DON JUAN.—Estáis de buen humor hoy, Comendador. Estáis realmente superior. ¿Qué sucede?

ESTATUA.—He llegado a tomar una decisión muy importante, muchacho. Pero, antes que todo, ¿dónde está nuestro amigo el diablo? Tengo que consultarle el asunto. Y Ana tendrá gusto en conocerle, sin duda.

DOÑA ANA.—¿Estáis preparando algún tormento para mí?

DON JUAN.—Todo eso son supersticiones, Ana. Descuidad. Además, ya sabéis, el diablo no es tan negro como lo pintan.

ESTATUA.—Hagámosle una llamada.

Al mover la estatua la mano, los grandes acordes vuelven a dejarse oir. Pero esta vez, la música de Mozart se adultera grotescamente con la de Gounod. Principia a encenderse un resplandor bermejo, y en medio de él surge el Diablo, muy mefistofélico y bastante parecido a Mendoza, aunque no tan interesante. Parece más viejo que éste, tiene una calvicie prematura, y, a pesar de una efusión de buen genio y jovialidad, es algo áspero y nervioso cuando no corresponden a su modo de ser. No parece tener mucha resistencia para el trabajo y el sufrimiento y es, en resumidas cuentas, una persona que tiene apariencia de ser muy indulgente consigo misma, hasta hacerse desagradable, pero es listo y hay muchos ratos en que agrada, por más que se echa de ver desde luego que no tiene tan buena crianza como

los otros dos hombres y que es enormemente menos vivaracho que la mujer.

DIABLO.—(Cordial.) Según veo, tengo el honor de que me visite nuevamente el muy ilustre comendador de Calatrava. (Fríamente.) Don Juan, servidor vuestro. (Cortés.) Una señora extraña. A vuestros pies, señora.

DOÑA ANA.—¿Sois...?

DIABLO.—(Inclinándose.) Lucifer, para serviros.

DOÑA ANA.—Me voy a volver loca.

DIABLO.—(Galante.) ¡Oh, señora, no os apuréis! Venís de la tierra, llena de los prejuicios y terrores de aquel sitio dominado por sacerdotes. Habéis oido muchas veces hablar mal de mí, y, sin embargo, allí tengo un cúmulo de amigos.

DOÑA ANA.—Sí, reináis en sus corazones.

DIABLO.—(Meneando la cabeza.) Me lisonjeáis, señora, pero estáis equivocada. Es verdad que el mundo no puede vivir sin mí, pero no por eso me lo agradece. En su corazón desconfía de mí y me odia. Todas sus simpatías son para la miseria, la pobreza, las privaciones del cuerpo y el corazón. Yo, en cambio, induzco al mundo a simpatizar con la alegría, el amor, la felicidad, la hermosura...

DON JUAN.—(Asqueado.) Dispensadme, que me voy. Ya sabéis que no puedo aguantar eso.

DIABLO.—(Enfadado.) Sí, ya sé que no sois amigo mío.

ESTATUA.—¿Qué daño te hace, don Juan? Me parece que estaba hablando con mucha sensatez cuando le interrumpiste.

DIABLO.—(Apretándole muy cordialmente la mano a la estatua.) Gracias, amigo mío, gracias. Vos siempre me habéis comprendido; él siempre me ha contradecido y menospreciado.

DON JUAN.—Os he tratado con perfecta cortesía.

DIABLO.—¡Cortesía! ¿Qué es cortesía? A mí no me importa la mera cortesía. Lo que yo busco es alma y corazón, sinceridad verdadera, los lazos de simpatía con el amor y la alegría...

DON JUAN.—Me ponéis malo.

DIABLO.—¡Vamos! (Apelando a la estatua.) ¿Lo estáis escuchando, señor? ¡Oh! ¿Por qué ironía del sino tuvo ese frío egoísta entrada en mi reino, mientras vos fuisteis llevado a la glacial mansión del cielo?

ESTATUA.—No puedo quejarme. Fuí un hipócrita, y bien empleado me está el estar en el cielo.

DIABLO.—¿Por qué, señor, no venís con nosotros y dejáis un ambiente para el que vuestro temperamento es demasiado simpático, vuestro corazón demasiado cálido, vuestro buen humor demasiado franco?

ESTATUA.—Pues así lo decidí. De aquí en adelante, ilustre hijo de la mañana, seré vuestro. Ya dejé el cielo para siempre.

DIABLO.—(Cogiéndole otra vez la mano.) ¡Oh, qué honor para mí! ¡Qué triunfo para nuestra causa! Gracias, gracias. Y ahora, amigo mío... por fin puedo llamarle así..., ¿no podríais persuadirle a él para que ocupara el sitio que dejasteis vacante?

ESTATUA.—(Meneando la cabeza.) En conciencia no puedo recomendar a nadie, con quien me una alguna amistad, que a sabiendas se meta en un sitio tan triste e incómodo.

DIABLO.—Claro que no; pero ¿estáis seguro de que allí no estará a gusto? Claro que vos debéis conocerlo mejor que nadie; vos lo trajisteis aquí primero y pusimos en él las mejores esperanzas. Sus ideas parecía que concordaban perfectamente con las que aquí imperan. ¿Os acordabais cómo cantaba? (Empieza a cantar en voz de barítono

gangosa, trémula, por una eternidad de mal uso, a la manera francesa.)

¡Vivan le femmine!
¡Viva il buon vino!

Estatua.—(Cogiendo el tono una octava más alto, con voz de contralto.)

Sostegno e gloria
d'umanitá.

Diablo.—Eso es. Pues ya no nos canta nada.

Don Juan.—¡Y os quejáis de eso, cuando el infierno está lleno de aficionados cantantes! La música es el aguardiente de los condenados. ¿No se permitirá a un alma perdida ser abstinente?

Diablo.—¡Os atrevéis a blasfemar contra el arte más sublime!

Don Juan.—(Con repugnancia fría.) Habláis cual mujer histérica que hace carantoñas a un murguista.

Diablo.—No me enfado. Sólo os compadezco. No tenéis alma, y no os dais cuenta de lo que perdéis. Pero vos, señor Comendador, sois un músico de nacimiento. ¡Qué bien cantáis! Mozart se quedaría encantado si estuviese todavía aquí; pero riñó con nosotros y se fué al cielo. Es curioso cómo todos esos hombres geniales que parecen haber nacido para hacerse populares aquí, resultan luego imposibles en la vida social, como don Juan.

Don Juan.—Siento de veras resultar imposible en la vida social.

Diablo.—No es que no admiremos vuestras dotes intelectuales, ¿sabéis? Las admiramos. Pero yo miro el asunto desde vuestro propio punto de vista. No podéis simpatizar con nosotros. Este lugar no os place. La ver-

dad es que no tenéis... no diré que no tenéis corazón, porque ya sabemos que detrás de todo vuestro fingido cinismo se oculta un corazón muy sensible...

DON JUAN.—(Estremeciéndose.) Por favor, no sigáis...

DIABLO.—(Irritado.) Bueno, el caso es que no tenéis temperamento para gozar. ¿No es eso?

DON JUAN.—Menos mal. En general, vuestra charla me aburre. Lo mejor será que, como suelo, me retire a la soledad.

DIABLO.—¿Por qué no os refugiáis de una vez en el cielo? Ese es el sitio que os conviene. (A Ana.) Vamos, señora, ¿no podríais vos convencerle de que un cambio de aire le probaría bien?

DOÑA ANA.—¿Pero es que puede ir al cielo si quiere?

DIABLO.—¿Quién se lo va a impedir?

DOÑA ANA.—Y... ¿todo el mundo puede?... ¿Yo puedo ir al cielo, si quiero?

DIABLO.—(Algo despreciativo.) Naturalmente, si tal es vuestro gusto.

DOÑA ANA.—Pero entonces, ¿por qué no están todos en el cielo?

ESTATUA.—(Con risa aguda y burlona.) Pues te voy a decir, hija mía. Porque el cielo es el sitio más angelicalmente triste y aburrido de la creación. Por eso es.

DIABLO.—El señor Comendador lo ha dicho con franqueza verdaderamente militar. Pero no hay duda de que el modo de ser en el cielo es sencillamente intolerable. Cuentan que yo fuí arrojado de ahí; pero yo os aseguro que por nada del mundo me hubiese quedado allí. La verdad es que me marché y organicé este centro.

ESTATUA.—No me extraña. Nadie puede aguantar una eternidad de cielo.

DIABLO.—¡Oh! Hay gente para todo. Seamos justos,

Comendador; es cuestión de temperamento. Por mi parte, no admiro el temperamento celestial, no lo comprendo ni tengo deseos de comprenderlo; pero hace falta toda clase de seres para hacer un universo. De gustos es inútil discutir. Hay personas que están a gusto en el cielo. Yo creo que don Juan estaría a gusto allí.

Don Juan.—Hombre, dispensad mi franqueza; ¿podríais realmente volver allí si se os antojara, o es que los racimos están verdes?

Diablo.—¡Volver allí! ¡Vaya! Muchas veces vuelvo por allí. ¿No habéis nunca leído el libro de Job? ¿Podéis fundaros en algún texto canónico para probar que existe alguna barrera entre el infierno y el cielo?

Doña Ana.—Pues hay entre los dos un gran abismo.

Diablo.—Señora mía, una parábola no debe tomarse al pie de la letra. El abismo significa la diferencia entre el temperamento angelical y el diabólico. ¿Qué abismo más profundo puede haber? Acordaos de lo que vierais en la tierra. Allí no hay abismo físico entre las aulas de los sabios y las plazas de toros; pero los toreros no van a las aulas por eso. ¿No habéis estado nunca en el país donde es mayor el número de mis adictos, en Inglaterra? Allí hay grandes hipódromos y también salas para conciertos, donde se tocan las composiciones clásicas de vuestro amigo Mozart, señor Comendador. Los que frecuentan los hipódromos tienen entera libertad para abstenerse de hacerlo y, en vez de ello, ir a los conciertos clásicos, si gustan. No hay ley que lo impida. Porque los ingleses nunca serán esclavos; son libres de hacer cuanto el Gobierno y la opinión pública les permiten hacer. Y se admite que el concierto clásico es una diversión más elevada, culta, poética e intelectual que las carreras de caballos. Pero ¿dejan por eso los aficionados a

las carreras de caballos su deporte favorito para afluir a los conciertos? Ni por pienso. Allí se aburrirían lo mismo que el Comendador se aburría en el cielo. El gran abismo de la parábola está entre los dos sitios. Un abismo meramente físico, lo podrían atravesar por medio de un puente, o por lo menos lo podría yo (la tierra está llena de puentes del diablo); pero el abismo del disgusto es eterno e infranqueable. Y este es el único abismo que separa a mis amigos aquí de los que maliciosamente son llamados los bienaventurados.

Doña Ana.—Voy a ir al cielo sin más tardar.

Estatua.—Hija mía, escúchame antes una palabra de advertencia. Quiero completar el símil de mi amigo Lucifer referente a los conciertos. En cada uno de esos conciertos en Inglaterra hay un cúmulo de gente aburrida que se encuentra allí, no porque le guste la música, sino porque creen que debe gustarle. Pues lo mismo pasa en el cielo. Muchos se hallan allí en la gloria, no porque se sientan dichosos, sino porque creen que su condición exige que estén en el cielo. Casi todos ellos son ingleses.

Diablo.—Sí, es verdad. Las naciones meridionales renuncian al cielo y se vienen conmigo como hicisteis vos. Pero los ingleses realmente no parecen notar cuándo están del todo míseros y desgraciados, y cuando se encuentran incómodos, creen que son morales.

Estatua.—En una palabra, hija mía, si entras en el cielo sin haber nacido para ello, no te divertirás allí.

Doña Ana.—¿Y quién se atreve a afirmar que yo no haya nacido para ello? Los más eminentes doctores de la Iglesia nunca lo han discutido. Para conmigo misma tengo el deber de abandonar este lugar inmediatamente.

Diablo.—(Ofendido.) Como gustéis, señora. Hubiese esperado de vos mejor gusto.

DOÑA ANA.—Padre, espero que vendréis conmigo. No podéis estar aquí. ¿Qué diría la gente?

ESTATUA.—¡La gente! Pero si la mejor gente está aquí, príncipes de la Iglesia inclusive. Tan pocos van al cielo y tantos vienen aquí, que los bienaventurados, en un tiempo llamados los ejércitos celestiales, forman una minoría en continua mengua. Los santos, los padres, los elegidos de remotas edades son los calaveras, los troneras, los reprobados de hoy.

DIABLO.—Es verdad, desde el principio de mi carrera conocí que vencería al fin por el solo peso de la opinión pública, a pesar de la larga campaña de mentiras y es calumnias dirigida contra mí. En el fondo el universo constitucional, y con una mayoría como la que tengo no es posible que quede yo siempre separado del poder.

DON JUAN.—Yo creo, Ana, que lo mejor será que os quedéis aquí.

DOÑA ANA.—(Celosa). No queréis que vaya yo con vos.

DON JUAN.—No conviene que entréis en el cielo en compañía de un réprobo como yo.

DOÑA ANA.—Todas las almas son igualmente valiosas. Os arrepentís, ¿verdad?

DON JUAN.—Mi querida Ana, sois tonta. ¿Creéis que el cielo es como la tierra, donde la gente se convence a sí misma de que lo hecho puede convertirse en no hecho por el arrepentimiento; que lo dicho puede convertirse en no dicho por la retirada de los conceptos; que la verdad puede ser anulada por el acuerdo general de considerarla como mentira? No, el cielo es la morada de los dueños de la realidad; por eso quiero ir allí.

DOÑA ANA.—Gracias; yo quiero ir al cielo para hallar la felicidad. He tenido bastante realidad en la tierra.

DON JUAN.—Entonces debéis quedaros aquí, porque el infierno es la morada de lo irreal y de los ansiosos de felicidad. Es el único refugio para salvarse del cielo, el que es, como ya dije, la morada de los dueños de la realidad, y para salvarse de la tierra, que es la patria de los esclavos de la realidad. La tierra es una leonera en la que los hombres y las mujeres juegan a los héroes y las heroínas, a los santos y las santas, a los pecadores y las pecadoras, pero son arrojados de su paraíso de locos por sus cuerpos. El hambre y la sed y el frío, la edad y la decadencia y las enfermedades, y la muerte sobre todo, los hacen esclavos de la realidad. Tres veces al día tienen que comer y digerir, tres veces en cada centuria tieen que ser engendrada una generación. Las edades de fe, de poesía y de ciencia acaban finalmente en esta única oración: «Haz que yo sea un animal sano.» Mas aquí escapáis de la tiranía de la carne, porque aquí no sois un animal, aquí sois un espíritu, una apariencia, una ilusión, una convención, sin muerte, sin edad, en una palabra, sin cuerpo. Aquí no existen cuestiones sociales, ni cuestiones políticas, ni cuestiones religiosas, mejor aún, ni cuestiones sanitarias. Aquí llamáis hermosura vuestra apariencia, amor vuestra emoción, heroísmo vuestros sentimientos, virtud vuestras aspiraciones, lo mismo que hicisteis en la tierra; pero aquí no hay hechos brutales para contradeciros ni contraste irónico entre vuestras necesidades verdaderas y vuestras pretensiones ilimitadas, ni comedia humana, nada sino un romanticismo perpetuo, un melodrama universal. Como dijo nuestro amigo germánico: «lo inconcebible aquí es un hecho, lo eterno femenino nos atrae con fuerza irresistible», sin llevarnos un paso más allá. ¡Y deseáis dejar este paraíso!

DOÑA ANA.—¡Pero si el infierno es tan hermoso como decís, cosa gloriosa debe ser el cielo!

(El Diablo, la estatua y Don Juan todos empiezan a hablar a la vez para protestar violentamente; luego se callan confusos.)

DON JUAN.—Dispensadme.

DIABLO.—Nada. Soy yo quien os interrumpió.

ESTATUA.—¿Ibais a decir algo?

DON JUAN.—Hablad primero, caballero.

DIABLO.—(A Don Juan.) Habéis estado tan elocuente acerca de las ventajas de mis dominios, que ahora os dejo hablar para que mostréis con igual exactitud y pintéis los defectos del establecimiento competidor.

DON JUAN.—En el cielo, señora, tal como lo pinto, se vive y se trabaja, en vez de jugar y fingir. Se miran las cosas de frente, tales como son. No se evita nada sino la fantasmagoría, y vuestra firmeza y vuestro peligro son vuestra gloria. Cuando aquí y en la tierra continúa la función y todo el mundo es un escenario, el cielo está por lo menos entre bastidores. Pero el cielo no puede ser descrito como una metáfora. Allá voy ahora mismo, porque espero escapar allí por fin de las mentiras y la persecución fastidiosa y vulgar de la dicha y pasar mis eternidades en la contemplación...

ESTATUA.—¡Puah!

DON JUAN.—Señor Comendador, no censuro vuestra repugnancia, pues un museo de pintura es un lugar aburrido para un ciego. Pero así como vos gozáis con espejismos románticos, tales como son la hermosura y el placer, así gozaré yo con aquello que me interesa más que todo, es decir, la vida, la fuerza que siempre tiende a adquirir mayor poder para contemplarse a sí misma. ¿Qué es lo que desarrolló mis sesos? decidme. No fué la necesidad de mover mis piernas, porque una rata con muchos me-

nos sesos mueve sus patas mejor que yo mis piernas. No fué la mera necesidad de hacer algo, sino la de saber lo que hago, para que con mis esfuerzos ciegos no me mate a mí mismo.

ESTATUA.—Te hubieses matado en tus esfuerzos ciegos de esgrimidor a no habérseme resbalado el pie, amigo mío.

DON JUAN.—Audaz espadachín.

Di rider finirai prima l'aurora,
o statua gentilíssima.

ESTATUA.—¡Ah, ah! ¿Recuerdas cómo te asusté cuando dije algo por el estilo desde mi pedestal en Sevilla? Suena algo apagado sin mis trombones.

DON JUAN.—Según dicen, suele sonar apagado aun con ellos, Comendador.

DOÑA ANA.—Por Dios, padre, no interrumpáis la conversación con semejantes frivolidades. ¿No hay más que contemplación en el cielo, Don Juan?

DON JUAN.—En el cielo que yo busco no hay otro placer. Pero hay el trabajo de secundar a la vida en su lucha por las alturas. Imaginaos cómo se gasta y derrocha a sí misma, cómo se levanta obstáculos a sí misma y se destruye a sí misma en su ignorancia y ceguera. Necesita un cerebro esa fuerza irresistible, para que en su ignorancia no luche consigo misma. ¡Qué obra maestra es el hombre! dijo el poeta. Sí; pero ¡qué mal empleada! Aquí se halla el mayor milagro de organización que la vida haya logrado; el ser más intensamente viviente que existe, el más consciente de todos los organismos, y sin embargo, ¡qué mísero es su cerebro! La estupidez hecha sórdida y cruel por las realidades que la pobreza y el trabajo excesivos ofrecen; la imaginación resuelta a morir de hambre antes de encararse con esas realidades,

acumulando ilusiones para ocultarlas y llamándose a si misma talento, genio. Y cada una acusando a la otra de sus propios defectos, la estupidez acusando a la imaginación de locura, y la imaginación acusando a la estupidez de ignorancia, mientras ¡ay! la estupidez posee todos los conocimientos y la imaginación toda la inteligencia.

Diablo.—Y menudo embrollo que originan entrambas. ¿No dije yo cuando estaba arreglando aquel asunto de Fausto que el solo uso que el hombre hace de su inteligencia es para ser más bestial que cualquier bestia? Un cuerpo espléndido vale más que los sesos de cien dispépticos y flatulentos filósofos.

Don Juan.—Olvidáis que ya se hicieron pruebas con la magnificencia del cuerpo sin el desarrollo cerebral. Cosas inmensamente mayores que el hombre por todos conceptos, fuera del cerebro, han existido y han perecido. El megaterio, el ictiosauro han pisado la tierra con pasos de siete leguas y obscurecido el día con alas grandes como nubes. ¿En dónde están ahora? Fósiles en los museos, y tan escasos e incompletos además, que una vértebra o un diente de ellos se estiman más que la vida de mil soldados. Esos seres vivían y querían vivir, pero por falta de sesos no supieron cómo lograr sus propósitos y se destruyeron unos a otros.

Diablo.—Y los hombres, ¿no se destruyen mutuamente a pesar de sus tan alabados cerebros? ¿No habéis estado en la tierra en estos últimos tiempos? Yo sí estuve y he examinado los inventos maravillosos de los hombres, y os digo que en cuanto a las artes de vivir, el hombre no inventa nada; pero en cuanto a las artes de morir, sobrepuja a la propia naturaleza, y, con ayuda de la química y la mecánica, produce más mortandad que

las enfermedades contagiosas, la peste y el hambre. El labrador a quien induzco en tentaciones, hoy día come y bebe exactamente lo que comían los labradores hace diez mil años, y su vivienda no ha cambiado tanto en mil siglos como la moda de los sombreros de señora en el transcurso de veinte semanas. Pero cuando sale a matar lleva una maravilla de mecanismo, que sólo con la presión de su dedo desencadena todas las ocultas energías moleculares y deja muy atrás el venablo, la flecha y la cerbatana de sus antepasados. En las artes de la paz el hombre no vale nada. He visto sus fábricas de tejidos y otras, con maquinaria que un perro sarnoso podía haber inventado si en vez de comida hubiese necesitado dinero. Conozco sus torpes máquinas de escribir y deficientes locomotoras y fastidiosas bicicletas; son porquerías al lado de los cañones Maxim o los torpederos submarinos. En la maquinaria industrial del hombre sólo se manifiestan su avaricia y su pereza; en la fabricación de las armas es donde pone su corazón. Aquella fuerza maravillosa de vida que tanto ensalzáis, es una fuerza de muerte. El hombre mide su fuerza por su poder destructivo. ¿Qué es su religión? Una excusa para odiarme. ¿Qué son sus leyes? Una excusa para ahorcar a sus semejantes. ¿Qué es su moralidad? Remilgos; un pretexto para consumir sin producir. ¿Qué es su arte? Una excusa para embelesarse con pinturas de batallas. ¿Qué es su política? O el respeto a un déspota, porque el déspota puede matar, o pelea de gallos parlamentaria. Pasé una tarde hace poco en una célebre sesión legislativa y oí cómo la sartén le reprochaba su negrura al caldero y por todos lados lo de «más eres tú» y los ministros contestando a interpelaciones. Al mar-

charme escribí con tiza en la puerta aquella antigua sentencia para niños: «No hagas preguntas y no te dirán mentiras.» Compré un periódico ilustrado para familias, de a seis peniques, y lo vi lleno de grabados representando a jóvenes que se mataban unos a otros a tiros y puñaladas. Vi morir a un hombre, un albañil de Londres, con siete hijos. Dejaba diez y siete libras de su seguro en la sociedad obrera a que había pertenecido, y la viuda lo gastó todo en funerales, para ingresar en el asilo con sus hijos al día siguiente. No hubiera gastado ni siete peniques para que los chicos fuesen a la escuela, tuvo que ser obligada por la ley a mandarlos a las escuelas gratuitas, pero para la muerte gastó cuanto tenía. Sus imaginaciones se enardecen, sus energías se levantan con la idea de la muerte; esa gente la aman y, cuanto más horrible sea, más disfrutan con su vista. El infierno es un lugar muy por encima de su comprensión; sacan la idea que de él se forman de las obras de dos de los mayores locos que han vivido: un italiano y un inglés. El italiano lo describió como un sitio de suciedad, frío, miseria, fuego y sierpes venenosas, todo torturas. Ese asno, cuando no estaba mintiendo respecto de mí, divagaba acerca de una mujer a la que vió una vez en la calle. El inglés me describió como expulsado del cielo a cañonazos, y hasta la fecha no hay un súbdito británico que no crea que toda esa historia sandia está en la biblia. No sé qué más dijo, porque todo está en un poema largo que ni yo ni nadie ha logrado leer hasta el fin. Lo mismo pasa en todo. El género más elevado de la literatura es la tragedia, una pieza de teatro en la que al final todos mueren. En las crónicas de antaño se lee de terremotos y pestilencias y diz que demuestran el

poder y la majestad de Dios y la pequeñez del hombre. Las crónicas hodiernas describen batallas. En una batalla dos tropeles de hombres disparan unos contra otros con balas y granadas, hasta que un tropel huye, que es cuando el contrario persigue a caballo a los fugitivos y los acuchilla cuanto puede. Y esto, según deducen los cronistas, demuestra la grandeza y majestad de los imperios y la pequeñez de los vencidos. Por el relato de semejantes batallas el público se aglomera en las calles con clamores de alegría y excita a los gobiernos a gastar miles de millones para fines bélicos, mientras los ministros más prestigiosos no se atreven a invertir la suma más modesta para aliviar la pobreza y la miseria que todos los días hieren su vista. Podría citaros miles de ejemplos, pero todos vienen a demostrar una sola cosa: el poder que rige la tierra no es el poder de la vida, sino el poder de la muerte, y la necesidad eterna que impulsó a la vida al esfuerzo de organizarse en el ser humano, no es la necesidad de una vida más perfecta, sino la de un instrumento más eficaz de destrucción. La peste, el hambre, el terremoto, la tempestad era demasiado espasmódica en su acción; el tigre y el cocodrilo se saciaban con demasiada facilidad y no eran bastante crueles; se necesitaba algo más constante, más implacable, más ingenioso en su afán de destrucción, y ese algo se hizo hombre, el inventor del potro, la hoguera, la horca y el electrocutor, el inventor de la espada y las armas de fuego, el inventor sobre todo de la justicia, el deber, el patriotismo y todos los demás ismos, por los que aun aquellos que tienen bastante talento para tener sentimientos generosos, se dejan persuadir a ser los más destructivos de todos los destructores.

Don Juan.—¡Bah! Todo eso es anticuado. Vuestro flaco, diabólico amigo mio, consiste en que siempre habéis sido un inocente. Juzgáis a los hombres por sus propias apreciaciones. Nada les lisonjearía más que vuestra opinión de ellos. Gustan de que se les tome por atrevidos y malos. No son ni lo uno ni lo otro, son únicamente cobardes. Llamadlos tiranos, asesinos, piratas, matones, y os adorarán y se vanagloriarán con tener en las venas sangre de los antiguos corsarios y conquistadores. Llamadlos embusteros y ladrones, y os citarán a juicio de conciliación. Pero llamadlos cobardes, y se volverán locos de rabia, arrostrarán la muerte por desvirtuar esta verdad punzante. Los hombres dan cualquier razón de su conducta excepto una, cualquier excusa por sus crímenes excepto una, cualquier prenda por su seguridad excepto una, y esa una es la cobardía. Y, a pesar de ello, toda su civilización está fundada sobre su cobardía, sobre su abyecta mansedumbre, lo que llaman su respetabilidad. Un asno y una mula se dejan maltratar hasta cierto límite, pero los hombres toleran un grado de rebajamiento que inspira lástima a sus propios opresores y los induce a cejar.

Diablo.—Muy bien dicho. ¡Y ésos son los seres en los cuales hay que descubrir lo que llamáis la fuerza de la vida!

Don Juan.—Sí, porque ahora viene la parte más sorprendente del asunto.

Estatua.—¿Qué es?

Don Juan.—Pues que a cada uno de ellos se les puede hacer valientes metiéndoles una idea en la cabeza.

Estatua.—Tontería. Como militar antiguo, admito que existe la cobardía, que es tan universal como el mareo

en los buques, y tiene la misma importancia. Pero aquello de meter una idea en la cabeza de un hombre es una insensatez supina. En una batalla lo que hace falta para que empiece la acción es un poco de sangre caliente y la convicción de que es más peligroso ser vencido que ganar la partida.

Don Juan.—Por eso es por lo que tal vez las batallas sean tan inútiles. Pero los hombres nunca se sobreponen al miedo si no pueden imaginarse que están peleando en pro de un fin universal, en fin, peleando por una idea, o como ellos lo llamen. ¿Por qué el cruzado fué más valiente que el pirata? Porque peleaba, no por sí, sino por la cruz. ¿Qué fuerza fué la que hizo que encontrara un enemigo tan bravo como él mismo? Pues la fuerza de hombres que peleaban, no por sí mismos, sino por el Islam. Cogieron a nuestra España, por más que peleáramos por nuestros hogares y nuestros bienes más sagrados, pero en cambio, cuando nosotros los españoles peleamos por una idea poderosa, el catolicismo, los barrimos hacia Africa.

Diablo.—(Irónico.) Pero ¡cómo! ¿qué es eso? Vos sois católico, señor Don Juan. Uno de los nuestros. Enhorabuena.

Estatua.—(Seria.) Oíd, oíd, en eso de la Iglesia, como militar, no puedo tolerar que se digan impropiedades.

Don Juan.—No temáis, Comendador; esa idea de una Iglesia católica sobrevivirá al Islam, sobrevivirá a la Cruz, sobrevivirá hasta a la mojiganga de aquéllo que se llama «ejército».

Estatua.—Juan, me vas a obligar a desafiarte por esos conceptos.

Don Juan.—¡Para qué! Soy mal esgrimidor. Toda idea

por la que un hombre esté dispuesto a morir, tiene que ser una idea católica. Cuando al fin los españoles conozcan que no son mejores que los sarracenos y que su profeta no vale más que Mahoma, se levantarán, más católicos que nunca, y morirán en una barricada erigida en las umbrías calles donde el hambre y la miseria los acosan, por la universal igualdad y libertad.

Estatua.—Insensateces.

Don Juan.—Lo que llamáis insensateces es lo único por que los hombres se atreven a morir. Más adelante, la libertad será bastante católica, los hombres morirán por la perfección humana, por la que sacrificarán con gusto su libertad.

Diablo.—¡Oh! nunca les faltará a los hombres una excusa para matarse unos a otros.

Don Juan.—¿Qué es eso? No es la muerte la que importa, sino el miedo a la muerte. Lo que nos degrada no es matar y morir, sino un vivir envilecido y el aceptar los beneficios de la degradación. Mejor quiero diez hombres muertos que un esclavo o su tirano. Los hombres se levantarán, el padre contra el hijo y el hermano contra el hermano, y se matarán uno a otro por la gran idea católica de la abolición de la esclavitud.

Diablo.—Sí, cuando la libertad y la igualdad de que tan hueco habláis hayan hecho emancipados a los blancos cristianos, que hoy están más baratos que los negros paganos esclavos vendidos en subasta pública.

Don Juan.—No hay cuidado, también le llegará su turno al trabajador blanco. Pero ahora no estoy defendiendo las formas ilusorias que las grandes ideas toman. Os estoy citando ejemplos del hecho de que aquel ser que se llama hombre y que en sus propios persona-

les asuntos es un cobarde de marca mayor, lucha como un héroe por una simple idea. Será abyecto como ciudadano, pero como fanático es peligroso. Sólo puede ser esclavizado mientras sea bastante débil para oír razones. Os digo, caballeros, que si podéis enseñar a un hombre algo que él ahora llame obra de Dios a cumplir y que más adelante llamará de muy varios modos, podéis hacerle completamente indiferente en cuanto a las consecuencias que le hayan de tocar a él personalmente

DOÑA ANA.—Sí, declina todas las responsabilidades y deja que su mujer cargue con ellas.

ESTATUA.—Muy bien dicho, hija mía. No te dejes atontar por todas sus palabras.

DIABLO.—¡Ay! Señor Comendador, ahora que hemos venido a parar en el tema de las mujeres, hablará más que nunca. Sin embargo, confieso que para mí es el único asunto de verdadero interés.

DON JUAN.—Para con la mujer, señora, los deberes y responsabilidades del hombre se reducen a la obligación de procurar el pan de sus hijos. Para ella el hombre es sólo el medio de lograr hijos y criarlos.

DOÑA ANA.—¿Es ésta vuestra idea de la índole de la mujer? Yo lo llamo cínico y asqueroso materialismo.

DON JUAN.—Perdonadme, Ana; no me refería a la índole total de la mujer. Me refería a su modo de mirar a hombre como de diferente sexo. No es más cínico que su modo de mirarse a sí misma como a madre antes que todo. Sexualmente, la mujer es una disposición de la naturaleza para perpetuar su obra más perfecta. Sexualmente el hombre es el instrumento de la mujer para cumplir del modo más barato el mandato de la naturaleza. Ella conoce por instinto que allá muy atrás en los

comienzos de la evolución de los seres creados le inventó, le diferenció, le creó con objeto de producir algo mejor de lo que puede producir el procedimiento unisexual. Mientras él cumple el propósito para el que ella le hizo, aprueba y ensalza sus ensueños, sus locuras, sus ideales, sus heroísmos, con tal que todo ello culmine en la adoración de la mujer, de la maternidad, de la familia, del hogar. Pero ¡cuán arriesgado y peligroso fué para ella inventar a un ser especial cuya única función era su fecundación! Con ello ¿qué ha sucedido? En primer lugar, el hombre se ha multiplicado a costa de ella hasta haber tantos hombres como mujeres; de modo que ella ha venido a verse imposibilitada para emplear para sus propósitos más que una fracción de la inmensa energía que ella ha dejado a su disposición ahorrándole el trabajo abrumador de la gestación. Esa energía superflua ha ido a los sesos y los músculos de él. Se ha hecho demasiado fuerte para que ella físicamente le pueda dominar y demasiado imaginativo y mentalmente vigoroso para contentarse con la mera autorreproducción. El creó la civilización sin consultarla, adjudicándole el trabajo doméstico como fundamento de la misma.

Doña Ana.—Eso es verdad, en todo caso.

Diablo.—Bien, y después de todo, esa civilización ¿qué es?

Don Juan.—Después de todo, un excelente gancho del que podéis colgar vuestros cinicos lugares comunes. Pero, ante todo, es un intento del hombre para llegar a ser algo más que el mero instrumento para los fines de la mujer. De ahí que el resultado del esfuerzo continuo de la vida para no solamente conservarse, sino lograr una organización cada vez más perfecta y conciencia de sí

misma más completa, no es, cuando más, sino una campaña indecisa entre sus fuerzas y las de la muerte y la degeneración. Las batallas en esa campaña son meras mojigangas, casi siempre ganadas, como las verdaderas batallas militares, a pesar de los que mandan.

ESTATUA.—Eso va contra mí. No importa; sigue, sigue.

DON JUAN.—Va contra un poder mucho más alto que vos, Comendador. De todos modos habréis notado en vuestra profesión que aun un general estúpido puede ganar batallas cuando el general enemigo es un poco más estúpido.

ESTATUA.—(Muy seria.) Mucha verdad, don Juan, mucha verdad. Hay imbéciles que tienen una suerte pasmosa.

DON JUAN.—Sí, la fuerza de la vida es estúpida, pero no es tan estúpida como las fuerzas de la muerte y la degeneración. Además, ésta está siempre al sueldo de aquélla. Y así vence la vida en cierto modo. Lo que puede suministrar la sola abundancia de fecundidad y conservar la sola avaricia, lo poseemos. La supervivencia de cualquier forma de civilización que pueda producir el mejor fusil y el tirador mejor alimentado está asegurada.

DIABLO.—¡Exacto! La supervivencia no de los medios más eficaces de la vida, sino de los medios más eficaces de la muerte. Siempre volvéis a mi punto de vista, a pesar de vuestras agudezas, ambages y sofismas, sin contar la intolerable extensión de vuestros parlamentos.

DON JUAN.—¡Vaya! ¿Quién empezó con los parlamentos largos? De todos modos, si es que canso vuestra inteligencia, podéis dejarnos y buscar la compañía del amor, la hermosura y lo demás de vuestros acostumbrados aburrimientos.

DIABLO.—(Muy ofendido.) No sois justo, Don Juan, ni cortés. Yo también me cuento entre los intelectuales. Nadie puede apreciar más que yo semejantes discusiones. Discuto lealmente con vos y, según me parece, os refuto completamente. Sigamos una hora más si gustáis.

DON JUAN.—Bueno, adelante.

ESTATUA.—No veo la ventaja de empeñarse en dilucidar un tema particular, Don Juan. Pero en fin, ya que estamos aquí para matar no solamente el tiempo, sino la eternidad, prosigue.

DON JUAN.—(Algo impaciente.) Mi punto de vista, sabedlo, viejo de cabeza marmórea, sólo difiere en un paso del vuestro. ¿Estamos conformes en que la vida es una fuerza que ha hecho innumerables experimentos para organizarse, que el mamut y el hombre, el ratón y el megaterio, las moscas y las pulgas y los padres de la Iglesia son todos ensayos más o menos felices para transformar esa fuerza bruta en individuos cada vez más perfectos, y que el individuo ideal es omnipotente, omnisciente, infalible y, al mismo tiempo, completamente, claramente consciente de sí mismo, en una palabra, un Dios?

DIABLO.—Estoy conforme, para evitar discusiones.

DOÑA ANA.—Pues yo protesto con toda energía por lo de los padres de la Iglesia, y os ruego no meterlos en el argumento.

DON JUAN.—Lo hice sin querer faltarles al respeto y no volveré a aludirles. Y ahora, ya que estamos conformes sobre un punto, no queréis también concederme que la vida no ha medido el éxito de sus aspiraciones a la divinidad por la hermosura o la perfección física del resultado, puesto que por ambos conceptos los pájaros, como

ha mucho tiempo apuntó nuestro amigo Aristófanes, nos son tan singularmente superiores con su facultad de volar y su lindo plumaje y, me permitiré añadir, con la poesía conmovedora de sus amores y anidamientos, que es inconcebible que la Vida, habiéndolos una vez producido y si el amor y la hermosura fuesen su objeto, se desviase por otro camino para crear al tosco elefante y al feo macaco cuyos nietos somos nosotros.

DOÑA ANA.—Aristófanes fué un pagano, y vos, Don Juan, me temo no seáis mucho mejor.

DIABLO.—¿Deducís, pues, que la Vida deriva hacia la tosquedad y la fealdad?

DON JUAN.—No, perverso demonio, mil veces no. La Vida deriva hacia el desarrollo de los sesos, su objeto favorito, un órgano por el que puede lograr no solamente conciencia de sí misma, sino también comprensión de sí misma.

ESTATUA.—Eso es metafísica, Don Juan. ¿Por qué ¡voto al diablo! había...? (Al diablo.) Perdonad.

DIABLO.—No hagáis caso; siempre he considerado como homenaje el uso de mi nombre para robustecer el énfasis de una oración. Usadlo, pues, como gustéis, Comendador.

ESTATUA.—Gracias, sois muy amable. Aun en el cielo nunca he podido quitarme de mi modo de hablar a lo militar. Lo que iba a preguntar a Don Juan era por qué la Vida había de esforzarse por lograr tener cerebro. ¿Por qué necesita comprenderse a sí misma? ¿Por qué no había de contentarse con gozar de sí misma?

DON JUAN.—Sin cerebro, Comendador, gozaréis sin saberlo, y será como si no.

ESTATUA.—Verdad, mucha verdad. Pero me contento

con el cerebro bastante para conocer que gozo. No necesito comprender el porqué. Al contrario, prefiero no comprender. Sé por experiencia que nuestros goces menguan cuando se reflexiona sobre ellos.

Don Juan. — Por eso el intelecto es tan impopular. Pero para la Vida, aquella fuerza que obra en el hombre, el intelecto es una necesidad, porque sin él va ciegamente hacia la muerte. Del mismo modo que la Vida, después de edades de lucha, produjo aquel maravilloso órgano que es el ojo para que el organismo viviente pudiese notar lo que se acercaba y lo que se alejaba para ayudarle o amenazarle y así evitar mil peligros que antes le hacían perecer, así está formando hoy día un ojo intelectual que verá, no al mundo físico, sino los propósitos de la Vida, y por eso capacita al individuo para obrar en pro de ese propósito en vez de burlarlo y frustrarlo con mezquinas miras personales, como ha venido sucediendo hasta lo presente. Aun así y todo, sólo una clase de hombres ha sido dichosa y universalmente respetada en medio de todos los conflictos de intereses e ilusiones.

Estatua.—Queréis decir los militares.

Don Juan.—No, Comendador, no quiero decir los militares. Cuando los militares se acercan, la gente entierra sus cucharas de plata y manda a las mujeres a otra parte. No, yo no celebro en mis cantos las armas y al héroe, sino al sabio. El es quien trata en sus contemplaciones de descubrir la voluntad íntima del mundo con sus inventos de descubrir los medios de cumplir aquella voluntad, y en sus actos cumplirla con los medios así descubiertos. De todas las demás clases de hombres me declaro harto. Son fracasados, fastidiosos. Cuando esta-

ba en la tierra, hubo profesores de todas clases rondándome para descubrir en mi cualquier punto malsano donde hacer presa. Los doctores en medicina me instaron para que considerara lo que tenía que hacer para salvar mi cuerpo y me ofrecieron remedios contra enfermedades imaginarias. Les dije que no era hipocondríaco, y me llamaron ignorante y se fueron. Los doctores en teologia me instaron para que considerara lo que tenía que hacer para salvar mi alma, pero yo no era tampoco moralmente hipocondríaco y no quise hacerles caso. Me llamaron ateo y se fueron. Luego vinieron los politicos y me dijeron que había sólo un alto fin en la naturaleza y era que ellos tuvieran asiento en el Parlamento. Les dije que me importaba un bledo ese fin, y me llamaron hombre sin convicciones y se fueron. Entonces vinieron los románticos, los artistas con sus cantos de amor, sus pinturas y sus poesías y me proporcionaron durante luengos años harto deleite y no poco provecho, porque debido a su trato cultivé mis sentidos. Sus cantos me enseñaron a oir mejor, sus pinturas a ver mejor, sus versos a sentir más hondo. Pero finalmente ello me condujo a adorar a las mujeres.

Doña Ana.—¡Juan!

Don Juan.—Sí, llegué a creer que encerraba su voz toda la música de los cantos, su cara toda la hermosura de los cuadros, su alma toda la emoción de las poesías.

Doña Ana.—Y luego tuvisteis un desengaño, supongo. Pero ¿qué culpa tienen ellas de que les atribuyerais tantas perfecciones?

Don Juan.—Algunas tienen. Porque con listeza maravillosamente instintiva guardaron silencio y se dejaron glorificar y que confundiese mis propias visiones, mis

pensamientos y mis sentimientos con los suyos. Mis amigos, los románticos, con frecuencia eran demasiado pobres o tímidos para acercarse a las mujeres que eran bastante hermosas o bastante coquetas para hacerles creer que realizaban su ideal, y así se fueron a la tumba creyendo en sus ensueños. Pero a mí me favorecieron más la naturaleza y las circunstancias. Fuí rico y de noble nacimiento, y cuando no gustaba mi persona, lisonjeaba mi plática, aunque, en general, creo que ambas eran bastante agradables.

ESTATUA.—¡Fatuo!

DON JUAN.—Bien, pero aún mi fatuidad gustaba. Y es el caso que noté que cuando sólo hería la imaginación de una mujer, ella me dejaba convencerme a mí mismo de que me amaba; pero cuando había accedido a mis deseos, nunca decía: «Soy dichosa, mi amor está satisfecho», sino siempre decía primero: «Por fin cayeron las barreras», y luego: «¿Cuándo volverás?»

DOÑA ANA.—Pues es exactamente lo que dicen también los hombres.

DON JUAN.—Protesto, que yo nunca dije semejante cosa. Pero todas las mujeres hablan así. Pues bien, aquellas dos frases siempre me alarmaron, porque la primera parecía indicar que el impulso de la señora había sido sólo para derribar mis fortificaciones y tomar mi ciudadela, y la segunda anunciaba abiertamente que en adelante me consideraba como cosa suya, y, desde luego, que todo mi tiempo estaba a su disposición.

DIABLO.—Parece mentira que tengáis tan poco corazón.

ESTATUA.—(Meneando la cabeza.) Está mal, Don Juan, repetir lo que te dijera una mujer.

DOÑA ANA. — (Severa.) Debiera ser cosa sagrada para vos.

ESTATUA.—Claro que así hablan. Lo de las barreras nunca me ha importado, pero siempre choca algo, cuando no se está enamorado con exceso.

DON JUAN.—Luego, la señora, antes dichosa y desocupada, se volvía anhelosa, preocupada por mí, siempre intrigando, conspirando, persiguiendo, vigilando, esperando, con todas las energías en tensión para coger su presa... siendo yo la presa, claro está. Pero eso para mí no era lo tratado. Tal vez fuera muy propio y muy natural, pero no era música y pintura y poesía y alegría encarnadas en una hermosa mujer. Huí, y huí muchas veces. Tanto es así, que por mis huídas de las mujeres adquirí fama.

DOÑA ANA.—Mala fama, querréis decir.

DON JUAN.—De vos no huí. ¿Me censuráis por haber huído de otras?

DOÑA ANA.—Tontería, hombre. Estáis hablando con una mujer de setenta y siete años. Si hubieseis tenido la probabilidad, hubieseis huido también de mí... de haberos dejado yo. Conmigo no hubiese sido tan fácil como con algunas otras. Cuando los hombres no quieren ser fieles a su hogar y sus deberes, hay que obligarlos. Me atreveré a decir que todos anheláis casaros con bellas encarnaciones de la música, la pintura y la poesía. Pero no es posible, porque no existen. Si no os contentáis con carne y sangre, os debéis pasar sin ellas, y no hay más. Las mujeres tenemos que contentarnos con maridos de carne y sangre, y a veces con bastante poco de ellas, de modo que vosotros tenéis que contentaros con esposas de la misma índole. (El diablo parece dudar, la

estatua pone una cara mustia.) Veo que a nadie le gusta lo que digo, pero es la verdad. Si no os agrada, dejémoslo.

Don Juan.—Señora, habéis expresado en pocas frases todo mi antagonismo a lo romántico. Es precisamente por eso, porque les volví la espalda a los hombres románticos con temperamento de artistas, como llamaban sus fatuidades. Les era agradecido por haberme enseñado a usar mis ojos y mis oídos, pero les dije que su adoración de la hermosura y su caza de la felicidad y su idealización de la mujer no valían ni un maravedí como filosofía de la vida. Me llamaron burgués prosaico y se fueron.

Doña Ana.—Parece que las mujeres os enseñaron algo, no obstante, con todos sus defectos.

Don Juan.—Hicieron más, interpretaron para mí todas las demás enseñanzas. ¡Oh, amigos míos, cuando las barreras cayeron por primera vez! ¡Qué revelación más portentosa! Esperé yo locura, embriaguez, todas las ilusiones del primer ensueño de amor, y he aquí que nunca mi percepción fuera más clara ni mi juicio más implacable. Ni la más celosa rival de mis queridas hubiera podido ver en si sus defectos con más exactitud que yo. No estuve engañado: la había tomado sin cloroformo.

Doña Ana.—Pero la tomasteis.

Don Juan.—Esa fué la revelación. Hasta aquel momento nunca había yo perdido la sensación de ser mi propio dueño, nunca había conscientemente dado un solo paso sin que mi razón lo examinara y lo probara. Había llegado a creer que era un ser puramente racional, un pensador. Decía, con aquel filósofo necio: «Pienso, por consiguiente existo». Fué la mujer la que me enseñó a

decir: «Existo, por consiguiente pienso». Y también: «Quisiera pensar más, por consiguiente debo ser más».

Estatua.—Eso es extremadamente abstracto y metafísico, Don Juan. Si te atuvieras a lo concreto y pusieras tus experiencias en forma de anécdotas entretenidas, tu conversación sería más grata de escuchar.

Don Juan.—¡Bah! ¿Qué tengo que decir más? ¿No comprendéis que cuando me hallé cara a cara con la mujer, cada fibra de mi claro cerebro me advirtió que debía yo ahorrarle a ella un sacrificio y ponerme a mí en salvo? Mi sentido moral decía: no. Mi conciencia decía: no. Mi caballerosidad y mi compasión decía: no. Mi prudencia y consideración a mí mismo decían: no. Mi oído refinado por miles de cantos y sinfonías, mis ojos educados por miles de pinturas, desgarraron en pedazos y analizaron su voz, su tez, su figura. Recogí todas las traidoras semejanzas que había en ella con su padre y su madre, por las que conocí el aspecto que tendría dentro de treinta años. Vislumbré el fulgor del oro de una muela cariada en la riente boca. Hice observaciones curiosas acerca de los olores extraños de la química de los nervios. Las visiones de mis ensueños románticos, en las que había poblado los campos del cielo con mujeres de coral y marfil, eternamente jóvenes, me abandonaron en aquel supremo instante. Recordé aquellas visiones y luché desesperadamente para recobrar su ilusión embriagadora, pero entonces me parecieron ser las más vacías de las invenciones. Mi juicio no se dejaba engañar, mi cerebro a cada nuevo intento seguía diciendo: no. Y cuando estaba a punto de presentar mis excusas a la dama, la vida mè agarró y me lanzó en sus brazos como un navegante tira un anzuelo al pico de un ave marina.

ESTATUA.—Podías haber vivido sin tanto cavilar sobre la vida, Don Juan. Eres como todos los hombres de talento, tienes más sesos de lo que te conviene.

DIABLO.—¿Y no sois más dichoso después de tales experiencias, señor Don Juan?

DON JUAN.—Más dichoso, no; más sabio, sí. Aquel momento me presentó por primera vez a mí mismo y por mí mismo al mundo. Vi entonces cuán inútil es querer imponer condiciones a la irresistible fuerza de la vida, predicar prudencia, selección cuidadosa, virtud, honor, castidad...

DOÑA ANA.—Don Juan, una palabra contra la castidad es un insulto a mí.

DON JUAN.—No digo nada contra vuestra castidad, señora, ya que adquirió la forma de un esposo y doce hijos. ¿Qué más pudierais hacer de haber sido la mujer más perdida?

DOÑA ANA.—Podía haber tenido doce esposos y ningún hijo. Esto podía haber yo hecho, Don Juan. Y esto no hubiese hecho floja diferencia para la tierra cuyos pobladores aumenté.

ESTATUA.—¡Bravo, Ana! Don Juan, te han aplastado, aniquilado.

DON JUAN.—No; porque aunque aquella diferencia es la verdadera—Doña Ana, lo confieso, ha dado en el clavo—con respecto al amor o a la castidad y aun a la fidelidad, no es diferencia; porque doce hijos de doce esposos diferentes hubieran aumentado en la misma proporción el número de los habitantes de la tierra. Suponed que mi amigo Octavio hubiese muerto cuando teníais treinta años: no os hubieseis quedado viuda, érais demasiado hermosa. Suponed que el sucesor de Octavio hubiese

muerto cuando teníais cuarenta años: todavía erais irresistible, y ya se sabe, una mujer que se casa dos veces, se casa tres si llega a estar libre para ello. Doce hijos legítimos nacidos de una señora altamente respetable y tres padres diferentes no es cosa imposible ni condenada por la opinión pública. No hay duda de que una señora en tales condiciones cumple más con la ley que la pobre muchacha a la que solemos arrojar al arroyo por haber dado a luz un hijo ilegítimo; pero ¿os atreveréis a afirmar que ésta es menos digna de indulgencia?

DOÑA ANA.—Es menos virtuosa; esto a mí me basta.

DON JUAN.—En ese caso, la virtud no es más que el sindicalismo de los casados. Miremos las cosas de frente, querida Ana. La fuerza de la vida respeta el matrimonio, sólo porque éste es una de sus instituciones para asegurar el mayor número posible de hijos y el mejor cuidado de los mismos. Pero del honor, la castidad y el resto de vuestras ficciones morales no se cuida un ápice. El matrimonio es la más licenciosa de las instituciones humanas...

DOÑA ANA.—¡Don Juan!

ESTATUA.—(Protestando.) ¡Realmente!...

DON JUAN.—(Resuelto.) Digo que la más licenciosa de las instituciones humanas; ese es el secreto de su popularidad. Y una mujer buscando marido es la más desahogada de las fieras. La confusión del matrimonio con la moralidad ha hecho más para destruir la conciencia de la raza humana que ningún otro error. Vamos, Ana, no aparentéis indignación, que vos mejor que ninguno de nosotros sabéis que el matrimonio es una trampa para hombres cebada con fingidas promesas e ilusorias idealizaciones. Cuando vuestra santa madre, por medio

de regaños y castigos, hubo logrado que supierais tocar media docena de piezas en el clavicordio—al que odiaba tanto como vos misma—¿tenía otro propósito que hacer creer a vuestros cortejos que vuestro esposo tendría en su casa un ángel que la llenaría de melodía o por lo menos tocaría algo para dormir después de la comida? Os casasteis con mi amigo Octavio, pues decidme: ¿abristeis una vez siquiera el clavicordio desde el momento en que la Iglesia os unió para siempre?

Doña Ana.—Sois un necio, Don Juan. Una joven casada tiene otras cosas que hacer que estar sentada al clavicordio en un asiento sin respaldo; de ahí que pierde la costumbre de tocar.

Don Juan.—Pero no si gusta de la música. Nada, creedme; que sólo tira el cebo cuando el pájaro está en el garlito.

Doña Ana.—(Con amargura.) Y el hombre, claro está, nunca tira la careta cuando su pájaro está en la red. El esposo nunca se vuelve negligente, egoísta, brutal... ¡Oh, nunca!

Don Juan.—¿Qué prueban esas recriminaciones, Ana? Pues sólo que el héroe es tan impostor como la heroína.

Doña Ana.—Todo eso son tonterías. La mayor parte de los matrimonios son perfectamente dichosos.

Don Juan.—Perfectamente es una expresión algo fuerte, Ana. Querréis decir que las personas sensatas tratan de arreglarse unas con otras lo mejor posible. Que me manden a las galeras y me encadenen junto al felón cuyo número sea el más próximo al mío, y tendré que aceptar lo inevitable y mostrarme buen compañero. Muchos compañerismos de ésos, dicen, son verdaderamente conmovedores de afectuosos, y la mayor parte de

ellos son por lo menos soportables. Todo ello no hace que una cadena de hierro sea un adorno apetecible, ni que las galeras sean asiento de todos los deleites. Los que más hablan de las dichas del matrimonio y de lo intangible de su consistencia son precisamente los que declaran que si la cadena fuese rota y a los prisioneros se les dejase la elección, toda la fábrica social volaría y se haría trizas. Pues no pueden ser las dos cosas. Si el prisionero es dichoso, ¿por qué encadenarle? Si no lo es, ¿por qué decir que no lo es?

DOÑA ANA.—Sea lo que quiera, dejadme que vuelva a mi punto de vista de vieja y que le diga lisa y llanamente que el matrimonio puebla el mundo, y el libertinaje no.

DON JUAN.—Y si llega un tiempo en que eso deje de ser verdad, ¿qué diréis? ¿No sabéis que en donde hay una voluntad hay medios, que todo lo que un hombre verdaderamente desea lo logra porque descubre un medio para lograrlo? Pues bien; habéis hecho todo lo posible, virtuosas señoras y otras que piensan como vos, por encauzar el sentir del hombre enteramente hacia los amores honestos como hacia el bien más alto y por entender, por amor honesto, poesía y hermosura y felicidad en la posesión de mujeres hermosas, refinadas, delicadas y cariñosas. Habéis enseñado a las mujeres a valuar por encima de todo su propia juventud, salud, belleza y refinamiento. Pues bien, ¿dónde me dejáis los críos chillones y los cuidados de la casa en ese exquisito paraíso de los sentidos y las emociones? ¿No tiene que llegar inevitablemente el momento en que la voluntad humana diga a la inteligencia: invéntame un medio por el que pueda tener amor, hermosura, poesía, emoción, pasión, sin sus míseras penalidades, sus gastos, sus aburri-

mientos, sus enfermedades y agonías y riesgos de la vida, su acompañamiento de sirvientes y amas y médicos y maestros de escuela?

Diablo.—Todo eso, Don Juan, está realizado en mi reino.

Don Juan.—Sí, a costa de la muerte. El hombre no lo quiere a ese precio; ansía los delitos poéticos de vuestro infierno mientras esté todavía en el mundo. Pues se encontrará el medio de satisfacerle, el cerebro no fallará cuando la voluntad es firme. Llegará el día en que las grandes naciones vean menguar sus efectivos demográficos de censo en censo, en que los hoteles de seis habitaciones valgan más que los palacios señoriales, en que el pobre, inconscientemente vicioso, así como el rico, estúpidamente piadoso, retrasen la extinción de la raza sólo con disminuirla; mientras los animosamente precavidos, los ahorradores, egoístas y ambiciosos, los imaginativos y poéticos, los amantes del dinero y del verdadero bienestar opongan todos a la fuerza de la vida el lema de la esterilidad.

Estatua.—Todo eso es muy elocuente, joven amigo. Pero si hubieras vivido hasta la edad de Ana o siquiera la mía, habrías podido observar que las personas que se libran del miedo a la pobreza y a los hijos, y de las demás molestias de la mucha familia, y se dedican a disfrutar de sus ventajas, no logran sino que les entre el miedo a la vejez, la fealdad, la impotencia y la muerte. El obrero sin hijos es más atormentado por la ociosidad de su mujer y su constante afán de divertirse y distraerse que lo fuera teniendo veinte hijos, y su mujer está más fastidiada que él. Yo he tenido mi parte de vanidad, porque de joven fuí admirado por las mu-

jeres, y como estatua ahora soy celebrado por los críticos de arte. Pero confieso que si no hubiese encontrado en el mundo que hacer más que nadar en esos deleites me hubiese cortado el pescuezo. Cuando me casé con la madre de Ana—para decir exactamente la verdad, debiera más bien decir cuando por fin cedí y permití a la madre de Ana que se casara conmigo—bien sabía yo que estaba hincando espinas en mi lecho, y que el matrimonio para mí, como oficial joven y arrogante hasta entonces jamás vencido, significaba derrota y apresamiento.

Doña Ana.—¡Padre!

Estatua.—Siento mucho disgustarte, querida, pero ya que Don Juan habla con tanta despreocupación, también yo quiero decir la verdad lisa y llanamente.

Doña Ana.—¡Hum! Supongo que yo fuí una de las espinas.

Estatua.—Nada de eso; tú fuiste más bien una rosa. ¿No ves que las molestias que causabas eran para tu madre?

Don Juan.—Entonces permitid que os pregunte, Comendador, por qué habéis dejado el cielo para venir aquí y nadar, como dijisteis, en beatitudes sentimentales que, según confesasteis, os hubiesen en un tiempo llevado a cortaros el pescuezo.

Estatua.—(Quedando parado.) ¡Vive Dios! que es verdad.

Diablo.—(Alarmado.) ¡Cómo! ¿Os volvéis atrás de vuestra palabra? (A Don Juan.) Y todo vuestro filosofar no ha sido más que un engaño para hacer prosélitos. (A la estatua.) ¿Habéis olvidado ya el horrible aburrimiento contra el que os ofrecí un refugio? (A Don Juan.) Y vuestra demostración de la cercana esterilidad y extin-

ción del género humano, ¿puede conducir a algo mejor que sacar la mayor ventaja posible de aquellos placeres del arte y el amor que, como vos mismo confesasteis, os refinaron, os elevaron, os perfeccionaron?

Don Juan.—Yo nunca demostré la extinción del género humano. La vida no puede querer su propia extinción, ni en su ciego estado amorfo, ni en ninguna de las formas en las que se ha organizado. No había yo concluído cuando el señor Comendador me interrumpió.

Estatua.—Empiezo a dudar que alguna vez concluyas, amigo mío. Eres extremadamente aficionado a oirte hablar.

Don Juan.—Es verdad, pero ya que habéis aguantado tanto, aguantaréis también hasta el fin. Mucho antes de que aquella esterilidad a que aludi venga a ser más que una posibilidad claramente prevista, empezará la reacción. El gran propósito central de educar la raza, sí, educarla para alturas por ahora reputadas como sobrehumanas; aquel propósito ahora envuelto en una mefítica nube de amor, y poesía, y gazmoñería, y fastidio, estallará con resplandores de sol como un propósito que no podrá ya confundirse con la satisfacción de caprichos personales, la imposible realización de los ensueños de felicidad de muchachos y muchachas o la necesidad de la gente vieja de tener compañía o dinero. Ya no se abreviarán, ni se medio suprimirán, como poco decentes, los casamientos por sorpresa que celebran nuestras Iglesias nacionales. La sobria decencia, seriedad y autoridad de su declaración del fin verdadero del matrimonio será respetada y aceptada, mientras sus románticas promesas de fidelidad y unión hasta la muerte, y etc., serán eliminadas como frivolidades insufribles. Hacedle a mi

sexo la justicia, señora, que siempre los hombres hemos reconocido que las relaciones sexuales no son ni personales ni amistosas un tanto así.

DOÑA ANA.—¡Ni personales ni amistosas! ¿Qué relaciones son más personales, más sagradas, más santas?

DON JUAN.—Sagradas y santas, si queréis, Ana, pero no personalmente amistosas. Vuestras relaciones con Dios son sagradas y santas, pero no os atreveréis a decir que son personalmente amistosas. En las relaciones sexuales la energía creadora universal, de la que el hombre y la mujer son agentes sin posibilidad de resistir, aplasta y barre todas las consideraciones personales y dispensa de todas las relaciones personales. Los dos podrán ser completamente extraños uno a otro, hablar diferentes idiomas, ser de raza y color diferentes, no tener la misma edad ni las mismas disposiciones intelectuales o sentimentales, sin más lazo entre ellos que una posibilidad de aquella fecundidad por cuya causa la fuerza vital precipita al uno en los brazos del otro al cambiar la primera mirada. ¿No reconocemos eso al permitir que unos casamientos se hagan por los padres sin consultar a los contrayentes? ¿No habéis muchas veces expresado vuestra repugnancia a la inmoralidad de la nación inglesa, en la que los hombres y las mujeres de noble estirpe se conocen y cortejan cual campesinos? ¿Y cuánto sabe aún el campesino de su novia o ella de él antes de tomarse los dichos? Porque es cierto, no lo neguéis, que no tomaríais de abogado o de médico a un hombre tan superficialmente conocido de vos como el de quien os enamoraríais y con el que os casaríais.

DOÑA ANA.—Sí, Juan, conocemos la filosofía del libertino. No habláis de las consecuencias para la mujer.

DON JUAN.—Las consecuencias, ¡ah! sí. Justifican la fiereza con que trata de agarrar al hombre. Pero supongo que no llamaréis sentimental a aquel apego. Lo mismo podríais llamar el apego del policía a su preso relaciones amorosas.

DOÑA ANA.—Ya veis que tenéis que confesar que el matrimonio es necesario, a pesar de que, según vos, el amor es la más frágil de todas las relaciones.

DON JUAN.—Decid más bien que es la más augusta de todas las relaciones, demasiado augusta para ser un asunto personal. ¿Podría vuestro padre haber servido a su país si se hubiese negado a matar a todo enemigo de España, al que no odiara personalmente? ¿Puede una mujer servir a su país si se niega a casarse con todo hombre, al que no ame personalmente? Sabéis que no es así; la mujer de noble abolengo se casa como el hombre de noble abolengo pelea por motivos políticos y familiares, no por motivos personales.

ESTATUA.—(Impresionada.) Es un punto de vista realmente notable, Juan; tengo que reflexionar sobre ello. Estás lleno de ideas. ¿Cómo se te ha ocurrido ésta?

DON JUAN.—La experiencia me lo ha enseñado. Cuando estaba en la tierra y hacía a las damas aquellas propuestas que, aunque generalmente reprobadas, han hecho de mí un héroe de leyenda tan interesante, me encontraba no pocas veces con lo siguiente: La dama solía decir que correspondería a mis intenciones siempre que éstas fuesen honestas. Al preguntar yo qué significaba esa reserva, me contestaba que significaba que debía yo proponer tomar posesión de su hacienda si la tenía, o comprometerme a mantenerla toda la vida si no la tenía, que yo debía desear su compañía continua, sus conse-

jos y pláticas hasta el fin de mis días; obligarme por contrato legal a estar siempre embelesado con los tales consejos y pláticas, y, encima de todo, a volver la espalda para siempre a todas las demás mujeres por causa de ella. No hacía objeciones a esas condiciones por exorbitantes e inhumanas, pues era su extraordinaria impertinencia la que me dejaba mudo. Yo invariablemente contestaba con entera franqueza que ni en sueños había pensado en cosas por el estilo; que a menos que el carácter y el intelecto de la dama fuesen iguales o superiores a los míos, sus pláticas tenían que rebajarme y sus consejos inducirme en error; que su continua compañía a la larga se me haría insufriblemente tediosa; que no podía yo responder de mis sentimientos ni con anticipación de una semana, y menos para hasta el fin de mi vida; que el quitarme de todas las relaciones naturales y no vituperables con el resto de mis semejantes, si me sometía a ello, me cohibiría y me pondría huraño, y, de no someterme, me llevaría a ocultaciones, y que, finalmente, mis propuestas a ella no tenían relación alguna con todos aquellos asuntos, y eran sencillamente el resultado de mis impulsos viriles en presencia de sus encantos femeninos.

Doña Ana. — Quiere decir que eran impulsos inmorales.

Don Juan.—La naturaleza, señor, es la que llamáis inmoral. Me sonroja, pero no puedo remediarlo. La naturaleza es una celestina, el tiempo un ladrón de playa, la muerte una asesina. Siempre he preferido arrostrar francamente estos hechos y atemperar a ellos mi conducta. Vos preferís buscar la benevolencia de aquellos tres demonios con proclamar su castidad, su dadivosidad

y cariñoso trato, y basar vuestro principio sobre esas lisonjas. ¿Es extraño que los principios no obren suavemente?

ESTATUA.—¿Qué solían decir las señoras, Juan?

DON JUAN.—Vaya confianza por confianza. Decidme antes lo que vos solíais decir a las señoras.

ESTATUA.—¡Yo! Pues juraba que sería fiel hasta la muerte, que me moriría si no me escuchaban, que ninguna mujer podría ser para mí lo que era ella...

DOÑA ANA.—¡Ella! ¿Quién?

ESTATUA.—La que fuera, querida. Ciertas cosas las decía a todas. Una de ellas era que, aunque tuviese yo ochenta años, una cana de la mujer que yo amaba me haría temblar más que toda la trenza dorada de una joven hermosa. Otra era que no podría soportar la idea de que otra fuera la madre de mis hijos.

DON JUAN.—(Indignado.) ¡Viejo bellaco!

ESTATUA.—(Enérgica.) Nada de eso, porque yo realmente en aquellos momentos creía decir verdad con toda mi alma. Yo tenia corazón, no era como tú. Y fué esa sinceridad la que me proporcionó tantos éxitos.

DON JUAN.—¡Sinceridad! ¡Creer una mentira garrafal, que salta a la vista, lo llamáis sinceridad! ¡Ser tan ansioso por una mujer que os engañáis a vos mismo en vuestro afán de engañarla, lo llamáis sinceridad!

ESTATUA.—Malditas sean tus sofisterías. Yo fuí un hombre enamorado y no un leguleyo. Y por eso me amaron las mujeres. Benditas sean.

DON JUAN.—Os hicieron creer así. ¿Qué diréis si os digo que, a pesar de haber argumentado yo con tanta insensibilidad, me lo hicieron creer también a mí? Yo también tuve mis momentos de fatuidad, en los que de-

cía tonterías y me las creía. Algunas veces el deseo de dar gusto, diciendo cosas bonitas, con tanta fuerza se apoderaba de mí en medio de la emoción, que las decía sin darme cuenta. Otras veces argüía contra mí mismo con diabólica frialdad que sacaba lágrimas. Pero lo mismo en un caso como en otro me era difícil zafarme. Si el instinto de la señora se había fijado en mí, era forzoso escoger entre la esclavitud a perpetuidad y la fuga.

Doña Ana.—¿Os atravéis a blasonar, delante de mí y mi padre, de que las mujeres no podían resistiros?

Don Juan.—¿Estoy yo blasonando? A mí me parece que he pintado la más triste pintura. Además he dicho «cuando el instinto de la señora se había fijado en mí». No siempre sucedía así, y entonces, vive Dios, ¡qué arranques de virtuosa indignación! ¡Qué arrebatadora resistencia al cobarde seductor! ¡Qué escenas de Imógeno y Jaquimo!

Doña Ana.—Yo no hice escenas. Sólo llamé a mi padre.

Don Juan.—Y acudió, espada en mano, a vindicar el honor ultrajado y la moralidad hollada, asesinándome.

Estatua. — ¡Asesinándote! ¿Qué quieres decir? ¿Te maté yo o me mataste tú?

Don Juan.—¿Cuál de los dos fué el mejor esgrimidor?

Estatua.—Yo.

Don Juan.—Claro que vos. Y, sin embargo, vos, el héroe de aquellas escandalosas aventuras que acabáis de relatarnos, tuvisteis la poca vergüenza de hacer el papel del vengador de la moral ultrajada y de condenarme a muerte. Me hubierais acuchillado si no es por una casualidad.

Estatua.—No podía hacer otra cosa, Juan. Es así como se arreglan esos asuntos en la tierra. Yo nunca he sido un reformador social y siempre hice lo que era costumbre en los caballeros hacer.

Don Juan.—Esto podrá explicar vuestra acometida de que me hicisteis víctima, pero no la indigna hipocresía de vuestro ulterior comportamiento como Estatua.

Estatua.—La culpa de eso lo tiene mi admisión en el cielo.

Diablo:—Yo todavía no veo, señor Don Juan, que esos episodios en vuestra carrera terrenal y la del señor Comendador, en modo alguno desacrediten mi modo de considerar la vida. Aquí, lo repito, tenéis todo lo que apetecéis sin nada que os repugne.

Don Juan.—Al contrario, aquí tengo todo lo que me desilusionó y nada que no haya ya probado y encontrado deficiente. Os aseguro que mientras pueda concebir algo que valga más que yo, no puedo descansar hasta verme luchar por darle existencia o al menos allanarle el camino. Esta es la ley de mi vida. Esta es la operación, dentro de mí, del anhelo incesante de la vida por una organización más alta, una conciencia de sí misma, más amplia, más honda, más intensa, y una comprensión de sí misma más clara. Fué la supremacía de ese propósito la que para mí redujo el amor al mero placer de un momento, el arte a la mera educación de mis facultades sensorias, la religión a una mera excusa para la pereza, puesto que nos habla de un Dios que miró el universo y lo encontró bueno, contra el instinto en mí que miro con mis ojos el mundo y veo que podría ser mejorado. Os aseguro que nunca, en mis afanes por los placeres, el bienestar y la riqueza, conocí la dicha. No fué jamás el

amor a la mujer el que me entregó en sus manos, sino el cansancio, el agotamiento. De chico un día me hice una herida en la cabeza dando con ella contra una piedra y corrí a esconderme en las faldas de la mujer más próxima, llorando hasta tranquilizarme. Al ser mayor, cuando me hirieron el alma las brutalidades y estupideces con las que tuve que luchar hice de nuevo lo mismo que había hecho de chico. He disfrutado también mis momentos de descanso, de reconvalecencia, de respiro, de postración después de la brega, pero antes quisiera ser arrastrado al través de todos los círculos del infierno de aquel necio italiano, que por los de todos los placeres de Europa. Es lo que me hace tan odioso este lugar de eterno placer. Es la ausencia de aquel instinto en vos que os convierte en el monstruo extraño al que llamamos diablo. Por el éxito con que habéis desviado la atención de los hombres desde su verdadero objeto, el que poco más o menos es el mismo que el mío, hacia el vuestro, os habéis granjeado el nombre de El Tentador. Y el hecho de que están haciendo vuestra voluntad o más bien que obran sin voluntad por vuestro influjo, en vez de hacer la suya, los convierte en los seres desconsoladores, falsos, intranquilos, artificiosos, petulantes, míseros que son.

DIABLO.—(Mortificado.) Señor Don Juan, sois poco cortés con mis amigos.

DON JUAN.—¡Bah! ¿Por qué había yo de ser cortés con ellos o con vos? En este palacio de las mentiras una o dos verdades no os dañarán. Vuestros amigos todos me son sumamente antipáticos. No son hermosos, sino que están adornados; no son limpios, sino que están afeitados y almidonados; no son dignos, sino que están vesti-

dos a la moda; no son doctos, sino que sólo han salido aprobados en los exámenes; no son religiosos, sino frecuentadores de iglesias; no son morales, sino observadores de las convenciones; no son virtuosos, sino cobardes; no son ni siquiera viciosos, son sólo «frágiles»; no son artísticos, sino sólo lascivos; no son prósperos, sino sólo ricos; no son leales, sino serviles; no son cumplidores de sus deberes, sino imbéciles rutinarios; no se interesan por la cosa pública, sino que son patrióticos; no son valientes, sino reñidores; no son resueltos, sino tercos; no son altivos, sino dominantes; no tienen imperio sobre sí mismos, sino que son obtusos; no tienen respeto a sí mismos, sino que son fatuos; no son cariñosos, sino sentimentales; no son sociables, sino aficionados a las reuniones; no son atentos, sino políticos; no son inteligentes, sino envanecidos; no son progresivos, sino facciosos; no son imaginativos, sino supersticiosos; no son justos, sino vengativos; no son generosos, sino conciliadores; no están disciplinados, sino intimidados; y no son nada verídicos, sino todos embusteros y mentirosos hasta dejarlo de sobra.

Estatua.—Don Juan, el torrente de tus palabras es abrumador. ¡Ojalá pudiese yo haber hablado así a mis soldados!

Diablo.—Sin embargo, es mera habladuría. Todo ya se ha dicho antes; pero ¿qué cambio ha podido producir? ¿Qué caso ha hecho el mundo de ello?

Don Juan.—Sí, es mera habladuría; pero ¿por qué lo es? Porque, amigo mío, la hermosura, la pureza, la honradez, la religión, la moralidad, el arte, el patriotismo, la valentía y lo demás no son sino palabras que yo o cualquier otro puede volver del revés como un guante

Si fuesen realidades, tendríais que emitir un fallo condenatorio después de oír mi acusación, pero afortunadamente para vuestra presunción, mi diabólico amigo, no son realidades. Como decís, son meras palabras, buenas para engañar a pueblos bárbaros y hacerles adoptar la civilización, o a los indigentes civilizados para que se dejen robar y esclavizar. Este es el secreto de familia de la casta gobernante, y si nosotros, que pertenecemos a esta casta, trabajáramos por que el mundo tuviese mayor vida en vez de trabajar por aumentar nuestro poder y nuestro lujo, ese secreto nos haría grandes. Ahora bien: como yo, siendo noble, estoy también en el secreto, imaginaos cuán tediosa debe de ser para mí vuestra eterna charla acerca de todas aquellas ficciones moralistas, y cuán tristemente necio el sacrificio de vuestras vidas por ellas. Si siquiera creyeseis en vuestro juego moral lo bastante para juzgarlo honradamente, sería interesante observarlo, pero no es así, hacéis trampas a cada paso, y si vuestro contrario os aventaja en ello, volcáis la mesa y tratáis de matarle.

Diablo.—En la tierra puede que haya algo de verdad en eso porque la gente está mal educada y no sabe apreciar mi religión de amor y hermosura, pero aquí...

Don Juan.—Sí, sí, ya sé. Aquí no hay más que amor y hermosura. ¡Uf! es como estar viendo durante toda una eternidad el primer acto de una comedia de moda, antes de que empiecen las complicaciones. Nunca, ni en mis peores momentos de terror supersticioso en la tierra, soñé que el infierno fuese tan horrible. Vivo como un peluquero, en contiñua contemplación de la belleza, acariciando trenzas sedosas. Respiro una atmósfera de dulzura, cual mancebo de confitería. Comendador, ¿hay algunas mujeres guapas en el cielo?

ESTATUA.—Ninguna, absolutamente ninguna. Todas son unas feotonas. No se encuentra ni por dos maravedises de joyas entre una docena de ellas. Parecen hombres cincuentones.

DON JUAN.—Entonces tengo impaciencia por ir. ¿Se menciona allí alguna vez la palabra hermosura, y hay allí personas artísticas?

ESTATUA.—Os doy mi palabra que ni admirarían una hermosa estatua aunque se paseara entre ellos.

DON JUAN.—Voy.

DIABLO.—Don Juan, ¿queréis que sea franco con vos?

DON JUAN.—¿No lo fuisteis ahora?

DIABLO.—Hasta cierto punto, sí. Pero ahora voy a serlo aún más y confesaros que los hombres se cansan de todo, del cielo lo mismo que del infierno, y que toda la historia universal no es más que el registro de las oscilaciones del mundo entre esos dos extremos. Una época es sólo una oscilación del péndulo, y cada generación cree que el mundo está progresando porque está moviéndose continuamente. Pero cuando tengáis mis años, cuando mil veces os hayáis cansado del cielo, como yo y el Comendador, y mil veces del infierno, como a vos sucede ahora, dejaréis de figuraros que cada oscilación del cielo al infierno sea una emancipación, cada oscilación del infierno al cielo una evolución. En donde ahora veis reformas, progreso, tendencias beneficiosas, continua la ascensión del género humano, por los escalones formados por sus propios cadáveres, hacia cosas más altas, no veréis más que una infinita comedia de ilusión. Descubriréis la profunda verdad del dicho de mi amigo Koheleth de que no hay nada nuevo bajo el sol. *Vanitas vanitatum...*

DON JUAN.—(Perdiendo toda paciencia.) ¡Vive Dios, que esto

es aún peor que vuestras disquisiciones sobre el amor y la hermosura! Sois un necio que quiere ser listo, pero decidme, ¿no es un hombre mejor que un gusano, o un perro mejor que un lobo, porque se cansa de todo? ¿Debe dejar de comer porque se quita el apetito con el acto de satisfacerlo? ¿Es estéril un campo por ser erial? ¿Puede el Comendador gastar su infernal energía aquí sin acumular energía celestial para su próxima estancia en la gloria? Concedamos que la gran fuerza vital haya inventado la combinación del péndulo y emplee la tierra como disco; que la historia de cada oscilación, que nos parece tan nueva a nosotros los actuantes, no sea sino la historia de la última oscilación repetida; más aún: que en la inconcebible infinidad del tiempo, el sol despide a la tierra y la vuelve a coger mil veces cual un artista de circo lanza una pelota, y que la totalidad de todas nuestras épocas no sea sino el momento entre el bote y el rebote; ¿no tiene un objeto ese colosal mecanismo?

Diablo.—Ninguno, amigo mío. Creéis, porque vos tenéis un objeto, que la Naturaleza debe tener uno también. Podríais figuraros lo mismo que tiene dedos y pies porque los tenéis vos.

Don Juan.—Pero no los tendría si no sirviesen para un objeto. Y yo, amigo mío, soy tanto parte de la Naturaleza cuanto mis dedos son parte de mí. Si mis dedos son el órgano con lo que empuño la espada y taño la mandolina, mis sesos son el órgano por el que la Naturaleza tiende a comprenderse a sí misma. Los sesos de mi perro sólo sirven para los fines de mi perro, pero mis sesos me llevan a un conocimiento que no me sirve personalmente para nada si no es para amargarme la existencia y hacerme sentir como una calamidad mi envejecimien-

to y mi muerte. Si no estuviese poseído de un objeto superior a mi propio ser, más me valdría ser un gañán que un filósofo, porque el gañán vive tanto tiempo como el filósofo, come más, duerme mejor y goza de la esposa en sus brazos con menos preocupaciones. Eso es porque el filósofo está en las garras de la fuerza vital. Esa fuerza vital le dice: «He creado inconscientemente miles de cosas maravillosas por la mera voluntad de vivir y siguiendo la línea de la menor resistencia; ahora quiero conocerme a mí misma y conocer mi destino, y elijo mi camino. De ahí que he hecho unos sesos especiales, unos sesos de filósofo, para coger ese conocimiento como la mano del labrador coge el arado para mí. Y esto—dice la fuerza vital al filósofo—debes tratar de hacer por mí hasta que mueras, que entonces crearé a otro filósofo y otro cerebro para continuar la obra empezada.»

Diablo.—¿De qué sirve el conocimiento?

Don Juan.—Pues para hacernos capaces de escoger la línea de la mayor ventaja en vez de dejarnos llevar por la línea de la menor resistencia. ¿No llega mejor a su destinación la nave con gobernalle que el leño que flota a la deriva? El filósofo es el timonel de la Naturaleza. Y ahí tenéis vuestra diferencia: el estar en el infierno es flotar a la deriva; el estar en el cielo es llevar el rumbo.

Diablo.—Contra los arrecifes, muy probablemente.

Don Juan.—¡Bah! ¿Qué nave va con más probabilidad a pique, la que anda loca a impulsos de viento y marea o la que obedece al timón?

Diablo.—Bien, bien, Don Juan; haced lo que os plazca; yo prefiero ser mi propio amo y no el instrumento de una torpe fuerza universal. Sé que es grato mirar la belleza, oír la música, sentir el amor, y cavilar y platicar sobre todo ello. Sé que ser ducho en esas sensaciones,

emociones y estudios, es ser un ser refinado y culto. Digan lo que quieran de mi en las iglesias de la tierra, no por eso es menos verdad que en la buena sociedad es general aceptación que el príncipe de las tinieblas es un caballero, y esto me basta. En cuanto a vuestra fuerza vital, que reputáis por irresistible, es la cosa más resistible del mundo para una persona de algún carácter. Pero si sois naturalmente vulgar y crédulo, como son todos los reformadores, esa famosa fuerza os empujará primero hacia la religión, en la que regaréis a los niños con agua para salvar sus almas de mi poder; luego os llevará de la religión a la ciencia, en la que arrebataréis a los niños de manos del regador para entregarlos a las del facultativo, que les inoculará toda clase de enfermedades, con objeto de evitarles el cogerlas por casualidad; luego os acogeréis a la política, en la que vendréis a ser el juguete de funcionarios corrompidos y el pelele de embusteros ambiciosos. Y el final serán la desesperación y la decrepitud, nervios desgastados e ilusiones marchitas, vanos duelos por aquel peor y más necio de los derroches y sacrificios: el derroche y sacrificio del poder de gozar; en una palabra, será el castigo de los extraviados que corren en pos de lo mejor antes de haber conseguido lo bueno.

DON JUAN.—Pero al menos no me habré aburrido. El servicio de la fuerza vital tiene esa ventaja. Pues abur, señor Satanás.

DIABLO.—(Amable.) Id con Dios, señor Don Juan. Me acordaré con frecuencia de nuestras interesantes cháchara. Os deseo toda clase de bienandanzas. El cielo al fin, como dije antes, no prueba mal a algunas personas. Pero si alguna vez cambiareis de inclinación, no olvidéis que las puertas de esta vuestra casa siempre están

abiertas para los pródigos arrepentidos. Si alguna vez sentís aquel fervor del corazón, aquel afecto sincero y espontáneo, aquella inocente alegría y la cálida alentadora y palpitante realidad...

DON JUAN.—¿Por qué no decís de una vez carne y sangre, aunque hayamos dejado atrás esos dos mugrienlos lugares comunes?

DIABLO.—(Enojado.) ¿Entonces despreciáis mi amistosa despedida, Don Juan?

DON JUAN.—Nada de eso. Pero, por más que se puede aprender mucho de un diablo cínico, realmente no puedo aguantar un diablo sentimental. Señor Comendador, conocéis el camino hacia la frontera que se extiende entre el infierno y el cielo. Hacedme el favor de guiarme.

ESTATUA.—¡Oh! La frontera consiste sólo en la diferencia de mirar las cosas. Cualquier camino os la hará atravesar con tal que queráis realmente llegar.

DON JUAN.—Bien. (Saludando a Doña Ana.) Señora, beso vuestros pies.

DOÑA ANA.—Pero si yo voy con vos.

DON JUAN.—Sabré encontrar mi propio camino del cielo, Ana: pero no puedo encontrar el vuestro. (Desaparece.)

DOÑA ANA.—¡Qué fastidio!

ESTATUA.—(Tras de él.) ¡Bon voyage, Juan! (Le dispara a guisa de despedida un final sonoro de sus grandes acordes tonitruantes. Un vago eco de la anterior misteriosa melodía se deja oír como respuesta.) ¡Ah, ya se fué! (Dando como un bufido de alivio.) ¡Uf! lo que habla ese hombre. No se lo aguantarán en el cielo.

DIABLO.—(Mustio.) Su marcha es una derrota política. No puedo conservar a esos adoradores de la vida; todos se me van. Esta es la mayor pérdida que he sufrido desde que se fué aquel pintor holandés que con el mismo

gusto pintara a una bruja de setenta años que a una Venus de veinte.

Estatua.—Recuerdo. Entró en el cielo. Rembrandt.

Diablo.—Sí, Rembrandt. Hay algo que no es natural en esos hombres. No escuchéis su evangelio, señor Comendador; es peligroso. Precaveos contra la busca del superhombre, porque lleva a un indiscernido desprecio a lo humano. Para el hombre, ya lo sabéis, los perros, los gatos y los caballos, son meras especies fuera del mundo moral. Pues bien, para el superhombre, los hombres y las mujeres son también una especie, igualmente fuera del mundo moral. Ese Don Juan fué amable con las mujeres y cortés con los hombres, lo mismo que esta señora, vuestra hija, fuera amable para sus gatos y perros favoritos; pero semejante amabilidad es una prueba en contra de la índole exclusivamente humana del alma.

Estatua.—¿Y quién demonio es el superhombre?

Diablo.—Pues es la última moda entre los fanáticos de la fuerza vital. ¿No topasteis en el cielo, al observar los que iban llegando, con aquel loco polaco-alemán... ¿cómo se llamaba?... ya, Nietzsche?

Estatua.—Nunca oí hablar de él.

Diablo.—Pues bien, vino primero aquí antes de recobrar la memoria. Puse en él algunas esperanzas, pero él era un adorador empedernido de la fuerza vital. El fué quien desempolvó y sacó a relucir al superhombre, que es tan viejo como Prometeo, y el siglo vigésimo correrá en pos de esa chifladura, novísima de puro vieja, cuando esté harto de la carne, y este humilde servidor.

Estatua.—«Superhombre» suena bien, y un buen grito de combate es la mitad de la victoria. Me gustaría ver a ese Nietzsche.

Diablo.—Desgraciadamente, aquí topó con Wágner y riñó con él.

Estatua.—Lo comprendo. A mí que me dejen de Wágner donde esté Mozart.

Diablo.—¡Oh! no fué por la música. Wágner en un tiempo fué también de los partidarios de la fuerza vital e inventó un superhombre que se llamó Sigfredo. Pero luego volvió a su juicio. Así, pues, cuando se encontraron aquí Nietzsche le llamó renegado, y Wágner escribió un folleto para demostrar que Nietzsche era judío, y el final fué que Nietzsche, furioso, se marchó para el cielo. Me alegré de que se quitara de en medio. Y ahora, amigo, vamos presto a mi palacio para allí celebrar vuestra llegada con una gran función musical.

Estatua.—Con mucho gusto; sois muy amable.

Diablo.—Por aquí, Comendador. Bajaremos por el escotillón de siempre. (Se coloca en la tapa del escotillón.)

Estatua.—Bueno. (Pensativo.) De todos modos, eso del superhombre es una hermosa concepción. Hay algo de estatuario en ella. (Se coloca en la tapa al lado del diablo. Empiezan a hundirse lentamente. Desde el abismo suben resplandores rojos.) ¡Ah! esto me recuerda tiempos antiguos.

Diablo.—Y a mí también.

Doña Ana.—Esperad. (El hundimiento de la tapa se para.)

Diablo.—Vos, señora, no podéis bajar por aquí. Tendréis una apoteosis. Pero llegaréis al palacio antes que nosotros.

Doña Ana.—No es porque os he rogado que esperéis. Decidme, ¿en dónde podré encontrar al superhombre?

Diablo.—Todavía no ha nacido, señora.

Estatua.—Ni nacerá nunca, probablemente. Sigamos, que los fuegos rojos me van a hacer estornudar. (Bajan.)

Doña Ana.—¡Sin nacer todavía! Entonces mi obra no

está terminada. (Santiguándose devotamente.) Creo en la vida por venir. (Gritando por los ámbitos del universo.) ¡Un padre... un padre para el superhombre!

Se desvanece en el vacío, y otra vez no hay nada; todas las cosas parecen suspendidas en lo infinito. Luego, vagamente, suena la voz de un hombre viviente en alguna parte. Se ve de repente el pico de una montaña dibujarse en un fondo más claro. El cielo ha vuelto desde lejos, y al punto recordamos dónde nos hallamos. El grito se hace claramente perceptible e insistente. Dice: «¡Un automóvil, un automóvil!» La completa realidad vuelve de golpe y porrazo. Al punto es de día en la sierra y los bandoleros se ponen de pie apresuradamente y se precipitan hacia la carretera mientras el cabrero viene bajando del cerro, advirtiéndoles la venida de otro automóvil. Tanner y Mendoza se levantan sorprendidos y se miran uno a otro con extrañeza. Straker se incorpora para bostezar un momento antes de ponerse de pie, afectando no participar lo más mínimo de la excitación de los bandidos. Mendoza echa una rápida mirada para cerciorarse de que su gente atiende al grito de alarma; luego se dirige con confianza a Tanner.

MENDOZA.—¿Ha soñado usted?

TANNER.—Endemoniadamente. ¿Y usted?

MENDOZA.—Sí, pero ya se me olvidó. Era con usted y otros.

TANNER.—Pues yo soñé también con usted. Es chocante.

MENDOZA.—Ya se lo advertí. (Se oye un tiro por la carretera.) ¿Pero qué es eso? Esos animales están jugando con la escopeta. (Los bandidos, muy asustados, vuelven corriendo.) ¿Quién ha disparado? (A Duval.) ¿Ha sido usted?

DUVAL.—(Sin aliento.) Yo no. Ellos, ellos han disparado.

ANARQUISTA.—Ya lo dije yo. No se puede vivir si no se suprime el Estado. Ahora estamos todos perdidos.

SOCIALISTA CAMORRISTA.—(Corriendo locamente por el foro.) Sálvese quien pueda.

MENDOZA.—(Cogiéndole del cuello, derribándole en tierra y sacan-

do un cuchillo.) Al que se mueva le dejo seco. (Obstruye el camino. Los fugitivos se paran.) ¿Qué ha sucedido?

S. TRISTE.—Un auto...

ANARQUISTA.—Tres hombres...

DUVAL.—Dos mujeres...

MENDOZA.—¡Tres hombres y dos mujeres! Y ¿por qué no los habéis traido acá? ¿Os dan miedo?

S. CAM.—Tienen escolta. Por Dios, Mendoza, huyamos.

S. TRISTE.—Dos autos blindados llenos de soldados a la vuelta del cerro.

ANARQUISTA.—El tiro ha sido al aire como toque de atención.

(Straker silba su aire favorito, que hiere los oídos de los bandidos como marcha fúnebre.)

TANNER.—No es una escolta, sino una expedición para capturar a ustedes. Nos avisaron para que la esperáramos, pero yo tenía prisa.

S. CAM.—(Con miedo cerval.) ¡Cielos! ¿qué esperamos? Huyamos a las montañas.

MENDOZA.—Idiota, ¿qué sabe ested de las montañas? ¿Es usted español acaso? El primer pastor que encontrara le denunciaría a usted. Además, todavía no estamos al alcance de sus fusiles.

S. CAM.—Pero...

MENDOZA.—Silencio. Dejadme a mi arreglar esto. (A Tanner.) Camarada, no nos hará usted traición.

STRAKER.—¿A quién llama usted camarada?

MENDOZA.—Anoche la ventaja estaba de mi lado. El ladrón de los pobres estaba a la merced del ladrón de los ricos. Me dió usted la mano y yo se la apreté.

TANNER.—No tengo que acusarle de nada, camarada. Hemos pasado una noche agradable en su compañía; eso es todo.

STRAKER.—Yo no di la mano a nadie, ¿sabe?

MENDOZA.—(Volviéndose hacia él significativamente.) Joven, si me cogen y me procesan yo declararé lo que me hizo marcharme de Inglaterra y dejar mi casa y mi posición. ¿Quiere usted que el honrado apellido de Straker sea arrastrado por el lodo en un tribunal español? La policía me registrará. Encontrarán el retrato de Luisa. Se publicará en los periódicos. Se asusta usted. Será obra de usted, piénselo bien.

STRAKER.—(Con rabia reprimida.) A mí no me importa la justicia. Lo que me da vergüenza es ver mezclado mi apellido con el de usted, pillo, granuja, indecente.

MENDOZA.—Ese lenguaje es indigno del hermano de Luisa. Pero no importa: está usted amordazado y es lo principal. (Se vuelve para encararse con su gente, que retrocede cohibida hacia la gruta para refugiarse detrás de él.)

En este momento una nueva partida, compuesta de personas vestidas como para viajar en automóvil, llega desde la carretera con mucho alboroto. Ana, que va derecha a Tanner, está a la cabeza; luego viene Violeta ayudada por Héctor, que la tiene de la mano derecha, y por Ramsden, que la tiene de la izquierda. Mendoza va a su sillar presidencial y se sienta en él con calma, quedando sus hombres formados en fila detrás de él y su estado mayor, compuesto de Duval y el anarquista, a su derecha, y los dos socialistas-democráticos a su izquierda sosteniendo sus flancos.

ANA.—¡Es Juanito!

TANNER.—¡Me caí!

HÉCTOR.—Ya lo creo que es él. Lo dije yo que era usted, Tanner. Acabamos de tener un reventón. La carretera está sembrada de tachuelas.

VIOLETA.—Pero ¿qué está usted haciendo aquí con esos hombres?

ANA.—¿Por qué nos dejó así sin aviso alguno?

HÉCTOR.—He ganado el ramillete de rosas, mistress

Whitefield. (A Tanner.) Cuando supimos que usted se había marchado mistress Whitefield me apostó un ramo de rosas que mi auto no le alcanzaría a usted hasta Montecarlo.

TANNER.—Pero éste no es el camino de Montecarlo.

HÉCTOR.—No importa. Miss Whitefield encontró su pista en cada etapa. Es un verdadero Sherlock Holmes.

TANNER.—¡La fuerza vital! Estoy perdido.

OCTAVIO.—(Viene alborozado desde la carretera y se acerca a Tanner.) ¡Hola, chico, cuánto me alegro de verte sano y salvo! Temimos que hubieses sido secuestrado por los bandidos.

RAMSDEN.—(Que ha estado mirando fijamente a Mendoza.) Parece que quiero recordar la cara de ese señor. (Señalando a Mendoza, que se levanta sonriendo y se acerca.)

HÉCTOR.—Pues me pasa lo mismo.

OCTAVIO.—Le conozco a usted perfectamente, caballero; pero no sé dónde le he visto.

MENDOZA.—(A Violeta.) ¿No me recuerda usted, señora?

VIOLETA.—Perfectamente, sí; pero soy tan desmemoriada para nombres...

MENDOZA.—Fué en el Savoy Hotel. (A Héctor.) Usted, caballero, solía ir con esta señora (Violeta.) a almorzar. (A Octavio.) Usted, caballero, iba muchas veces con esta señorita (Ana.) y su señora madre a comer de camino para el *Lyceum Theatre*. (A Ramsden.) Usted, caballero, solía ir a cenar con... (Bajando la voz hasta hacerse ininteligible.) varias señoras.

RAMSDEN.—(Enojado.) Bueno, eso ¿qué le importa a usted?

OCTAVIO.—¿Cómo es eso, Violeta? Yo creía que antes de este viaje no os conocíais tú y Malone.

VIOLETA.—(Resentida.) Supongo que ese individuo era el director.

MENDOZA.—No, señora; el camarero. Tengo gratos recuerdos de todos ustedes. Por las buenas propinas que me daban creo poder deducir que disfrutaban mucho de su estancia en el hotel.

VIOLETA.—¡Qué impertinencia! (Le vuelve la espalda y sube por el cerro con Héctor.)

RAMSDEN.—Basta ya, amigo mio. No esperará usted, supongo, que estas señoras le traten como un conocido porque les ha servido usted de camarero.

MENDOZA.—Dispénseme; fué usted quien me preguntó dónde nos habiamos conocido. Las señoras siguieron su ejemplo. Sea lo que quiera, esta demostración de los malos modales de las personas de su clase termina el incidente. De aqui en adelante se servirá usted dirigirse a mí con el respeto debido a un extraño y compañero de viaje. (Se vuelve con altivez para ocupar de nuevo su sitio presidencial.)

TANNER.—¡Vamos! He encontrado en mi viaje a un hombre capaz de una conversación razonable, e instintivamente le insultan todos ustedes. Ni el hombre nuevo es mejor qne cualquiera de ustedes. Enrique, se ha portado usted como un mísero caballero.

STRAKER.—¡Caballero! Nunca.

RAMSDEN.—Realmente, Tanner, ese lenguaje...

ANA.—No haga usted caso, abuelito; ya debe usted de conocerle. (Coge su brazo y le lleva con zalamerías hacia el cerro para juntarse con Violeta y Héctor. Octavio la sigue como un perrito.)

VIOLETA.—(Hablando desde el cerro.) Ahí vienen los soldados. Están bajando de sus autos.

DUVAL.—(Lleno de pánico.) ¡Ah, nom de Dieu!

ANARQUISTA.—Tontos; el Estado os va a aplastar,

porque no le destruísteis por dejaros llevar por las predicaciones políticas de la burguesía.

S. TRISTE.—(Con ganas de discutir hasta lo último.) Al contrario, sólo con parar la máquina del Estado...

ANARQUISTA.—El Estado es el que ahora te va a parar a ti los pies.

S. CAM.—(Su angustia crece.) Dejaos de guasas. ¿A qué estamos aquí? ¿Qué esperamos?

MENDOZA.—(Entre dientes.) Seguid hablando de política, idiotas; nada hay más oportuno. Adelante con los faroles.

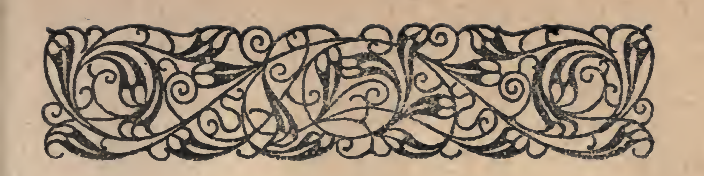
(Los soldados forman en la carretera y dominan el anfiteatro con sus fusiles. Los bandidos, luchando con un impulso invencible de esconderse uno detrás de otro, se dan el aire más indiferente posible. Mendoza se levanta altanero con frente inpertérrita. El oficial que manda baja desde la carretera al anfiteatro. Lanza uua mirada inquisidora a los bandidos y luego pregunta a Tanner:)

OFICIAL.—¿Quiénes son esos hombres, señor inglés?

TANNER.—Mi escolta.

(Mendoza, con una sonrisa mefistofélica, se inclina profundamente. Una contracción apenas perceptible de los rostros corre por las filas de los bandidos. Tocan sus sombreros para saludar, excepto el anarquista, que desafía al Estado con los brazos cruzados.)





ACTO CUARTO

El jardín de una «villa» en Granada. Quien quiera saber su aspecto debe ir a la ciudad del Darro y verlo. Pueden divisarse un grupo de cerros salpicados de quintas, la Alhambra en la cima de uno de los cerros y una ciudad considerable en el llano a la que conducen carreteras blancas y polvorientas en las que los niños, estén haciendo o pensando lo que sea en aquel momento, en cuanto divisan a un extranjero se precipitan a su encuentro automáticamente y piden con voz lastimera una perra chica tendiendo las morenas palmas. Pero no hay nada en esta descripción, exceptuando la Alhambra, la mendicidad y el color de las carreteras, que no se pudiese aplicar lo mismo a Surrey que a España. La diferencia consiste en que las colinas de Surrey son comparativamente pequeñas y feas y propiamente se podrían llamar protuberancias; pero estos cerros españoles se dan aires de montañas, y la hermosura que engaña acerca de su altura no compromete su dignidad.

Este jardín está situado en un altozano enfrente de la Alhambra, y la «villa» está tan lujosa y bien arreglada como es necesario para alquilarla por semanas a ricos turistas americanos e ingleses. Colocándonos en el césped en la parte baja del jardín y mirando hacia arriba, nuestro horizonte es la balaustrada de piedra de una terraza, encima de la que ondea una bandera en el espacio infinito. Entre nosotros y ese terrado hay un jardín florido con una fuente y un pilón circular en el centro, circundada de geométricos macizos, caminos enarenados y arbustos recortados con esmero. El jardín está más alto que el trozo de césped y se sube a él por una corta escalera en el centro del declive. A su vez la terraza está más alta que el jardín, desde el que subimos unos escalones más y, mirando por encima de la balaustrada, disfrutamos de una hermosa vista sobre la ciudad, la vega y las ondulaciones de la sierra.

A nuestra izquierda se levanta la «villa» accesible por escalones desde el ángulo izquierdo del jardín. Volviendo desde la terraza por el jardín y bajando otra vez al césped (un movimiento que deja a la villa detrás de nosotros a nuestra derecha) echamos de ver indicios de interés literarios por parte de los inquilinos, pues en el césped no se ve ni rastro de *tennis* o *croquet*, pero sí a nuestra izquierda un velador de hierro con libros, la mayor parte de tapas amarillas, y al lado de él una silla. En otra silla a la derecha hay también un par de libros. No hay periódicos, una circunstancia que, con la ausencia de juegos, podría sugerir a un observador inteligente las deducciones más atrevidas acerca de la clase de personas que viven en la villa. Estas especulaciones, sin embargo, cesan en esta deliciosa tarde a consecuencia de la súbita entrada, por una puertecilla en la empalizada a nuestra izquierda, de Enrique Straker en su traje de *chauffeur*. Abre la puertecilla para dejar pasar a un caballero de edad madura y entra detrás de él.

Este caballero desafía el sol español llevando una levita negra, un sombrero de copa, pantalones en los que estrechas rayas de color gris obscuro y lila se funden en un tono muy distinguido, y una corbata negra anudada que forma un arco por encima de una pechera blanca irreprochable. Es probablemente un hombre cuya posición social necesita una constante y escrupulosa afirmación, sin consideración al clima, uno que vestiría así en medio del Sahara o en la cumbre del Mont Blanc. Y como no tiene la estampa de la clase que considera como misión de su vida el reclamo y el sostenimiento de las sastrerías y tiendas de modas afamadas, parece vulgar en su elegancia, mientras en un traje de trabajo de cualquier especie tendría aspecto muy digno. Es un hombre de cara redonda y colorada, de pelo corto y tieso, ojos pequeños, boca dura que en las comisuras apunta para abajo, y mentón terco. La flacidez de la piel, que viene con la edad, ha atacado su pescuezo y sus mofletes, pero está todavía terso como una manzana desde la boca para arriba, de modo que la parte superior de su cara parece más joven que la inferior.

Tiene la confianza en sí mismo del que ha hecho mucho dinero, y algo de la brusquedad imponente del que lo ha hecho en lucha brutal, pareciendo que su cortesía encierra una amenaza perceptible de que tiene en reserva otros medios si hicieren falta. Por lo demás, es un hombre casi digno de lástima cuando no inspira miedo, pero hay en él a veces algo de patético como si la gigantesca máquina comercial que a la fuerza le ha metido en su traje de levita le hubiese permitido muy poco satisfacer sus gustos propios y ahogado o contrariado sus aficiones más íntimas. Es irlandés de origen.

STRAKER.—Voy a avisar a la señorita. Dijo que usted preferiría esperar aquí. (Se vuelve para subir por el jardín a la villa.)

IRLANDÉS.—(Que ha estado mirando a su alrededor con viva curiosidad.) ¿La señorita? Será miss Violeta, ¿eh?

STRAKER.—(Parándose en la escalera con súbita sospecha.) La conoce usted, supongo.

IRLANDÉS.—Que si la conozco.

STRAKER.—(De mal genio.) ¿En qué quedamos?

IRLANDÉS.—Usted métase en lo suyo.

(Straker, altamente indignado ahora, vuelve desde la escalera y se pone enfrente de su interlocutor.)

STRAKER.—Lo mío, pues lo mío es lo siguiente: Miss Robinson...

IRLANDÉS.—(Interrumpiéndole.) ¡Ah! se llama Robinson, muy bien.

STRAKER.—¿De modo que no sabe usted siquiera cómo se llama?

IRLANDÉS.—Sí lo sé, ahora que usted me lo ha dicho.

STRAKER.—(Después de un momento de estupefacción ante la prontitud de las contestaciones del anciano.) Oiga usted, ¿a qué viene eso de *meterse* en mi coche y dejar que le traiga si no es usted la persona a quien iba dirigida la carta que yo entregué en el hotel?

IRLANDÉS.—Pues ¿a quién iba dirigida?

STRAKER.—Iba dirigida a míster Héctor Malone, por miss Robinson, ¿sabe? Yo la llevé por favor, porque no estoy al servicio de miss Robinson. Conozco a míster Malone y usted no es él, ni por pienso. En el hotel me dijeron que usted era míster Malone.

IRLANDÉS.—Sí, míster Héctor Malone.

(La aparición de Violeta, que viene bajando por el jardín y se acerca a los dos hombres, pone fin a la discusión.)

VIOLETA.—(A Straker.) ¿Llevó usted mi recado?

STRAKER.—Sí, señorita. Llevé su carta al hotel y dije que la subieran al señorito míster Héctor, y salió este

caballero y me dijo que estaba dispuesto a acompañarme a esta casa. Como en el hotel me dijesen que era míster Héctor Malone, yo le traje aquí. Ahora parece que hay un lío. De todos modos, si no es la persona con quien deseaba usted hablar, no tiene usted más que decir una palabra y me lo llevaré otra vez.

MALONE.—Señora, le estimaré mucho que me conceda una breve conversación. Soy el padre de Héctor, lo que este listo muchacho británico habría acabado por adivinar al cabo de algunas horas.

STRAKER.—(Fríamente retador.) ¿Yo? ni un año. Si a usted le hubiésemos pulido durante tanto tiempo como a él, tal vez empezara usted a parecérsele. Pero lo que es ahora, ni pizca. (Dirigiéndose cortésmente a Violeta.) A sus órdenes, señorita. Desea usted hablar con ese caballero: bien; me retiro, con su permiso. (Saluda con la mano afablemente a Malone y sale por la puertecilla de la empalizada.)

VIOLETA.—(Muy atenta.) Siento mucho, míster Malone, que ese hombre haya sido poco cortés con usted. Pero ¿qué le hemos de hacer? No hay más remedio que aguantar; es nuestro *chauffeur*.

MALONE.—¿Su qué?

VIOLETA.—El conductor de nuestro automóvil. Tiene una habilidad pasmosa; nos lleva a setenta millas por hora y entiende de reparaciones como nadie. Dependemos de nuestros automóviles y nuestros automóviles dependen de él; así, pues, dependemos de él.

MALONE.—He observado, señora, que por cada mil dólares que un inglés cobra, aumenta en uno el número de las personas de las que depende. De todos modos, no tiene usted que excusarse por ese hombre. Le hice hablar a propósito. Con ello me enteré de que estaba usted aquí con unos señores ingleses y mi hijo Héctor.

VIOLETA.—(Llevándole la conversación.) Sí. Teníamos la intención de ir a Niza, pero tuvimos que seguir a un señor algo excéntrico de nuestra partida que se marchó primero y llegó aquí. ¿No se sienta usted? (Quita de la silla más próxima los dos libros.)

MALONE.—(Impresionado por la atención.) Muchas gracias. (Se sienta fijándose en ella con curiosidad mientras va al velador a dejar en él los libros. Cuando se vuelve ella otra vez hacia él, dice:) Creo que tengo el honor de hablar con miss Ro binson.

VIOLETA.—(Se sienta e inclina la cabeza afirmativamente.)

MALONE.—(Sacando una carta de su bolsillo.) Su carta a Héctor dice lo siguiente: (Violeta no logra reprimir un movimiento de sobresalto. El se interrumpe tranquilamente para sacar y ponerse sus gafas de oro.) «Querido: Han ido todos a la Alhambra, donde pasarán la tarde. Les he dicho que tenía dolor de cabeza, y todo el jardín es mío. Salta en el automóvil de Juanito. Straker te traerá en un periquete. De modo que vente aprisita, aprisita. Tu Violeta que te quiere.» (La mira, pero ya ella ha recobrado el imperio sobre sí y sostiene su mirada sin inmutarse. El prosigue despacio.) Ahora yo no sé cuál es el trato entre la gente joven en Inglaterra, pero en América esta carta supondría cierto grado de cariñosa intimidad entre los interesados.

VIOLETA.—Pues si conozco mucho a su hijo, míster Malone. ¿No le parece a usted bien?

MALONE.—(Algo cohibido.) Tanto como no parecerme bien, no. Pero entiéndase que mi hijo depende enteramente de mí y que tiene que consultarme para cualquier paso importante que dé.

VIOLETA.—Estoy segura de que no había usted de exigir de él cosas irrazonables, míster Malone.

MALONE.—Así lo creo también, miss Robinson; pero a

su edad hay muchas cosas que pueden parecerle a usted irrazonables y a mí no.

VIOLETA.—(Con un pequeño estremecimiento.) Pues bien, no lleva a ninguna parte, míster Malone, que juguemos a los despropósitos. Héctor quiere casarse conmigo.

MALONE.—Lo deduje de la carta de usted. Pues bien, miss Robinson, él es dueño de hacer lo que le parezca; pero si se casa con usted, que no cuente con tanto así de mi dinero. (Se quita las gafas y se las mete en el bolsillo con la carta.)

VIOLETA.—(Con alguna severidad.) Eso no es muy lisonjero para mí, míster Malone.

MALONE.—No digo nada en contra de usted, miss Robinson. Estoy convencido de que es usted una señorita amable y excelente. Pero tengo otras intenciones para con Héctor.

VIOLETA.—Es posible que Héctor no tenga otras intenciones para consigo mismo, mister Malone.

MALONE.—Es posible. En ese caso, que no cuente conmigo; eso es todo. Probablemente usted ya se ha hecho su composición de lugar. Cuando una señorita escribe a un joven que venga aprisita, aprisita, el dinero no es nada y el amor lo es todo.

VIOLETA.—(Con decisión.) Dispénseme, míster Malone; no tengo yo ideas tan tontas. Es preciso que Héctor tenga dinero.

MALONE.—(Quedando parado.) ¡Ah! muy bien, muy bien. Claro, podrá trabajar para ganarlo.

VIOLETA.—¿De qué sirve tener dinero, si hay que trabajar para ganarlo? (Se levanta impaciente.) No hay sentido en lo que dice usted, míster Malone. Usted debe poner a su hijo en condiciones de vivir según su posición. El tiene derecho a ello.

MALONE.—(Sardónico.) No le aconsejaría a usted, miss Robinson, que se casara con él fiándose en ese derecho.

(Violeta, que casi ha perdido toda su calma, hace un esfuerzo para recobrarla. Abre los puños antes apretados y vuelve a su asiento con estudiada tranquilidad y racionabilidad.)

VIOLETA.—¿Qué causas hay, según su parecer, que se oponen a mi enlace con Héctor? Mi posición social es tan buena como la suya por lo menos. El mismo lo confiesa.

MALONE.—(Socarrón.) Esto se lo dirá usted de vez en cuando, ¿eh? Mire, la posición social de Héctor en Inglaterra es precisamente la que yo quiero comprarle. Le he hecho una oferta muy bonita. Puede buscar una casa señorial de las mejores, un castillo histórico o alguna abadía de las que abundan en Inglaterra para establece-su morada. El día que me diga que necesita una mujer digna de las tradiciones de la mansión, yo se la compraré y le proporcionaré los medios de gobernar la casa.

VIOLETA.—¿Qué quiere usted decir con una mujer digna de las tradiciones de la casa? ¿No puede cualquier mujer bien educada gobernar semejante casa?

MALONE.—No; tiene que haber nacido para ello.

VIOLETA.—¿Ha nacido Héctor para ello?

MALONE.—Su abuela fué una muchacha irlandesa que andaba descalza y me crió junto a una lumbre de turba. Que se casara Héctor con una muchacha de esa clase, y yo no le regatearía el dote. Que él se eleve socialmente gracias a mi dinero o eleve a cualquier otra persona, mientras haya por alguna parte un provecho social, lo daré por bien empleado. Un casamiento con usted dejaría las cosas tales como están.

VIOLETA.—Muchos de mis conocidos censurarían muy duramente el que yo me casara con el nieto de una mu-

jer de la clase más baja, míster Malone. Será un prejuicio, pero también es prejuicio el empeño de usted por casarle con un título.

MALONE.—(Levantándose y acercándose a ella con una mirada escudriñadora en la que se refleja cierto respeto involuntario.) Parece usted una muchacha muy franca y muy sincera.

VIOLETA.—No veo por qué he de ser desgraciada toda mi vida por no ofrecer a usted provecho alguno. ¿Por qué quiere usted hacer desgraciado a Héctor?

MALONE.—Ya sabrá él sobrellevarlo. Los hombres soportan más fácilmente una desilusión en amores que la pérdida de su fortuna. Supongo que usted juzgará sórdida esta opinión, pero yo sé lo que me digo. Mi padre murió de inanición en Irlanda el año negro del cuarenta y siete. ¿Ha oido usted hablar de él?

VIOLETA.—¿El año de la carestía?

MALONE.—(Con pasión creciente.) No, del hambre. Cuando un país está lleno de materias alimenticias y las exporta, no hay carestía. Mi padre murió porque no tuvo nada que llevarse a la boca, y el hambre empujó a mi madre a América conmigo en sus brazos. El régimen inglés me arrojó a mí y a los míos de Irlanda. Pues podéis los ingleses guardaros Irlanda. Yo y otros compatriotas volvemos para comprar a Inglaterra y compraremos lo mejor de ella. No quiero ni fortunas ni mujeres de la clase media para Héctor. Esto es hablar con franqueza, como usted, ¿no le parece?

VIOLETA.—(Con frialdad glacial compadece su sentimentalismo.) Verdaderamente, míster Malone, estoy pasmada de oir a un hombre de su edad y sano juicio expresarse de un modo tan romántico. ¿Se figura usted que los nobles de Inglaterra le venderán sus fincas con sólo usted pedirlo?

MALONE.—Tengo en mi bolsillo proposiciones para la

venta de dos mansiones históricas de las más antiguas familias del Reino. Uno de los dueños no tiene bastantes rentas para mandar quitar el polvo en las habitaciones, y el otro no puede pagar los derechos de sucesión. ¿Qué dice usted ahora?

VIOLETA. — Eso es escandaloso. Pero seguramente, como usted sabe, el Gobierno tarde o temprano hará una ley poniendo coto a esos ataques socialistas a la propiedad.

MALONE.—(Con fiereza.) No se imagine que esa ley se publicará antes de que yo logre hacerme con la casa, o, mejor dicho, con la abadía. Que las dos son abadías.

VIOLETA.—(Dejando esto de lado con cierta impaciencia.) Bueno, míster Malone, dejemos eso y hablemos cosas de sentido. Que hasta ahora nos hemos andado por las ramas.

MALONE. - Me parece que no. Lo que yo he dicho es lo que pienso hacer.

VIOLETA.—Entonces no conoce usted a Héctor como lo conozco yo. El es romántico y soñador—eso lo habrá heredado de usted, supongo—y necesita una determinada mujer para cuidar de él, no una fantaseadora, sabe usted.

MALONE.—Una como usted, tal vez.

VIOLETA.—(Con calma.)—Sí, señor, eso. Pero no puede usted buenamente exigir que yo me encargue de eso sin absolutamente tener medios para sostener su posición.

MALONE.—(Alarmado.) Pare un poco, pare un poco. ¿Adónde vamos con eso? Yo no sé que le haya pedido que se encargue de algo.

VIOLETA.—Claro, míster Malone, me puede usted dificultar mucho el hablar con usted si se empeña en no entenderme.

MALONE.—(Medio aturdido.) No es mi intención engañar-

la en nada, pero me parece que nos hemos apartado del camino recto.

(Straker, con el aire de un hombre que se ha dado prisa, abre la puertecilla y deja paso a Héctor, quien, jadeando de indignación, entra en el jardín y se precipita hacia su padre; pero Violeta, muy alarmada, se levanta de repente y le cierra el paso. Straker no espera y se retira.)

VIOLETA.—¡Qué mala suerte! ¡Por Dios, Héctor, cállate, vete hasta que yo haya terminado de hablar con tu padre!

HÉCTOR. (Inexorable.) No, Violeta; es preciso que tenga una explicación. (La aparta, pasa adelante y se encara con su padre, cuyas mejillas se enrojecen por calentársele la sangre irlandesa.) Oye, papá, ¡vaya un modo de proceder!

MALONE.—¿Qué quieres decir?

HÉCTOR.—Has abierto una carta dirigida a mí. Has suplantado mi personalidad abusando de la confianza de esa señorita. Eso es incalificable.

MALONE.—(Amenazador.) Héctor, ten cuidado con lo que dices. Ten cuidado, te digo.

HÉCTOR.—He tenido cuidado. Estoy teniendo cuidado. Estoy teniendo cuidado de mi honor y mi posición en la sociedad de Inglaterra.

MALONE.—(Acalorado.) Tu posición es debida a mi dinero, ¿me entiendes?

HÉCTOR.—Pues bien, esa posición la has comprometido con abrir esa carta. Una carta de una señorita inglesa, no dirigida a ti—¡una carta confidencial, una carta de cierta índole delicada, particular, abierta por mi padre!—Es una cosa que en Inglaterra no se puede perdonar. Cuanto antes nos volvamos los dos a América, mejor será. (Apela mudamente al cielo para hacerlo testigo de la vergüenza y angustia de dos desterrados.)

VIOLETA.—(Poniéndose contra él con instintiva repugnancia a se-

mejantes escenas.) No seas tonto, Héctor. Fué la cosa más natural del mundo que tu padre abriese mi carta, puesto que su nombre y apellido estaban en el sobre.

MALONE.—Eso es, ni más ni menos. No tienes sentido común, Héctor. Muchas gracias, miss Robinson.

HÉCTOR.—Yo también te doy las gracias. Es mucha amabilidad la tuya. Mi padre no entiende de esas cosas.

MALONE.—(Apretando furioso los puños.) Héctor...

HÉCTOR.—(Con indomable fuerza moral.) No vale que te enfades. Una carta particular es una carta particular, y una indiscreción es una indiscreción, no hay que darle vueltas.

MALONE.—(Levantando la voz.) ¿Quién eres tú para venirme a mí con ésas?

VIOLETA.—¡Chist! por favor, que viene gente.

(Padre e hijo, reducidos a silencio, se miran fijamente uno a otro cuando entra Tanner por la puertecilla con Ramsden, seguido de Octavio y Ana.)

VIOLETA.—¿Ya de vuelta?

TANNER.—La Alhambra no está abierta por la tarde.

VIOLETA.—¡Vaya una gracia!

(Tanner avanza y de pronto se encuentra entre Héctor y un señor de cierta edad a quien no conoce, ambos al parecer a punto de llegar a las manos. Mira a uno y a otro como pidiendo una explicación. Ellos evitan ceñudos su mirada y alimentan su enojo en silencio.)

RAMSDEN.—Pero, Violeta, ¿en qué está usted pensando? ¡Poniéndose al sol con dolor de cabeza!

TANNER.—¿Y también a usted se le pasó, Malone?

VIOLETA.—¡Oh! dispensen, se me olvidaba presentarlos. Míster Malone, haga el favor de presentar a su padre.

HÉCTOR.—(Con firmeza romana.) No haré tal. No es padre mío.

MALONE.—(Muy enfadado.) ¿Niegas a tu padre delante de tus amigos ingleses?

VIOLETA.—¡Por Dios! no haga usted escenas.

(Ana y Octavio, que están indecisos junto a la puertecilla, cambian una mirada de sorpresa y discretamente se retiran subiendo la escalera del jardín, desde donde pueden disfrutar el jaleo sin estorbar. Al ir hacia la escalera, Ana hace una pequeña mueca de muda simpatía a Violeta, que está de espaldas al velador, muy contrariada por ver a su esposo engolfarse cada vez más en consideraciones quijotescas sin la más mínima consideración a los millones del anciano.)

HÉCTOR.—Lo siento mucho, Miss Robinson, pero estoy discutiendo una cuestión de principio. Soy, creo, buen hijo, que siempre he cumplido con mis deberes, pero antes que todo, soy hombre. Y si mi padre trata mis cartas particulares como si fuesen suyas y se propasa a decir que no me casaré con usted, cuando precisamente lo único que yo deseo es el consentimiento de usted, yo me encojo de hombros y voy por mi camino.

TANNER.—¿Qué dice usted? ¡Que quiere casarse con Violeta!

RAMSDEN.—¿Está usted en su juicio?

TANNER.—¿Olvida usted lo que le hemos dicho?

HÉCTOR.—(Descuidado.) No me importa lo que me dijeron.

RAMSDEN.—(Escandalizado.) ¡Hombre, hombre! Eso sí que es un poco fuerte. (Se va precipitadamente hacia la puertecilla, con los codos temblando de indignación.)

TANNER.—Otro loco. A esos hombres enamorados se los debiera encerrar. (Da a Héctor por perdido sin remisión y se aparta hacia el jardín, pero Malone se ofende en otro sentido, le sigue y le obliga, por la agresividad de su tono, a quedarse.)

MALONE.—No entiendo yo esto. ¿Cree usted que mi hijo no es bastante para casarse con esa señorita?

TANNER.—No, señor, no es eso. Fíjese: esa señora ya está casada. Héctor lo sabe y, sin embargo, insiste en sus pretensiones. Lléveselo a casa y enciérrelo.

MALONE.— (Con amargura.) De modo que este es el buen tono de las clases elevadas que no puedo yo comprender, ignorante y rústico de mí. ¡Habráse visto, hacer el amor a una mujer casada! (Avanza enfadado por entre Héctor y Violeta y le grita a aquél en el oído izquierdo.) ¿Has adquirido ese hábito entre la aristocracia británica, eh?

HÉCTOR.—Está bien, no te preocupes. Yo respondo de la moralidad de todos mis actos.

TANNER.—(Acercándose a la derecha de Héctor con ojos centelleantes.) ¡Bien dicho, Malone! Usted también ve que las meras leyes del matrimonio no constituyen la moralidad. Estoy conforme con ustéd, pero, desgraciadamente, Violeta no lo está.

MALONE.—Me permito dudarlo, caballero. (Volviéndose hacia Violeta.) Tengo que decirle, mistress Robinson, o como se llame usted, que no tenía usted derecho a mandar aquella carta a mi hijo, si es usted la esposa de otro hombre.

HÉCTOR.—(Ultrajado.) Esto ya es el colmo, papá; has insultado a mi mujer.

MALONE.—¡Tu mujer!

TANNER.—¡De modo que usted es aquel esposo ausente! ¡Otro impostor moral! (Se golpea la frente y se deja caer en la silla de Malone.)

MALONE.—¡Te has casado sin mi consentimiento!

RAMSDEN.—Se ha estado usted burlando de nosotros a sabiendas, caballero.

HÉCTOR.—Oigan ustedes, ya estoy harto de que todos me zahieran. Violeta y yo estamos casados, esta es toda la historia. ¿Quién tiene que decir algo en contra, a ver?

MALONE.—Yo sé lo que tengo que decir. Se ha casado con un mendigo.

HÉCTOR.—No, se ha casado con un trabajador. Esta misma tarde empezaré a ganarme la vida.

MALONE.—(Con una risa burlona.) Sí, ahora estás muy boyante porque ayer o esta mañana recibiste mi remesa de fondos, supongo. Espérate que se te acabe el dinero. Ya se te bajarán los humos.

HÉCTOR.—(Sacando una carta con un cheque de su cartera.) Aquí está. (Tirándola hacia su padre.) Toma tu remesa y hemos acabado; no volveré a tomar dinero tuyo ni volverás a verme. No venderé el derecho de insultar a mi mujer por mil dólares.

MALONE.—(Profundamente herido y lleno de cuidado.) Héctor, no sabes lo que es la pobreza.

HÉCTOR.—(Apasionado.) Pues bien, quiero saberlo. Quiero ser un hombre. Violeta, te vienes conmigo a tu propio hogar, que yo sabré hacértelo agradable.

OCTAVIO.—(Saltando desde el jardín al césped y acercándose a la izquierda de Héctor.) Espero que me darás la mano antes de marcharte, Héctor. Te admiro y te respeto más de lo que puedo expresar. (Se aprietan las manos, y Octavio vierte lágrimas de emoción.)

VIOLETA.—(También casi llorando, pero de rabia.) No seas idiota, Octavito. Héctor vale tanto para trabajador como tú.

TANNER.—(Levantándose de su silla al otro lado de Héctor.) No se apure, señora; que no se va a hacer peón de albañil. (A Héctor.) Para capitales, si quiere hacer negocios, no hay cuidado, soy su amigo y puede disponer de lo mío.

OCTAVIO.—Y también de lo mío.

MALONE.—(Con fiero espíritu de competencia.) No necesita vuestro cochino dinero. Me parece que estando aquí su

padre no necesita de nadie. (Tanner y Octavio retroceden: Octavio, algo ofendido; Tanner, consolado de ver qne se arregla la cuestión del dinero. Violeta levanta la vista con nueva esperanza.) Héctor, hijo mío, no te sulfures así. Me pesan las palabras que pronuncié. Nunca he pensado en ofender a Violeta. De todos modos lo retiro todo. Ella es precisamente la mujer que necesitas.

HÉCTOR.—(Dándole golpecitos en la espalda.) Entonces, papá, ya está todo arreglado. No digas una palabra más. Volvemos a ser amigos. Unicamente que no acepto ya dinero de nadie, ni de ti tampoco.

MALONE.—(Suplicando humildemente.) ¡Por Dios, Héctor, no me digas eso! Preferiría que riñeses conmigo y aceptases mi dinero a que seamos amigos y te mueras de hambre. Tú no sabes lo que es el mundo, yo sí lo sé.

HÉCTOR.—No, no, no. Es cosa decidida, y no me aparto de ello ya. (Pasa por delante de su padre y va hacia Violeta.) Vente conmigo, querida, a mi hotel, al lado de tu marido, a tu sitio, a la vista de todo el mundo.

VIOLETA.—Pero tengo que entrar un momento a decir a Davis que recoja el equipaje. Si quisieras hacer el favor, mientras tanto, de ir al hotel y procurar que nos den una habitación con vista al jardín. Yo, dentro de media hora, soy contigo.

HÉCTOR.—Muy bien, muy bien. Comerás con nosotros, papá, ¿verdad?

MALONE.—(Deseoso de reconciliarle.) Sí, hombre, con mucho gusto.

HÉCTOR.—Hasta la vista, señores. (Saluda con la mano a Ana, a la que acaban de acercarse Tanner, Octavio y Ramsden en el jardín y sale por la puertecilla, dejando solos en el césped a su padre y Violeta.)

MALONE.—Usted tratará de hacerle volverse razonable, Violeta. Estoy seguro de ello.

VIOLETA.—Nunca me pude figurar que fuese tan testarudo. Si sigue así, ¿qué le haré yo?

MALONE.—No se desanime. La presión ejercida por la mujer podrá ser suave, pero es de resultados seguros. Usted le vencerá a fuerza de constancia, prométamelo.

VIOLETA.—Haré lo posible. Excuso decir que considero como la mayor insensatez reducirnos de esta manera a la pobreza.

MALONE.—Claro, claro.

VIOLETA.— (Después de un momento de reflexión.) Lo mejor será que me dé usted a mí el cheque que antes le devolvió. Lo necesitará para pagar la cuenta del hotel. Yo veré si puedo hacer que lo acepte. No ahora mismo, excuso decir, pero sí en el momento oportuno.

MALONE.—(Con vivo asentimiento.) Sí, sí, sí; ese es precisamente el camino. (Le entrega el cheque de mil dólares, añadiendo con tono significativo.) Esto, naturalmente, es la mensualidad de soltero, luego ya será otra cosa.

VIOLETA.—(Friamente.) Ya, ya. (Toma el cheque.) Muchas gracias. A propósito, mister Malone, esas dos casas a que antes aludió... las abadías.

MALONE.—¿Pues?

VIOLETA.—No compre ninguna hasta que yo la haya visto. Nunca se puede saber qué defectos tienen esos edificios antiguos.

MALONE.—Descuide usted, que no haré nada sin consultarla.

VIOLETA.—(Atenta, pero sin demostración de agradecimiento.) Gracias, eso será lo mejor. (Se vuelve tranquilamente hacia la villa, escoltada cortésmente por Malone hasta el extremo alto del jardín.)

TANNER.—(Llamando la atención de Ramsden sobre la actitud de humilde obsequiosidad de Malone despidiéndose de Violeta.) ¡Y ese

pobre diablo es un billonario, una de las grandes inteligencias de nuestra época, atado al cordel como un perro de lanas por la primera muchacha que se toma el trabajo de despecharle! ¿Si habré de parar yo en lo mismo algún día? (Vuelve al césped bajando por la escalera.)

RAMSDEN.—(Siguiéndole.) Cuanto antes mejor para usted.

MALONE.—(Frotándose las manos al volver por el jardín.) Esa ha de ser una gran mujer para Héctor. No la cambiaría yo por diez duquesas. (Baja al césped y viene a colocarse entre Ramsden y Tanner.)

RAMSDEN.—(Muy atento con el billonario.) Es un placer inesperado encontrarle a usted en este rincón del mundo, Míster Malone. ¿Ha venido usted a comprar la Alhambra?

MALONE.—Hombre, no digo que no podrá ser. De todos modos, mejor estaría esa joya arquitectónica en mis manos que en las del gobierno español. Pero no es la causa de mi venida. Para decirle a usted la verdad, hace cosa de un mes escuché la parte de una conversación entre dos hombres, acerca de una porción de acciones. No estaban conformes en el precio. Eran jóvenes y ansiosos y no sabían que, si las acciones valían lo que se ofrecía por ellas, debían de valer también lo que se pedía, pues la diferencia era insignificante. Por diversión intervine en la conversación y acabé por comprar las acciones. Pero el caso es que hasta la fecha no he podido saber en qué consiste la empresa. La sede está en esta ciudad y la razón social es Mendoza y Compañía. Ahora, que si la empresa es una mina, o un banco, o una fábrica de electricidad...

RAMSDEN.—Mendoza es un hombre a quien yo conozco. Sus principios son muy comerciales. Si quiere usted acompañarnos en una jira alrededor de la ciudad, en

nuestro automóvil, míster Malone, podrá usted verse con él de paso.

MALONE.—Con mucho gusto, ya que es usted tan amable. ¿Y puedo saber con quién tengo el honor...?

RAMSDEN.—Soy míster Roebuck Ramsden, un antiguo amigo de su nuera.

MALONE.—Tengo un verdadero placer en conocerlo, míster Ramsden.

RAMSDEN.—Gracias, el gusto es mío. Míster Tanner es también de nuestra partida.

MALONE.—Me alegro también de conocerle a usted, míster Tanner.

TANNER.—Igualmente. (Malone y Ramsden salen, muy amigos, por la puertecilla. Tanner llama a Octavio, que está paseándose por el jardín con Ana.) ¡Octavito! (Octavio se acerca a la escalera y Tanner dice en voz baja:) ¡Violeta se ha casado con un comanditario de bandoleros! (Tanner sale corriendo para alcanzar a Malone y Ramsden. Ana se acerca despacio a la escalera, con el vago deseo de atormentar a Octavio.)

ANA.—¿No quiere usted ir con ellos, Octavito?

OCTAVIO.—(Brotándole de repente unas lágrimas.) Me desgarra usted el corazón, Ana, al decirme que me vaya. (Baja al césped para ocultar su cara. Ella le sigue cariñosa.)

ANA.—¡Pobrecito Octavio! ¡Pobre corazoncito!

OCTAVIO.—Le pertenece a usted, Ana. Perdóneme, tengo que hablar de ello. Ya sabe que yo la quiero.

ANA.—¿De qué sirve eso, Octavio? Ya sabe usted que mi madre ha decidido que yo me case con Juanito.

OCTAVIO.—(Atónito.) ¿Con Juanito?

ANA.—Es absurdo, ¿verdad?

OCTAVIO.—(Con resentimiento creciente.) ¿Quiere esto decir que Juanito ha estado jugando conmigo todo el tiempo? ¿Que me ha estado instando para que no me casara con

usted porque sus intenciones son casarse con usted él?

ANA.—(Alarmada.) No, no, hombre, y no le diga usted que yo he dicho semejante cosa. No creo que Juanito sepa lo más mínimo de todo ello. Unicamente, que se desprende claramente del testamento de mi pobre padre que la voluntad suya era que yo me casara con Juanito. Y mi madre se empeña en que así suceda.

OCTAVIO.—Pero no está usted obligada a sacrificarse continuamente a los caprichos de sus padres.

ANA.—Mi pobre padre me quería mucho. Mi madre también me quiere. Seguramente que los deseos de ellos son una mejor guía que mis egoísticas propias inclinaciones.

OCTAVIO.—¡Oh! Yo sé que usted no es egoísta. Pero, créame—aunque estoy hablando en mi proipo interés—, la cuestión tiene una segunda parte. ¿Podrá Juanito casarse con usted si usted no le quiere? ¿Está bien en usted destruir mi dicha si usted no le quiere? ¿Está bien destruir mi dicha y la de usted si es que usted me quiere?

ANA.—(Mirándole con un vago impulso de lástima.) Octavito querido, es usted un corazón de oro, un buen chico.

OCTAVIO.—(Humillado.) ¿Nada más?

ANA.—(Maliciosa a pesar de su lástima.) Ya es mucho, le aseguro. Usted besaría siempre donde yo pisara, ¿verdad?

OCTAVIO.—Sí, aunque parezca ridículo. Pero no es exagerado. Así haré siempre.

ANA.—Siempre es decir mucho, Octavito. Mire, yo tendría que vivir siempre conforme a su idea de mi divinidad, y creo que sería imposible de estar casada con usted. Pero si me caso con Juanito, usted nunca estará desilusionado, por lo menos hasta que yo sea demasiado vieja.

OCTAVIO. —Yo también envejeceré, Ana. Y cuando tenga ochenta años, una cana de la mujer que yo ame me hará temblar de emoción más que la gruesa trenza en la cabeza de la más hermosa joven.

ANA.—(Casi conmovida.) ¡Oh, eso es poesía, Octavio, verdadera poesía! Me causa como una repentina extraña sensación del eco de una vida anterior, que es para mí una prueba evidente de que tenemos almas inmortales.

OCTAVIO.—¿Cree usted que es verdad?

ANA.—Octavito, si ha de resultar verdad, es preciso que renuncie a mí y al mismo tiempo que me quiera.

OCTAVIO.—¡Oh! (Se sienta de repente al velador y se cubre la cabeza con ambas manos.)

ANA.—(Con convicción.) Octavito, por nada en el mundo quisiera destruir sus ilusiones. Ni puedo aceptarle ni dejarle. Veo exactamente lo que realmente le conviene. Debe usted, por causa mía, acabar en viejo solterón sentimental.

OCTAVIO. —(Desesperado.) Ana, yo me mataré.

ANA.—¡Oh, no haga usted eso! Sería poco amable. No lo pasará usted mal. Las mujeres le querrán mucho. Irá usted mucho a la ópera. Un corazón destrozado es una afección que viste bien en Londres cuando se tiene una buena renta.

OCTAVIO.—(Considerablemente enfriado, pero creyendo que es sólo que recobra la calma.) Veo, Ana, que hace usted lo posible para consolarme. Juanito le habrá hecho creer que el cinismo es el mejor tónico para mí. (Se levanta con tranquila dignidad.)

ANA.—(Observándole con mucha atención.) Ve usted, ya le estoy desilusionando. Eso es lo que yo temo.

OCTAVIO.—¿No teme desilusionar a Juanito?

ANA.—(Cuya cara se ilumina con maligno éxtasis, murmurando:)

No puede ser, no tiene ilusiones respecto de mí. Sorprenderé a Juanito en sentido contrario. Deshacerse de una impresión desfavorable es más fácil que mantenerse en las alturas del ideal. ¡Oh, yo embelesaré a veces a Juanito!

OCTAVIO.—(Recobrando la fase calurosa de la desesperación y empezando a disfrutar de su corazón destrozado y actitud delicada sin saberlo.) No lo dudo. Le embelesará usted siempre. Y él... tonto de él... cree que usted le hará desgraciado.

ANA.—Sí, esa es la dificultad para mí.

OCTAVIO.—(Heroico.) ¿Quiere usted que yo le diga que usted le ama?

ANA.—(Brusca.) ¡Oh, no; huiría otra vez!

OCTAVIO.—(Herido en su modo de sentir.) Pero diga usted, Ana, ¿usted se casaría con un hombre contra su voluntad?

ANA.—¡Qué cosas tiene usted, Octavito! No hay hombre que tenga voluntad cuando una mujer realmente le anhela. (Se ríe con maldad.) Le extraño a usted, supongo. Pero conoce que ya le proporciona cierta íntima satisfacción el verse a sí mismo fuera de peligro.

OCTAVIO.—(Quedándose parado.) ¡Satisfacción! (En tono de reproche.) ¡Así me habla usted!

ANA.—Pues si fuese realmente una agonía, ¿pediría usted más aún?

OCTAVIO.—¿He pedido yo más?

ANA.—Se ha ofrecido usted a decirle a Juanito que le amo. Eso es sacrificio de sí mismo, concedido, pero debe de haber alguna satisfacción en ello. Tal vez sea porque es usted poeta. Se parece al pájaro que oprime su pecho contra la punzante espina para hacerse cantar.

OCTAVIO.—Es bien sencillo. La quiero y deseo que sea feliz. Usted no me quiere, de modo que yo no puedo ha-

cerla feliz, pero puedo contribuir a que otro lo haga.

ANA.—Sí, parece muy sencillo. Pero dudo que conozcamos los verdaderos motivos de nuestras acciones. Lo único verdaderamente sencillo es ir derecho a lo que deseamos y agarrarlo. Puede ser que no le ame a usted, Octavito, pero a veces me dan como ganas de hacerle hombre. Es usted muy ignorante en lo que concierne a las mujeres.

OCTAVIO.—(Casi con frialdad.) Estoy contento de ser como soy en este particular.

ANA.—Entonces no debe usted acercarse a ellas, sino sólo soñar con ellas. Por nada en el mundo quisiera yo casarme con usted, Octavito.

OCTAVIO.—No tengo esperanza alguna, Ana; acepto mi mala estrella. Pero no creo que sepa usted bien cuánto me hace sufrir.

ANA.—Es usted tan tierno de corazón. Es extraño que sea usted tan diferente de Violeta. Ella es más dura que el acero.

OCTAVIO.—¡Oh, no! Estoy seguro de que Violeta tiene un verdadero corazón de mujer.

ANA.—(Con alguna impaciencia.) ¿Por qué dice usted esto? ¿No es de mujer ser lista, saber arreglar sus negocios, tener mucho juicio? ¿Quisiera usted que Violeta fuese una idiota... o una cosa peor, como yo?

OCTAVIO.—¿Una cosa peor, como usted?... ¿Qué quiere usted decir, Ana?

ANA.—No he querido decir eso, naturalmente. Pero aprecio mucho a Violeta. Va siempre derecha por el camino que se ha trazado.

OCTAVIO.—(Suspirando.) Lo mismo que usted.

ANA.—Bueno, pero de todos modos, ella procede sin habladurías... sin excitar sentimentalismos.

OCTAVIO.—(Con insensibilidad fraternal.) Creo que nadie pueda entusiasmarse mucho por Violeta, por más bonita que sea.

ANA.—Si ella se lo propusiera, ya lo creo.

OCTAVIO.—Pero creo que ninguna mujer honrada podría asi deliberadamente explotar los instintos de un hombre.

ANA.—¡Ay, ay, ay, Octavito de mi alma! ¡Dios tenga de su mano a la mujer que se case con usted!

OCTAVIO.—(Sintiendo revivir su pasión al oirse llamar así.) ¡Oh! ¿por qué dice usted eso, por qué? No me atormente. No comprendo.

ANA.—Suponga que ella esté mintiendo y colocando lazos para cazar hombres.

OCTAVIO.—¿Cree usted que yo podría casarme con semejante mujer? Yo que he conocido y amado a usted.

ANA.—¡Hum! De todos modos, ella es la que no quisiera, si tuviese juicio. En fin, ya está arreglado, no quiero hablar más. Dígame que me perdona y que el asunto ha terminado.

OCTAVIO.—No tengo que perdonar nada, y el asunto está terminado. Y aunque la herida quede abierta, por lo menos usted nunca la verá sangrar.

ANA.—Poético hasta el final, Octavito. Adiós, querido. (Le acaricia la mejilla, tiene un impulso de besarle y luego otro impulso de repugnancia, que se lo impide; finalmente, huye a través del jardín hacia la «villa».)

(Octavio otra vez se sienta al velador, apoyando la cabeza en la mano y sollozando suavemente. Mrs. Whitefield, que ha estado de compras por las tiendas de Granada y se trae una red llena de paquetitos, entra por la puertecilla y le ve.)

MISTRESS WHITEFIELD.—(Precipitándose hacia él y levantándole la cabeza.) ¿Qué le pasa, Octavito? ¿Está usted malo?

OCTAVIO.—No, no es nada, nada.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Todavia teniéndole la cabeza, angustiada.) ¡Pero está usted llorando! ¿Es por el casamiento de Violeta?

OCTAVIO.—No, no. ¿Quién le ha dicho lo de Violeta?

MISTRESS WHITEFIELD.—(Devolviendo la cabeza a su dueño.) Me encontré a Roebuck y a aquel terrible viejo irlandés. ¿Está usted seguro de no estar enfermo? ¿Qué le sucede?

OCTAVIO.—(Cariñoso.) No es nada... un corazón destrozado. ¿No suena a ridículo?

MISTRESS WHITEFIELD.—Pero ¿qué hay? ¿Es que Ana ha hecho una de las suyas?

OCTAVIO.—No es culpa de Ana. Y no crea usted que tengo resentimiento con usted.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Con extañeza.) ¿De qué?

OCTAVIO.—(Apretándole la mano.) De nada. Le aseguro a usted que no le tengo resentimiento alguno.

MISTRESS WHITEFIELD.—Pero, repito, ¿de qué? ¿He hecho yo algo que pueda haberle ofendido?

OCTAVIO.—(Sonriéndose dolorido.) ¡No lo comprende usted! Confieso que está usted en lo justo prefiriendo a Juanito para marido de Ana. Pero yo amo a Ana y me hace sufrir la idea de perderla para siempre. (Se levanta y va hacia el centro del césped.)

MISTRESS WHITEFIELD.—(Siguiéndole aprisa.) ¿Le ha dicho Ana que yo quiero que se case con Juanito?

OCTAVIO.—Sí, así me ha dicho.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Pensativa.) Entonces, lo siento mucho por usted, Octavito. Es su manera de hablar para decir que ella desea casarse con Juanito. ¿Qué le importa lo que yo diga o desee?

OCTAVIO.—Pero seguramente no lo diría si no lo cre-

yese verdad. Supongo que no sospechará usted a Ana de... de querer engañar.

MISTRESS WHITEFIELD.—No haga usted caso, Octavito. No sé lo que es mejor para un joven: saber demasiado poco, como usted, o saber demasiado, como Juanito.

(Tanner vuelve.)

TANNER.—Pues bien, ya me he quitado de encima al viejo Malone. Le he presentado a Mendoza y he dejado a los dos ladrones arreglarse entre sí. ¡Hola, Octavito; vaya una cara que traes!

OCTAVIO.—Según veo, tengo que arreglarme un poco. Voy a mi cuarto a ver si me refresco con una ducha a la cabeza. (A Mrs. Whitefield.) Dígale lo que le parezca. (A Tanner.) Sabe, Juanito, que Ana está conforme.

TANNER.—(Extrañado de su modo de ser.) Conforme ¿con qué?

OCTAVIO.—Con los deseos de su señora madre. (Va con menlancólica dignidad hacia la «villa».)

TANNER.—¿Qué significa ese misterio? ¿Cuál es su deseo? Será cumplido, sea el que sea.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Con agradecimiento, lacrimosa.) Muchas gracias, Juanito. (Se sienta. Tanner trae otra silla, desde la mesa, y se sienta junto a ella, apoyando los codos en las rodillas, prestándole suma atención.) No sé por qué es así que los hijos de otras personas son tan amables para conmigo, mientras mis hijas me tienen tan poca consideración. No es extraño que parezca yo querer más a usted, y Octavito, y Violeta, que a Ana y Rhoda. Este mundo es muy raro. Antes todo se hacía sencilla y sinceramente, a la buena de Dios, y, hoy día, parece que nadie siente y piensa como debiera.

TANNER.—Sí, señora, la vida es más complicada de lo que se solía creer. Pero ¿qué puedo hacer por usted?

MISTRESS WHITEFIELD.—Es precisamente lo que quiero

decirle. Claro está que usted se casará con Ana, que lo quiera yo o no lo quiera...

TANNER.—(Poniéndose bruscamente de pie.) Me parece que me quieren casar con Ana, que lo quiera yo o no lo quiera.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Calmosa.) Probablemente se casará usted con ella. Ya sabe usted cómo las gasta cuando se ha propuesto una cosa. Pero a mí no me metan en el lío para nada, es lo único que pido. Octavio me acaba de decir que ella afirma que yo me empeño en que usted se case con ella, y el pobre muchacho está desesperado, porque la quiere, aunque no puedo comprender lo que tanto le llama la atención en ella. Pero, en fin, de gustos no se puede discutir. Ahora es inútil decirle a Octavito que Ana engaña a la gente diciendo que yo tengo deseo de eso o de más allá, cuando a mí ni se me ha pasado por la mente. Ella no haría más que irritar a Octavito contra mí. Pero usted ya sabe mejor a qué atenerse. Así, pues, si usted se casa con Ana, nunca se enfade conmigo.

TANNER.—(Enfático.) No tengo la más mínima intención de casarme con ella.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Socarrona.) Usted le conviene más que Octavito. En usted, Juanito, encontraría la horma de su zapato. Me alegraría verla en manos de quien la puede.

TANNER.—Ningún hombre puede a una mujer como no sea con una estaca o un par de botas claveteadas. Y aun no siempre. De todos modos, yo no valgo para manejar la estaca contra ellas. Así, pues, no sería más que su esclavo.

MISTRESS WHITEFIELD.—No, a usted le tiene miedo. De todos modos, usted le diría la verdad sobre ella. No se zafaría de usted como de mí.

TANNER.—Todo el mundo me llamaría bruto si yo le dijese a Ana la verdad en los términos de su propio código moral. En primer lugar, Ana dice cosas que no se ciñen a la más estricta verdad.

MISTRESS WHITEFIELD.—Me alegro de que haya alguien que no la tenga por un ángel.

TANNER.—En una palabra... para hablar ya como si fuese su marido y estuviésemos riñendo... es una mentirosa. Y como ha enamorado locamente a Octavito sin intención de casarse con él, es una coqueta, si hemos de atenernos a la definición de que una coqueta es una mujer que provoca pasiones que no tiene intención de satisfacer. Y como ahora a usted la ha llevado a estar dispuesta a sacrificarme en el altar por la mera satisfacción de verme llamarla mentirosa, deduzco de ello que también es de armas tomar. No puede intimidar a los hombres como intimida a las mujeres; así, pues, habitualmente y sin escrúpulo alguno usa su fascinación personal para reducir la voluntad de los hombres. Esto hace que viene a ser un ser que casi no puedo calificar sin faltar al respeto que debo a usted.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Tratando de suavizar.) Hombre, no puede usted pedir la perfección, Juanito.

TANNER.—Tampoco la pido. Pero me enfada el modo de ser de Ana. Sé perfectamente que todo aquello de ser ella una mentirosa, y una coqueta, y una bravía es una acusación que se puede hacer contra todo el mundo. Todos mentimos, todos nos hacemos los valientes en lo que nos atrevemos, todos buscamos admiración sin la más mínima intención de merecerla, todos sacamos lo que podemos de nuestro don de agradar. Si Ana quisiera confesar eso, yo no reñiría con ella. Pero no quiere. Cuando tenga hijos se aprovechará de las mentiras que

digan para divertirse en pegarlos. Si otra mujer (de nuestras conocidas) me mirase, Ana diría que no quiere seguir tratando a una coqueta. Hará exactamente lo que a ella le guste mientras exigirá que todos los demás se atengan estrictamente al código de las convenciones sociales. En resumen, todo lo aguanto excepto su maldita hipocresía. Esta es la que a mí me revienta.

MISTRESS WHITEFIELD —(Arrebatada por el alivio de oir su propia opinión tan elocuentemente expresada.) ¡Oh! sí, es una hipócrita. Sí lo es, ya lo creo.

TANNER.—Entonces, ¿por qué quiere usted que me case con ella?

MISTRESS WHITEFIELD.—¡Vaya! Eso es, écheme a mí el mochuelo. Nunca he pensado en semejante cosa hasta que me dijo Octavito que ella se lo había asegurado. Pero, sabe usted, yo quiero mucho a Octavito, para mí es así como un hijo, y no quiero verle pisoteado y desgraciado.

TANNER.—Y a mí que me parta un rayo, ¿verdad?

MISTRESS WHITEFIELD.—¡Oh! usted es muy diferente, usted ya sabe resguardarse solo. Ya la sabrá domar. Y luego, de todos modos, con alguien tiene Ana que casarse.

TANNER.—¡Ah! ya habla el instinto de la vida. Usted la detesta, pero usted está convencida de que debe procurar casarla.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Levantándose ofendida.) ¿Quiere usted decir que yo detesto a mi hija? Supongo que no me creerá tan mala y desnaturalizada, meramente porque veo sus defectos.

TANNER.—(Cínico.) ¿La adora usted entonces?

MISTRESS WHITEFIELD.—Sí, la quiero mucho, como es natural. ¡Qué cosas más raras se le ocurren a usted, Jua-

nito! ¿No hemos de querer a los pedazos de nuestras entrañas?

TANNER.—Claro, porque el afirmarlo así evita disgustos. Pero, por mi parte, sospecho que los lazos de consanguinidad más bien son origen de repugnancia natural. (Se levanta.)

MISTRESS WHITEFIELD.—No debe usted hablar así, Juanito. Espero que no diga nada a Ana de lo que hemos estado hablando. Yo sólo he querido sincerarme ante usted y Octavito. No podía quedarme callada y dejar que me echaran la culpa de todo unos y otros.

TANNER.—(Cortés.) Muy bien.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Nada satisfecha.) Y ahora no he hecho más que empeorar las cosas. Octavito está enfadado conmigo porque no tengo una opinión más elevada de Ana. Y cuando me sugieren que Ana debiera casarse con usted, ¿qué puedo yo decir sino que le estaría bien empleado a ella?

TANNER.—Gracias.

MISTRESS WHITEFIELD.—No sea usted tonto y no quiera interpretar mal mis palabras. Conmigo hay que jugar limpio...

(Ana viene de la «villa», seguida de Violeta vestida para ir en automóvil.)

ANA.—(Acercándose a la derecha de su madre con suavidad amenazadora.) ¡Hola!, mamá, parece que es muy entretenida la charla con Juanito. Se los oye a ustedes por todo el jardín.

MISTRESS WHITEFIELD. — (Asustada.) Pero ¿has escuchado?...

TANNER.—Nada de eso. Ya se sabe, Ana sólo ha... en fin, lo que dijimos antes de su modo de ser. No ha oído ni una palabra.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Enérgica.) No me importa que haya oido o no. Tengo derecho a hablar lo que me parezca.

VIOLETA.—(Llegándose al césped y colocándose entre Mrs. Whitefield y Tanner.) He venido para despedirme. Voy a emprender mi viaje de boda.

MISTRESS WHITEFIELD.—(Llorando.) No diga usted eso, Violeta. ¡Vaya una boda, sin ceremonia nupcial, sin trajes, sin banquete, sin nada!

VIOLETA. — (Acariciándola.) No estaré ausente mucho tiempo.

MISTRESS WHITEFIELD.—No le deje llevársela a América, prométeme que no le dejará.

VIOLETA.—(Muy decidida.) Descuide usted. ¡No faltaba más! No llore, querida, que sólo voy al hotel.

MISTRESS WHITEFIELD.—Pero marcharse asi en ese traje, con su equipaje, me hace pensar en que... (Solloza y vuelve a estallar su pena.) ¡Cuánto desearía que fuese usted mi hija, Violeta!

VIOLETA.—(Consolándola.) Vamos, vamos, que lo soy. Ana va a tener celos.

MISTRESS WHITEFIELD.—¿Qué le importo yo a Ana?

ANA.—¡Por Dios, mamá, no llores, que no hay para qué! Además ya sabes que a Violeta no le gusta. (Mistress Whitefield se enjuga los ojos y se tranquiliza.)

VIOLETA.—Adiós, Juanito.

TANNER.—Adiós, Violeta, y muchas felicidades.

VIOLETA.—Cuanto antes se case usted también, mejor será. Será usted mucho mejor comprendido.

TANNER.—(Reacio.) Espero verme casado esta misma tarde. Todos se han empeñado ustedes, según parece.

VIOLETA.—Peor cosa podría usted hacer. (A Mrs. Whitefield echándole el brazo por el talle.) La voy a llevar al hotel

conmigo; le hará bien el paseíto. Entre un momento y coja un abrigo. (La lleva hacia la villa.)

MISTRESS WHITEFIELD.—(Al subir por el jardín.) No sé lo que va a ser de mí cuando usted se haya marchado, con nadie a mi lado más que Ana. Y ella siempre está ocupada con los hombres. Claro que no puedo esperar que su esposo quiera sufrir la molestia de tener en su casa una vieja como yo. No me diga nada; la cortesía está muy bien, pero yo no me hago ilusiones. (Se alejan hasta ya no ser ni vistas ni oídas.)

(Ana, reflexionando sobre el oportuno consejo de Violeta, se acerca a Tanner, le mira un momento de pies a cabeza con cierto regocijo y finalmente suelta la palabra.)

ANA.—Violeta tiene razón. Usted debiera casarse.

TANNER.—(Como una explosión.) Ana, conste, no quiero casarme con usted. ¿Lo oye usted? No quiero, no quiero, no quiero.

ANA.—(Plácida.) Nadie se lo pide, caballero; nadie, nadie, nadie.

TANNER.—Sí; nadie lo pide, pero todo el mundo lo da por hecho. Está en el aire. Cuando nos encontramos, los demás se ausentan con pretextos absurdos para dejarnos solos uno con otro. Ramsden ya no me mira de reojo. Sus ojos brillan alegres, como si ya nos viera juntos en la iglesia. Octavio me dirige a su madre de usted y me da la enhorabuena. Straker abiertamente la trata a usted como a su futura ama; él fué quien primero me habló de ello.

ANA.—¿Por eso huyó usted?

TANNER.—Sí, para luego ser detenido por un bandolero enfermo de amor, y ser encerrado como chico que hizo novillos.

ANA.—Pues bien, si usted no quiere casarse, no se

case, y punto concluido. (Se aparta y se sienta tranquilamente.)

TANNER.—(Siguiéndola.) ¿Hay algún hombre que quiera ser ahorcado? Y, sin embargo, hay hombres que se dejan ahorcar sin resistencia alguna, aunque pudiesen siquiera saltarle un ojo al clérigo que los asiste en su último trance. Cumplimos la voluntad del Universo, no la nuestra. Tengo como un terrible presentimiento de que dejaré que me casen, porque es la voluntad del Universo que usted tenga un marido.

ANA. - Es probable que lo tenga algún día.

TANNER.—Pero ¿por qué he de ser precisamente yo, yo entre todos los hombres? Para mí el casamiento es una apostasía, una profanación del santuario de mi alma, una violación de dignidad como hombre, una venta de mis derechos nativos, una vergonzosa rendición, una capitulación ignominiosa, una aceptación de la derrota. Decaeré como una cosa que ha llenado su objeto y ya no hace falta; me convertiré de hombre con porvenir en hombre con pasado; veré en los ojos ruines de todos los demás casados la expresión de maligno placer que les proporciona la llegada de un nuevo preso que viene a compartir su ignominia. Los solteros me despreciarán como a un desertor; para las mujeres yo, después de haber sido siempre un enigma y una probabilidad, seré meramente una propiedad ajena, una mercancía averiada; cuando más, un hombre de segunda mano.

ANA. —Pues su mujer puede ponerse una gorra ridícula y afearse, como mi abuela, para tranquilizarle.

TANNER.—¡Para hacer más insolente su triunfo con arrojar públicamente el cebo en el momento en que la trampa se cierra sobre su víctima!

ANA.—Después de todo, ¿qué diferencia habría, aunque fuese así? La hermosura hace efecto a la primera

vista, pero ¿quién hace caso después de que está en casa tres días? Encontré muy bonitos nuestros cuadros cuando mi pobre papá los compró, pero luego no los he vuelto a mirar durante años. Usted nunca se preocupa de que si soy guapa o fea; está usted demasiado acostumbrado a verme. Podría yo ser un bastonero, y me miraría usted lo mismo.

TANNER.—Miente usted, vampiro, miente con toda la boca.

ANA.—Adulador incorregible. ¿Por qué trata de fascinarme, Juanito, si no quiere casarse conmigo?

TANNER.—¡La fuerza de la vida! ¡Estoy entre las garras de la fuerza vital!

ANA.—No entiendo una palabra.

TANNER.—¿Por qué no se casa usted con Octavio? Él no desea otra cosa. ¿O es que no la satisface una presa que no lucha?

ANA.—(Volviéndose hacia él como para comunicarle un secreto.) Octavito nunca se casará. ¿No ha notado usted que los hombres como él nunca se casan?

TANNER.—¡Cómo! Un hombre que idolatra a las mujeres, que no ve en la Naturaleza sino escenarios para dúos de amor. ¡Octavio, el hombre caballeresco, el fiel, el tierno de corazón, el verídico! ¡Que nunca se ha de casar! Pero si ha nacido para dejarse seducir por los primeros ojos de mujer que encuentre en la calle.

ANA.—Sí, ya sé. Y, sin embargo, Juanito, los hombres como él suelen vivir toda la vida en cómodas casas de soltero, con su corazón dolorido y todo. Y sus amas de llaves los adoran, y ellos nunca se casan. En cambio, los como usted se casan fatalmente.

TANNER.—(Dándose golpes en la frente.) ¡Es la verdad, la espantosa verdad! La he tenido delante de mis ojos du-

rante toda mi vida, y nunca me he fijado en ella hasta ahora.

ANA.—¡Oh! lo mismo pasa con las mujeres. El temperamento poético es muy bonito, muy amable, muy agradable, muy encantador. Pero es el temperamento para solteronas.

TANNER.—Estéril. Por eso la fuerza vital pasa indiferente por su lado.

ANA.—Si es eso lo que quiere decir con la fuerza vital, así es.

TANNER.—¿Y no quiere usted a Octavito?

ANA. —(Mirando con precaución a su alrededor para ver si nadie la puede oír.) No.

TANNER.—¿Y me quiere usted a mí?

ANA.—(Levantándose tranquila y alzando el dedo.) ¡Vaya, Juanito, no se propase!

TANNER.—¡Infame mujer, reptil, demonio!

ANA.—¡Boa constrictor, elefante!

TANNER.—¡Hipócrita!

ANA.—(Con suavidad.) Tengo que serlo por causa de mi futuro esposo.

TANNER.—¡Por causa mía... (Corrigiéndose.) digo, por causa suya!

ANA.—(Aparentando no haber notado la corrección.) Sí, por causa de usted. Lo mejor que puede usted hacer, Juanito, es casarse con la que llama usted una hipócrita. Las mujeres que no son hipócritas andan por ahí sin corsé, en traje reformista, y se hacen sufragistas, y son insultadas y vilipendiadas de mil maneras. Y sus maridos se ven metidos en el ajo y pasan las de Caín. ¿No es mejor una mujer de la que se pueda usted fiar?

TANNER.—No, mil veces no; las tribulaciones son el elemento de los revolucionarios. Se limpian moralmente

los hombres como materialmente se friega la vajilla: con agua hirviendo.

ANA.—También el agua fría tiene su empleo. Desde luego es sana.

TANNER.—(Exasperado.) ¡Ah!, es usted muy lista; en el momento supremo la fuerza vital la dota con todas las cualidades. Pues bien, yo también puedo ser hipócrita. El testamento de su padre me nombró su tutor, no su cortejo. Quiero cumplir fielmente su sagrada voluntad.

ANA.—(Con voz baja de sirena.) Antes de hacer testamento me preguntó a quién quería de tutor. Yo elegí a usted.

TANNER.—Entonces la última voluntad de su padre era la voluntad de usted. El cepo se armó desde un principio.

ANA.—(Concentrando toda su magia.) Desde un principio, sí, desde nuestra infancia... para los dos... por la fuerza de la vida.

TANNER.—No quiero casarme con usted. No quiero, no quiero.

ANA.—Sí quiere, sí, sí.

TANNER.—Le digo que no. No, no.

ANA.—Le digo que sí. Sí, sí.

TANNER.—¡No!

ANA.—(Halagadora, suplicante, casi agotada.) Sí, sí. Antes de que sea tarde para arrepentirse. Sí.

TANNER.—(Quedando parado como oyendo un eco del pasado.) ¿Cuándo me ha sucedido todo esto ya una vez? ¿Es que estamos soñando los dos?

ANA.—(Perdiendo de repente todo ánimo, con una angustia que no puede ocultar.) No, estamos despiertos, y usted ha dicho que no; esto es todo.

TANNER.—(Brutal.) ¿Pues?

ANA.—Pues que me he equivocado. Usted no me ama, no me ama, ¡ay de mí!...

TANNER.—(Cogiéndola en sus brazos.) Mentira, mentira; te quiero, te amo con toda mi alma. Me encanta la fuerza de la vida. Tengo el universo entero entre mis brazos al cogerte a ti en ellos. Pero estoy luchando por mi libertad, mi honor, mi personalidad, una e indivisible.

ANA.—Tu dicha todo lo compensará.

TANNER.—Pero ¿tú venderías libertad, honor y personalidad por la dicha?

ANA.—Para mí no todo será dicha. Quizás sea la muerte.

TANNER.—(Gimiendo.) ¡Oh! esto si que penetra y punza. ¿Qué es lo que se desgarra en mí? ¿Habrá un corazón de padre como hay un corazón de madre?

ANA.—Cuidado, Juanito; si alguien llega, viéndonos así, tendrás que casarte conmigo.

TANNER.—Si los dos estuviésemos ahora en el borde de un precipicio, no te soltaba y me tiraba de cabeza.

ANA.—(Jadeando, flaqueando cada vez más por la presión de sus brazos.) Juanito, suéltame. Me he atrevido tanto... va durando más de lo que pensaba. Suéltame, no puedo resistirlo.

TANNER.—Yo tampoco. Deja que nos mate.

ANA.—Sí, no me importa. Estoy al cabo de mis fuerzas. No me importa. Me parece que me voy a desmayar.

(En este momento Violeta y Octavio vienen de la «villa» con mistress Whitefield, que lleva su abrigo para el automóvil. Simultáneamente Malone y Ramsden, seguidos de Mendoza y Straker, entran por la puertecilla. Tanner, avergonzado, suelta a Ana, que se lleva la mano a la frente, como mareada.)

MALONE.—Cuidado; parece que esa señorita se pone mala.

RAMSDEN.—¿Qué sucede?

VIOLETA.—(Colocándose aprisa entre Ana y Tanner.) ¿Estás mala?

ANA.—(Tambaleándose, con un esfuerzo supremo.) He dado promesa a Juanito de casarme con él. (Cae desvanecida. Violeta se arrodilla a su lado y le frota la mano. Tanner se precipita para cogerle la otra mano y trata de levantarle la cabeza. Octavio se acerca para ayudar a Violeta, pero no sabe qué hacer. Mrs. Whitefield vuelve corriendo a la «villa». Octavio, Malone y Ramsden se acercan a Ana y se inclinan para ayudarla. Straker friamente va hacia los pies de Ana, Mendoza hacia la cabeza, ambos erguidos y en posesión de sí mismos.)

STRAKER.—Oiganme, señoras y señores: no hay que agolparse así; esa señorita, ante todo, necesita aire, lo más aire posible. Dispensen, apártense... (Malone y Ramsden le permiten que los empuje suavemente, para apartarlos de Ana, por el césped hacia el jardín, adonde Octavio, convencido de su inutilidad, los sigue. Straker, antes de alejarse también, se vuelve y dice a Tanner:) No le levante la cabeza, míster Tanner; póngala más bien baja para que la sangre pueda volver a ella.

MENDOZA.—Tiene razón, míster Tanner. Confíe en el aire de la sierra. (Se retira discretamente hacia la escalera del jardín.)

TANNER.—(Levantándose.) Me inclino ante sus conocimientos superiores de la fisiología, Enrique. (Se retira hacia el rincón del césped, y Octavio inmediatamente se le acerca.)

OCTAVIO.—(Aparte a Tanner, apretándole la mano.) ¡Sé dichoso, Juanito!

TANNER.—(Aparte a Octavio.) Nunca la he solicitado, te juro. Es un cepo que me han puesto. (Sube hacia el jardín. Octavio se queda petrificado.)

MENDOZA.—(Deteniendo a Mrs. Whitefield, que viene de la «villa» con un vaso de coñac.) ¿Qué es eso, señora? (Se lo quita.)

MISTRESS WHITEFIELD.—Un poquito de coñac.

MENDOZA.—Lo peor que podria usted darle. Permítame. (Lo tira.) Confíe en el aire de la sierra, señora.

(Por un momento todos los hombres olvidan a Ana y miran fijamente a Mendoza.)

ANA.—(Hablando al oído de Violeta, echándole el brazo por el cuello.) Violeta, ¿dijo algo Juanito cuando me desmayé?

VIOLETA.—No, nada.

ANA.—¡Ah! (Con un suspiro de intenso alivio vuelve a su desmayo.)

MISTRES WHITEFIELD.—¡Ay! vuelve a desmayarse.

(Están a punto de precipitarse todos otra vez hacia ella, pero Mendoza los para con un ademán de advertencia.)

ANA.—(En posición supina.) No, no. Soy completamente dichosa.

TANNER.—(Acercándose de pronto muy decidido y arrebatando a Violeta la mano de Ana para tomarle el pulso.) Pero si su pulso está muy fuerte. Vaya, levántese. ¡Qué tontería! ¡Arriba! (La levanta sin más miramientos.)

ANA.—Sí, ahora me siento bastante fuerte. Pero a poco me matas, Juanito, a todo eso.

MALONE.—El novio es de los bruscos, ¿eh? Pues son los mejores, mistress Whitefield. Le felicito, míster Tanner, y espero verla a usted y a su esposo con frecuencia en la abadía.

ANA.—Gracias. (Pasa por el lado derecho de Malone para ir hacia Octavio.) Octavito, felicíteme. (Aparte a él.) Quiero hacerle llorar por última vez.

OCTAVIO.—(Con firmeza.) No más lágrimas. Soy dichoso con su dicha. Y creo en usted a pesar de todo.

RAMSDEN.—(Poniéndose entre Malone y Tanner.) Es usted un hombre feliz, Tanner. Le envidio.

MENDOZA.—(Avanzando por entre Violeta y Tanner.) Caballero, hay dos tragedias en la vida. La una consiste en no con-

seguir el anhelo de su corazón; la otra, en conseguirlo. La mía y la suya, caballero.

TANNER.—Señor Mendoza, yo no tengo anhelo del corazón. Ramsden, es muy fácil para usted eso de llamarme hombre feliz. Es usted mero espectador, pero yo soy uno de los protagonistas y sé dónde me aprieta el zapato. Vamos, Ana, deja ya de seducir a Octavito y ven acá.

ANA.—(Obedeciendo.) Eres tonto, Juanito. (Coge el brazo que le ofrece.)

TANNER.—(Continuando.) Declaro solemnemente que no soy un hombre feliz. Ana parece feliz, pero está sólo triunfante, victoriosa, gozando de su éxito. Esto no es felicidad, sino el precio por el que los fuertes venden su felicidad. Lo que los dos hemos hecho esta tarde es renunciar a la felicidad, renunciar a la libertad, renunciar a la tranquilidad, sobre todo renunciar a las probabilidades románticas de un porvenir desconocido, por los cuidados de una casa y una familia. Les ruego que nadie aproveche la ocasión para medio emborracharse y pronunciar discursos imbéciles y hacer chistes verdes a mi costa. Tenemos la intención, Ana y yo, de amueblar nuestra casa según nuestro propio gusto, y, por lo tanto, sepan que los siete u ocho relojes de pared, las diez docenas de cubiertos y cuchillitos de postre, las innumerables figuras de biscuit, los bastones y las sombrillas, los musiqueros, los centros de mesa y todos los demás artículos que estén preparando para acumularlos sobre nosotros serán vendidos sin tardar y el producto dedicado a poner en circulación ejemplares gratuitos de mi libro *Manual del revolucionista.* Nuestro enlace se efectuará tres días después de nuestro regreso a Inglaterra, por licencia especial, en el despacho del funcionario del registro civil, en presencia de mi abogado y su procura-

dor, los que, como sus clientes, llevarán traje de calle ordinario...

VIOLETA. -(Con intensa convicción.) Usted está tonto, Juanito.

ANA.—(Mirándole con grato orgullo y acariciando su brazo.) No hagas caso, querido. Sigue contando.

TANNER.—¡Contando!

(Risa general.)

FIN DE LA OBRA

MANUAL Y AGENDA DE BOLSILLO DEL REVOLUCIONISTA

POR

JOHN TANNER, M. C. R. H.

(Miembro de la Clase de Ricos Holgazanes).

PREFACIO DEL MANUAL DEL REVOLUCIONISTA

"Nadie puede contemplar la presente situación de las masas sin desear algo parecido a una revolución, para mejorarla." Sir Robert Giffen: *Ensayo sobre Hacienda,* vol. II, pág. 393.

PRÓLOGO

Un revolucionista (1) es un hombre que desea eliminar el orden social existente y ensayar otro.

La Constitución inglesa es revolucionaria. Para un burócrata ruso o anglo-indio, unas elecciones generales significan una revolución tanto como un referéndum *o un plebiscito en el que el pueblo se bate en vez de votar. La revolución francesa derrocó a una clase de gobernantes para substituirla por otra con diferentes ideas e intereses. Esto es lo que unas elecciones generales le permiten hacer al pueblo en Inglaterra cada siete años. Por lo tanto, en Inglaterra, la revolución es una institución nacional. Un inglés, por consiguiente, no necesita excusa ni defensa para abogar por la revolución.*

---

(1) Shaw dice «revolucionista» y no «revolucionario», tal vez en el sentido de que «revolucionista» es la persona de aspiraciones revolucionarias, mientras revolucionario es el que hace la revolución directamente.—*(N. del T.)*

Todo el mundo es un revolucionista con respecto a la cosa que entiende. Por ejemplo, toda persona que haya llegado a dominar su profesión es escéptica con respecto a ella y, por consiguiente, es revolucionista.

Toda persona verdaderamente religiosa es hereje, y, poı lo tanto, revolucionista.

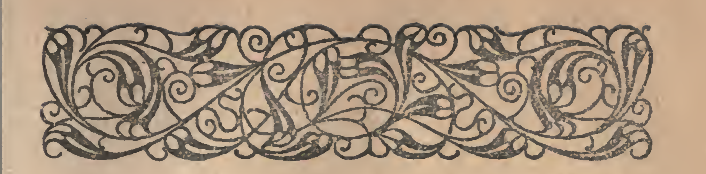
Todos los que logran realmente descollar en la vida empiezan como revolucionistas. Las personas dè más valia se hacen más revolucionarias a medida que transcurre el tiempo, a pesar de que generalmente se cree que se hacen más conservadoras, debido a haber pedido la fe en los métodos: de reforma convencionales.

Toda persona de menos de treinta años de edad que, teniendo algún conocimiento del orden social existente, no sea revolucionista, es un ser inferior.

Y, sin embargo,

las revoluciones nunca aligeraron el peso de la tiranía sólo lo trasladaron a otros hombros.

JOHN TANNER.



MANUAL DEL REVOLUCIONISTA

I

SOBRE LA EUGENESIA

Si no hubiera Dios—dijo el teísta del siglo XVIII (1)—, sería necesario inventarlo. Pero este Dios del siglo XVIII era *deus ex machina*, el Dios que ayudaba a los que no podían ayudarse a sí mismos, el Dios del perezoso y del incapaz. El siglo XIX se convenció de que, en realidad, no había tal Dios. Y ahora, el hombre tiene que tomar en propias manos la tarea que antes eludía con una oración vacía. Tiene, en efecto, que convertirse él mismo en la Providencia política a que anteriormente consideraba como Dios; y cambio semejante no sólo es posible, sino que es la única especie de cambio real. La mera transformación de las instituciones, como la de la dominación militar y sacerdotal en comercial y científica; la dominación comercial, en democracia proletaria; la esclavi-

(1) Voltaire.—*(N. del T.)*

tud, en servidumbre; la servidumbre, en capitalismo; la monarquía, en república; el politeísmo, en monoteísmo; el monoteísmo, en ateísmo; el ateísmo, en humanitarismo panteísta; la ignorancia general, en instrucción general; el romanticismo, en realismo; el realismo, en misticismo; la metafísica, en física; todas estas mudanzas son puramente superficiales: *plus ça change, plus c'est la même chose.*

Pero el cambio de la manzana silvestre en camuesa, del lobo y del zorro en perros domésticos, del corcel de Enrique V en caballo de tiro del cervecero o en caballo de carreras, es una cosa real; porque en esto, el hombre ha hecho el papel de Dios, sometiendo a la naturaleza a sus intenciones y ennobleciendo o rebajando la vida con un propósito determinado. Y lo que puede ser hecho con un lobo, también puede hacerse con un hombre. Si monstruos tales como el vagabundo y el gran señor pueden aparecer meramente como productos accesorios de la codicia y locura individuales del hombre, ¿qué no podemos esperar como producto superior de su aspiración universal?

No es nueva esta conclusión. La falta de fe en las instituciones y el inexorable «debéis volver a nacer», con la adición de Mrs. Poyser: «y nacer distintos», se renuevan en cada generación. El grito por el Superhombre no empezó con Nietzsche ni acabará con su boga. Pero ha sido acallado siempre por la misma pregunta: ¿Qué clase de persona ha de ser ese Superhombre? No se pide una supermanzana, sino una manzana comestible; ni tampoco un supercaballo, sino un caballo de fuerza o velocidad superiores. Ni es tampoco de utilidad alguna el pedir un Superhombre; se debe facilitar una especificación de la clase de hombre que se quiere. Desgraciadamente, no se sabe qué clase de hombre se quiere. Tal vez una especie de filósofo-atleta bien parecido, con una mujer sana y hermosa por compañera.

Indeciso, como es, éste es un gran paso en la demanda popular de un perfecto caballero y una dama perfecta. Después de todo, ninguna demanda mercantil en el mundo reviste la

forma de exacta especificación técnica del articulo solicitado. Se producen excelentes patatas y aves de corral para satisfacer la demanda de las amas de casa, que no conocen las diferencias técnicas entre un pollo y un tubérculo. Os dirán que el *pudding* se prueba comiéndolo, y tienen razón. La prueba del Superhombre se hará en la vida; descubriremos el modo de producirlo por el viejo método de «ensayo y error», y no aguardando una receta completamente persuasiva de sus ingredientes.

Ciertos errores comunes y evidentes pueden ser desechados desde el principio. Por ejemplo: estamos conformes en que necesitamos un entendimiento superior; pero es preciso que no caigamos en la disparatada opinión de los futbolistas, de que la mente superior es producto de un cuerpo superior. Ahora bien, si nos acogemos a la opinión de que la mente superior consiste en ser puro juguete de nuestras propias clasificaciones éticas de virtudes y vicios, en suma, de la moral convencional, saltaremos de la sartén del futbol al fuego de la Escuela Dominical. Si debemos escoger entre una raza de atletas y una raza de hombres «buenos», quedémonos con los atletas; mejor Sansón y Milo, que Calvino y Robespierre. Pero ninguna de estas alternativas vale la pena de que la adoptemos: Sansón no es más Superhombre que Calvino. ¿Qué hacer entonces?

II

PROPIEDAD Y MATRIMONIO

Pasemos rápidamente por encima de los obstáculos elevados por la propiedad y el matrimonio. Los revolucionistas les dan demasiada importancia. Sin duda, es fácil demostrar que la propiedad destruirá a la sociedad, a no ser que la sociedad destruya a la propiedad. Sin duda, asimismo, la propie-

dad hasta aquí se ha mantenido firme y ha destruído todos los imperios. Pero ha sucedido así porque la superficial objeción contra ella de que distribuye la riqueza social y la carga del trabajo social de una manera grotescamente injusta no amenazaba la existencia de la especie, sino solamente la felicidad individual de sus unidades y, en fin de cuentas, la permanencia de cualesquiera desatinadas agrupaciones políticas, tales como una nación, un imperio o cosa por el estilo. Ahora bien, como a la Naturaleza no le importa la felicidad, ni reconoce banderas o fronteras, ni se le da un bledo de si el sistema económico adoptado por una sociedad es feudal, capitalista o colectivista, con tal de que mantenga en pie a la especie (la colmena y el hormiguero le parecen tan aceptables como la Utopía), las demostraciones de los socialistas, aunque irrefutables, no producirán nunca en la propiedad una impresión seria. El toque de difuntos de tan cacareada institución no sonará hasta que no se halle en pugna con algo más vital que las meras injusticias personales de la economía industrial. No se advirtió tamaño conflicto mientras la sociedad no excedió de las comunidades nacionales, harto pequeñas y sencillas para que no pudiesen haber sido regidas por la limitada capacidad política del hombre. Pero ahora hemos llegado a la etapa de la organización internacional. La capacidad y la magnanimidad políticas del hombre son visiblemente puestas en un brete por la amplitud y la complejidad de los problemas ineludibles que han surgido ante él. Y en este momento de angustia es cuando, al mirar a lo alto en busca de una inteligencia más poderosa que le ayude, advierte que el cielo está vacío. Ahora verá que la descartada fórmula de que el hombre es el templo del Espíritu Santo aparece ser efectivamente cierta, y que sólo por medio de su propio cerebro y de sus propias manos, este Espíritu Santo al parecer, la persona más nebulosa de la Trinidad y ahora su único superviviente, como siempre ha sido su Unidad real, podrá ayudarle de algún modo. Por tanto, si ha de venir el Superhombre, habrá de nacer de la mujer por la

decisión intencionada y bien meditada del hombre. Esta convicción destruirá cuanto se le oponga. Incluso la Propiedad y el Matrimonio, que se ríen lo mismo de la mezquina queja del trabajador que se lamenta de ser defraudado por no partipar en los beneficiós del patrono, como de las desdichas domésticas de los esclavos del anillo nupcial, serán a su vez mirados con desdén como la más fútil de las bagatelas, al encontrarse con aquella concepción, cuando haya llegado a ser un propósito vital de la especie plenamente realizado.

Que han de encontrarse con ella resulta obvio, desde el momento en que reconocemos la futilidad de querer criar a los hombres para cualidades especiales, como criamos a los gallos para la pelea, a los galgos para correr o a los carneros para aprovechar su carne. Lo que es realmente importante en el hombre es la zona de él que aún no entendemos. De la mayor parte de esta zona no tenemos todavía conciencia, de igual modo que tampoco la tenemos normalmente del mantenimiento de nuestra circulación sanguínea por medio de nuestra bomba cardíaca, aunque si la descuidamos nos morimos. Nos vemos impulsados, por tanto, a la conclusión de que, cuando hayamos llevado la selección tan lejos como sea posible, borrando de la lista de progenitores elegibles a todas las personas que carezcan de interés, que no prometan nada o sean defectuosas sin ninguna compensación, aún tendremos que confiar en la dirección de la fantasía (alias «voz de la naturaleza»), lo mismo en los progenitores como en los educadores, para esa superioridad en el ser inconsciente que será la verdadera característica del Superhombre.

En este punto, advertimos la importancia de abrir a la fantasía el mayor campo posible. Dividir a la humanidad en cotos pequeños y limitar la selección del individuo a su propio coto, equivale a retardar al Superhombre para siglos, o tal vez para siempre. No sólo todas las personas habrían de ser alimentadas y educadas como progenitores presuntos, sino que no se podrían admitir para la selección natural obstáculos tales como los reparos que tiene una condesa para casarse

con un bracero o un duque para unirse a una sirvienta. La igualdad es esencial para la buena cría, y la igualdad, como saben todos los economistas, es incompatible con la propiedad.

Por cierto, la igualdad es también una condición esencial para la mala cría, y la mala cría es indispensable para hacer desaparecer los elementos malos de la raza humana. Cuando la idea de la herencia se apoderó de la imaginación científica en la mitad del siglo pasado, sus defensores anunciaron que era un crimen casar lunáticos con lunáticos o tísicos con tísicos. Pero ¿vamos a pedir que se trate de mejorar nuestras existencias demográficas enfermas, infectando con ellas a nuestras reservas sanas? Innegablemente, la atracción que la enfermedad ejerce sobre las personas enfermas es beneficiosa para la especie. Si dos personas realmente enfermizas se casan, una con otra tendrán, muy probablemente, gran número de hijos que morirán todos antes de llegar a la pubertad. Este es un arreglo mucho más satisfactorio que la tragedia de una unión entre una persona sana y otra enferma. Si bien es más costoso que la esterilización del enfermo, tiene la enorme ventaja, en el caso de que nuestras nociones de salud y enfermedad sean erróneas (la mayoría lo son efectivamente en cierta medida), de que el error será corregido por la experiencia en lugar de ser confirmado por el resultado favorable.

Hay un hecho que debe ser mirado resueltamente de frente, a pesar de los chillidos de los románticos. No tenemos evidencia alguna de que los mejores ciudadanos sean los vástagos de matrimonios congeniales, o de que un conflicto de temperamentos no sea un elemento altamente importante de lo que los criadores llaman cruzamiento. Por el contrario, es sumamente probable que pueden obtenerse buenos resultados de padres que, como compañeros y cónyuges, fueran de una extrema incompatibilidad, para comprobar que el experimento de unirlos será más tarde o más temprano ensayado a propósito casi con tanta frecuencia como ahora acon-

tece accidentalmente. Pero el unir estas parejas, claro está, no debe suponer el casarlas. Dos personas que se completan en la unión carnal, pueden compensar mutuamente sus imperfecciones; en la sociedad doméstica del matrimonio, tan sólo las sienten, y padecen por ellas. Así, el hijo de un señor rural inglés, robusto, alegre y eupéptico, con los gustos y tren de vida correspondientes a su clase, y de una hebrea inteligente, imaginativa y altamente cultivada, puede ser muy superior a sus progenitores; pero no es probable que la hebrea hallara en el señor rural un compañero interesante, ni que sus costumbres, sus amigos, su estado y modo de vida congeniaran con ella. Por lo tanto, mientras el matrimonio sea condición indispensable de la unión, retrasará el advenimiento del Superhombre tan eficazmente como la propiedad, y no menos eficazmente será modificado por el impulso hacia el Superhombre.

La abolición práctica de la Propiedad y del Matrimonio, tal como ahora existen, se llevará a cabo sin que se note mucho. Para la mayoría de los hombres, la abolición práctica de la propiedad no significaría otra cosa que un aumento en la cantidad de alimentación, vestidos, habitación y comodidades a su disposición personal, así como una mayor facultad de disponer de su tiempo y sus recursos. Son pocas las personas que actualmente distinguen entre la propiedad virtualmente absoluta y la propiedad ejercida en condiciones públicas altamente desarrolladas, tales como invertir sus ingresos sobre la base de poder vivir como un sacerdote, un oficial militar o un funcionario público. Todavía puede un terrateniente expulsar de sus tierras a hombres y mujeres, demoler sus viviendas y sustituirlos con ovejas o ciervos, y en las industrias no reglamentadas aún puede el industrial particular sacar ventaja respecto de las industrias reglamentadas y sacrificar la vida y la salud de la nación tan ilegalmente como lo hacían a principios del siglo pasado los fabricantes de algodón de Mánchester. Y aunque el Código industrial, por un lado, y la organización obrera, por otro, en el curso de

la vida de hombres que aún viven, han convertido la antigua propiedad ilimitada del fabricante de algodón y del hilandero en una mera autorización de fabricar o trabajar en rigurosas condiciones públicas o colectivas, impuestas en beneficio del bienestar general, sin tener en cuenta los casos de injusticia individual, las gentes del Lancashire todavía hablan de su «propiedad» en los antiguos términos, refiriéndose con ellos solamente a aquellas cosas por cuyo robo puede ser castigado un ladrón. La abolición total de la propiedad y la transformación de cada ciudadano en funcionario asalariado del servicio público pasarían tan inadvertidas para más del 99 por 100 de la nación, como si no se hubiera verificado cambio mayor que el que ahora tiene lugar cuando el hijo de un naviero entra en la Marina. Seguirían llamando su propiedad a sus relojes, paraguas y huertas.

También persistirá el matrimonio, como un nombre adherido a la costumbre general, mucho después de que la costumbre misma se haya modificado. Así, por ejemplo, el matrimonio inglés moderno, tan modificado por el divorcio y por las Property Acts de la Mujer Casada, difiere más del matrimonio de comienzos del siglo XIX que el matrimonio de Byron del de Shakespeare. Actualmente, el matrimonio en Inglaterra no sólo difiere del de Francia, sino también del de Escocia. El matrimonio, tan modificado por las leyes del divorcio que rigen en Dakota Meridional, en Clapham sería llamado sencillamente concubinato. Sin embargo, los americanos, lejos de tener una idea relajada del matrimonio, rinden homenaje a sus ideales con una gravedad que parecería chapada a la antigua en Clapham. Ni en Inglaterra ni en América se toleraría ni por un momento la propuesta de abolir el matrimonio; sin embargo, nada hay más cierto como que en ambos países proseguirá la modificación progresiva del contrato matrimonial hasta que éste no sea más oneroso o irrevocable que una ordinaria escritura de sociedad comercial. Aunque el mismo contrato dejase de ser obligatorio, las gentes unidas seguirían llamándose marido y

mujer, considerarían su unión como matrimonio y los más no se darían cuenta de que se hallaban harto menos casados que Enrique VIII. Porque, aunque una ojeada sobre las condiciones legales del matrimonio en los diferentes países cristianos demuestra que éste es distinto de frontera a frontera, la domesticidad varía tan poco que la mayoría de las gentes cree que las leyes de su propio matrimonio son universales. En consecuencia, en éste, como en el caso de la Propiedad, la absoluta confianza del público en la estabilidad del nombre de la institución permite que sea sumamente fácil modificar su substancia.

Sin embargo, no se puede negar que uno de los cambios en la opinión pública que exige la necesidad del Superhombre es bastante inesperado. Se trata nada menos que de la disolución de la actual y necesaria asociación matrimonial a base de la unión carnal, a la que la mayoría de las personas solteras considera como el diagnóstico mismo del matrimonio. Desde luego no tienen razón; nos aproximaríamos más a la verdad diciendo que la unión carnal es la única condición puramente accidental e incidental del matrimonio. La unión carnal no es esencial para nada, excepto para la propagación de la especie, y desde el momento en que a esta suprema necesidad se suple de otro modo que por el matrimonio, la unión carnal, desde el punto de vista creador de la Naturaleza, deja de ser esencial a aquél. Mas no por esto el matrimonio deja de ser tan económico, conveniente y confortador, pudiendo sin peligro el Superhombre sobornar a los matrimoniomaníacos con el ofrecimiento de resucitar la antigua rigidez e indisolubilidad inhumanas del matrimonio, abolir el divorcio, confirmar el horrible lazo que todavía encadena a personas decentes con borrachos, criminales y disipadores, a cambio tan sólo de concederle a él la separación completa de la unión carnal. Pues si las gentes pudieran formar sociedad doméstica en condiciones tan poco ventajosas como éstas, seguirían casándose. El católico romano, a quien su Iglesia prohibe apelar a las leyes de divorcio, se casa tan

fácilmente como los presbiterianos de Dakota Meridional, que pueden cambiar de cónyuge con una facilidad que escandaliza al mundo antiguo; y si la Iglesia romana se atreviera a dar un paso más hacia el Cristianismo recomendando el celibato a sus seglares, así como lo impone a sus clérigos, no faltarían hijos e hijas de la Iglesia perfectamente obedientes que contrajeran matrimonio por amor a la domesticidad. No es necesario llevar más lejos estas hipótesis; sólo han sido sugeridas aquí al objeto de ayudar al lector a analizar el matrimonio en sus dos funciones de regular la unión carnal y de facilitar una forma de domesticidad. Ambas funciones son perfectamente separables; de las dos, la única esencial a la existencia del matrimonio es la domesticidad, porque la unión carnal sin domesticidad no es de ninguna manera matrimonio, mientras que la domesticidad sin unión carnal sigue siendo matrimonio; es de hecho y necesariamente la condición actual de todos los matrimonios fecundos durante una gran parte de su duración, y de algunos durante todo el tiempo de su existencia.

Admitiendo, pues, que la Propiedad y el Matrimonio, destruyendo la Igualdad y obstaculizando con sus absurdas exigencias la selección sexual, son hostiles a la evolución del Superhombre, es fácil comprender por qué el único experimento moderno de perfeccionamiento de la especie se efectuó en una comunidad que rechazó ambas instituciones.

III

EL EXPERIMENTO PERFECCIONISTA DE ONEIDA

En 1848 fué fundada en América la Comunidad de Oneida para llevar a cabo la resolución tomada por un puñado de comunistas perfeccionistas «de consagrarse exclusivamente a establecer el reino de Dios». Aunque la nación americana declaró que tal intento no podía ser tolerado en un país cris-

tiano, la Comunidad de Oneida se mantuvo firme durante más de treinta años, y durante este período parece haber producido niños más sanos y ocasionado y sufrido menos males que ninguna Sociedad anónima conocida. Fué, con todo, una comunidad altamente seleccionada, pues un comunista genuino (a quien se puede definir de modo imperfecto como una persona intensamente orgullosa que se propone enriquecer el fondo común en lugar de explotarlo para sus fines personales) es superior a una Sociedad anónima capitalista ordinaria, precisamente como una Sociedad anónima capitalista ordinaria es superior a un pirata. Por otra parte, los perfeccionistas eran admirablemente guiados por su jefe Noyes, una de esas tentativas fortuitas hacia el Superhombre que aparecen de tarde en tarde, a despecho del influjo de las desatinadas instituciones del hombre. La existencia de Noyes simplificaba a los comunistas el problema de la cría humana, pues la cuestión de saber qué clase de hombre se esforzarían en criar se resolvió inmediatamente por el deseo manifiesto de criar otro Noyes.

Pero una experiencia llevada a cabo por un puñado de gentes cuyo número, después de treinta años de inmunidad contra la mortalidad infantil involuntaria, que penetra en los hogares por la ignorancia de los progenitores, no pasaba de 300 individuos, no sirve sino para demostrar que unos cuantos comunistas, bajo la dirección de un Superhombre «consagrado exclusivamente a la instauración del reino de Dios», sin cuidarse de la propiedad y del matrimonio mucho más de lo que un ministro protestante de Camberwell se preocupa de la casta india o del sacrificio ritual de las viudas, pueden emplear y aprovechar sus vidas mucho mejor que las gentes ordinarias que están bajo la tutela de aquellas dos instituciones. Sin embargo, su mismo Superhombre admitió que este éxito aparente era sólo una parte del fenómeno anormal de su propia aparición, pues cuando sus fuerzas se extinguieron con la edad, él mismo dirigió y organizó la recaída voluntaria de los comunistas en el matrimonio, en

el capitalismo y en la vida privada acostumbrada, reconociendo así que la verdadera solución social no consistía en lo que un Superhombre fortuito pudiera inculcar a un grupo escogido, sino en lo que toda una comunidad de Superhombres hiciera espontáneamente. Si en lugar de unas docenas de perfeccionistas, Noyes hubiera tenido que organizar a los Estados Unidos, América le hubiera vencido tan completamente como Inglaterra venció a Oliverio Cromwell, Francia a Napoleón o Roma a Julio César. Cromwell aprendió por amarga experiencia que Dios mismo no puede elevar a un pueblo por encima de su propio nivel, y que aun cuando se excite a una nación a que sacrifique sus apetitos a su conciencia, el resultado dependerá siempre de la clase de conciencia que la nación haya recibido. Napoleón parece haber acabado por considerar al género humano como una irritante jauría digna tan sólo de ser conservada para el deporte de cazar con ella. La capacidad de César para combatir sin odio ni resentimiento fué anulada por la determinación de sus soldados de matar en el campo de batalla a sus enemigos, en lugar de cogerlos prisioneros para que alcanzaran el perdón de César, y su supremacía civil fué comprada mediante el enorme soborno de los ciudadanos de Roma. Lo que no pueden hacer los grandes gobernantes no pueden hacerlo ni códigos ni religiones. El hombre lee en cada ley su propia naturaleza; si alguien trazara una ordenación sobrehumana con tanta habilidad que no pudiera ser mal interpretada arbitrariamente, el hombre la denunciaría como una sediciosa blasfemia o bien la despreciaría como una cosa absurda o totalmente ininteligible. Los sínodos y los parlamentos pueden, con sus credos y sus códigos, echar cuantos remiendos quieran a medida que las circunstancias alteran el equilibrio de las clases y sus intereses; y, como resultado de estos remiendos, puede producirse una pasajera ilusión de progreso moral, como cuando la victoria de la casta comercial sobre la militar condujo a poner en el lugar del duelo el *boycott* y los daños pecuniarios. Incluso en ciertos momentos puede

producirse un considerable avance material, como ahora cuando la conquista del poder político por la clase obrera ocasiona una mejor distribución de la riqueza por la sola acción del egoísmo de los nuevos amos. Pero todo esto es simple reajuste y reforma. Hasta tanto que no hayan cambiado el corazón y el cerebro de la gente, ni aun el hombre más grande se arriesgará a gobernar, suponiendo que todos son tan grandes como él; como no se arriesga un vaquero a dejar que su ganado busque el camino a través de las calles lo mismo que él lo haría. Mientras no haya una Inglaterra en que cada hombre es un Cromwell, una Francia en que cada hombre es un Napoleón, una Roma en que cada hombre es un César, una Alemania en que cada hombre es un Lutero y además un Goethe, el mundo no será mejorado por sus héroes, lo mismo que una casa-jardín no es mejorada por existir la pirámide de Queops. El engendramiento de tales naciones es el único cambio real posible para nosotros.

IV

LA PROTESTA DEL HOMBRE CONTRA SU PROPIO MEJORAMIENTO

Pero ¿sería tolerado cambio semejante si el hombre, para desearlo, tuviese que elevarse por encima de sí mismo? Sí lo sería, por su desconocimiento de la naturaleza de este cambio. El hombre desea un Superhombre ideal con toda la energía, que puede sacar de su alimentación, y en todas las épocas ha glorificado al mejor sustituto viviente del mismo que ha podido descubrir. Su general menos incompetente es ensalzado como un Alejandro; su rey es el primer caballero del mundo; su Papa es un santo. Nunca está sin un tropel de ídolos humanos, que todos ellos no son sino seudo-Superhombres. Que el Superhombre real, con una castañeta de sus superdedos,

se burlará de todos esos falsos ideales presentes de derecho, deber, honor, justicia, religión y aun de decencia, aceptando en cambio obligaciones morales superiores a la actual resistencia humana, eso no lo sospecha el hombre contemporáneo; en realidad, tampoco lo advierte cuando nuestros Superhombres accidentales lo llevan a cabo ante sus propios ojos. Él mismo lo hace actualmente todos los días sin saberlo. Por consiguiente, no opondrá ninguna objeción a la creación de una raza de lo que él llama Grandes Hombres o Héroes, porque no se los representará como verdaderos Superhombres, sino como iguales suyos, aunque mejor dotados que él de entendimiento infinito, de valor infinito y de infinita cantidad de dinero.

La oposición más seria nacerá del temor general del género humano a que una ingerencia en nuestras costumbres conyugales suponga una intervención en nuestros placeres y en nuestras fantasías. Este temor, disimulado con aires de moralidad ofendida, ha intimidado siempre a las gentes que no se han parado en medir su absoluta inconsistencia, pero sólo prevalecerá en los degenerados en quienes el instinto de procreación se ha reducido a una mera excitación hacia el placer. Los recursos modernos para combinar el placer con la esterilidad, universalmente conocidos y accesibles en la actualidad, facilitan a estas personas eliminarse ellas mismas de la especie, proceso que ya se ha iniciado vigorosamente, y la consiguiente supervivencia de los inteligentemente fecundos significa la supervivencia de los partidarios del Superhombre, puesto que lo que se propone no es sino reemplazar la antigua fecundidad ininteligente, inevitable, casi inconsciente, por una fecundidad inteligentemente vigilada y consciente, y eliminar al mero voluptuoso del proceso evolutivo (1). Aun cuando esta operación selectiva no se hubiera inventado, los designios de la especie destruirían la oposición

(1) El papel reservado en la evolución al voluptuoso será el mismo que el que ya desempeña el glotón. El glotón, por

de los instintos individuales. No sólo las abejas y las hormigas satisfacen por delegación sus instintos reproductivos y paternales, sino que el mismo matrimonio impone eficazmente el celibato a millones de hombres y mujeres solteros. En suma, en esta materia, el instinto individual, que se supone irreflexivamente predominante, es en realidad perfectamente desdeñable.

V

LA NECESIDAD POLÍTICA DE QUE VENGA EL SUPERHOMBRE

La necesidad del Superhombre es, en su aspecto más imperativo, una necesidad política. Hemos sido llevados a la democracia proletaria por el fracaso de todos los sistemas alternativos, pues éstos dependían de la existencia de Superhombres que obraban como déspotas u oligarcas; no sólo estos Superhombres no aparecían siempre, ni aun con frecuencia, en el momento necesario y en una situación social elegible, sino que cuando aparecían no podían, excepto por corto tiempo y con métodos coercitivos moralmente suicidas,

ser el hombre de mayores exigencias de alimentación, se impondrá más molestias que los demás para hallar alimento. Cuando las dificultades de conseguirlo son tan serias que sólo mediante grandes esfuerzos se puede asegurar un suministro suficiente, el apetito del glotón desarrolla hasta el máximum su astucia y su audacia, y el glotón llega a ser, no sólo el hombre mejor alimentado de la comunidad, sino el más capaz. Pero en climas más hospitalarios o donde la organización social del suministro de alimentos facilita a un hombre la hartura, el glotón come hasta destruir su salud y finalmente su vida. Todos los más voluptuosos prosperan y perecen de la misma manera. Esta es la razón por que la supervivencia de los más aptos signifique en fin de cuentas la supervivencia de los que se dominan a sí mismos, porque sólo éstos pueden adaptarse a la perpetua mudanza de condiciones producida por el progreso industrial.

imponer a sus gobernados la superhumanidad; así, por la sola fuerza de la «naturaleza humana», el gobierno, con el consentimiento de los gobernados, ha suplantado al antiguo plan de gobernar al ciudadano como se gobierna a un chico de la escuela.

Nos queda por estudiar ahora al hombre que, con alguna experiencia práctica de la democracia proletaria, tiene cierta fe en su capacidad para resolver los grandes problemas políticos, o al menos para desempeñar inteligente y económicamente las funciones locales. Solamente bajo los despotismos y las oligarquías ha podido nacer la fe radical en el «sufragio universal» como una panacea política. Esta fe decae en cuanto se somete al ensayo práctico, toda vez que la democracia no puede elevarse por encima del nivel de la materia humana de que están hechos sus electores. Suiza parece feliz comparada con Rusia; pero si Rusia fuera tan pequeña como Suiza y tuviera igualmente simplificados sus problemas sociales con inexpugnables fortificaciones naturales y una población educada en igual variedad e intimidad de trato internacional, poca diferencia habría entre ellas. De todos modos, Australia y Canadá, que son virtualmente repúblicas democráticas protegidas, y Francia y los Estados Unidos, que son manifiestamente repúblicas democráticas independientes, no son ni fuertes ni ricas ni sabias, y serían más bien peores que mejores si sus ministros populares no fueran tan expertos en el arte de falsear el entusiasmo popular y engañar la ignorancia popular. El político, que tenía en otro tiempo que aprender el arte de adular a los reyes, ahora tiene que aprender el de fascinar, divertir, encandilar, embaucar, atemorizar o herir de algún modo la imaginación de las masas electorales, y aunque en los Estados modernos avanzados, en los cuales el artesano está mejor instruído que el rey, hace falta ser hombre de más valía para llegar a demagogo afortunado que a cortesano afortunado; con todo, el que sostiene las convicciones populares con prodigiosa energía es el favorito de la plebe, en tanto que el más delicado escéptico, que ex-

plora prudentemente el camino del siglo venidero, no tiene ninguna aceptación, a no ser que también posea por casualidad el talento específico del charlatán, en cuyo caso recogerá votos como charlatán, pero no como mejorista. Por consiguiente, el demagogo, aunque pretenda (y no consiga) reacomodar las cosas en interés de la mayoría de los electores, en realidad representa la mediocridad, organiza la intolerancia, rebaja manifestaciones de cualidades descomunales y ensalza manifestaciones de cualidades ordinarias. Es capaz para una tarea de poca monta, pero acude a tretas retóricas en tratándose de algo importante. Cuando sucede un movimiento político, éste no es dirigido ni organizado conscientemente: el yo inconsciente de la especie se abre camino a través del problema como un elefante a través de la maleza, y los políticos discursean sobre cuanto se produce en el curso del proceso, pero, con las mejores intenciones, hacen todo lo que pueden para impedir el mismo. Finalmente, cuando el organismo social llega a un punto que pide la organización internacional, antes de que los demagogos y las masas electorales hayan aprendido a manejar ni aun un distrito rural, y mucho menos a internacionalizar a Constantinopla, todo el tinglado político se viene abajo; así vemos al presente imperios desmoronarse, indígenas de Nueva Zelanda sentarse en un arco roto del puente de Londres; y así por el estilo.

A esta catástrofe recurrente iremos a parar nuevamente, a no ser que podamos contar con una democracia de Superhombres; la creación de esta democracia es el único cambio que aún encierra esperanzas suficientes para animarnos al esfuerzo que exige la Revolución.

VI

LA MOJIGATERÍA EXPLICADA

Por qué las abejas engordan a sus madres en tanto que nosotros sólo lo hacemos con nuestras cantantes de ópera, es una cuestión digna de ser meditada. La noción que nosotros tenemos del trato que se debe a una madre, no es la de aumentar su alimentación, sino la de disminuírsela prohibiéndole trabajar en la fábrica el mes consecutivo al alumbramiento. Todo aquello que puede causar el infortunio de los progenitores o un peligro para la madre, se ejecuta concienzudamente. Cuando un gran escritor francés, Emilio Zola, alarmado por la creciente esterilidad de su país, escribió un libro elocuente y recio para restablecer el prestigio de la procreación, inmediatamente se dió por sentado en Inglaterra que una obra de este carácter, con un título como el de *Fecundidad*, era demasiado abominable para ser traducida, y que toda tentativa de tratar de las relaciones entre los sexos desde un punto de vista que no fuera el voluptuoso o el romántico, debía ser severamente reprimida. Ahora bien, si esta presunción estuviera realmente fundada en la opinión pública, indicaría una actitud de repugnancia y rencor para con la Fuerza de la Vida, propia sólo de una comunidad enferma y moribunda donde la Hedda Gabler de Ibsen sería la mujer típica. Pero no tiene ningún fundamento vital. La mojigatería de los periódicos, como la de las conversaciones en la mesa, es simplemente una deficiencia de educación y de lenguaje. No estamos enseñados a pensar decorosamente sobre estas cuestiones, y por consiguiente carecemos para expresarlas de otro lenguaje que el indecoroso. Por esta razón tenemos que declararlas impropias para la discusión pública, porque los únicos términos en que podría desarrollarse no

son apropiados para su uso público. Los fisiólogos, que poseen un vocabulario técnico adecuado, no tropiezan con ninguna dificultad, y los maestros del lenguaje que piensan decentemente pueden escribir narraciones populares, como *Fecundidad*, de Zola, o *Resurrección*, de Tolstoy, sin causar la menor ofensa a los lectores capaces de pensar también decentemente.

Pero el periodista moderno de tipo corriente, que no ha tratado nunca estas cuestiones sino de una manera impúdica, no puede escribir un simple comentario sobre un caso de divorcio sin un avergonzamiento consciente o un chiste disimulado que hacen imposible su lectura en voz alta en sociedad. Este impudor y esta mojigatería (ambos son lo mismo) no quieren decir que las gentes no sientan decentemente esta cuestión; por el contrario, es precisamente la profundidad y la seriedad de nuestro sentir lo que nos hace considerarla profanada por el lenguaje vil y la intolerable humorada grosera; así que al cabo no podemos sufrir que se hable de esto de ninguna manera, porque sólo una persona entre mil puede hacerlo sin herir nuestra propia delicadeza, y especialmente la delicadeza de la mujer. Hay que añadir a los horrores del lenguaje popular los horrores de la miseria popular. En las poblaciones hacinadas, la miseria destruye la posibilidad del aseo, y por falta de aseo muchas de las condiciones de la vida se tornan nocivas y ofensivas, de donde resulta finalmente que la asociación de la suciedad con estas condiciones naturales se hace tan abrumadora, que la mitad de la vida corporal de las gentes civilizadas (es decir, las gentes hacinadas en esos laberintos de barrios miserables que llamamos ciudades) se convierte en un secreto vergonzoso que sólo se puede confesar al doctor en casos extremos. Hedda Gabler se suicida porque la maternidad es antifemenina. En suma, la mojigatería popular no es más que un mero incidente de la inmundicia popular; pero, a pesar suyo, las cuestiones que aquélla excluye siguen siendo, entre todas, las más serias e interesantes.

VII

EL PROGRESO ES UNA ILUSIÓN

Desgraciadamente, la ilusión del progreso hace apartarse a las gentes más serias de la pista de la evolución. Cualquier socialista nos puede convencer fácilmente de que la diferencia entre el hombre tal como es y el hombre tal como puede llegar a ser, sin evolución posterior, en condiciones milenarias de nutrición, ambiente y educación, es enorme. Puede demostrar que la desigualdad y la inicua distribución de riqueza y trabajo han nacido de un sistema económico, no científico, y que el hombre, con todos sus defectos, no se propuso establecer este desorden organizado, como no se propone una mariposa quemarse dando vueltas alrededor de la llama de una vela. Puede demostrar que la diferencia entre la gracia y la fuerza del acróbata y el encorvamiento del labrador reumático es una diferencia producida por las condiciones sociales y no por la naturaleza. Puede demostrar que la mayoría de los vicios humanos más detestables no son vicios radicales, sino meras reacciones de nuestras instituciones sobre nuestras mismas virtudes. El anarquista, el fabiano, el salvacionista, el vegetariano, el médico, el abogado, el cura, el profesor de ética, el gimnasta, el soldado, el deportista, el inventor, el fabricante de programas políticos, todos tienen alguna receta para hacernos mejores, y casi todos sus remedios son materialmente viables y están dirigidos contra males conocidos. Para estas gentes, el límite del progreso es, en el peor caso, el cumplimiento de todas las reformas propugnadas y la nivelación de todos los hombres en el punto ya alcanzado por los mejor alimentados y cultivados de cuerpo y espíritu.

Hay aquí, en efecto, como creen esas gentes, un campo

enorme para la energía del reformador. Hay aquí muchos nobles fines que se pueden alcanzar por los diversos senderos ascendentes de la Colina de la Dificultad, por donde a los grandes espíritus les gusta subir. Desgraciadamente, esta colina no será nunca escalada por el hombre que nosotros conocemos. No se puede negar que si todos lucháramos resueltamente por llegar al término de las sendas de los reformadores, conseguiríamos mejorar el mundo de una manera prodigiosa. Pero este «si» no encierra más esperanza que la seguridad igualmente plausible de que si el cielo se viniera, abajo todos cogeríamos alondras. No llevamos camino de poner los pies en esas sendas; carecemos de la energía necesaria. No deseamos lo bastante el fin; en realidad, en la mayoría de los casos no lo deseamos ni poco ni mucho. Preguntad a cualquier hombre si le gustaría ser mejor, y os responderá que sí, muy religiosamente. Preguntadle si le gustaría tener un millón, y os responderá que sí, con gran sinceridad Pero el religioso ciudadano, a quien le gustaría ser mejor. sigue obrando exactamente igual que antes. Y el vago, a quien le gustaría tener el millón, no se toma la menor molestia para ganar diez chelines. Multitud de hombres y mujeres, ávidos de recibir un legado de un millón, viven y mueren sin haber llegado a poseer nunca cinco libras juntas; en cambio ha habido mendigos que han muerto cubiertos de harapos sobre colchones repletos de oro que habían acumulado porque lo deseaban lo suficiente para que esto los excitara a adquirirlo y conservarlo. Los economistas que descubrieron que la demanda crea la oferta, no tardaron en verse obligados a limitar esta proposición a la «demanda real», que en último análisis no significa otra cosa que la oferta misma; esto mismo sucede en política, en moral y en todas las demás esferas; la oferta actual es la medida de la demanda real; las meras aspiraciones o declaraciones nada producen. Ninguna comunidad ha sobrepasado la fase inicial en que su tenacidad y su fanatismo le permitieron fundar una nación, y su codicia establecer y desarrollar una civilización

comercial. Y aun estas etapas no han sido alcanzadas nunca por espíritu cívico, sino siempre por la obstinación intolerante y por la fuerza. Tómese la Reform Act de 1832 como ejemplo de un conflicto entre dos sectores de ingleses cultivados sobre una medida política tan claramente necesaria e inevitable como nunca haya sido o pueda serlo cualquier medida política. Esta ley no fué aprobada hasta que los caballeros de Birmingham se las arreglaron para pasar a cuchillo a los caballeros de Saint-James en la forma militar debida. No hubiera sido aprobada ese día si no hubiera habido detrás de ella más fuerza que la conciencia lógica y cívica de los positivistas. Un gobernante despótico, con tanto sentido como la reina Isabel, hubiera obrado mejor que la turba de adolescentes de Eton, que entonces nos gobernaban por privilegio y que ahora, a partir de la introducción en 1884 del Sufragio prácticamente masculino, nos gobiernan a petición de la democracia proletaria.

En nuestro tiempo tenemos, en lugar de los positivistas, la Sociedad Fabiana, con su pacífica, constitucional, moral y económica política socialista que sólo necesita, para su realización incruenta y benévola, que el pueblo inglés la comprenda y apruebe. Pero ¿por qué se habla bien de los fabianos en círculos donde hace treinta años la palabra «socialista» era considerada como equivalente de criminal e incendiario? No es porque los ingleses tengan la más mínima intención de estudiar o adoptar la política fabiana, sino porque creen que los fabianos, eliminando el aspecto amenazador de la agitación socialista, han arrancado los dientes a la pobreza rebelde y han salvado al orden existente del único método de ataque que realmente teme. Desde luego, si la nación adoptara la política fabiana, ésta sería llevada a cabo por la fuerza bruta, exactamente igual que nuestro sistema actual de propiedad. Llegaría a ser la ley, y los que la resistieran serían multados, delatados, aporreados por los policías, encarcelados y, en último término, «ejecutados», exactamente igual que ahora lo son cuantos infringen la ley vi-

gente. Pero como nuestra clase propietaria no teme que se verifique esa transformación, pero sí teme los atentados y los crímenes eventuales, y se esfuerza con todo su poder en ocultar el hecho de que no hay ninguna diferencia moral entre los métodos con que hace respetar sus derechos de propiedad y el que emplea el dinamitero para afirmar su concepción de los derechos naturales humanos, a la Sociedad Fabiana se le dan palmaditas en la espalda, exactamente igual que a la Unión Social Cristiana, en tanto que el socialista que dice lisa y llanamente que una revolución social sólo puede hacerse como han sido hechas todas las demás, matando, coaccionando y amenazando los que la quieren a los que la rechazan, ese socialista es denunciado como un mal pastor del pueblo y condenado a trabajos forzados para convencerle de la sinceridad de la oposición de sus perseguidores contra la fuerza material.

¿Vamos por eso a repudiar los métodos fabianos y volver a los del hombre de las barricadas o a adoptar los del dinamitero y el asesino? Por el contrario, vamos a reconocer que ambos son fundamentalmente fútiles. Al dinamitero le parece fácil decir: «¿No habéis admitido justamente que nunca se concede nada sino ante la fuerza bruta? ¿No reconoció Gladstone que la Iglesia irlandesa fué separada del Estado, no por espíritu de liberalismo, sino por la explosión que destruyó la prisión de Clerkenwell?» Bien; no hay por qué negarlo tímida y disparatadamente. Concedámoslo sin discusión. Concedamos asimismo que todo esto yace en la naturaleza de las cosas; que el socialista más ardiente, si posee propiedades, no puede absolutamente obrar de modo distinto a como lo hacen los propietarios conservadores, mientras tanto que la propiedad no sea abolida forzosamente para toda la nación; aún más, que las votaciones y discordias parlamentarias, a despecho de la vana ceremonia de la discusión, sólo difieren de los combates en lo que difiere de Trafalgar o de Waterloo la rendición en el campo de batalla, sin efusión de sangre, de una fuerza numéricamente in-

ferior. Con todas estas condiciones hago un presente al feniano que reúne dinero de los incautos irlandeses de América para volar el castillo de Dublín, al detective que induce a jóvenes obreros aturdidos a encargar bombas en la ferretería más próxima para mandarlos luego a presidio, a nuestros jefes militares y navales que no creen en los sermones, sino en un ultimátum apoyado con profusión de lidita, y finalmente a todos aquellos a quienes les pueda interesar. Pero ¿de qué sirve sustituir el camino del temerario y sanguinario por el camino del prudente y humano? ¿Es mejor Inglaterra por la destrucción de Clerkenwell, o Irlanda por la separación de la Iglesia irlandesa? ¿Existe alguna razón para suponer que la nación que tímidamente se dejó oprimir por Charles y Laud y Strafford ganó algo porque después toleró, más tímidamente aún, que unos cuantos puritanos de fuertes creencias, inflamados por las obras maestras de la literatura revolucionaria judía, cortaran la cabeza a los tres? Supóngase que el complot hubiera dado resultado y que una dinastía Fawkes se sentara permanentemente en el trono; ¿hubiera originado esto alguna diferencia en el estado actual de la nación? La guillotina fué utilizada en Francia hasta los límites de la resistencia humana por los girondinos y los jacobinos. Fouquier Tinville siguió a María Antonieta, y María Antonieta pudo haber preguntado a la muchedumbre, exactamente con tanta agudeza como lo hizo Fouquier, si su pan estaría más barato cuando hubiera caído su cabeza. ¿Qué resultó de todo esto? La Francia imperial de la familia Rougon Macquart y la Francia republicana del escándalo del Panamá y del caso Dreyfus. ¿Valía esta diferencia la pena de guillotinar a todos aquellos desgraciados caballeros y señoras, vagos y habladores en su mayoría? ¿Guillotinaría un hombre a un ratón para obtener un resultado parecido? Volvamos la vista a la América republicana. América no tiene una Star Chamber (1), ni barones feudales.

(1) Antiguo tribunal criminal inglés.—*(N. del T.)*

Pero tiene sus trusts y tiene sus millonarios, cuyas fábricas, atrincheradas con alambradas de cables eléctricos cargados y defendidas por los secuaces de Pinkerton con almacenes de rifles, harían parecer radical a Reginaldo Front de Bœuf. ¿Hubieran movido un dedo Wáshington o Franklin por la causa de la independencia americana si hubiesen previsto la realidad?

No; lo que ni César, ni Cromwell, ni Napoleón pudieron hacer teniendo en sus manos toda la fuerza material y el prestigio moral del Estado, menos puede ser hecho por criminales y lunáticos entusiastas. Hasta los judíos, que desde Moisés a Marx y Lassalle han inspirado todas las revoluciones, han tenido que confesar que, a pesar de todo, el perro volverá a su vomitona y el cerdo que fué lavado tornará a revolcarse en el fango; también nosotros podemos determinar que el hombre volverá a sus ídolos y a sus codicias a pesar de todos los «movimientos» y revoluciones, mientras tanto que no haya cambiado su naturaleza. Hasta entonces, sus primeros éxitos en la elaboración de civilizaciones comerciales (¡y qué civilizaciones, válgame Dios!) no son más que los preliminares de la inevitable etapa posterior, que ahora nos amenaza, durante la cual las pasiones que construyeron la civilización se tornarán nefastas en lugar de productivas, por lo mismo precisamente, por lo que las cualidades que hacen del león el rey de la selva causan su destrucción cuando penetra en una ciudad. Sólo puede salvar a la sociedad la clara inteligencia y la amplitud de intenciones; la guerra y la competencia, poderosos instrumentos de selección y evolución en una época, se convierten en la siguiente en ruinosos instrumentos de degeneración. La cría de animales y plantas, variedades obtenidas por la selección al través de muchas generaciones, retroceden precipitadamente al tipo primitivo en una o dos generaciones al cesar la selección. Del mismo modo, una civilización en la cual la lucha y la codicia vigorosas han dejado de actuar como agentes de selección, y empiezan a obstruir y destruir, se

precipita de espaldas cuesta abajo con una rapidez que permite ver al observador consternado cómo se desanda en el curso de una sola vida el camino ascendente de muchos siglos. Así ha sucedido con frecuencia, aun en el período que abarca la historia, y en todos los casos la crisis se ha desarrollado mucho más rápidamente que la consecución, o, por lo menos, la aceptación general sobre el papel, de la nivelación de la masa en el punto más alto alcanzado por los individuos normales mejor alimentados y más cultivados.

Tenemos, por tanto, que abandonar francamente la idea de que el hombre, tal como existe, es capaz de un progreso efectivo. Habrá siempre una ilusión de progreso, porque dondequiera tenemos conciencia de un mal lo remediamos, y esto nos hace creer que progresamos, olvidando que la mayor parte de los males que vemos son los efectos al fin agravados de retrocesos largo tiempo ignorados; que los remedios que arbitramos rara vez hacen recobrar por completo el terreno perdido, y sobre todo que en los caminos por donde vamos degenerando, el bien se ha trocado en mal ante nuestros propios ojos y es destruído en nombre del progreso, del mismo modo justamente que el mal es destruído y reemplazado por el bien a lo largo de los caminos por los cuales evolucionamos. Tal es, en efecto, la Ilusión de las Ilusiones, porque nos da la seguridad infalible y aterradora de que si ha de llegar nuestra ruina política, ésta será cumplida por los reformadores ardientes y padecida por los patriotas entusiastas, como una serie de escalones necesarios en nuestro progreso. Que el reformador, el progresista y el mejorista mediten nuevamente sobre sí mismos y sus eternos más y menos, que nunca llegan a ser menos y más. Mientras el hombre siga siendo lo que es, no podrá haber progreso superior al punto ya alcanzado y rápidamente perdido en cada ensayo de civilización; y como este punto no es más que un pináculo al que se agarran unos cuantos presa del terror del vértigo sobre un abismo de abyección, el mero progreso no nos puede seducir.

VIII

EL FALSO CONCEPTO DE LA CIVILIZACIÓN

Después de todo, la ilusión del progreso no es realmente muy sutil. Empezamos leyendo las sátiras de los contemporáneos de nuestros padres, y deducimos generalmente (con absoluta ignorancia) que los abusos expuestos en ellas son cosas del pasado. Vemos asimismo que las reformas de los males más apremiantes son efecto de los cambios parciales del poder político de manos de los opresores a manos de los oprimidos. El pobre vota por los liberales en la esperanza de que vota por sus libertadores. Esta esperanza no se cumple, pero cesa la condena a prisión perpetua por deudas de las gentes que no tienen dinero. Se aprueban leyes de protección al trabajo; la enseñanza se convierte de libre en obligatoria; se multiplican los reglamentos sanitarios; se adoptan medidas públicas para proporcionar alojamiento decoroso a las masas; el descalzo obtiene calzado; los harapos casi desaparecen; los cuartos de baño y los pianos, los cuellos almidonados y los paños elegantes llegan a numerosas gentes que en otro tiempo andaban desarrapadas. Algunos de estos cambios son ganancias, otros son pérdidas. Algunos no son cambios ni poco ni mucho; todos son simplemente los cambios que produce el dinero. No obstante, proporcionan una ilusión de progreso incesante, y la clase cultivada deduce de aquí que los abusos del primer período victoriano sólo existen ya como entretenidas páginas de las novelas de Dickens. Pero en cuanto buscamos una reforma que sea debida al carácter y no al dinero, al estadismo y no al interés o al motín, quedamos desilusionados. Por ejemplo. Recordábamos la mala administración y la incompetencia revelada por la guerra de Crimea como parte de un estado

de cosas pasado, hasta que la guerra del Transvaal demostró que ni la Nación ni el Ministerio de la Guerra, como aquellos pobres Borbones tan impudentemente censurados por su característica universal, habían aprendido ni olvidado nada. Aún no nos habíamos repuesto muy bien de la inútil desazón producida por este descubrimiento, cuando transcendió al conocimiento público que el Cuerpo de oficiales de nuestro regimiento más distinguido formaba un club de flageladores, presidido por el subalterno más antiguo. La revelación de los detalles de esta relajación juvenil produjo cierto asco, pero la visible ausencia de toda concepción del honor y de la virtud varoniles, del valor personal y del respeto de sí mismo en las primeras filas de nuestra Caballería, no causó ninguna sorpresa. Dábamos por sentado en cuestiones públicas que la adulación y la idolatría que indujeron a Carlos I a menospreciar la rebelión puritana del siglo XVII habían pasado hacía tiempo al olvido; pero sólo ha sido necesaria la ocurrencia de circunstancias favorables para que revivieran, con añadidura de abyección para compensarnos de su devoción pérfida insignificante. Hemos recaído en las discusiones sobre la transubstanciación, en el justo momento en que el descubrimiento de la amplia preponderancia de la teofagia como costumbre primitiva nos ha arrebatado la última excusa para creer que nuestros ritos religiosos oficiales difieren esencialmente de los ritos de los salvajes. La doctrina cristiana de la inutilidad del castigo y de la iniquidad de la venganza, a pesar de su evidente sentido común, no ha encontrado entre todas las naciones un solo convertido. El cristianismo no tiene para las masas otra significación que la de una ejecución pública sensacional que se utiliza como pretexto para ejecuciones sucesivas. En su nombre arrojamos diez años de vida de un ladrón, minuto por minuto, en el horror y en la degradación lentos de nuestras modernas cárceles reformadas, con tan poco remordimiento como Laud cercenaba las orejas de Bastwich y Burton en su Star Chamber. Hace poco desenterramos y mutilamos los

restos del Mahdi, exactamente lo mismo que hace dos siglos desenterramos y mutilamos los restos de Cromwell. Pedimos la decapitación de los príncipes chinos boxers como lo hubiera hecho cualquier tártaro, y nuestras expediciones navales y militares para diezmar, incendiar y destruir tribus y aldeas, por haber maltratado a un inglés, constituyen una parte tan frecuente de nuestra rutina imperial, que la última docena de estas expediciones no ha despertado tanta compasión como despertaría una mujer criminal cualquiera. Se supone que el empleo judicial de la tortura para obtener la confesión es un vestigio de las épocas más sombrías; ahora bien, cuando se escriben estas páginas, un juez inglés ha condenado a veinte años de trabajos forzados a un falsificador, declarando francamente que cumpliría la totalidad de la condena, a no ser que confesara dónde había ocultado los billetes falsificados. Ni este hecho ni un telegrama transmitido desde Somalia mencionando que un prisionero ha facilitado cierta información «mediante castigo» han sugerido ningún comentario. Aun cuando estos casos no fueran ciertos, el hecho de ser aceptados sin protesta, como indicando una marcha natural y apropiada de la conducta pública, prueba que nos hallamos tan dispuestos a recurrir a la tortura como lo estaba Bacon. En cuanto a la crueldad vengativa, un incidente de la guerra del Transvaal, en el que los parientes y amigos de un prisionero fueron obligados a presenciar su ejecución, reveló tal bajeza de temperamento y de carácter, que no tenemos realmente derecho a vanagloriarnos de nuestra superioridad sobre Eduardo III en la rendición de Calais. Y el demócrata oficial americano se entrega a la tortura en Filipinas exactamente como lo hizo en Africa del Sur el aristocrático oficial inglés. Los incidentes de la invasión blanca en Africa en busca de marfil, oro, diamantes y deportes han demostrado que el europeo moderno es la misma ave rapaz que en otro tiempo marchaba a la conquista de nuevos mundos con Alejandro, Antonio y Pizarro. Los parlamentos y las juntas episcopales protestantes son

exactamente lo mismo que eran cuando Cromwell los suprimió y Dickens se burló de ellos. El político demócrata sigue siendo exactamente como lo describió Platón; el médico es aún el crédulo impostor y el petulante mequetrefe científico que ridiculizó Moliére; el maestro de escuela sigue siendo, en el mejor de los casos, un pedante cultivador de niños, y en el peor, un flagelomaníaco; los hombres honrados temen más los arbitrajes que los procesos; el filántropo es todavía un parásito de la miseria, como el doctor lo es de la enfermedad; los milagros de la superchería religiosa no son menos fraudulentos y perjudiciales porque ahora sean llamados experimentos científicos y dirigidos por profesores; la brujería, bajo la forma de medicinas patentadas e inoculaciones profilácticas, campa por sus respetos; el terrateniente, que ya no es lo suficiente poderoso para colocar la trampa de Rhampsinitis para coger a hombres, la perfecciona con alambres de púas; el caballéro moderno, demasiado perezoso para embadurnar de bermellón su cara como símbolo de bravura, manda a una lavandera que le embadurne de almidón la camisa como símbolo de limpieza; meneamos la cabeza ante el cieno medieval, desde ciudades manchadas de hollín, sucias y desagradables a causa del humo vergonzoso del tabaco; el agua bendita, en su última forma de líquido desinfectante, es más usada y se cree en ella más que nunca; la salud pública consiente deliberadamente realizar conjuros quemando azufre (aunque se sabe que es inútil), porque las gentes creen en ellos tan devotamente como el campesino italiano cree en la licuación de la sangre de San Jenaro, y la honrada mentira pública ha adquirido un desarrollo gigantesco, no habiendo lugar a elegir en este particular entre el ratero en la comisaría, el ministro en el banco del Tesoro, el director en la redacción del periódico, el magnate industrial que anuncia neumáticos de bicicleta que no patinan, el pastor que suscribe los treinta y nueve artículos de fe y el vivisector que se compromete por su honor a no hacer sufrir a un animal operado en el laboratorio fisiológico. Lo peor

es la hipocresia, pues no tan sólo perseguimos fanática y sinceramente el nombre del supersticioso curanderismo en que creemos, sino dura e hipócritamente asimismo en nombre de las creencias evangélicas, de las que nuestros gobernantes se ríen en la intimidad, como los patricios italianos del siglo V se reían de Júpiter y de Venus. El deporte es, como siempre lo ha sido, una excitación homicida; el impulso de matar es universal; en todo el país se establecen museos para alentar a los niños pequeños y a los caballeros de edad a coleccionar cuerpos conservados en alcohol y a robar los huevos de los pájaros y conservarlos como los pieles rojas hacen con los cueros cabelludos. Castigar a latigazos es tan natural en un inglés como lo era en Salomón espoliar a Rehoboam; en realidad, la comparación con los judíos es injusta, si se tiene en cuenta el hecho de que la ley mosaica prohibía, en nombre de la humanidad, dar más de cuarenta azotes, en tanto que en los siglos XVIII y XIX hubo soldados ingleses que fueron azotados con mil latigazos, y todavía lo serían a no ser por el cambio en la balanza del poder político entre la casta militar y la clase comercial y el proletariado. A pesar de este cambio, el azotamiento es todavía una institución en la escuela pública, en la prisión militar, en la disciplina de los barcos y en esa escuela de mezquindad que llamamos hogar. El clamor lascivo del flagelomaníaco pidiendo más, constante como el clamor del que pide más insolencia, más guerra y más bajas proposiciones, es tolerado y complacido, pues no teniendo a la vista fines morales, tenemos sentido suficiente para ver que sólo la fuerza bruta puede imponer nuestra egoísta voluntad a los demás. La cobardía es universal; el patriotismo, la opinión pública, el deber paternal, la disciplina, la religión, la moralidad, son sólo nombres bonitos para decir intimidación, y la crueldad, la glotonería y la credulidad fomentan la cobardía. Degollamos una ternera y la colgamos boca abajo para que acabe de morir desangrada, a fin de conseguir que las chuletas sean blancas; inmovilizamos en una tabla a los gansos y los atra-

camos de alimentos porque nos gusta el sabor de higadillo; desgarramos a los pájaros para adornar los sombreros de nuestras mujeres; mutilamos a los animales domésticos sin otra razón que la de seguir una costumbre instintivamente cruel, y permitimos las más abominables torturas en la esperanza de obtener por medio de ellas la cura mágica de nuestras dolencias.

Ahora bien; obsérvese que éstos no son desarrollos excepcionales de nuestros vicios admitidos, deplorados y combatidos por todos los hombres buenos. No se ha dicho aquí ni una palabra de los excesos de nuestros Nerones, de los cuales tenemos una porción regular. Con excepción de algunos ejemplos militares, que han sido mencionados principalmente para demostrar que la educación y la reputación de un caballero, reforzadas por los poderosos convencionalismos de honor, espíritu de cuerpo, publicidad y responsabilidad, no contienen mayores garantías que las pasiones de la plebe, los demás ejemplos anteriormente presentados son lugares comunes tomados de la práctica cotidiana de nuestros mejores ciudadanos, vehementemente defendidos en nuestros periódicos y en nuestros púlpitos. Los mismos humanitaristas que los aborrecen son empujados por su causa al crimen: el puñal de Bruto y de Ravaillac reaparece en las manos de Caserio y de Luccheni, y la pistola ha acudido en su ayuda en las manos de Guiteau y Czolgosz. Nuestros remedios todavía se limitan a la resistencia y al asesinato, y aún se asesina judicialmente al asesino siguiendo el principio de que dos negras hacen una blanca. La novedad radica en nuestros métodos: a causa del descubrimiento de la dinamita, el mosquete recargado de Hamilton de Bothwelhaugh ha sido substituído por la bomba; pero el corazón de Ravachol latía exactamente lo mismo que el de Hamilton. El mundo no podrá sufrir el pensamiento de aquellos que le conocen, aun desquitándose ampliamente con la continencia de la pobreza en el pobre y la cobardía del rico.

Todo lo que podemos decir para nuestro descargo es que

las gentes deben vivir y viven y dejan vivir hasta cierto punto. Aun el caballo, con su cola cortada y su bocado apretado, ve limitada su esclavitud por el hecho de que si se descuidara su alimentación y su descanso, su dueño se expondría a tener que comprar un caballo cada dos días, porque no se puede reventar de trabajo a un caballo y luego escoger otro sin desembolsar nada, como se hace con un obrero. Pero esta barrera natural a nuestro desaforado egoísmo es consecuencia en parte de nuestra miopía y en parte de cálculo deliberado, puesto que, además del hombre que en propio perjuicio acorta la vida de su caballo por pura codicia, tenemos la Compañía de tranvías que descubre experimentalmente que un caballo, aunque pueda vivir de veinticuatro a cuarenta años, da más beneficio haciéndole trabajar hasta reventar durante cuatro años y reemplazándole luego por una víctima fresca. Y la esclavitud humana, que ha alcanzado en nuestro propio tiempo el mayor grado de intensidad bajo la forma del trabajo libre asalariado, ha encontrado los mismos límites personales y comerciales a su agravación y a su atenuación. Ahora que la libertad del trabajo asalariado ha originado, como en Africa del Sur, su escasez, los primeros periódicos ingleses y las principales revistas semanales han pedido abiertamente y sin retórica la vuelta al trabajo obligatorio; esto es, a los métodos por los cuales, según creemos, construyeron los egipcios las pirámides. Sabemos ahora que la cruzada contra la esclavitud personal en el siglo XIX triunfó tan sólo porque la esclavitud personal no era el método más práctico ni el más humano de explotación del trabajo. Y actualmente el mundo está explorando el camino hacia un sistema más práctico todavía que abolirá la libertad del trabajador, sin que, por otra parte, tenga su explotador ninguna responsabilidad para con él.

Sin embargo, siempre hay alguna atenuación: hay el temor de la rebelión y existen los efectos de la bondad y del sentimiento. Sea repetido, por tanto, que no se lanza aquí

ninguna acusación contra el mundo a pretexto de cuál proceden sus criminales y sus monstruos. Las hogueras de Smithfield y de la Inquisición fueron encendidas por gentes sinceramente piadosas, que eran bondadosas y buenas, como el bien y la bondad se entienden. Y cuando en América, en la actualidad, se rocía de petróleo y se quema vivo a un negro, no se trata de un hombre bueno linchado por canallas, sino de un criminal linchado por una turba de ciudadanos magnánimos, respetables, caritativos, virtuosamente indignados, que aunque obran fuera de la ley, son por lo menos más piadosos que los legisladores y los jueces americanos, que no hace mucho condenaban a unos hombres a reclusión solitaria por períodos, no de cinco meses, como es también costumbre nuestra, sino de cinco años y más. Lo que nuestros monstruos morales pueden llevar a cabo, deja atrás la matanza de la noche de San Bartolomé y otras momentáneas explosiones del desorden social. Juzguemos por los usos admitidos y respetados de nuestros círculos más reputados, y si se conocen los hechos y se tiene valor bastante para mirarlos frente a frente, se debe admitir que, a menos que no seamos reemplazados por un animal más altamente evolucionado—en suma, por el Superhombre—, el mundo seguirá siendo una guarida de animales peligrosos, entre los cuales nuestros escasos y fortuitos Superhombres, los Shakespeare, los Goethe, los Shelley y sus pares tienen que vivir tan precariamente como el domador de leones, aceptando lo excepcional de su situación y la dignidad de su superioridad como contrapeso al horror de aquélla y a la soledad de ésta.

IX

EL FALLO DE LA HISTORIA

Puede decirse que aunque, bajo la excitación de la guerra y del crimen, la fiera aparece en el hombre y le hace volver momentáneamente a la barbarie, su vida normal es más elevada que la de sus ascendientes. Esta opinión es muy admisible para los ingleses, que se inclinan siempre sinceramente del lado de la virtud, mientras no les cuesta ni dinero ni ideas. La injusticia de los extranjeros, que no conceden ningún crédito a esa magnanimidad, los lastima vivamente. Pero no hay ninguna razón para suponer que nuestros antepasados fueron menos capaces de ello que nosotros. A todas esas pretensiones de la existencia de una evolución moral progresiva operando visiblemente de abuelo a nieto, cabe oponer la respuesta concluyente de que mil años de evolución semejante hubieran producido cambios sociales enormes, cuya evidencia histórica sería abrumadora. Pero ni el mismo Macaulay, el más digno de confianza de los mejoristas liberales, puede presentar ninguna demostración de tal índole que resista un atento examen. Compárese nuestra conducta y nuestras leyes con las mencionadas, como vigentes, en los antiguos escritos y en los clásicos que han llegado a nosotros, y no se hallará el menor fundamento a la creencia de que se haya realizado en tiempos históricos cualquier progreso moral, a despecho de todas las tentativas románticas de los historiadores por reconstruir el pasado sobre esta presunción. Dentro de esos tiempos históricos, las naciones, como las familias y los individuos, han florecido y decaído; han contristado y endurecido sus corazones; se han sometido y han protestado; han accionado y reaccionado; han oscilado entre el saneamiento natural y el artificial (la

casa más antigua del mundo, desenterrada hace poco en Creta, tiene disposiciones sanitarias completamente modernas); han recorrido en círculo mil cambios, según los diferentes grados de crecimiento y empuje de su población, creyendo firmemente durante todo ese tiempo que el género humano avanzaba dando brincos, porque los hombres estaban constantemente ocupados. Sólo el capítulo de las casualidades ha dejado una pequeña suma de descubrimientos fortuitos, tales como la rueda, el arco, el imperdible, la pólvora, el imán, el arco voltaico, etc., cosas que, contrariamente a los evangelios y tratados filosóficos de los sabios, pueden ser comprendidas y aplicadas útilmente por los hombres comunes; de forma que la locomoción a vapor es posible sin una nación de Stephensons, en tanto que el cristianismo nacional es imposible sin una nación de Cristos. Pero nadie puede creer seriamente que un *chauffeur* que conduce un automóvil de París a Berlín es un hombre más altamente evolucionado que el auriga de Aquiles, o que un primer ministro moderno es un gobernante más culto que César, porque monta en triciclo, escribe sus disposiciones con luz eléctrica y da instrucciones por teléfono a su corredor de Bolsa.

Termine, pues, este cacareo sobre el progreso. El hombre, tal como es, no podrá nunca añadir un codo a su estatura por ninguna de sus charlatanerías políticas, científicas, educativas, religiosas o artísticas. Lo que es probable que ocurra cuando esta convicción penetre en el cerebro de los hombres cuya fe actual en esas ilusiones es el cimiento de nuestro sistema social, sólo puede ser imaginado por aquellos que saben cuán bruscamente puede caer en pedazos una civilización que desde largo ha dejado de pensar (o, según la vieja frase, de velar y rezar), cuando la creencia general en sus hipocresías e imposturas no puede sostenerse más tiempo frente a sus fracasos y escándalos. Cuando las fórmulas religiosas y éticas sean tan desusadas que ningún hombre de mente vigorosa pueda creer en ellas, éstas habrán alcanzado

también el punto en que ningún hombre de carácter elevado las profesará; y desde ese momento, hasta que sean formalmente desechadas, permanecerán a la puerta de toda profesión y de toda oficina pública, para impedir el paso a todo hombre capaz que no sea un sofista o un embustero. Una nación que revisa sus consejos parroquiales una vez cada tres años, pero no revisará sus cláusulas religiosas una sola vez en trescientos años, aunque esas cláusulas empezaran manifiestamente como un compromiso político dictado por Perico de los Palotes, es una nación que necesita ser rehecha.

Nuestra única esperanza está, pues, en la evolución. Debemos sustituir al hombre por el Superhombre. Es terrible para el ciudadano, según pasan los años, ver a sus propios contemporáneos tan exactamente reproducidos en la generación más joven, que sus camaradas de hace treinta años tienen su contrapartida entre la muchedumbre de cada ciudad, teniendo que reprimirse repetidamente en el acto de ir a saludar, como si fuera un viejo amigo, a algún joven para quien él no es más que un extraño de más edad. Toda esperanza de adelanto muere en su pecho según los contempla; sabe que obrarán exactamente igual que sus padres y que las pocas voces que aún los exhortarán, lo mismo que antaño, a hacer algo distinto y a ser algo mejores, pueden guardar su aliento para enfriar su sopa (si pueden adquirir alguna). Hombres como Ruskin y Carlyle predicarán a Smith y a Brown por amor a la predicación, precisamente como San Francisco predicaba a los pájaros y San Antonio a los peces Pero Smith y Brown, como los peces y los pájaros, siguen siendo como son; y los poetas que planean utopías, demostrando que para su realización no es necesario sino que el hombre las quiera, advierten por último, como Ricardo Wágner, que el hecho que da que pensar es que el hombre no las quiere efectivamente. Y no querrá jamás hasta que no se convierta en Superhombre.

Y así llegamos al fin del sueño del socialista sobre «la so-

cialización de los medios de producción y cambio», y del sueño del positivista de moralizar al capitalista, y del sueño del profesor de Etica, del legislador y del educador, de colocar sobre un hombre preceptos y leyes y lecciones y notas de examen como se coloca el arnés a un caballo, la toga a un juez, el casco a un soldado o la peluca a un actor, pretendiendo que su naturaleza ha sido cambiada. El único socialismo fundamental y posible es la socialización de la cría selectiva del hombre; en otros términos, de la evolución humana. Debemos eliminar al Yahoo (1), o su voto hará zozobrar el bien público.

X

EL MÉTODO

En cuanto al método, ¿qué podemos decir hasta ahora fuera de que donde hay una voluntad hay un camino? Si falta la voluntad, estamos perdidos. Esta es una posibilidad para nuestro desvencijado y menguado imperio, si no para todo el universo; y como posibilidades semejantes no pueden admitirse sin empeñar todas las fuerzas disponibles, mientras sobrevivimos debemos obrar bajo el supuesto de que aún tenemos bastante energía, no sólo para querer vivir, sino para querer vivir mejor. Esto puede significar que debemos establecer un Ministerio de la Evolución, con un sillón en el Gabinete para su jefe y una asignación para sufragar los gastos de los experimentos directos del Estado y excitar a los particulares a conseguir resultados eficaces. Puede significar la constitución de una sociedad particular o de una compañía privilegiada para el mejoramiento de la raza humana. Pero

(1) Raza bestial, de forma humana, en *Los Viajes de Gulliver*, de Swift.—*(N. del T.)*

actualmente es mucho más probable que sólo signifique la ruidosa repudiación de semejantes proposiciones como indecentes e inmorales, con un secreto impulso general, sin embargo, de la voluntad humana en la dirección repudiada; de forma que toda especie de instituciones y autoridades públicas, con uno o con otro pretexto, explorarán furtivamente su camino hacia el Superhombre. Ya Mr. Graham Wallas sé ha aventurado a sugerir, como presidente del Comité director de Enseñanza de la Junta de Enseñanza de Londres, que con la política aceptada de la esterilización de las maestras, aunque conveniente administrativamente, se da lugar a crítica desde el punto de vista de la propagación racial nacional; éste es un ejemplo tan bueno como cualquiera de cómo el impulso hacia el Superhombre puede manifestarse a despecho de todas nuestras hipocresías. Para empezar, una cosa por lo menos parece clara. Si una mujer, por la cuidadosa elección de un padre y la alimentación de sí misma, produce un ciudadano de sentidos eficientes, órganos sanos y buena digestión, se le aseguraría indudablemente por este servicio natural una remuneración suficiente para que aceptara con gusto intentar y repetir el caso. Que fuera para ello sostenida financieramente por sí misma, o por el padre, o por un capitalista interesado, o por un nuevo negociado de—digámoslo—la Real Sociedad de Dublín, o (como actualmente) por el Ministerio de la Guerra, cuidando de mantenerla «en su vigor» y autorizando a un soldado escogido a casarse con ella, o por una autoridad local por medio de un reglamento encaminado a proporcionar a las mujeres, en ciertas circunstancias, un año de vacaciones con el salario completo, o por el Gobierno central; todo esto nada importa, con tal de que el resultado sea satisfactorio.

Es una triste realidad que, como la mayoría de las mujeres y sus cónyuges en las condiciones existentes, ni tienen suficiente alimentación, ni capital, ni crédito, ni conocen la ciencia ni los negocios; si el Estado pagara por los nacimientos como ahora paga por las defunciones, aquéllos serían

explotados por Sociedades anónimas con dividendos, exactamente como ahora lo son en las industrias ordinarias. Y hasta una Sociedad para la cría humana (piadosamente disfrazada de Inclusa reformada o algo parecido) puede perfectamente producir mejores resultados que nuestra actual confianza en el matrimonio promiscuo. Se puede objetar que cuando un contratista corriente fabrica géneros para el Estado y el Gobierno los rechaza por no ajustarse al modelo exigido, los géneros rechazados son malvendidos o almacenados: esto es, tratados como material de desecho; pero que si los géneros consistieran en seres humanos, lo único que podría hacerse con ellos sería abandonarlos o enviarlos al asilo más próximo. No otra cosa hace la empresa privada arrojando su desecho humano al mercado barato del trabajo y a los asilos; el desecho de la nueva industria sería mejor cuidado que el primer producto de la pobreza ordinaria. Dentro de nuestro feliz y satisfecho desorden industrial actual, todos los productos humanos, superiores o inferiores, tendrían que ser lanzados al mercado del trabajo; pero los inferiores no darían derecho a la Compañía a una subvención, y, por tanto, significarían para ella una pérdida. La dificultad comercial práctica sería la incertidumbre y el gasto de tiempo y de dinero en los primeros ensayos. El capital puramente comercial no se interesaría en estas operaciones heroicas durante la etapa comercial, y desde el esfuerzo mental necesario para arranque tan grave y tan nuevo, no se podría esperar precisamente que viniera del *Stock Exchange* (1). Tendría que ser dirigido por estadistas con suficiente carácter para decir a nuestra democracia y a nuestra plutocracia que la gobernación no consiste en adular sus locuras o en aplicar sus modelos suburbanos de conducta a los asuntos de cuatro continentes. La cuestión debe ser recogida por el Estado o por una organización lo bastante fuerte para imponer respeto al mismo Estado.

(1) Bolsa de Londres.—*(N. del T.)*

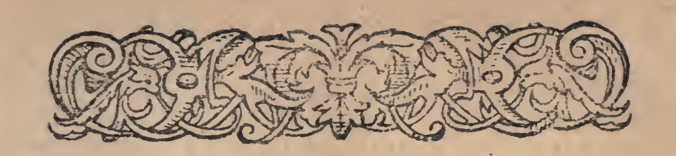
La novedad de cualquier experimento de ésos, sin embargo, reside sólo en sus dimensiones. En un caso bien a la vista, el de la realeza, el Estado ya selecciona a los progenitores por razones puramente políticas; y en la nobleza, aunque el heredero de un ducado es libre de casarse con una lechera, la presión social ejercida sobre él para confinar su elección a consorte política y socialmente elegible, es tan abrumadora, que, en realidad, no es más libre de casarse con una lechera que lo era Jorge IV de casarse con mistress Fitzherbert; un matrimonio así, sólo podría tener lugar por efecto de una extraordinaria fuerza de carácter de la lechera imponiéndose a una debilidad extraordinaria del duque. Los que consideran absurda y escandalosa la idea, en toda su amplitud, de la cría humana inteligente, ¿se preguntan por qué no le estaba permitido a Jorge IV elegir esposa por sí mismo, en tanto que cualquier calderero podía casarse con quien quisiera? Por la sencilla razón de que era políticamente indiferente con quién se casaba el calderero; pero era de la mayor importancia con quién se casaba el rey. La manera como la consideración a los derechos personales del rey, a las exigencias del corazón, a la santidad del juramento matrimonial y a la moralidad romántica desaparece ante la necesidad política, demuestra el desprecio en que se tiene a todos esos prejuicios aparentemente irresistibles, cuando entran en lucha con la exigencia de altas cualidades en nuestros gobernantes. Lo mismo nos enseña el caso del soldado, cuyo matrimonio, cuando llega a ser autorizado, es intervenido despóticamente, con vistas tan sólo a su eficiencia militar.

Felizmente, hoy en día no es el rey quien gobierna, sino el calderero. Ya no se temen las guerras dinásticas, ni las alianzas dinásticas tienen valor. Los matrimonios en las familias reales son cada vez menos políticos, más populares, domésticos y románticos. Si todos los reyes de Europa fueran declarados mañana tan libres como el rey Cophetua, nadie, excepto sus tías y sus chambelanes, sentiría ni un momento de inquietud por las consecuencias. Por otra parte,

se ha ido desarrollando con firmeza cierto sentido social del matrimonio del calderero. De la salud de su esposa en el mes consecutivo a su alumbramiento, hemos hecho una cuestión pública. Hemos arrebatado de sus manos los cerebros de sus hijos y los hemos puesto entre las manos de nuestro maestro nacional. Y ahora hasta los alimentaremos sin que él tenga que intervenir. Pero son todavía populacho, y entregar el pais al populacho es un suicidio nacional, puesto que el populacho ni puede gobernar ni quiere dejar gobernar a nadie, excepto a quien le ofrezca más pan y más fiestas. No existe ningún ciudadano entusiasta con veinte años de experiencia práctica de la democracia que crea en la capacidad política de las masas electorales ni de los cuerpos elegidos. El derrocamiento del aristócrata ha creado la necesidad del Superhombre.

Los ingleses odian demasiado a la Libertad y a la Igualdad para que las comprendan. Pero todos los ingleses aman y desean un *pedigree* (1). Y en eso tienen razón. El rey Demos debe ser criado como los demás reyes, y con el Debe no cabe discutir. Es inútil para un escritor individual llevar más allá en un folleto una materia tan vasta. Una conferencia sobre este tema es el paso inmediatamente necesario. Esta será escuchada por aquellos hombres y mujeres que, no creyendo ya en que pueden vivir eternamente, andan buscando una obra inmortal en donde puedan empeñar lo mejor de sí mismos antes de que sus restos pasen bajo el arco destructor de despojos mortales: el horno crematorio.

(1) Árbol genealógico de los animales de raza, caballos, perros, etc.—*(N. del T.)*



MÁXIMAS PARA REVOLUCIONISTAS

La regla áurea.

No hagas a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti. Puede que no tengan los mismos gustos que tú.

No resistas nunca a la tentación. Prueba de todas las cosas, y conserva la que sea buena.

No quieras a tu prójimo como a ti mismo. Si estás a bien contigo mismo, sería una impertinencia. Si no estás, sería una ofensa.

La regla áurea es la siguiente: no hay reglas áureas.

Idolatría.

El arte de la gobernación es la organización de la idolatría.

La burocracia está compuesta de funcionarios; la aristocracia, de ídolos; la democracia, de idólatras.

El populacho no puede comprender a la burocracia; sólo sabe adorar a los ídolos nacionales.

El salvaje se prosterna ante ídolos de madera y de piedra; el hombre civilizado, ante ídolos de carne y hueso.

Una monarquía limitada es una treta para combinar la

inercia de un ídolo de madera con la credibilidad de uno de carne y hueso.

Cuando el ídolo de madera no responde a los rezos de los campesinos, éstos le pegan; cuando el ídolo de carne y hueso no satisface a los hombres civilizados, éstos le cortan la cabeza.

El que mata a un rey y el que mata por orden suya son en igual grado idólatras.

Realeza.

Los reyes no nacen; son hechos por alucinación artificial. Cuando el procedimiento sufre una interrupción, por la desgracia, en una edad crítica, como en el caso de Carlos II, el terreno se sanea y nunca vuelve a brotar completamente la realeza.

La corte es el cuarto de criados del soberano.

La vulgaridad en un rey halaga a la mayoría de la nación.

El servilismo, propagado por el trono, es el premio que pagamos por su conveniencia política.

Democracia.

Si el espíritu inferior pudiese medir el superior, como un metro puede medir una pirámide, el sufragio universal tendría razón de ser. Tal como están las cosas, el problema político queda sin resolución.

La democracia pone la elección por la mayoría incompetente en vez del nombramiento por la minoría corrompida.

Las repúblicas democráticas no pueden prescindir de ídolos nacionales, lo mismo que las monarquías no pueden pasarse sin funcionarios.

El gobierno sólo presenta un problema: el descubrimiento de un método antropométrico fidedigno.

Imperialismo.

El exceso de insularidad hizo imperialista al británico.

El exceso de regionalismo hizo colonista al imperialista.

Un imperialista colonial es un hombre que recluta tropas coloniales, equipa una escuadra colonial, pide que el Parlamento federal someta sus medidas al trono en vez de someterlas al ministerio de Ultramar, y después de haberse metido, gracias a tales procedimientos, en un conflicto sin solución con el imperialista insular, «corta las amarras» y deshace el imperio.

Libertad e igualdad.

El que confunde la libertad política con la independencia, y la igualdad política con la similaridad, no ha reflexionado nunca cinco minutos sobre ninguno de estos conceptos.

Ninguna cosa puede ser incondicional; por lo tanto, ninguna puede ser independiente.

La libertad supone responsabilidad. Por eso la mayor parte de los hombres la temen tanto.

El duque desdeñosamente se informa para saber si su guarda-bosque es el igual del astrónomo del Observatorio Real; pero entiende que los dos serán ahorcados de igual manera si le asesinan.

El concepto de que el coronel tiene que ser mejor hombre que el simple soldado es tan erróneo como el concepto de que la clave de bóveda tiene que ser más fuerte que la dovela.

Donde la igualdad no se discute, allí también hay subordinación.

La igualdad es fundamental en todas las capas de la organización social.

La relación entre superior e inferior excluye los buenos modales.

Instrucción.

Cuando un hombre enseña una cosa, no comprende que haya alguien que no tenga aptitud para ella, y le da un certificado, como si, sin este último, la instrucción de un caballero no pudiese ser completa.

Los sesos de un necio digieren la filosofía trocándola en necedad, la ciencia trocándola en superstición, el arte trocándole en pedantería. De ahí la instrucción universitaria.

Los niños mejor criados son los que han visto a sus padres como son. La hipocresía no es el primer deber de los padres.

El peor de los abortos consiste en tratar de moldear el carácter de un niño.

En la Universidad toda gran teoría se deja de enseñar hasta que su autor haya logrado un juicio imparcial y un conocimiento perfecto. Si un caballo pudiese esperar tanto tiempo para ser herrado y pagase por ello anticipadamente, todos nuestros herradores serían catedráticos de primera clase.

El que puede, hace. El que no puede... enseña.

Un hombre erudito es uno que no tiene nada que hacer y mata el tiempo estudiando. Guardaos de su falsa erudición: es más peligrosa que la ignorancia.

La actividad es el único camino que lleva al conocimiento.

Todo necio cree lo que sus maestros le dicen y llama a *su* credulidad ciencia o moralidad, con tanta confianza como su padre la llamó revelación divina.

El hombre que domina perfectamente su propio idioma nunca dominará perfectamente otro.

Ningún hombre puede ser un puro especialista sin ser, en absoluto, un idiota.

No inculques a tus hijos principios morales y religiosos si no estás muy seguro de que no los tomarán demasiado en serio. Más vale ser la madre de Henri Quatre y de Nell Groynne que de Robespierre y de la reina María Tudor.

Matrimonio.

El matrimonio tiene aceptación porque combina el máximum de tentación con el máximum de probabilidad.

El matrimonio es el único contrato legal que anula, entre las partes contratantes, todas las leyes que tienden a poner en salvo las relaciones particulares a que se refiere.

La función esencial del matrimonio es la continuación de la raza, como se nos dice en el *Libro de las Oraciones.*

La función accidental del matrimonio es la satisfacción del sentimiento erótico del género humano.

La esterilización artificial del matrimonio posibilita al matrimonio cumplir su función accidental y, al propio tiempo, descuidar su función esencial.

El invento más revolucionario del siglo XIX ha sido la esterilización artificial del matrimonio.

Cualquier sistema matrimonial que condene a una mayoría de la población al celibato será violentamente derrocado, bajo el pretexto de que ofende a la moral.

La poligamia, cuando se practica bajo las modernas condiciones democráticas, como por los mormones, se viene abajo por la oposición de la masa de hombres inferiores que por ella se ven condenados al celibato. Porque el instinto materno de la mujer la impulsa a preferir la décima parte de un hombre superior a la exclusiva posesión de un hombre inferior. La poliandria no ha sido ensayada todavía bajo dichas condiciones.

El mínimum de celibato nacional (cuyo coeficiente se puede obtener dividiendo el número de varones que existen en la comunidad por el número de hembras, y tomando el cociente como el número de esposos o esposas a que tiene derecho cada persona) está asegurado en Inglaterra (donde el cociente es 1) por la institución de la monogamia.

El término sentimental moderno, para expresar el mínimum de celibato, es «pureza».

El matrimonio, o cualquier otra forma de promiscua monogamia amorística, es fatal para los grandes Estados, porque pone obstáculos a la producción de hombres políticamente perfeccionables.

Crimen y castigo.

Toda la criminología puede resumirse en la frase: «*Que Messieurs les assassins commencent.*»

El hombre que ha pasado por las etapas que distan entre las severidades disciplinarias de la universidad de Eton y el sitial desde el que sentencia a un ladrón a ser castigado, es el mismo producto social que ese mismo ladrón que ha sido pegado por su padre y azotado por su madre hasta haber crecido bastante y adquirido bastante fuerza para estrangular o tumbar al rico cuyo dinero anhela.

El encarcelamiento es tan irrevocable como la muerte.

Los criminales no mueren por mano de la ley. Mueren por mano de otros hombres.

El asesino Czolgosz hizo del Presidente McKinley un héroe con asesinarle. Los Estados Unidos de América, por el mismo procedimiento, hicieron un héroe de Czolgosz.

El asesinato en el cadalso es la peor forma de asesinato, porque allí se sanciona con la aprobación de la sociedad.

Es el hecho el que enseña, no el nombre que le damos. El homicidio y la pena de muerte no son contrarios que se neutralizan, sino semejantes que se reproducen.

El crimen no es más que el pormenor de lo que es, al por mayor, la ley penal.

Cuando un hombre quiere matar un tigre, lo llaman deporte; cuando el tigre le quiere matar a él, lo llaman ferocidad. La diferencia entre el Crimen y la Justicia no es mayor.

Mientras tengamos cárceles importa poco quiénes de nosotros ocupan las celdas.

El hombre más angustiado en una cárcel es el director.

No hace falta reemplazar a un criminal decapitado; hace falta reemplazar un sistema social decapitado.

Títulos.

Los títulos diferencian a los mediocres, embarazan a los superiores y son desprestigiados por los inferiores.

Los grandes hombres rechazan los títulos porque desconfían de ellos.

Honor.

No hay personas perfectamente honorables, pero toda persona verdadera tiene un pundonor principal y algunos de menor cuantía.

No se puede creer en el honor hasta haberlo logrado. Lo mejor es conservarse limpio y brillante: es uno la ventana por la que debe mirar al mundo.

Tu palabra nunca puede ser tan buena como tu firma, porque tu memoria no puede ser tan fiel como tu honor.

Propiedad.

«La propiedad—dijo Proudhon—es el robo.» Esta es la única verdad evidente que se ha dicho sobre ella.

Sirvientes.

Cuando los sirvientes domésticos son tratados como seres humanos, no vale la pena tenerlos.

Las relaciones entre dueños y criados sólo son ventajosas para los dueños que no tienen escrúpulos en abusar de su autoridad y para los sirvientes que no tienen escrúpulos en abusar de su confianza.

El perfecto sirviente, cuando su amo le trata con demasiada humanidad, se da cuenta de que peligra su existencia y se apresura a buscar otra colocación.

Amos y sirvientes son ambos tiránicos, pero los amos son los más dependientes de los dos.

Un hombre goza de lo que gasta, no de lo que gastan sus criados.

El hombre es el único animal que se juzga rico en proporción al número y la voracidad de sus parásitos.

Damas y caballeros pueden tener amistades en la perrera pero no en la cocina.

Los sirvientes domésticos, con mimar a sus amos, se ven obligados a intimidarlos para poder vivir con ellos.

En un estado de esclavos mandan los esclavos. En Mayfair (1) manda el comerciante.

Cómo pegar a los niños.

Si pegas a un niño, procura que sea en un momento de ira, aun a riesgo de dejarle baldado para toda la vida. Porque pegar a un niño a sangre fría no tiene perdón de Dios.

Si pegas por gusto a los niños, confiésalo con franqueza, y hazlo según todas las reglas del arte, como hace un cazador de zorras, y comparativamente causarás poco daño. Ningún cazador de zorras tiene la poca vergüenza de querer hacer creer que caza a éstas para enseñarles a no robar pollos, o que él sufre más que los animalitos que mata. No olvides que, aun en eso de pegar a niños, hay el modo del deportista y el del sinvergüenza.

Religión.

Guárdate del hombre cuyo dios sólo está en el cielo.

Puede averiguarse en lo que cree un hombre, no por sus

(1) Barrio elegante de Londres.—*(N. del T.)*

creencias, sino por los principios en virtud de los que ordinariamente obra.

Virtud y Vicio.

Ninguna virtud o ningún vicio especial implica la existencia de otra especial virtud u otro especial vicio en él, por muy asociados que la imaginación se los figure.

La virtud consiste, no en abstenerse del vicio, sino en no desearlo.

La abnegación de sí mismo no es una virtud; es sólo el efecto de la prudencia sobre la maldad.

La obediencia simula subordinación, lo mismo que el miedo a la policía simula honradez.

La desobediencia, la más rara y valerosa de las virtudes, pocas veces es distinguida de la negligencia, el más indolente y común de los vicios.

El vicio es desgaste de la vida. La pobreza, la obediencia y el celibato son los vicios canónicos.

La economía es el arte de sacar de la vida el mayor partido posible.

El amor a la economía es la raíz de toda virtud.

Juego limpio.

El amor al juego limpio es una virtud del espectador, no del que actúa en el *ring*.

Grandeza.

La grandeza es sólo una de las sensaciones de la pequeñez.

En el cielo, un ángel no es nadie en particular.

Grandeza es el nombre secular de la Divinidad; ambas significan, sencillamente, lo que está más allá de nosotros.

Si un gran hombre pudiese hacérsenos entender, le ahorcaríamos.

Sabido es que cuando la divinidad a la que adorábamos se hizo visible e inteligible, la crucificamos.

Para el matemático, el undécimo significa sólo una unidad. Para el bosquiman, que no puede contar más que por sus diez dedos, significa una miríada incalculable.

La diferencia entre el rutinario más superficial y el pensador más profundo, le parece insignificante al último, e infinita al primero.

En una nación estúpida, el hombre de genio llega a ser un dios; todo el mundo le adora, y nadie hace su voluntad.

Hermosura y felicidad. El Arte y los ricos.

La hermosura y la felicidad son productos accesorios.

La tontería es la aspiración directa a la felicidad y la hermosura.

Los ricos y el arte son elementos espurios para la producción de la felicidad y la hermosura.

El que desea vivir feliz toda la vida con una mujer hermosa, desea disfrutar del sabor de un vino teniendo continuamente la boca llena de él.

El sufrimiento más intolerable es el que produce la prolongación del placer más intenso.

El que padece de dolor de muelas cree feliz a todo el que tiene dentadura sana. El pobre comete el mismo error para con el rico.

Con cuanta más abundancia poseemos lo que nos hace falta, tanto mayores son nuestros cuidados.

En un mundo feo y desgraciado, los hombres más ricos no pueden comprar nada más que fealdad y desgracia.

En sus esfuerzos por escapar de la fealdad y la desgracia,

el rico intensifica ambas. Todo nuevo acre de West-End crea un nuevo acre de East-End (1).

El siglo XIX fué la época de la fe en bellas artes. El resultado está a la vista.

El perfecto caballero.

La fatal reserva del caballero es que lo sacrifica todo al honor, excepto su carácter distinguido.

Un caballero de nuestros días es un hombre que tiene bastante dinero para hacer lo que haría cualquier tonto si pudiese: es decir, consumir sin producir.

El verdadero diagnóstico de la distinción moderna es el parasitismo.

Ninguna obra de mérito, física o moral, puede expiar el pecado del parasitismo.

Un caballero moderno es necesariamente el enemigo de su país. Aun cuando hay guerra, no se bate para defenderlo, sino para impedir que su facultad de explotarlo pase a otras manos. Tales combatientes son patriotas en el mismo sentido que dos perros riñendo por un hueso son amantes de los animales.

El indio norteamericano fué un tipo del caballero guerrero por deporte. El ateniense de la época de Pericles fué un tipo del caballero intelectual y artísticamente culto. Ambos fueron fracasos políticos. El caballero moderno, sin la audacia del primero ni la cultura del segundo, reúne el apetito de ambos. No logrará éxito donde ellos fracasaron.

El que cree en la instrucción, la ley criminal y el deporte, sólo necesita una fortuna para hacerse un perfecto caballero moderno.

(1) West-End es el barrio aristocrático; East-End, el barrio popular y pobre de Londres.—*(N. del T.)*

Moderación.

La moderación nunca encuentra aplauso por su propia causa.

Un hombre moderadamente honrado con una mujer moderadamente verídica, ambos bebedores moderados, en una casa moderadamente higiénica: esta es la verdadera unidad de la clase media.

El yo inconsciente.

El yo inconsciente es el verdadero genio. Nuestra respiración no funciona bien desde el momento que nos tenemos que ocupar de ella conscientemente.

Excepto durante los nueve meses antes de empezar a respirar, ningún hombre se las maneja tan bien como un árbol.

Razón.

El hombre razonable se adapta al mundo; el irrazonable se empeña en adaptar el mundo a su persona. Por eso todo el progreso depende del hombre irrazonable.

El hombre que escucha la razón está perdido. La razón esclaviza a todos los que no son bastante fuertes para dominarla.

Decencia.

La decencia es la conspiración del silencio de la indecencia.

Experiencia.

Los hombres son sabios en proporción, no a su experiencia, sino a su capacidad para la experiencia.

Si pudiésemos aprender por mera experiencia, las piedras de Londres serían más sabias que nadie en la ciudad.

Las revanchas del tiempo.

Los seres a que llamamos brutos tuvieron su revancha cuando Darwin nos demostró que eran nuestros primos hermanos.

Los ladrones tuvieron su revancha cuando Marx demostró que los burgueses vivían del robo.

Buenas intenciones.

El infierno está adoquinado con buenas intenciones, no con malas. Todo el mundo tiene buenas intenciones.

Derechos naturales.

Los maestros del arte, con probar que nadie tiene derechos naturales, se ven obligados a considerar los suyos como otorgados.

Se abusa del derecho a la vida siempre que no se la exponga constantemente.

"Faute de Mieux."

De niño encontré extraño que llamaban a cierta señorita guapita y monísima. Mi tía me regañó diciéndome: «No olvides que la hermana menos fea es la hermosura de la familia.»

Ninguna edad y ninguna posición está sin sus héroes. El general menos incapaz en una nación es su César; su hombre de Estado menos imbécil es su Solón; su pensador menos confuso es su Sócrates; su poeta menos adocenado es su Shakespeare.

Caridad.

La caridad es la más maléfica de las sensualidades.

Los que fomentan la pobreza y la enfermedad son cómplices de los dos crímenes peores.

El que da dinero que no ha ganado él, es generoso con el trabajo de los demás.

Toda persona verdaderamente buena odia el dar y pedir limosna.

Fama.

La vida nivela a todas las personas; la muerte revela a los eminentes.

Disciplina.

Las leyes de excepción sólo hacen falta a gobernantes que mandan sin autoridad. El derecho divino no necesita látigo.

Las mujeres en sus casas.

El hogar es la cárcel de la soltera y el hospicio de la casada.

Civilización.

La civilización es una enfermedad producida por la costumbre de construir sociedades con materiales averiados.

Los que admiran la civilización moderna ordinariamente la identifican con la máquina de vapor y el telégrafo eléctrico.

Los que entienden lo que es una máquina de vapor y un telégrafo eléctrico, emplean su vida en buscar su mejoramiento o su sustitución.

La imaginación no puede concebir un criminal más atroz que el que quisiera construir otro Londres igual al que existe, ni mayor bienhechor que el quisiera destruirlo.

El juego.

El método más aceptado de repartir la propiedad es la ruleta.

La ruleta no reparte nada a nadie, excepto al banquero. Sin embargo, la pasión del juego es bastante general, mientras la pasión de ser banquero casi no existe.

El juego promete al pobre lo que la propiedad efectúa para el rico; por eso los obispos no se atreven a condenarlo expresamente.

La cuestión social.

No gastes el tiempo ocupándote en cuestiones sociales. Lo que hay con los pobres es pobreza; lo que hay con los ricos es inutilidad.

Pensamientos sueltos.

Nos dicen que Jehováh, después de crear el mundo, vió que estaba bien. ¿Qué diría ahora?

La conversión de un salvaje al cristianismo es la conversión del cristianismo al salvajismo.

Nadie se atreve a revelar el fondo de su pensamiento hasta el punto de aparecer ante sus propios ojos como extremista.

Mens sana in corpore sano es una necedad. El cuerpo sano es un producto de la mente sana.

La decadencia sólo puede encontrar factores cuando lleva la careta del progreso.

En momentos de progreso, los buenos prosperan porque

las cosas van por su camino; en momentos de decadencia, los malos prosperan por la misma razón. Por eso el mundo nunca está sin el regocijo del éxito que le corresponde.

El reformador para quien el mundo no es bastante bueno, se encuentra hombro con hombro con el que no es bastante bueno para el mundo.

Todo el que haya pasado de cuarenta años es un granuja.

La juventud, a la que se perdona todo, no se perdona nada a sí misma. A la vejez, que se perdona todo a sí misma, no se le perdona nada.

Cuando aprendamos a contar con que los ingleses nunca son amos, habremos acabado con la esclavitud.

No confundas tu protesta contra la derrota con una protesta contra la guerra, ni tu protesta contra el ser esclavo con una protesta contra la esclavitud, ni tu protesta contra el no ser tan rico como tu vecino con una protesta contra la pobreza. El cobarde, el insubordinado y el envidioso comparten tus protestas.

Procura tener lo que te gusta; de lo contrario, te verás obligado a gustar de lo que tienes. En donde no hay ventilación, el aire fresco se considera como malsano. En donde no hay religión, la hipocresía viene a ser cosa de buen gusto. En donde no hay saber, la ignorancia se llama a sí misma ciencia.

Si los malos prosperan y los más listos sobreviven, la Naturaleza debe de ser el dios de los bribones.

Si la Historia se repite y lo inesperado siempre sucede, ¡cuán incapaz debe de ser el hombre de aprender por la experiencia!

La compasión es el sentimiento gemelo de la insensatez.

Los que comprenden el mal, lo perdonan. Los que lo resienten, lo quitan de en medio.

Las nociones adquiridas del decoro son más extrañas que los instintos naturales. Es más fácil reclutar gente para los monasterios y los conventos que inducir a una mujer árabe a descubrirse la cara en público, o inducir a un oficial britá-

nico a pasearse por el Bond Street, con una gorra de golf, en una tarde de mayo.

Es peligroso ser sincero, a menos de ser también estúpido.

Los chinos doman a los pollos cortándoles las alas, y a las mujeres deformándoles los pies. Unas faldas hasta los tobillos sirven también para el mismo fin.

La economía política y la economía social son juegos intelectuales divertidos. Pero la economía vital es la piedra de toque del filósofo.

Cuando un hereje desea evitar el martirio, habla de «ortodoxia verdad y mentira» y demuestra que la verdad es su herejía.

Guárdate del hombre que no devuelve tu golpe. Nunca te perdona ni te permite que te perdones a ti mismo.

Si ofendes a alguien, más vale no hacerlo a medias.

La sentimentalidad es el error de suponer que puede dar o tomar cuartel en los conflictos morales.

Dos hombres que se mueren de hambre no pueden ser dos veces tan hambrientos como uno. Pero dos bribones pueden ser diez veces tan viciosos como un bribón.

De tu cruz haz tu muleta; pero si ves a otro hacerlo, guárdate de él.

Sacrificio de sí mismo.

El sacrificio de ti mismo te capacita para sacrificar a los demás sin ruborizarte.

Si empiezas por sacrificar a ti mismo para los a que quieres, acabarás por odiar a los para quienes te has sacrificado.

FIN DE LA OBRA

PB-6-12
R-T-1

M. Aguilar - Editor -



OBRAS DE BERNARD SHAW

Esta Casa editorial acaba de adquirir el derecho exclusivo de publicar las obras dramáticas del célebre Bernard Shaw, traducidas al castellano por Julio Broutá.

Nos proponemos publicar dichas obras en plazo muy breve, en tomos elegantemente presentados, de 300 y más páginas de bien nutrida lectura, que saldrán a luz con intervalos mensuales, sin interrupción, hasta dejar impresa toda la copiosa producción del genial irlandés.

Nuestros volúmenes serán, en su contenido, fiel reproducción de los publicados por el citado autor. Es decir, que integrarán no solamente el texto dialogado de las comedias de Bernard Shaw, sino también, en toda su extensión, las originales acotaciones y curiosos prólogos y epílogos a los que dicho autor es tan aficionado y en los que derrama todos los tesoros de su ingenio, el humorismo de sus paradojas, la causticidad de su vena satírica, la generosidad de sus sentimientos, la brillantez de su filosofía, la «vis cómica» de sus estructuras escénicas y la impetuosidad de su iconoclasmo.

Así, pues, estos volúmenes encierran en su totalidad la producción intelectual varia y chispeante de uno de los corifeos de la literatura mundial, y resultan, por lo mismo, de una lectura enormemente interesante.

Según el mismo Bernard Shaw explica en uno de sus prefacios, siempre puso empeño en escribir sus obras teatrales de tal manera que «entraran por los ojos» del lector aún más que del espectador.

No se contenta, como él dice, con esas acotaciones rudimentarias que se estilan, indicando, por ejemplo, que el padre de la protagonista tiene la barba canosa, y que hay, a la izquierda del salón, dos puertas practicables, sino que, con sus abundantes anotaciones, que constituyen un verdadero género literario nuevo, por él creado, da una idea perfecta de los caracteres de sus personajes, así como de la atmósfera religiosa y política, intelectual y sentimental en la que se mueven.

Los prefacios no solamente entrañan los elementos suficientes para estudiar en todas sus facetas la exuberante personalidad literaria y artística del autor, sino que ofrecen amplias y múltiples perspectivas, sorprendentes intuiciones en el campo de la sociología y la filosofía en general.

En prensa y preparación unos diez volúmenes que irán apareciendo mensualmente, al precio, salvo excepciones, de 5 pesetas.